

ÁLVARO VAN DEN BRULE

ACERO y GLORIA

LAS GRANDES BATALLAS DE
LOS TERCIOS ESPAÑOLES



ÁLVARO VAN DEN BRULE

ACERO
Y
GLORIA

Las grandes batallas
de los Tercios españoles

la esfera  de los libros

Prólogo

Prologar es invitar, sugerir. Solicitar que se desvíe la mirada hacia otro lugar para hacer una suerte de *zoom in*. Es solicitar un espacio, una posibilidad dentro de las infinitas que tiene el lector y presentarle un escrito, o un murmullo del escrito. Es decirle que confiamos en las palabras de su creador para, al modo puro de Hélène Cixous, «hacerle el amor al texto» y provocar el ejercicio intelectual, la revelación de un fragmento de mundo, la incitación al viaje, o al regreso, quizás al detenimiento. Siempre a vivir una experiencia, cierta emoción, determinada epifanía y, en primera instancia, el goce de la lectura.

«El texto que usted escribe debe probarme que me desea», es el gesto que reclama Roland Barthes. Prologar, por tanto, más que un halago es una responsabilidad que debe asumirse con sencillez y honestidad totales. Responsabilidad que en esta ocasión implica, además, proponer una revisión de la historia como el palimpsesto en el que se esconden los diálogos de la humanidad consigo misma y sus posteriores enseñanzas a modo de ecos.

En cualquier caso, una historia formada de acontecimientos diáfanos y turbios, modélicos y deplorables, colectivos y personales, maquillados y manifiestos, en tránsito, en conflicto, polarizados, pero entretejidos siempre sin remedio, que en su conjunto constituyen la construcción inacabada —lo vivido y lo sufrido— del hombre a lo largo de su paso por la Tierra.

Entre estos hechos, las grandes batallas de ejércitos destacados han sido motivo de interés, no solo para cronistas e historiadores, sino para una sociedad ávida de héroes y villanos que determinen el relato de época y, con ello, detengan la caída vertiginosa hacia el vacío donde deambulan lo vano y lo necio que contiene cada suceso: el sinsentido. Y la paradójica complejidad del ser humano en la que el escritor de esta obra hace un alto para, esta vez, reexaminar la fama del ejército español durante el reinado de la Casa de

Austria —la dinastía Habsburgo—, de la Monarquía Hispánica reinante en los siglos XVI y XVII.

En particular de los Tercios españoles, la unidad militar de élite que recordamos por su resistencia en combate y que comenzó su ocaso en la batalla de Rocroi, en 1643. «La mejor infantería, cerca de ciento cincuenta años ganando batalla tras batalla en África, Mesoamérica, Sudamérica y Europa», nos cuenta el narrador de un trabajo fruto de su persistente necesidad —o necesidad— de acudir al encuentro entre el ayer y el ahora.

Hay que decirlo, la mirada de Álvaro van den Brule es una que suscita la relectura de cuanto momento histórico, con sus personajes y paisajes, considera oportuno para llenar de contenido, de sustancia la mente de sus lectores.

Sin elaborar un pensamiento único o irreductible, yendo en estilo de la prosa a la poesía y del ensayo al cuasi reportaje, nos traslada a los campos en los que Luis II de Borbón Conde, al mando del ejército francés, y Francisco de Melo, del español, encabezaron una contienda que culminó con el triunfo de Francia y su posterior ascenso como potencia continental. Uno de tantos episodios que, sin una pluma atrayente y rigurosa como la suya, se quedarían extraviados en el océano de dispersión por el que segundo a segundo navega la ciudadanía digital del siglo XXI, impaciente por alcanzar el futuro, al mismo tiempo que menesterosa de explicaciones sobre por qué y cómo llegamos a las circunstancias actuales.

Viralizar no es entender. Esta es la razón por la que el fundador de la ONG Ajedrez sin Fronteras se ha empeñado, desde trincheras de lo más diversas, en «promover acciones contra la ignorancia a través de la propia comprensión, abriendo caminos hacia el conocimiento, fomentando la amplitud de miras y compartiendo con otros ciudadanos del mundo ideas, emociones y pasión; en definitiva, una propuesta que posibilite la felicidad». Sin duda, el compromiso con lo común, con lo inclusivo, con lo sostenible, es el acicate que ahora le insta a pasar revista de lo acontecido siglos atrás a través de formas heterogéneas —«toques poéticos, parábolas encubiertas, metáforas extrapolables»— y, sobre todo, como él mismo lo expresa: «Que lo que cuento es muy vívido, intento que sea cinematográfico e intenso, que el lector se sitúe

en medio de las batallas, de los sueños de los protagonistas, de la maldad, de la bondad, de su porqué en definitiva».

De entre toda esta pléyade de soldados italianos, hubo una pareja de hermanos que se sumergieron en la atmosfera más avanzada de los conocimientos militares de la época y que tenían una profunda simpatía hacia todo lo español. Impregnados en lo más avanzado de las técnicas artilleras, de lo último en explosivos, de las tácticas de combate más punteras y con el apoyo de una familia de una raigambre de profundas raíces aristocráticas y financieras, los Spínola-Doria, se maridaron de forma natural con las más altas instancias de la administración de la corona, llegando con el tiempo a hacerse indispensables.

Podría decirse que se arriesga a reexaminar sin tapujos la naturaleza de distintos eventos, convirtiendo su exposición en una unidad autosuficiente donde la parte es el todo. Cada línea, cada capítulo suma a la perspectiva histórica y abrevia la lejanía, los cientos de años que, en apariencia, separan al lector del hecho. Y digo en apariencia porque página a página se hace evidente que junto a las biografías —los sujetos vencedores y vencidos— también se encuentran las claves para la comprensión de la Edad Moderna con su progreso, comunicación y razón, que constituyen el referente inmediato de la Edad Contemporánea; es decir, de la actualidad.

«Una historia con la descomunal magnitud e intensidad de la de España, no debe ser comprimida en un par de textos de bachillerato y arrinconada para los restos. Básicamente, porque acaba convirtiéndose en un tema menor anclado en cuatro o cinco episodios de cierto relieve que configuran una especie de fatuo maquillaje identitario, mientras que, centenares de otros episodios son condenados al destierro —como si la diferencia entre el número de muertos fuera cualitativa, diferenciadora o clasista en la defensa de una nación—, con el consiguiente castigo hacia sus protagonistas, y al esfuerzo de aquellos que literalmente se inmolaron ante situaciones sin salida o murieron en defensa de los intereses de su patria, familia, hijos, novias, terruños, etc.».

Pero «las grandes gestas a veces quedan enterradas en el olvido por falta de eco o reverberación en la memoria de las naciones», nos previene cuando se refiere al asedio de Castelnuovo. De ahí que insista y persevere en arrojar luz

a determinados actores y escenarios, a fin de dotar de tonalidades un periodo y clarificar el sentido general de la coyuntura. Ahuyentar esa «extraña niebla» que nos impide hallar las coordenadas precisas en que una fecha —un nombre, una decisión, un sitio— se une con el siguiente, y así, de manera sucesiva, es el propósito final de este compendio, que nada tiene de archivo muerto; por el contrario, en cada enunciado demuestra su viveza premeditada, agudeza analítica y anhelo de trascendencia.

Trascendencia en el sentido más humano del término, pues Álvaro van den Brule es, en la médula, un humanista insurrecto «criado en San Sebastián, hijo de una madre excepcional y padre de una hija maravillosa a la que adoro». Comenta que ha hecho de la palabra el dispositivo para abastecer de significados su propia existencia y la de quienes lo rodean. Conversador con elocuencia y ávido lector de Stefan Zweig, su comunicación oral o escrita lleva el rasgo del activismo social y la protesta contra la injusticia en cualquiera de sus formas, las nuevas o las perennes. Ya sea en su faceta de columnista en *El Confidencial*, como literato en cada uno de sus libros publicados, el más reciente *Inglaterra derrotada* (La Esfera de los Libros, 2017), o al alternar la enseñanza del ajedrez en campos de refugiados, cárceles y orfanatos, invariablemente deja al descubierto su implicación con la realidad vigente, con las personas.

Este volumen y su cobertura no son la excepción. En el fondo yace una no renuncia a encontrar guisas frescas para corregir males antiguos que, hoy en día, se han reacomodado en todos los campos —educativo, laboral, sanitario, alimenticio, climático, tecnológico, de servicios— derivando en la crisis de individuos y pueblos que enfrentamos. Inspeccionar economías, tradiciones, ideologías, gobiernos, es el papel del historiador que pretende elevar la documentación a un rastreo inagotable de aciertos y errores, de preguntas y respuestas, de alternativas. Como tal y eludiendo las nostalgias, este nos convoca a escarbar en la talega de los registros universales para deducir analogías y revertir este proceso de empobrecimiento, violencia y desigualdad que tiene a las mayorías hundidas en el desconcierto, la insatisfacción y la desesperanza en el porvenir.

Regresar al «antes» si se ambiciona evolucionar en un «después». Tomar el primer retorno para desarmar el mecanismo y distinguir cada una de sus piezas, entiéndase: juegos de poder, estrategias de dominación, intereses de grupo, intercambios, confrontaciones, negocios, talentos. Esta es la propuesta de Álvaro van den Brule, la cual no hace sino testimoniar que, desde el dominio del fuego por el *Homo erectus* al surgimiento del neocolonialismo como sistema, aún existe un universo de datos por descodificar, de conflictos por esclarecer, de factores por detallar que, vistos con lupa y en retrospectiva, configuran un mapa inmejorable en el rumbo hacia un estado de auténtico bienestar o, si se prefiere, de menos fragilidad.

Tornar el individualismo en solidaridad, la incomunicación en coloquio, el aislamiento en entramado es el eje sobre el que gira la intención autoral, el pensamiento y quehaceres de un sabueso nato que indaga en las semblanzas de Maquiavelo, Magallanes, Torres Quevedo o La Malinche mexicana y, en sus recorridos, se maravilla ante «la belleza en la austeridad», «el genio con apariencia de mendigo», «la inhumana muerte de un hombre honrado» o «la endeblez histórica de los mitos independentistas». Pensar, averiguar, seguir pensando, persistir en la averiguación de un lance y otro más y otro más y otro. Esa es la empresa que le ocupa porque, así lo entiende, «pensar es gratis y no hacerlo puede resultar contraproducente».

«El ajedrez es mi pasión puesto que lo considero el gimnasio de la mente. Este arte-ciencia nos permite explorar lo ignoto y acercarnos con fascinación y prudencia al conocimiento (...). Ello me ha conducido a su divulgación e inserción en los programas educativos de países en vías de desarrollo, como una herramienta adicional en el progreso de sus gentes y, en particular, de los niños y jóvenes».

A semejanza de Eduardo Galeano, sabe que somos hijos de los días, que estamos hechos de historias surgidas de muchos andares y que nuestra obsesión más grande es, quizás, querer decir lo que somos, nombrar. En consecuencia, también habita la casa de las palabras —los vocablos amados de Neruda, el principal artefacto de Sor Juana— el refugio donde acuden los poetas y al que deberíamos acudir todos si sospechamos que nos hemos contagiado de la soledad, el vacío o la estridencia que aparecen cuando lo

importante toma carácter de bagatela. Para prevenirlo el autor nos obsequia este, su inventario de palabras, sus significaciones: voces, ojos, mares, lapsos, olvidos que hablan de nosotros y nos recuerdan que, Galeano *dixit*, «todos, toditos tenemos algo que decir a los demás, alguna cosa que merece ser por los demás perdonada o contada». Aquí aparecen unas cuantas...

GLORIA SERRANO

Prefacio.

CUANDO ÉRAMOS GRANDES

Es bastante probable que las gestas heroicas hayan sido protagonizadas por gentes anónimas que saliendo de sus pequeñas, precarias y limitadas zonas de confort, tal vez condenadas a la más absoluta invisibilidad, hayan protagonizado lo que poderosos inútiles han sido incapaces de elevar a la categoría de sublime admiración.

En este sentido, una las encarnaciones como colectivo más fascinantes que ha dado la historia militar de todos los tiempos y que convirtió a España en incontestable potencia hegemónica, fueron los famosos Tercios, cuya suma de partes basada en un entrenamiento impecable y avanzadas técnicas de combate puestas a punto en los campos de batalla donde intervinieron, asombraron y mantuvieron a raya a sus adversarios, llevando a la cúspide del poder mundial durante más de ciento cincuenta años a una nación que se convertiría en imperio por obra y gracia del espíritu de unos soldados únicos y de una revolución militar pocas veces vista en la historia de la humanidad, con tan rotundas y expeditivas soluciones.

La orfandad de los condenados a ser miserables por origen de cuna, de aquellos que partiendo de la más absoluta humildad, emergieron hacia el ámbito de lo estelar desde las filas de atrás o partiendo de posiciones desde donde era imposible, *a priori*, ser grandes ante la historia, quedaría redimida en la atmosfera universal e igualadora que se respiraba en los Tercios. Sus muertes o sus vidas siempre fueron consuelo en este tránsito donde las crónicas se miden en segundos ante la eternidad del tiempo que todo lo abarca y todo lo entierra, difuminando los hechos en las dunas de los desiertos batidos por los vientos del tiempo donde el réquiem de las civilizaciones encuentra su estación de destino invariablemente.

El marchamo principal que establece la diferencia y la reputación de invencibilidad de los Tercios, está básicamente reflejado en la clarividencia de hombres de una singularidad excepcional tales como el Gran Capitán, el duque de Alba, Juan de Austria, el banquero soldado Spínola y otros tantos de una altura incommensurable. Esa dirección y el espíritu de equipo de sus integrantes, es lo que marcó la diferencia entre los Tercios y el resto de los ejércitos europeos de aquel tiempo.

La grandeza de un método de combate exclusivo para la denostada infantería, carne de cañón siempre ante la orgullosa caballería, es el punto de partida en el que la revolución que diseña Fernández de Córdoba opera el milagro de transferir el protagonismo a los desheredados infantes de a pie.

El heroísmo es una fuerza intangible y determinante, donde la voluntad extrema empuja al sujeto a unos niveles de sacrificio de sí mismo y de sus pares, en un ideal común conducente a la realización de hechos extraordinarios que se perpetúan en el devenir de los tiempos, como ejemplo a seguir y referencia ante la que mirarse, para evitar instalarse en la acomodaticia realidad paralizante; esa podría ser, en esencia, la base de toda la mitología.

Por muy oscura, gris y anestésica que sea la realidad en la que vivimos, siempre hay un *leit motiv* que nos nace, emerge y empuja hacia alguna utopía parida por la mera necesidad de ser algo o alguien en este aniquilante escenario en el que morimos en vida cada día. Hay muchos héroes anónimos, desconocidos, ignorados, ninguneados e incluso invisibles a la mirada del común de los mortales, cuyas gestas pasan desapercibidas. Otros, dejan su sello y firma en el lacre de la memoria de forma indeleble.

El cambio revolucionario del Gran Capitán con sus novedosas incorporaciones tácticas (la potencia de fuego determinante de los arcabuceros ante la intocable caballería y su peculiar forma de tirar escalonadamente), la obligatoriedad de los jinetes de transportar a la grupa de sus caballos a los infantes para dar golpes de mano precisos o adelantar los tiempos de intervención, el uso de la artillería de pequeño calibre con sus letales dosis de metralla como elemento de disuasión contra los adversarios de vanguardia que seguían patrones de guerra medievales, innovaciones administrativas varias,

tanto en la cadena de mando como en el desarrollo de la logística adaptada a las nuevas exigencias de la guerra, logran, a través de una capacidad de adaptación e improvisación de una elasticidad sorprendente, lo que hoy hemos dado en llamar un ejército profesional.

Sin necesidad de recurrir a epopeyas, hay muchas gestas que reencarnan innumerables ejemplos sobre la altura y prestigio de individuos que nacieron huérfanos de reconocimiento y llegaron muy lejos solamente porque creyeron en sí mismos y su potencial arrollador. Más allá de una supervivencia sin apenas recursos, afrontaron retos en condiciones absolutamente desfavorables. María Pita, una mujer en quien nadie reparaba por su invisibilidad y pobreza, en 1589 inspiró en La Coruña, en un momento crítico, una reacción decisiva entre sus pares ante un potente ataque inglés, que desbarató con contundencia. Jenofonte y sus diez mil son un ejemplo de lo que un pequeño ejército altamente motivado y entrenado es capaz de hacer en medio de la hostilidad más radical; Alejandro Magno y su talento ilimitado, otro. Los espartanos intuían su fin en las Termopilas sabiéndose muertos a cada instante durante las cuarenta y ocho horas de continuo combate contra los persas; el español Pedro Mesía de la Cerda durante la persecución de *El Glorioso*, una ágil fragata con proa de cuchillo, que combatió contra una docena de barcos ingleses a los que causó terribles pérdidas y una mortandad inaceptable, es un ejemplo de osadía pocas veces visto en los líquidos campos de batalla. El increíble Blas de Lezo en Cartagena de Indias, con tres mil hombres frente a los casi treinta mil adversarios mal dirigidos por el presuntuoso almirante inglés Vernon; Erwin Rommel engañando con sus escobas de barrendero y tanques de cartón piedra, arrastrados por sus Panzer levantando polvo en las arenas del desierto ante el crecido Montgomery, confundiéndolo ante la mínima magnitud de sus opciones con sus ingeniosos recursos y grandeza militar y humana, etc. El heroísmo siempre estuvo sembrado de imaginación ante la adversidad.

En este sentido, el héroe encarna rasgos sobresalientes e inusuales y presenta en consecuencia habilidades idealizadas y a veces facultades paranormales y mágicas que le permiten realizar grandes hazañas que le confieren fama y el reconocimiento de sus conciudadanos. Del latín *heros*, voz

derivada de un vocablo griego, la palabra héroe alude a un hombre que es reconocido por sus virtudes o hazañas.

Y si queremos irnos al pasado remoto, ancestro referencial de los grandes mitos de la Antigüedad, vemos en el *Bhagavad Gita* inserto en el *Majabharata*, cómo Krishna, desde su carro de combate, enfrenta los miedos del héroe Arjuna ante el dilema de morir o matar en su terminal enfrentamiento contra los Pandavas en la apocalíptica batalla de Kurukshetra.

Asimismo, en un tiempo algo anterior, probablemente cinco mil años atrás, entre la realidad y la leyenda, un rey muy sabio e inquieto llamado Gilgamesh, al mando del gobierno de la ciudad mesopotámica de Uruk, se convirtió en mito por sus grandes gestas reflejadas en un poema acadio de inquietante naturaleza, donde la búsqueda de la inmortalidad es el eje en el que gira toda la acción de esta antiquísima epopeya, en un contexto narrativo de sombrío desasosiego en el que la patente soledad y el miedo a la muerte pivotan en todo momento en torno al ser íntimo del héroe.

Y por acotar un poco las lindes desde donde actuaban los protagonistas de gestas inmemoriales, está ahí el *Enuma Elish*, el poema que «habla» de la eterna lucha entre el Orden y el Caos, donde Marduk, arquetipo del guerrero que combate el Caos, da testimonio de una irreductible voluntad de lucha ante la adversidad, sabiendo a ciencia cierta que nunca conseguirá la derrota de su escurridizo adversario, aun acabando con Tiamat, su némesis en este poema; porque la oscuridad estará siempre viva y presente.

Para Erich Fromm, este épico poema constituido por versos de dos líneas, en los que la función de la segunda es enfatizar la primera por oposición, es probablemente el punto de inflexión donde se decanta la transformación desde el matriarcado al patriarcado, en un cambio de paradigma terrible desde el punto de vista histórico para la mujer, alcanzando el paroxismo de este despropósito en la concreción de esta anómala conducta entre iguales, en la futura sustancia teológica de rancias religiones.

En todos los casos vemos un patrón común, en el que el héroe o la heroína en primer lugar se sabe mortal y es consciente de lo duro que es contar los pasos para llegar a donde estás; primero se cuentan los guijarros, luego las piedras del camino, para aprender lo duro que es vivir, y finalmente se

descubren las estrellas para intuir someramente la grandiosidad de lo manifestado y la tuya propia en esa relación micro- macro tan arrolladora y deficitaria para la comprensión del propio ser humano. Creo que esa es la estructura del héroe, la de alguien indetectable que un buen día pone su firma allá, en lo más alto, donde está lo inaccesible, en las estrellas.

En definitiva, los Tercios fueron una referencia social por los valores implícitos (honor, sacrificio mutuo en lo corporativo, un arraigado concepto del deber y el sacrificio como elemento motor en pos de la victoria). En los Tercios, un desclasado o segundón, un desheredado u hombre sin opciones por la accidentalidad de las circunstancias, podían acceder a la gloria y el reconocimiento social en igualdad de posibilidades ante pesos pesados de la aristocracia (véase el caso del vasco Juan de Urbieto en la decisiva captura del rey de Francia, Francisco I, en Pavía).

A pesar del inexorable paso del tiempo, aún hoy sabemos que la herencia de aquellos hombres que defendieron a España en distantes escenarios (desde Otumba a Lepanto, desde Argel u Orán a Flandes, desde los Andes a las inmensas llanuras de la actual Norteamérica), vive en nuestra memoria, en el eco, herencia de su grandeza y en nuestro agradecimiento a todos los caídos y supervivientes en aquel tiempo de esplendor y prestigio para nuestras armas, cuando éramos grandes.

Quizás, con los mimbres de aquel espíritu nuestra nación pueda volver a mirar al futuro tejiendo alternativas de excelencia que nos vuelvan a reportar la admiración y el reconocimiento de aquellos tiempos; basta con mirar a dónde hemos llegado como consecuencia de nuestras diferencias de patio de corrala.

Siempre es saludable hacer autocrítica y para ello, me remonto y remito a aquel famoso soneto de Percy Bysshe Shelley —*Ozymandias*—, alumbrado un temprano día de enero de 1818, que cierra de manera magistral,

¡Contemplad mis obras, poderosos, y desesperad!
Nada queda a su lado. Alrededor de la decadencia
de estas colosales ruinas, infinitas y desnudas
se extienden, a lo lejos, las solitarias y llanas arenas.

1. CERIÑOLA, LA BATALLA QUE SE GANÓ EN UNA HORA

Una melodía letal dio comienzo a aquella sesión de horror. El Gran Capitán, conocedor de la afición desmedida de los franceses por las cargas de caballería, había preparado un menú del agrado de sus adversarios.

Era Gonzalo Fernández de Córdoba, el llamado Gran Capitán, un eco de resonancias épicas retumbando en los anales de la historia militar. Este genio español, a un nivel parejo, si no superior en algunos aspectos, al de Alejandro Magno, Sun Tzu, Belisario, Aníbal o Rommel; cambiaría para los restos el concepto del llamado arte de la guerra introduciendo modificaciones de un calado tal que harían que el tradicional papel destacado de la caballería basculara en beneficio de la más vulnerable infantería, cobrando esta última un protagonismo espectacular.

Las reformas que impulsaron este cambio de mentalidad derivarían en la creación de los temidos Tercios españoles, una ágil, elástica y camaleónica infantería que con el paso del tiempo dominaría buena parte del mundo y sería imbatible desde 1503 hasta la debacle de Rocroi hacia 1643.

Se hace necesario hacer hincapié sobre la figura de este militar respetuoso con sus reyes, hombre de honor con los vencidos y piedra angular de un arma mortífera, los Tercios, que durante cerca de ciento cuarenta años infundiría pavor en los escenarios donde actuó.

Siempre cercano a sus hombres, austero en su imagen y gastos personales, no escatimaba las mejores condiciones para el bienestar de su tropa. Esta actitud le granjearía no pocas desavenencias con los Reyes Católicos, su mando natural, ante quienes fue siempre un súbdito leal. Desgraciadamente, la historia, trufada de cainismo y envidias, quiso que este soldado de una magnitud humana y profesional pocas veces vista, fuera discretamente apartado tras una cruel aplicación de la *Damnatio Memoriae*, de la *res*

militaris, por suspicacias nunca suficientemente aclaradas pero que desbordaban la grandeza de este enorme hombre de la milicia.

Muy temprano, su nombre se asoció al concepto de valor. En la batalla de Albuera, el rey de Portugal, que previamente había invadido Extremadura, tuvo que recluirse ante la iniciativa sostenida de este imaginativo oficial. Hacia el 8 de septiembre de 1479 el tratado de paz de Alcáçovas, ratificado en Toledo al año siguiente, el día 6 de marzo del año 1480, pondría fin a la Guerra de Sucesión castellana.

Esta figura clave de la historia militar de España, comenzó a demostrar su enorme talento durante la Guerra de Granada en un intento definitivo de acabar con la dinastía nazarí. Gonzalo estuvo presente en casi todos los grandes escenarios bélicos de aquel conflicto crepuscular.

Gonzalo de Córdoba se distinguió por ejercer una presión constante sobre sus adversarios, creándoles una pavorosa situación de tierra quemada, talando sus árboles frutales, salinizando sus cosechas, bloqueándoles los suministros, envenenando pozos, incendiando molinos y arrasando literalmente aquellos pueblos o ciudades que se oponían a una rendición.

El avance constante de los cristianos era favorecido por las luchas fratricidas entre los familiares de la dinastía nazarí con aspiraciones al trono. Por un lado, el emir Muley Hacén y su hermano El Zagal estaban enzarzados en una guerra a muerte por la sucesión, mientras el Reino de Granada se volatilizaba lentamente. Por otro lado, Boabdil el Chico tenía vínculos directos con su padre y su tío y era el tercero en litigio. Anteriormente, Boabdil había sido apresado en una escaramuza. Hacia el año 1483, los Reyes Católicos le habían devuelto su libertad a cambio de vasallaje, pero sus rivales directos en la lucha por el poder le habían amenazado con males mayores de seguir situado en su atípica relación con los cristianos.

A partir de ese año de 1483 y tras una campaña de erosión constante, Boabdil, el último rey musulmán en la península ibérica, acabaría mostrando la bandera blanca. Una larga guerra de escaramuzas, asaltos a fortalezas, asedios, incursiones y emboscadas acabaría con ocho siglos de turbantes en la península.

El rodaje de Gonzalo Fernández de Córdoba ante las futuras batallas que le acechaban, pondría a prueba su ingenio en el asalto a la plaza fuerte de Loja, que conseguiría rendir por hambre, sed e incendios provocados con pequeñas catapultas con carga de brea encendida.

Casi al final de la contienda, su actividad diplomática sería determinante, fomentando la división de los grupos nazaríes que resistían en el que fue Reino de Granada. Tras la rendición de la ciudad, acompañaría a su último monarca en su postrer viaje antes de que se refugiara en África. Granada sería la puesta a punto para los lances venideros de esta factoría humana de imaginación e ingenio a raudales. Su valerosa actitud sumada a sus dotes de mando serían ampliamente recompensados por los Reyes Católicos, con encomiendas, señoríos y otras dádivas.

Italia, el escenario donde nace el héroe

Para 1495, tres años después de acabada la guerra en la península, el sedentarismo y apoltronamiento estaban haciendo mella en un espíritu vital y creativo. Por ello y por orden del rey, se embarcó hacia Nápoles, donde se estaba pergeñando una guerra con mayúsculas. Sus consignas eran claras; había que bloquear el avance francés y su voracidad imparable para hacerse con territorios que no les correspondían de ninguna de las maneras. Carlos VIII, a la sazón rey galo, invadió el Reino de Nápoles con un potente ejército que quedaría como fuerza de ocupación.

Ambos bandos reivindicaban ciertas regiones y el cobro de rentas y tributos. Finalmente las disputas devinieron en escaramuzas, y de estas se pasó al enfrentamiento armado, comenzando de esta manera la Segunda Guerra de Nápoles (1501-1504), ya bajo la férula de Luis XII, hijo del fallecido Carlos VIII.

Al finalizar la Guerra de los Cien Años el ejército francés estaba considerado como el mejor de Europa. Su piedra angular era su prestigiosa caballería. Carlos VII, en aquel entonces rey de Francia, sustituyó paulatinamente el apoyo de los nobles por unidades regulares alistadas y pagadas con tributos del Estado; se reforzaba así la autoridad real, eliminando

la dependencia de la conspicua nobleza, que estaba siempre trajinando favores.

Su creación, la de Carlos VII, hacia mediados del siglo xv, pasaría a llamarse la *gendarmería*, acrónimo de *gens d'armes* o gente de armas.

Los gendarmes eran la fuerza de choque por antonomasia del ejército de Francia, una suerte de caballería pesada muy entrenada, y estaban a las órdenes directas del rey. Básicamente, sus tácticas de combate en campo abierto residían en formaciones de líneas compactas, que, lanzadas contra el enemigo, eran terroríficas, no solo por el impacto visual, sino por la sensación de fin del mundo que acompañaba el galope de aquella fuerza infernal.

Por el contrario, en Ceriñola y, más tarde, en Garellano, la caballería del ejército español no tenía el mismo peso que la del ejército francés. En España, la caballería ligera provenía de una larga tradición cuyas tácticas habían sido copiadas de los musulmanes, lo que implicaba una velocidad punta, el galope de los caballos árabes, de gran resistencia a las altas temperaturas, y de una agilidad propia de la raza equina peninsular.

Montados sobre sillas de origen árabe, de arzón elevado, los jinetes iban armados con venablos, arcos y ballestas cortas, y se protegían con escudos de cuero y madera tipo adarga, muy ligeros, para favorecer la esencial libertad de movimientos. Su cometido principal era el del reconocimiento del terreno y rapidísimas emboscadas, así como misiones de enlace. En combate eran temibles por su capacidad de lanzar su armamento a una distancia de defensa garantizada y huir rápidamente causando unos daños terribles sin tener prácticamente bajas. Era una caballería que quizás podría calificarse de fantasmal y ubicua.

Pero un cambio de era amanecía en el sur de Italia, entre la Apulia y Calabria, donde estaban desembarcando las tropas españolas para poner las cosas en su sitio.

En este punto se hace necesario destacar que la incorporación de las espingardas y arcabuces para mejorar la capacidad de fuego de la infantería española sería determinante como apuesta de futuro. A todo esto hay que sumar que en los últimos años de la Guerra de Granada, los Reyes Católicos habían contratado unos pocos cientos de mercenarios suizos, muy diestros en

los ataques cuerpo a cuerpo. El aprendizaje de las técnicas de estos centroeuropeos penetró hasta el último escalón de los rudos infantes hispanos.

La diferencia entre Francia y España sobre este particular, residía en que mientras los franceses se limitaban a contratar a los mercenarios en situaciones puntuales, en España era la propia infantería la que había asumido y mejorado el modelo suizo. Inicialmente las armas de fuego individuales eran pesadas, de lenta recarga y con una capacidad de acierto muy limitada, lo que obligaba a aguantar el tiro casi hasta la distancia de cincuenta metros, lo cual suponía tener una sangre fría considerable para no entrar en pánico.

Todo esto hacía que las tropas estuvieran sometidas a un entrenamiento continuo, no como en el caso de Francia, que en tiempos de guerra tenía que coger a los campesinos a lazo para enrolarlos por las buenas o por las malas.

Las atribuciones en el ejército español estaban muy definidas y altamente especializadas. Mientras los piqueros se encargaban de configurar densos bosques con sus picas, manteniendo alejado al enemigo y frenando las cargas de caballería adversarias, los rodeleros, armados con espada corta y un escudo mixto de madera y metal, tenían encomendada la misión de infiltrarse en las líneas de los cuadros adversarios —la mayoría de las veces a rastras—, y causar todo el daño posible a corta distancia gracias a su armamento adaptado para estos menesteres. Los arcabuceros y ballesteros actuaban como una combinación de tonos y semitonos en un piano, disparaban de manera compacta, ora en una dirección, ora a discreción, barriendo las filas enemigas con descargas cerradas, causando una mortandad tremenda.

Con las tareas bien hechas y el aprendizaje de la Guerra de Granada en la faltriguera, el Gran Capitán despejaría Calabria y Basilicata de franceses y decantaría a su favor la fase inicial de las hostilidades.

El 26 de abril de 1503, en Barletta, Fernández de Córdoba había reunido de urgencia a sus mejores capitanes. Salvo Diego García de Paredes, Diego de Mendoza y los hermanos Colonna, dos condotieros (profesionales de la guerra) de gran prestigio, la opinión generalizada era la de salir a combatir a los franceses sin más dilación, ahora que habían recibido los ansiados refuerzos; no obstante, Gonzalo de Córdoba discrepaba, puesto que, a pesar del sustancial incremento de la tropa con los refuerzos de los lansquenets

alemanes, prefería acantonarse en Ceriñola y obrar con cautela. Tenía una intuición muy fina.

Tras ocho meses de relativa inactividad, en los que las guerrillas causaban un profundo desasosiego e impotencia a los galos, y para evitar el cada vez mayor hacinamiento en el campamento español, el día 27 de abril se dispuso el abandono de Barletta. Para pasar la noche, se eligió un lugar de resonancias épicas en medio de un cielo nítidamente estrellado, donde en 216 a. C, otro grande de la milicia —Aníbal Barca en la Segunda Guerra Púnica—, en manifiesta inferioridad de condiciones, infligiría la mayor derrota recibida por Roma hasta esa fecha.

Enterado el duque de Nemours decidió salir de su cuartel general en Canosa, al encuentro de los españoles, para enfrentarlos en la llanura litoral colindante al Adriático, con tan mala fortuna para sus planes que el día anterior habían levantado el campamento y seguían a marchas forzadas hacia Ceriñola.

La travesía fue muy dura por las altas temperaturas que tuvieron que afrontar los muy entrenados lansquenets, que padecieron duramente la inclemencia del sol latino. Para evitarles este deterioro físico y psicológico, Gonzalo de Córdoba ordenó a la caballería montar al mayor número posible de miembros de estas tropas a la grupa de sus animales atajando una situación que se complicaba por momentos.

Dos horas antes de ponerse el sol, y seguidos a cierta distancia por patrullas francesas, llegarían a tiempo de guarecerse en la ciudad de Ceriñola, situada en una altura dominante, en las estribaciones de los Apeninos y a una distancia de unos 40 kilómetros del Adriático.

Esta ganancia de tiempo tan ajustada fue clave y permitiría preparar concienzudamente la defensa de la estratégica ciudad, cavando un foso de un metro de profundidad por casi dos metros de ancho, lo que facilitaba el tiro a los arcabuceros y ballesteros, con un mínimo de bajas y una ventaja incuestionable desde la altura dominante. Además, para desgracia de los atacantes, la ciudad estaba en un montículo muy bien protegido por la naturaleza rocosa del lugar y por miles de olivos que obstaculizaban la principal ventaja francesa: las maniobras de su caballería pesada.

Al día siguiente los franceses se dejaron caer por aquellos pagos, pensando que iban de excursión. En apariencia y tras recuperarse de la sorpresa inicial, los galos, que aportaban una caballería pesada que doblaba a la peninsular, y con una artillería que asimismo doblaba en potencia de fuego a la española, estaban por lo demás bastante equilibrados en cuanto a las fuerzas intervinientes. Su comandante, Luis de Armagnac, duque de Nemours, se las prometía felices, pero para las tablas que acreditaban su oficio y experiencia, quizás fuera demasiado optimista, a pesar de que consta que tuvo sus reticencias con su propio Estado Mayor sobre un ataque sin preparación previa.

Pero el Gran Capitán había hecho un pedido secreto a su rey, que a la postre sería decisivo en la crucial batalla. Cerca de dos mil arcabuces de última generación habían desembarcado en Lecce y los arcabuceros tenían un hambre canina.

Para detener a la caballería francesa, Fernández de Córdoba planteó una solución que se demostraría temeraria, pero de un resultado atroz. Los arcabuceros se situarían en primera fila sustituyendo a los alabarderos y piqueros, esto es, harían una defensa activa o adelantada. Detrás iría la infantería y la última fila, a la espera de intervenir oportunamente, estaría cubierta por la caballería pesada y ligera, un total de cerca de 2.500 jinetes. En el centro del dispositivo y controlando al detalle todos los aspectos del operativo, estaba él, sin casco y con la cabeza descubierta. Interpelado por sus capitanes por esta anómala situación, se expresó de la siguiente manera: «Los que mandan ejército en un día como hoy no deben ocultar su rostro».

El principio del fin

Cuando la caballería francesa, al galope y con una imprudencia más que inconsciente, inició su tremenda carga, daba la impresión de que se asistía a un creciente temblor de tierra. La mera visión de esta impresionante acción era motivo de pánico para cualquier adversario; pero la infantería española estaba psicológicamente entrenada para esta peculiar operación tan innovadora y nunca vista en los campos de batalla. Lamentablemente, una horrenda y feroz

salva de fuego derribaría a centenares de los caballeros de Francia, en un día aciago para sus armas.

Las balas —en sentido estricto, bolas de hierro parecidas a las postas— de los arcabuceros harían estragos en la famosa e invencible caballería pesada francesa. Para mayor desgracia, durante los preparativos de defensa, el foso había sido erizado de estacas en forma de trípode, que no permitían un salto limpio a los caballos, so pena de caer en el foso y ser capturados o muertos. Desesperados, los caballeros franceses intentaron buscar la ruptura del frente por varios lugares en la posición, pero esta era absolutamente impermeable a la voluntad de aquellos desgraciados, que caían como moscas. Tras varios intentos en vano, el comandante francés, Luis de Armagnac, duque de Nemours, involucrado en el asalto, perecería con honor.

Derrotada la reputación de invencibilidad de la caballería pesada, quedaba la infantería, que sufrió enormes bajas bajo la acción de las espingardas y arcabuces de aquellos Tercios embrionarios. Cuando una parte de esta infantería francesa llegó a las primeras líneas españolas, el Gran Capitán retiró todas las bocas de fuego de primera línea para protegerlas de la acción del acero adversario. A continuación, la entera infantería española cargó contra el desconcertado y falto de liderazgo ejército francés, sometiéndolo a una espantosa e inmisericorde carnicería. En menos de una hora, más de tres mil seres humanos, con sus expectativas, sueños y desgracias, pasarían a mejor vida.

Fue una victoria arrolladora y sin excusas. Ejemplo de imaginación, de arte táctico, la batalla sería impecable para los ganadores. La preparación, la fortificación previa, la elección de los tiempos de intervención de los diferentes cuerpos y las diversas cadenas de defensa garantizaron una resolución favorable a las armas de Fernández de Córdoba, a partir de ahí, casi un Dios para la tropa. Esta brevísima batalla demostraría que la infantería «existía».

Los soldados que configuraban lo que se dio en llamar posteriormente los Tercios se dividían en tres cuerpos con diferentes atribuciones; uno eran los arcabuceros, otro, los rodeleros (unos soldados con una armadura ligera dotados de espada y rodela, un pequeño escudo circular muy manipulable y a

su vez arma de ataque y defensa de origen árabe), y finalmente estaban los piqueros, lansquenets alemanes muy diestros en parar a la caballería adversaria con las picas frenadas o clavadas en tierra. En todas sus actuaciones, el Gran Capitán usaba una amplia panoplia de recursos, evitando la guerra frontal al tiempo que utilizaba tácticas de lo más originales y variopintas, producto de una mente fértil en imaginación y administradora de sus limitados recursos.

Admirado por la población civil y adorado por sus hombres, esta especie de titán reencarnado, némesis de Francia durante años, acabaría desempeñando el cargo de virrey en Nápoles.

Para finales del año 1503, españoles y franceses volverían a batirse en las inmediaciones del río Garellano, donde este héroe de España dio buena cuenta de las tropas del marqués de Saluzzo. La casi totalidad de Italia quedaría en manos de los españoles durante los dos siglos posteriores, con la salvedad de los Estados Pontificios y de las repúblicas norteafricanas de Florencia, Venecia, Génova y demás.

Para desgracia de nuestra nación, Gonzalo de Córdoba tenía una debilidad: era un pésimo contable, y este aspecto, que podría haber sido obviado por su rey, sería determinante a la hora de ser relevado de su puesto. Eso, por un lado; y por otro, que la muchedumbre que le admiraba hasta la adoración lo quería como rey de Nápoles, lo que creó suspicacias que se elevaron a la categoría de rumores sin fundamento, pero fueron dados como veraces. Jamás deseó tal cargo y su fidelidad a los reyes estaba más que probada. Otra cosa, es que no supiera sumar dos más dos.

Para mayor abundancia de controversia, el rey de Francia, a quien había derrotado en innumerables ocasiones, le ofreció la dirección de su ejército. Asimismo, su santidad el Papa de Roma quiso hacerse con sus servicios cuando ya estaba desahuciado por el rey. Él siempre dijo no a estas tentaciones. Cierto y notorio que desde su humilde personalidad, Gonzalo de Córdoba era algo «pasota» en lo tocante a proporcionar una regular información a sus majestades, algo que enervaba a Fernando el Católico enormemente, lo que es comprensible desde el punto de vista de la testa coronada.

Lo cierto es que no existían unos registros contables dignos de tal nombre y la claridad en la gestión de fondos brillaba por su ausencia. Cuando el rey le llamó a capítulo para considerar este tema el Gran Capitán se sintió humillado y le desgranó las batallas ganadas con inferioridad de recursos y por ende, el prestigio para la corona. Tras este sonado rifirrafe, Gonzalo de Córdoba dirigiría al rey un memorial conocido como las «Cuentas del Gran Capitán».

En un tono de ironía sardónica salpimentada de bastante mala leche, cabe recordar por montaraz y divertido el texto que en su tiempo y *a posteriori* se hizo famoso por el cachondeo que se traía y que no es otro que el que sigue a continuación. En esencia, las cuentas incluían en el capítulo de gastos y dispendios partidas tales como: «Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas españolas. Cien millones en picos, palas y azadones. Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar a las tropas del mal olor de los cadáveres enemigos, cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas en un día de combate, ciento setenta mil ducados en renovar campanas destruidas por el uso de repicar cada día por las victorias conseguidas...». Y lo mejor: «Cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino».

No es extraño que el texto haya pasado a la historia, porque no tiene desperdicio.

Tras esta agarrada, Fernando de Aragón, ofendido por el alcance del afilado verbo del Gran Capitán, decidió hacerle un espacio en el vacío. Discretamente lo separaría del virreinato de Nápoles acabando sus gloriosos días de guerrero infalible; acallado y olvidado en el cloroformo de la indiferencia.

Su reforma de lo militar duraría siglos. Su herencia tangible traspasaría fronteras. La formación constante y sostenida de las tropas, el manejo de las armas de fuego individuales rozaban una sincronización suiza en el engranaje de aquella letal maquinaria. Súmese el entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo, las marchas, la habilidad en la construcción de las fortificaciones individuales y colectivas, el profundo sentido de equipo, etc. Estaríamos hablando directamente de una revolución militar en toda regla. Y no solo eso, podíamos añadir la habilidad en las descubiertas y emboscadas en situaciones

de inferioridad, cuando era necesario evitar el campo abierto y cuando no se podía, y la invención de las espadas cortas para introducirse en las líneas enemigas de vanguardia en medio de un choque de alabarderos, causando enormes destrozos en la infantería enemiga. Un ejemplo de su ingenio, demostrado en docenas de ocasiones, era el perfeccionismo que pedía a sus soldados.

La reforma del ejército fue completa. Su fina observación y su apreciación de la configuración de la guerra adaptada a las nuevas exigencias modificarían las técnicas de combate hasta depurarlas al máximo. La combinación del movimiento y la potencia de fuego de las armas individuales obraron milagros. Las compañías de arcabuceros acabarían desplazando en importancia a otras alternativas como los piqueros, alabarderos, rodeleros, etc. Su increíble y adorada infantería era un ente que infundía pavor allá donde se presentaba. Nunca infravaloraba al adversario y ningún detalle escapaba a su aguda observación.

En una ocasión, en el bosque de Cellito, aldeaño a Ceriñola, cerca de quinientos ballesteros reconvertidos en caballeros, o viceversa, anudaron las quijadas de sus propios animales con el fin de que no pudieran relinchar para no ser delatados. El golpe de mano surtió efecto y la mortífera lluvia de flechas generó una matanza de antología en la retaguardia enemiga. Era muy constante no solo en la exhaustiva preparación de los suyos, sino también en la guerra psicológica; el temor que infundía Gonzalo de Córdoba a sus adversarios no solo era real, sino también reverencial; por eso, el propio rey de Francia y el Papa se quisieron hacer con sus servicios cuando le fue aplicada la ley del silencio. No en vano era el mejor.

Este extraordinario soldado y excelente organizador sería a la postre el creador de un ejército incontestable, que escribiría durante el siguiente siglo y medio páginas gloriosas que rozaron a la par maestría y excelencia, para prestigio de la historia de España. Militar absoluto, convirtió la infantería española en una formidable máquina de combate, que cambió la acción tradicional enquistada en un funcionamiento casi secular y obsoleto, en el que imperaba la caballería y el número dominante de efectivos para garantizar la

victoria, dando un protagonismo central a los infantes, carne de cañón en otras épocas.

Al final de sus días, Gonzalo de Córdoba sería nombrado gobernador de Loja, una pequeña ciudad horizontal por aquel tiempo, con unos seis mil pobladores, donde permaneció retirado en espera de que el rey volviera a llamarle, cosa que nunca llegó a ocurrir.

Su valedora, Isabel de Castilla, había muerto en el frío noviembre de 1504 y sin su protección, los chuscos intrigantes de la corte del rey católico eran ya un poder consolidado en la sombra. En 1515 el Gran Capitán enfermó de cuartanas.

Tercianas y cuartanas eran fiebres que tendían a diezmar a la población. No eran mortales de necesidad, pero te dejaban «baldado». Se desconocía su causa, y el mal comenzaba con un malestar general, fiebre progresiva que desembocaba en un cuadro crítico con escalofríos y sudores, como si de una montaña rusa se tratara; pero lo más relevante era la depresión que acompañaba al sujeto afectado por estos estados febriles. Tras unos días de aparente alivio, las fiebres volvían a la carga con mayor ímpetu. No existía cura alguna para ello, aunque los médicos de aquel entonces eran conocedores de pequeños alivios puntuales, tales como paños fríos, friegas, purgantes, sangrados, etc. Más tarde, ya en el siglo XIX, se concluyó que la libertina hembra del mosquito *Anopheles* era la causante de tamaños desmanes. Con el tiempo, aquella pérfida y malvada enfermedad se llamaría malaria.

Es a partir del siglo XVII, tras la conquista y colonización española de Mesoamérica y Sudamérica, cuando se encuentra un remedio eficaz contra la enfermedad. Los indígenas amerindios pulverizaban la corteza de un árbol llamado quino y tras pasarlo por mortero lo consumían con una especie de melaza, pues, a palo seco, el producto era infumable. Aquello vino a llamarse con el tiempo quina o la «medicina de los jesuitas».

El caso es que este soldado invencible sería finiquitado por un mosquito cabroncete y sin escrúpulos que se valió de su taimada pequeñez y silencioso funcionamiento para adueñarse de la vida de un valeroso hijo de España.

En Granada, buscando un cambio de aires alentador y benigno que beneficiara su delicado estado de salud, el primer día de diciembre del año

1515 se fue a explorar otras posibilidades en el cosmos, junto a las otras estrellas, con la esperanza de encontrar la paz de la eternidad.

2. LA BATALLA DE GARELLANO, FRANCIA POSTRADA

La nieve era suave pero pertinaz, llegaba a formar una espesa cortina de pequeñas plumas blancas o de volutas de algodón en una lenta caída, casi sin gravedad; parecía algo etéreo, como el vacío pariendo un sudario amable para los caídos en combate, que se contaban por millares. La sangre, fluido de vida, se mezclaba lentamente con aquella blanca alfombra que desgranaba la creación para disimular u ocultar sus imperfecciones. Más de ocho mil seres humanos habían cruzado la frontera de la realidad sin visado alguno, así, por las bravas, en una de las batallas más cruentas que se recuerdan en los anales de la historia.

El terco simulacro del vacío intentaba materializarse en aquellos cuerpos inertes, de manera que pudiéndolos cubrir con su intangible fantasmagoría, pareciera que no había ocurrido nada. Como si la historia se pudiera meter bajo una alfombra. Los dedos manchados de la muerte, en su mortal erosión, en su avidez de vidas ajenas para mantener su estatus, no reparaban en crear una ficción de paz después de aquel terrible combate donde dos potentes ejércitos, en un enfrentamiento antológico, habían combatido defendiendo un pabellón mientras los surcos de la tierra se anegaban del rojo de la vida, del rojo de la muerte.

Aquellos cuerpos huérfanos, habitantes ya de la brevedad, mostraban sus ojos al abismo en un intento de comprender la locura. Eran, a la postre, almas que habían consumido sus cuerpos a las órdenes de la tiranía de los hombres de metal; los nobles, los caballeros, la aristocracia florida de los *chateaux* del Loira, del propio rey, insensible al clamor de la extenuación de aquellos desgraciados que yacían ahora mostrando sus castigadas entrañas carentes de lo más básico, compasión; compasión hacia quienes son el sustento de la nación y no carne de cañón como pretendían sus amos. Nada de rozarse con

masas con poca higiene, de compartir espacio con gente de poco lavar, prescindibles a los ojos de aquella aristocracia de engolados amorales. Además, Francia estaba saliendo de un feudalismo atroz y el campesinado se encontraba soliviantado ante los atropellos de sus dirigentes; y ya se sabe, cuando las cosas se pueden poner feas en casa, la solución es una guerra, claro está, y esta no solo desaloja y desahoga el descontento doméstico, sino que a la par, distrae a elementos «indeseables» que afean la contabilidad nacional, enfrentándolos con unos inventados malvados que, como los levantiscos locales, son prescindibles y, por lo tanto, objetos arrojables a las fauces de la guerra y sus asombrosas propiedades laxantes para depurar contratiempos inoportunos.

Una exhibición del patriotismo de los engalanados caballeros de Francia rodeados de hermosos estandartes que no interesaban a nadie, salvo a su desbocado narcisismo, hacía evidente que sus obscenos patrimonios salían de las espaldas de aquellos desgraciados que iban en primera línea. Pero es lo que tiene el miedo a rebelarse, que no nos convierte en cobardes, pero sí en esclavos.

Ese era el caso de la primera Francia recién salida de la época oscura, y por ello, como no encontraba una colocación digna en sus aspiraciones internacionales de *grandeur*, necesitaba un papel en la historia más apropiado que el que protagonizaba en aquel tiempo.

Cuando la puntual violencia del invierno vino para ocultar sobre aquel lienzo en blanco las atrocidades humanas, la frágil munición de la existencia, había dictaminado que el infierno era endotérmico por su capacidad de absorber el calor de aquellos desgraciados fenecidos por razones inasibles e incomprensibles, que solo conocían Dios o Satanás, que quizás, estuviesen jugando una amigable y entretenida partida de ajedrez en algún lugar perdido del cosmos, donde la moral o la ética no forman parte del reglamento del juego.

El día anterior a la oscura noche de la muerte, aquellos miles de soldados cazados a lazo para formar las levadas con las que dar de comer al Gran Devorador habían sido instruidos para morir por una buena causa, que es lo más humano que se puede hacer. Aquello se presumía que iba a ser como un

Ragnarök o batalla del fin del mundo, al menos así se lo habían vendido a la tropa francesa sus amos. En los últimos días del último mes del año 1503, el llamado Gran Capitán, un ser titánico emergido de la imaginación de una diosa en periodo de fertilidad, había ejecutado en pocos, calculados e imaginativos pasos la sentencia de muerte del descomunal ejército francés, incordio que comenzaba a parecerle aburrido de solemnidad.

Los franceses no remitían en sus reclamaciones territoriales en Italia, y en vez de resolverlo por vía diplomática, prefirieron acudir al hierro. Pero enfrente estaba el que probablemente haya sido uno de los mayores genios militares de la historia; Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán.

Prolegómenos de la batalla

En el tramo final de la Segunda Guerra de Nápoles se dio la llamada Campaña del Garellano. Hacia mediados de junio, a raíz de la invasión de un enorme ejército francés (en torno a veinticinco mil hombres) que intentaba reacomodar la situación tras la durísima derrota infligida por las huestes de Gonzalo Fernández de Córdoba en el anterior mes de abril, la necesidad de los galos de lavar su honor se hacía más que apremiante.

En el momento en que esto estaba ocurriendo, el general de los ejércitos españoles en Italia estaba de camino para tomar la impresionante fortaleza de Gaeta, en teoría inabordable por estar rodeada por mar en un abanico de más de doscientos grados y porque su cordón a tierra, el istmo, era inatacable por lo cerrado del ángulo de respuesta y la sangría que podía producir ante cualquier amenaza desde ese tramo.

Esta amenaza, la proveniente del norte, obligaría a realizar un repliegue táctico al gran general español, hacia el este del río Garellano, ocupando varias plazas fuertes, entre ellas la rocosa e imponente de Montecasino, cuyo milenario monasterio sería arrasado un 14 de febrero de 1944 por los aliados en un acto de barbarie incuestionable.

En esta parte del río, articuló una modélica estructura defensiva en profundidad, con cantidad de trampas para la caballería, de modo que la infantería propia pudiera capturar el máximo de caballeros galos, para, tras la

probable derrota, negociar en mejores condiciones los términos de la presumible rendición franca. Todos los intentos de vadear el río fueron cercenados de raíz por la tropa española, que combatió con denuedo hasta la extenuación.

A mediados de noviembre de 1503, los ejércitos españoles y franceses estaban cara a cara, pero separados por el flujo del río Garellano. El marqués de Saluzzo comandaba aquel descomunal ejército que quería vengar la afrenta infligida hacía pocos meses, algo más al sur, en Ceriñola. La zona en la que se iba a dirimir la batalla estaba rodeada de terrenos pantanosos, insalubres, con olores indescriptibles, una lluvia incesante, un frío espantoso y un cuadro de enfermedades, hambre y erosión psicológica insoportable.

En el bando español, las dificultades de abastecimiento eran más que notables, los suministros no llegaban fluidos al frente por la enorme elongación del Mediterráneo desde Barcelona hasta el sur de Italia; mientras que para los franceses era tan fácil como recibirlos por la inexpugnable fortaleza de Gaeta. El tiempo apremiaba. Todo apuntaba a tres opciones más que evidentes: un final inminente e imprevisible a través de un ataque sorpresa, una retirada de ambas partes a los acuartelamientos de invierno o un enfrentamiento definitivo de desenlace incierto. Los franceses eran más, pero los españoles habían demostrado una actitud de combate y un entrenamiento impecables.

El Gran Capitán sabía de las consecuencias de la erosión del tiempo si se quedaban de brazos cruzados, y en consecuencia tomó su decisión. No quería esperar a la llegada de la primavera, puesto que suponía postergar una decisión que no permitía mucho más análisis, dadas las enormes limitaciones de suministro que podían convertir una teórica igualdad en una pesadilla.

La providencial llegada de refuerzos desde Nápoles por obra de Bartolomeo d'Alviano, fruto del acuerdo al que llegó Fernando el Católico con la familia Orsini, venía a paliar la inferioridad cuantitativa de los españoles. La ratonería de Gonzalo Fernández de Córdoba empezó a surtir efecto. El plan que se traía entre manos el cordobés pretendía hacer creer al marqués de Saluzzo que abandonaba el campo de batalla, máxime cuando días antes habían comentado deliberadamente en voz audible en las proximidades

del cercado en que tenían a los prisioneros franceses capturados en anteriores escaramuzas, que andaban muy escasos de viandas y municionamiento. Aquello era una estratagema para dejarlos posteriormente huir mediante un simulacro de borrachera de los españoles, que convenció a los capturados franceses de que era el momento de levantar el vuelo. Obviamente, Saluzzo entendió que no querían plantear batalla los españoles y se dio por satisfecho.

Con su proverbial picardía, realizó algunos desplazamientos de tropas que indicaban claramente a los exploradores franceses una voluntad de retirada hacia el sur en dirección al Volturno. Entonces comenzó la cadena de errores de los franceses.

Se relajó la vigilancia, se desplazaron soldados y oficiales hacia la retaguardia para permitirles un descanso tras una semana de escaramuzas. Tras acordarse una tregua de Navidad durante los días 25 y 26, y a la vista de que no había movimientos destacables en las filas del adversario, los franceses dieron por finiquitado el tema. Mientras tanto, la gran tormenta estaba al caer. Muchos puntos estratégicos cerca de Gaeta y el Garellano habían sido tomados en la noche del 26 y el 27 sin que los franceses se percataran en absoluto; comenzaba así la leyenda de los famosos encamisados, los cuerpos de operaciones especiales de los Tercios.

Bajo la dirección del vasco Juan de Lezcano, se habían diseñado unos pontones de madera con remaches tipo Lego, de fácil elaboración y rápido ensamblaje; con ellos debidamente armados y un centenar de mulas alcarreñas se pretendía cruzar el río, sin despertar sospechas, a una hora determinada de la noche.

En esa noche precisa del día 27, el ejército español estaba creando las condiciones óptimas para establecer una cabeza de puente en la orilla opuesta del Garellano, concretamente en el pueblo de Suio. Durante todo ese tiempo se estuvo armando contra reloj el puente para cruzarlo al amanecer del día siguiente.

La disciplina, el compromiso, la implicación de la tropa española indicaban el refrendo de aquellos versos de otro soldado ilustre que con un tizeretazo *ad hoc*, en esencia venían a decir más o menos algo tal que (*sic*): «Caudal de

pobres soldados; que en buena o mala fortuna, la milicia no es más que una religión de hombres honrados».

La idea genérica no era otra que la de crear un caos total en el ejército francés con la sorpresa de un ataque inesperado por un lado, con acciones de distracción en apariencia equívocas e incoherentes a primera vista, pero con un grado de coordinación muy profundo.

Por un lado, el ejército de Alviano, pura caballería ligera, sería la vanguardia que cruzaría el Garellano a través de los pontones de Lezcano, para flanquear a los galos por el lado más próximo al mar. Luego, un cuerpo central al mando del propio Córdoba se introduciría profundamente en las filas adversarias, como una cuña, atravesando de un lado a otro al adversario sin más propósito que entrar como puñales a la carrera, y crear una conmoción en la desprevenida tropa francesa. Fernando de Andrade y Diego de Mendoza quedarían en la cercana población de Cintura para atravesar el puente que habían intentado a su vez tender los franceses, y con la pretensión de que una vez cundiera el pánico y el desconcierto por el ataque en dos frentes muy próximos, donde la tropa adversaria se vería rodeada por la caballería española, se alimentara la idea del caos. La última posición francesa cercana a Suio estaba al norte y en ella se escogería un tramo fluvial de escasa profundidad fuera del alcance de la vista del enemigo. Al amanecer se desencadenó el infierno.

Ataque al alba

El 28 de diciembre, con un dormir nulo y en la antesala del ataque sorpresa, los tres mil hombres de D'Alviano cruzaron con una celeridad asombrosa el puente recién tendido. Inmediatamente, los siguieron Diego García de Paredes junto a Pedro Navarro, con unos dos mil arcabuceros, y más de un millar de rodeleros seguidos de un simbólico contingente de caballería pesada y otro más nutrido de caballería ligera al mando del condotiero Próspero Colonna, un habitual de las filas españolas desde antiguo, que abría paso al Gran Capitán al mando de unos dos mil lansquenets teutones.

Las guarniciones francesas destacadas en Suio, algunos ballesteros normandos no profesionales con un entrenamiento más que dudoso, no opusieron resistencia alguna ante aquella avalancha de fuego y flechas que cubrían el cielo recién despierto con una espesura que anunciaba la catástrofe por venir. La desbandada era generalizada y el acoso al que fueron sometidos los fugitivos no cesó hasta el crepúsculo. Aquella noche, los españoles se dedicarían a consolidar el terreno conquistado reforzando las alturas ante la segunda fase de la batalla.

Saluzzo, atónito, recibía las malas nuevas con cuentagotas, como si le estuvieran arrancando los pelos del bigote uno a uno, por lo que puso sus barbas a remojar y se retiró a la aparentemente inexpugnable Gaeta en condiciones muy duras por la sorpresa infligida por las tropas españolas.

Trenes de artillería, carros con impedimenta e innumerables soldados sorprendidos en paños menores, serían capturados sin más durante una tormenta de una violencia extrema que había convertido la zona en un barrizal, trampa que dificultaba la huida de aquella desprevenida tropa gala ante el furibundo y sostenido ataque español. Durante la huida, los franceses habían transportado río abajo hacia el mar Tirreno varias piezas de artillería, con el propósito de llevarlas a Gaeta; para regocijo de los españoles, acabarían hundidas en medio del cómplice oleaje que en aquel aciago día no estaba a favor de los galos.

Pero el panorama empeoraba por momentos. Durante la mañana y en medio de una lluvia diluviana, y de un barrizal que más bien parecía una sudoración extrema de la tierra, las tropas españolas entraron en el campamento francés cuyos restos arrasaron sin detenerse. La persecución del marqués de Saluzzo era la prioridad absoluta, por lo que se le ordenó al hábil Colonna imprimir una persecución memorable en una de las marchas forzadas más recordadas y extenuantes de la historia.

Con objeto de evitar la huida y la previsión del seguro atrincheramiento en la fortaleza de Gaeta, se decidió una maniobra envolvente por ambos flancos. Alviano, más al norte, bloqueaba el entero flanco izquierdo de las tropas francesas en retirada. La maniobra de pinza estaba a punto de caramelo y todavía quedaba lo peor. Las tropas de Andrade llevaban un ligero retraso con

el acabado de los pontones, ya que el flujo del agua del río era muy fuerte por las lluvias caídas durante el día.

Pero antes de Gaeta —la seguridad añorada ante la que estaba cayendo—, había que cruzar el paso de Mola, un auténtico cuello de botella que Saluzzo no había previsto, pues pensaba que todo lo que estaba ocurriendo no iba con él, ya que no había previsto una derrota de esa magnitud. Nuevamente, la reciente crecida del río que debían salvar había convertido el tránsito en sumamente inseguro, y ahí, precisamente ahí, fueron cogidos sin posibilidad de maniobra. Vadearlo se antojaba imposible y cruzarlo a través de un endeble puente de dura y rígida confección de esparto anudado era viable, pero no permitía transferir toda la tropa desde el embudo.

Viendo la situación, Pierre Terrail, caballero de la vieja guardia y paladín de Francia, con actuaciones sobresalientes durante la campaña, decidió jugarse el todo por el todo. La noche anterior, cubriendo la retaguardia ante el permanente acoso de la caballería ligera española, decidió vender cara su vida. Muy mermado por la constante erosión de las escaramuzas del día anterior y sin descanso alguno para la ingesta o cualquier forma de evacuación fisiológicamente perentoria, el agotamiento había hecho mella en aquellos valientes caballeros.

Con esos mimbres, acometió a la vanguardia de Colonna, a la que hizo retroceder, creando un colapso a la infantería dirigida por el Gran Capitán, que iba inmediatamente detrás. Afortunadamente, los lansquenets que marchaban sin formación y dispersos en aquellos momentos, conseguirían reorganizarse formando cuadros cerrados en medio de aquel lodazal. La siguiente carga que lanzó Terrail, fue el canto del cisne. El francés no conseguiría superar la cerrada formación de los piqueros germanos, cuya sólida disciplina infligiría un terrible desastre en la caballería pesada gala.

Andrade y Mendoza llegarían con un desfase de cerca de tres horas al campo de batalla, por las dificultades de superar la crecida del río y las consecuencias implícitas de un retraso que podría haber supuesto un grave problema a la infantería, que había respondido en todo momento de acuerdo con lo se esperaba de ella. Su presencia decantaría finalmente la victoria hacia el lado español.

Entretanto, Alviano enfilaba hacia Gaeta a uña de caballo. Saluzzo, cuya dejadez o figurada omnipotencia presumían una victoria regalada en base a la superioridad numérica inicial, pensó seriamente que podía quedar definitivamente rodeado, de tal manera que ordenó la retirada general. A la postre, la caótica huida en la que perecieron cerca de dos mil soldados —prisioneros aparte— y la pérdida de una ingente cantidad de material militar, convirtieron el campo de batalla en un lienzo apocalíptico. Los cadáveres sin enterrar, cientos de soldados deambulando sin dirección u objetivo alguno, abandonados a su suerte y desarmados por las tropas españolas eran la consecuencia no solo del ataque sorpresa y la engañifla urdida por el Gran Capitán, sino la certificación de la incompetencia de un militar, Saluzzo, que no estuvo en ningún momento a la altura de la situación.

Los últimos kilómetros de la persecución rozaron la apoteosis. Ya confluyendo en Mola, sobrepasaron al bien preparado y hábil mercenario genovés [Bernardo Adorno](#), enviado por el marqués de Saluzzo en un intento desesperado de retrasar lo inevitable, arrollándolo sin contemplaciones.

La bella ciudad de Gaeta estaba colapsada por la cantidad de refugiados que huían del frente, y en horas quedaría cercada. Ante la envergadura de la derrota y la valoración del desastre, ante la incapacidad para evitar un cañoneo sostenido y las previsibles minas que tarde o temprano acabarían poniendo las gentes de Gonzalo Fernández de Córdoba, ante la incapacidad de responder de manera proporcional y perdida toda iniciativa y ya sin artillería con la que presentar una mínima opción de defensa digna de tal nombre, los franceses harían una oferta de rendición, acelerada por un posible brote de fiebres cuartanas y su probable corolario de epidemia dentro de la fortaleza. La oferta sería aceptada el día 1 de enero de 1504.

Tras firmar la capitulación y efectuado el intercambio de prisioneros, se acordó la libre salida de las tropas francesas hacia el norte, vía tierra o por mar según estableciera el criterio de Saluzzo y su oficialidad. Gonzalo de Córdoba alivió parte de sus raciones de campaña para que los más enfermos tuvieran asistencia, proporcionando enormes cantidades de galletas ácidas y recolectando fruta en el entorno para mermar el castigo de los sitiados, que finalmente pudieron salir de Gaeta en algunas cocas, mientras el resto, el 90

por ciento, lo hacía por tierra en condiciones harto deplorables. En un invierno extremadamente duro y rodeado de la hostilidad de la población local, a la que durante el viaje de ida habían expoliado el ganado y los silos y aligerado de propiedades de valor, padecieron enormes penalidades durante el trayecto. De entre los embarcados, una enorme cantidad de ellos moriría a bordo a causa de la malaria probablemente contraída en la fortaleza de Gaeta ante el hacinamiento y las pésimas condiciones de salubridad del interior. Para el resto, el eterno camino hasta la frontera con Francia sería un calvario de atrocidades, pues la memoria de los lugareños era larga. La venganza de los civiles ante aquella procesión de muertos vivientes rozaba el sadismo puro y duro. El hambre terrible que padecieron estas gentes en su retirada fue inenarrable, pues caían por centenares. Enfermedades de comorbilidad, solapadas sin contemplaciones en medio de aquel escenario dantesco, habían hecho su aparición cebándose sobre aquellos desgraciados. Según cálculos controvertidos y muy probablemente inexactos, por la fiabilidad relativa de las fuentes y sus cifras encontradas, se cree que pudo retornar a Francia entre la tercera y la cuarta parte de los efectivos que comenzaron la batalla, unas pérdidas escalofriantes para una potencia tan arrogante.

Garellano sería el punto de inflexión tras el que el rey de Francia tomaría la drástica y dolorosa decisión de abandonar la guerra contra España. Las duras repercusiones militares, políticas y de imagen para los galos rozaban la tragedia. La previsible falta de respeto del conjunto de naciones de la época ante la debilidad militar de los galos en los escenarios bélicos en los que se habían movido y, sobre todo, el saldo de derrotas ante los españoles fueron la consecuencia de las decisiones de Luis XII. Las contundentes e inapelables derrotas sufridas en el Rosellón y la Segunda Guerra de Nápoles, más el arrastre de la memoria de las otras derrotas sumadas en la Primera Guerra en el mismo escenario bélico se hacían insoportables para el erario y los súbditos que no entendían la pérdida de cosechas propias en pos de las aventuras reales en territorios y conflictos que no les vinculaban a ellos, el pueblo, de ninguna manera con las veleidades de sus señores.

En enero de 1504 el embajador de Francia firmaría en Santa María de la Mejorada, curiosamente en un pueblo llamado Calabazas, un pacto de no

agresión con los Reyes Católicos. Posteriormente, en Lyon, Fernando el Católico ratificaría con su famoso sello de lacre en faltriquera, el finiquito oficial de la Segunda Guerra de Italia, pasando el entero Reino de Nápoles a manos españolas. La situación política de España enormemente prestigiada por las innumerables derrotas infligidas por las tropas del Gran Capitán, los Tercios y su temible entrenamiento y recursos, aseguraba una firme posición en Italia, dejando al norte de Roma una miríada de pequeñas repúblicas y ducados —Venecia, el Milanesado, Florencia, etc.— que quedaba como estados tapón ante futuras agresiones.

Sería la última batalla en la que participaría Gonzalo de Córdoba. Sus tácticas se perpetuarían en sus herederos militares, desde los Alba hasta Spínola, desde Flandes a Lepanto e incluso en la lejana América, los Tercios dejarían una impronta indeleble junto con el resto de sus concepciones militares.

El conjunto de la oficialidad que tuvo el honor de servir a sus órdenes en las guerras de Italia tomaría nota de sus genialidades. La ejecución y desarrollo del inicio de la batalla del Garellano, es considerada a día de hoy como una de las maniobras envolventes más impecablemente elaboradas en los anales de la historia militar y se sabe por las memorias (más bien apuntes de campo) de Erwin Rommel, que el celebrado y trágicamente suicida mariscal alemán durante la Segunda Guerra Mundial, según cita el historiador militar Anthony Livesey en su magna obra *Grandes jefes militares y sus batallas*, tenía a Gonzalo de Córdoba como un referente en sus acciones de armas con el Afrika Korps. De hecho, en la batalla de Gazala en Libia, durante una de las operaciones en la guerra del desierto, en junio de 1942, este brillante militar alemán usaría un calco de las maniobras de flanco y envolventes de la batalla de Garellano. Igualmente, Napoleón desarrolló toda una teoría antes de ir a parar con sus huesos a la isla de Elba, basada en las acertadas decisiones del Gran Capitán, hecho reconocido por él mismo ante uno de sus más preciados generales, Dupont.

Tanto Gonzalo de Córdoba como Rommel y Napoleón, con escasas y puntuales excepciones, se saltaron estas consignas del manual de un buen estratega. Para conseguir la superioridad numérica y focalizarla en toda su

intensidad sobre el punto elegido para el ataque principal buscaban alternativas que no supusieran debilitar otras zonas, y ello solo podían conseguirlo genios, gente con un talento sobrenatural, con una visión de conjunto de la posición y con una recopilación de información en tiempo real y actualizada, por eso el Gran Capitán pagaba el espionaje y a los exploradores con atenciones y prebendas especiales, por la importancia que para él tenía esta faceta preliminar de las batallas.

La semblanza mejor conseguida de este genial militar quizás sea la que refleja el historiador José Enrique Ruiz-Domènec: *El Gran Capitán. Retrato de una época*, lectura muy aconsejable por la cantidad de matices que imprime y que retrata al protagonista con una fidelidad casi exacta y tal vez algo apasionada, lo cual no va en demérito del interesante perfil de este talento único en la historia militar.

Lamentablemente, ya sabemos lo que le acarrearía su famoso enfrentamiento con Fernando de Aragón, el rey católico y las consecuencias derivadas de ello. Mas no es óbice para rendir culto a uno de los nuestros, más allá de los tejemanajes políticos que una urdimbre de envidiosos tejieron contra él.

Este referente militar estudiado en las grandes academias militares fue introducido por el famoso mariscal Zhúkov, némesis de la decadente Alemania a partir de 1943, en Frunze tras el final de la Segunda Guerra Mundial, por entender que era un militar de concepciones brillantes y de reacciones improvisadas de un talento indiscutible.

Probablemente, el Gran Capitán haya sido, junto con Blas de Lezo, uno de los grandes titanes reencarnados que más ha nutrido la mitología militar española de todos los tiempos y con mayor proyección universal.

3. OTUMBA, LA MADRE DE TODAS LAS BATALLAS

Al parecer, todo había comenzado tras una trifulca entre el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, y un Hernán Cortés que soñaba con hechos de armas gloriosos. Hacia finales de 1518, Cortés sería puesto al mando de una imponente armada con la que intentaría llegar a la costa este del actual México, para la conquista de la región.

El caso es que un buen día, sin autorización de su superior jerárquico, levó anclas así como quien no quiere la cosa y desapareció hacia el oeste por su cuenta y riesgo. Cuando el gobernador se enteró de la «movida», montó en cólera y le empezó a salir humo por la cabeza, un humo muy negro.

El 10 de febrero de 1519 salió Hernán Cortés de La Habana con once buques, seiscientos hombres de armas muy bregados —muchos de ellos provenientes de los Tercios—, perros de presa, caballerías y una fuerte dotación de agua dulce y manduca para un mínimo de un mes; dirigiéndose a la isla de Cozumel frente a Yucatán, donde llegarían causando un impacto descomunal entre los lugareños, que, atónitos, asistían a una manifestación marciana. Seres metálicos que brillaban al sol, que venían en extrañas naves y además eran barbudos tipo Jeremías.

Cuando los españoles llegaron a Mesoamérica ya era el Periodo Posclásico de la cultura maya y los rastros de aquel Imperio mágico y enigmático eran pura fragmentación. Además, hubo algunos conatos de reacción por parte de los divididos mayas, que en un intento de enfrentamiento con Cortés salieron bastante escaldados.

El caso es que al emprendedor extremeño no le fue mal. Con aquella aguerrida tropa logró derrotar a los aborígenes en sucesivas batallas donde se demostraría la superioridad tecnológica y de las tácticas tan ensayadas desde la época del Gran Capitán. Pero el plato fuerte sería el del rumor permanente, llegado por distintas fuentes, de que en el interior de aquella profunda jungla

existía una ciudad donde había oro abundante y encima era considerado como una baratija. Por ello, a Cortés se le abrieron los ojos como platos y se puso manos a la obra.

El caso es que de camino a la capital del Imperio azteca, Tenochtitlán, el emperador Moctezuma, que creía estar tratando con divinidades, se relajó y le dejó paso franco hacia el interior de la probablemente más bella urbe de la América precolonial. De momento, llegar a aquella hermosa ciudad horizontal y flotante de cerca de 250.000 habitantes les había costado un esfuerzo descomunal, a pesar de la división y enfrentamiento de las tribus periféricas y casi todas vasallas a regañadientes de los mexicas o aztecas. Las inestimables ganas de ajustarles las cuentas a los poderosos que habitaban en la gran ciudad lacustre, habían llegado a un punto crítico cuando los españoles aparecieron en el mapa de América para poner un poco de orden en aquel *totum revolutum*.

Pero el agraviado enemigo al que se la había jugado en Cuba no vivía más que para la venganza. Diego Velázquez, abrumado por los éxitos del emprendedor extremeño, decidió dar un golpe de autoridad sobre la mesa.

El éxito de Cortés era para Velázquez como una tortura china. Consolidado como amo absoluto de Cuba, decidió armar una gigantesca flota de dieciocho navíos, naos y carabelas, con novecientos hombres, cerca de un centenar de caballos, un número similar de ballesteros, artillería y ganas de aplicarle un buen correctivo al provocador de su maltratado ego. El gobernador de Cuba, Diego Velázquez, movilizaba todos sus recursos despechado y desesperado por la osadía y la supuesta traición de Cortés, pero, al parecer, el viento de la historia —que no de las naves— operaba en contra de él.

Hacia las costas de la actual república mejicana se dirige Pánfilo de Narváez en un viaje tranquilo hasta que toca arena. A sabiendas de que no superaría un enfrentamiento con el millar de hombres que enfrentaba su oponente, Hernán Cortés se puso manos a la obra y trazó un plan para conectar con los oficiales afines del bando adversario a espaldas de Narváez, a muchos de los cuales conocía, o directamente eran amigos suyos. De modo discreto, algunas cartas lacradas fueron llegando a sus destinatarios, proponiéndoles integrarse en sus tropas.

Les habló de su legitimidad, avalada por la conquista de Tenochtitlán y obviamente de los grandes beneficios que les comportaría hacerse socios de su expedición. Prácticamente, se hizo con la complicidad de casi toda la oficialidad al mando de Narváez. Nueva e ingrata sorpresa para Diego Velázquez, que veía otra vez cómo le arrebatava la cartera el de Medellín.

En este punto, Hernán Cortés podía haber esperado a que los acontecimientos se sucedieran sin más, pero decidió rematar la faena con un ataque combinado —su particular plan B—, debilitado su adversario por la generosa oferta de integración en su curtido ejército. Un 28 de mayo, muy temprano y con los primeros trinos de los exóticos pájaros caribeños, con un primoroso fondo orquestal de cacatúas a pleno rendimiento, atacó el campamento en el que se ubicaban Narváez y sus adláteres en Cempoala (Veracruz).

Gonzalo de Sandoval, compinche de sueños de Medellín, capturaría a Narváez, que junto con algunos oficiales sería llevado a prisión sin más dilación. Así ocurrió, que Cortés se encontró con unos refuerzos adicionales que le vendrían de miedo para las campañas del futuro. Los navíos serían desarmados, retiradas las velas, instrumentos de navegación y timones, dejándolos prácticamente para el desguace u otros usos.

Mientras tanto, Cortés, con sus huestes ya reforzadas —cerca de mil seiscientos hombres sumados los de Narváez—, más una fiel y adicta masa de más de treinta mil guerreros tlaxcaltecas cabreados tras años de ser tributarios en doncellas, jóvenes en edad de combatir, pagos en grano y animales, se dirigían hacia Tenochtitlán, hostigados por los aztecas, pero con paso perseverante y sin fatiga, inasequibles al desaliento.

En este punto, se hace necesario recordar que los enemigos que se habían granjeado los aztecas eran innumerables. Txitximecas, tlaxcaltecas, totonacas, e incluso mayas residuales, eran usados como pueblos tapón que les servían de amortiguadores ante cualquier invasión imprevista a la par que les permitía estar perfectamente entrenados para la guerra. Llegadas las campañas de verano, las razias para la captura del material humano para los terroríficos rituales se ponían en marcha.

El funcionamiento de la «guerra florida», era un acto que consistía en aprehender con vida durante el combate a los desgraciados que debían subir al altar del sacrificio en la gran capital del horror, Tenochtitlán. Pero esta peculiar actividad no les era útil con los hombres de Hernán Cortés. Cortés, en la etapa temprana del desembarco en Yucatán y durante las acciones sucedidas hasta Otumba, no solía hacer prisioneros básicamente porque era un ejército —el español—, en constante movimiento y no podía permitirse el lujo de acotar espacios para los cautivos y distraer tropas para proteger a estos prisioneros. Para entendernos mejor, aquello era la guerra total. Pasado el episodio de Otumba, y ya metido en cintura el contrincante, sería más piadoso con los vencidos.

Asimismo, Cortés había detectado fallos en las defensas del ejército mexicana, tales como que cuando en combate caía un jefe de clan, todo el grupo que le acompañaba se retiraba. Ello le llevaría a dar órdenes estrictas de liquidar a los emplumados líderes, habida cuenta de que eran la calidad y matices del plumaje los que definían el rango del liderazgo.

Mientras tanto Pedro de Alvarado, sospechando que en la fiesta principal del Tloascal se estuviera cociendo un levantamiento, decidió cortar por lo sano seiscientas cabezas de nobles en la llamada Gran Matanza del Templo Mayor, provocando el consiguiente enfurecimiento de la masa, que reaccionó ante aquel desatino del español con una vehemencia desatada. La hueste hispana se tuvo que refugiar en el palacio de los príncipes para hacerse fuerte; pero el asunto de la manduca era su debilidad y Cortés tardaba en llegar. La cosa estaba bastante fea.

Cortés llegó, sí, pero cuando los hechos eran irreversibles y optó por utilizar a Moctezuma como escudo profiláctico contra la ira de la muchedumbre enardecida. El caso es que, al parecer, el emperador azteca recibió una pedrada de tal calibre que quedó en fuera de juego para los restos. El populacho estaba incontrolado.

En la noche del 30 de junio de 1520, Hernán Cortés, tras una semana de sitio con muy mal pronóstico, decide salir por el camino de Tacuba hacia el este del lago Texcoco, de forma subrepticia y de puntillas. Tras ser descubiertos allá en el alba del día 21 cuando faltaba muy poco para el amanecer, una ingente

cantidad de mexicas se abalanzó por «tierra, mar y aire» sobre los fugitivos españoles. La vanguardia se salvaría, pero el resto fue diezmado en un cuerpo a cuerpo antológico y lleno de abnegados y heroicos sacrificios de muchos soldados y mandos que sabían perfectamente que de esa no salían vivos. Finalmente se salvarían no más de quinientos soldados. La tragedia era, desde cualquier punto de vista, antológica.

La retirada hacia Tlaxcala fue un episodio dantesco. Con su mermado ejército de hombres exhaustos por marchas forzadas y sometidos a un hostigamiento asfixiante por bandas de mexicas bien engrasadas para la venganza, los peninsulares combatían a cara de perro en un acto de supervivencia pura y dura. De caer en manos de aquellos demonios, sería inevitable una muerte atroz.

Huyendo hacia el norte, pasaron por Otumba para internarse en territorio tlaxcalteca, una zona amiga que jamás les traicionó y que en el peor momento de Cortés estuvo a la altura del compromiso de fidelidad y amistad pactado. Cortés, en su vertiente diplomática así como en la de estrategia consumado, era un hacha. Había creado una mancomunidad de matrimonios mixtos entre varias docenas de soldados propios y lozanas y ligeras de indumentaria doncellas locales, que habían llenado de orgullo a los indígenas de referencia y obviamente alegrado la ruda vida de los españoles.

Con estos aliados incondicionales rodeados en toda su geografía por territorios mexicas, era con los que el conquistador había hecho piña desde los primeros instantes de la empresa americana, y con él estuvieron en los momentos más complicados de la guerra contra los aztecas.

Los tlaxcaltecas tenían sólidas razones para aniquilar a los mexicas-aztecas, ya que los últimos llevaban años exterminándolos, expoliándolos y, en definitiva, capturándolos vivos para efectuar sus macabros rituales en ocasiones marcados por las evisceraciones cardíacas sin contemplaciones y en directo, o más sencillamente, para darse sonados festines con los restos de los interfectos, e incluso si era menester, echar una partidita de frontón-futbito con las testas de los desgraciados que habían caído en sus manos. De locura no, lo siguiente.

Pero a la guerra no se va en chanclas y bermudas; la guerra es así y siempre lo será, descarnadamente cruel e inhumana; es la representación del horror en estado puro. La guerra es fea, la guerra es la madre fácil de la carta blanca. La guerra es la ausencia de principios con honrosas excepciones, la guerra es el todo vale. No hay excusas que sean indulgentes con los actos de los hombres, más allá del miedo atroz al adversario y al mando propio en un escenario de absoluta barbarie donde la compasión brilla por su ausencia. Viudas, violaciones de la intimidad más profunda, huérfanos, mutaciones radicales de la cómoda realidad, ausencia de un Dios benigno y bondadoso digno de tal nombre, llantos por doquier, la tempestad del horror y odios extremos hacen que la guerra sea el único escenario posible en el que se pueda localizar el infierno y no en otro incierto lugar.

A esta atmosfera de descubrimiento mutuo, con dos concepciones de lo militar muy opuestas y con marcada superioridad de una de las partes, se enfrentaban las «novedades» traídas desde lo que se ha dado en llamar Occidente; había que añadirle el descubrimiento de la pólvora en aquellas latitudes y de los estragos que esta podía manifestar. Así como el canibalismo en muchas de las áreas en las que se actuaba causaba un grado de alerta anormal ante un ataque sorpresa, unas reducidas pero eficaces medidas de defensa técnicamente bien ejecutadas y letales para sus adversarios conjuraron esta extraña amenaza local, si bien era cierto que eran conscientes de que en cualquier momento podían ser carne de parrilla.

En ocasiones y antes de llegar a Tenochtitlán, cantidades importantes de guerreros autóctonos emplumados hasta las cejas se arrojaban sin previo aviso sobre la ordenada pero siempre alerta columna a la que en algún momento, en angostos parajes como vados de río, puentes de liana, o abundante foresta, rodeaban por todas partes, salidos por ensalmo de la verde madre tierra. Hubo escaramuzas a vida o muerte, que se resolvieron a base de espada y horas extra, quizás incluso con más violencia extrema —por el contraste entre la naturaleza tan exuberante y la locura humana— y probablemente más trascendentes que otras batallas que se dieron en aquel tiempo y aquellas lejanas latitudes.

Tras lo dicho sobre la muerte de Moctezuma, y la posterior Noche Triste, había que reivindicarse, pues la reputación estaba por los suelos y el enemigo podía subirse a la chepa como en efecto ocurrió.

Otumba, la hora de la verdad

Como César en Alesia, Hernán Cortés se lo jugó todo en un enfrentamiento decisivo. Sí, Otumba fue quizás la madre de todas las batallas de la época e inclinó definitivamente la suerte del futuro de América. Lo previsible era que los aztecas hubieran ganado y, quizás a pesar de sus bárbaras costumbres, la América indígena habría seguido independiente; pero a veces el talento, la genialidad, la maestría en un arte —y la guerra es la más terrible interpretación de este vocablo—, obran milagros.

A la postre, el destino no es lo que nos espera, sino lo que provocamos. El empecinamiento y la tozudez de Cortés eran legendarios.

Un impresionante ejército de cerca de 40.000 guerreros según unas fuentes, según otras podía llegar hasta los 90.000 y a decir de otras más exageradas, llegaría a contar hasta los 150.000, les dio alcance en las llanuras de Otumba, mediado julio, cuando calor y humedad eran la misma sustancia.

La lluvia de flechas y lanzas se contaba por millares y parecía una plaga de langostas saliendo hacia las filas españolas como una nube gris de mal augurio. La mayoría se clavó en tierra de nadie, mordiendo una zona infértil, pues la distancia no permitía mayor precisión. Aquella marabunta comenzó a avanzar imbuida de un griterío infernal. Cortés era ecuánime y tranquilo, un observador nato, y no tenía prisa.

A la distancia de cien metros entre los dos bandos, levantaría su espada indicando la única dirección posible. Los imponentes perros de presa serían soltados en primer lugar. El arranque en velocidad de estos canes y su porte colosal causaban en las filas adversarias una sensación de impotencia sangrante. Sin tiempo de reacción, los aztecas recibirían una descarga cerrada, y otra, y otra, y otra... La formación de las tropas españolas era compacta y el temido cuerpo a cuerpo no acababa de presentarse. Fue entonces cuando una potente galopada de la caballería puso en desbandada a aquella multitud en

medio de una carnicería de proporciones bíblicas. El segundo al mando tras la muerte del emperador azteca Moctezuma, el llamado Cuactilhuac, quería aniquilar a los invasores a cualquier precio antes de que llegaran a las tierras de sus cómplices los tlaxcaltecas. La artillería se había perdido íntegramente y la capacidad de respuesta estaba más que mermada por la extrema fatiga de la tropa, pues se funcionaba a marchas forzadas. Era una situación ideal para entregar la vida a la muerte, ya que el momento psicológico era óptimo para que los mexicas dieran el golpe determinante a aquella tropa desgarrada, que no derrotada. En la desamparada llanura, el ejército azteca cortó de cuajo cualquier opción al ejército español.

Pero enfrente quedaban la autoconfianza y el proverbial arrojo de las tropas que habían combatido (y triunfado) contra los franceses en Italia, y el comodín de las novedosas tácticas de los Tercios ensayadas en Ceriñola y Garellano y que tan buenos resultados habían dado. Cortés lo sabía y sabía también que podían apelar a aquellos recursos militares para vender caras sus vidas. Pocas alternativas frente a un ejército que parecía un océano ululante, que impresionaba por el cromatismo de sus uniformes y el bloque compacto que formaban en aquel desolado lugar, donde no había resquicio para una retirada posible, pues el cerco mexica era completo.

Conforme las tropas avanzaban hacia un destino incierto, el ritmo de las plegarias musitadas por los infantes de la primera España sobrecogía en aquel escenario de muerte. Poco más de un millar de hombres, situados de espaldas al sol como única ventaja táctica, y encerrados literalmente en una colina en la que el único apoyo que tenían era el de los incondicionales tlaxcaltecas y un orden de combate hermético pero asimétrico ante la innumerable hueste adversaria. Las crónicas, contradictorias o exageradas deliberadamente, o técnicamente inverificables por la imposibilidad de hacer un conteo mínimamente razonable, apuntan a que en el durísimo enfrentamiento había entre 40.000 y 150.000 aztecas —según Hugh Thomas y cronistas de la época como el traductor biográfico de Cortés, Jerónimo de Aguilar—. En una batalla aparentemente desigual, el muy superior superior ejército mexica se enfrentaría a otro ejército técnicamente más preparado y que por momentos recordaba a los hombres de Jenofonte en *La Anábasis* mientras de forma

compacta cruzaban los miles de kilómetros que hay entre Persia y su madre patria, Grecia.

Sin tiempo para reaccionar, los aztecas recibirían descargas cerradas, una detrás de otra. Mientras los preciados arcabuceros cargaban la protegida pólvora, rodeada de sal para evitar la hostil humedad ambiental, los ballesteros actuaban en el entreacto o paréntesis con una precisión encomiable. En verdad, era una sangría en la que los tlaxcaltecas actuaban como fuerzas de retaguardia y permitían que en el intramuros de los cuadros formados por los piqueros, arcabuceros y ballesteros, hubiera ciertas garantías que les permitieran actuar con la coordinación necesaria para multiplicar eficacia y resultados.

La mayor potencia de fuego, entrenamiento, motivación, la necesidad perentoria de supervivencia y una retaguardia casi inexistente que les cubriera las espaldas correspondían a la parte española. No había marcha atrás ni margen para la especulación. Entonces, todo comenzó.

Otra vez aparecería el innato ingenio, el don de la oportunidad y esa visión tan aguda que se propone cuando las situaciones son tan radicalmente extremas que solo con golpes brillantes pueden ser resueltas.

Algo más de un centenar de perros mastines leoneses y alanos configuraban la primera línea de ataque de la hueste peninsular. La segunda línea estaba integrada por corpulentos arcabuceros, que de verse desbordados podrían usar las horquillas de apoyo en los más que previsibles cuerpo a cuerpo que sin duda se darían contra aquella descomunal masa adversaria de la infantería local. A eso había que sumarle una tercera línea compuesta por una cincuentena de jinetes sobre ágiles caballos árabes, que aguardaban la orden precisa para iniciar el asalto con las espadas prestas. Esto sucedía el 8 de julio de 1520, con el sol despuntando en aquellos críticos a la vez que solemnes momentos.

El silencio previo a la orden de ataque era sepulcral, y tan solo se veía roto por las plegarias musitadas por la tropa ante la trascendencia de aquel instante. La muerte era palpable, y con su lacerante componente de incertidumbre, el recuerdo de los seres queridos y el sentido de identidad y equipo inherente ante la idea de vivir el último momento en una tierra lejana,

convertían aquel extraño pasaje de la existencia en crucial y único. Los que sobrevivieran, pasarían a la posteridad en cuerpo y alma, los que no, también, pero ya sustanciados en el éter. La cohesión de la tropa tenía visos de comunión casi mística en la antesala de la eternidad.

La Guerra Florida, una forma de combate extrema

Los aztecas eran unos peculiares guerreros que infundían pavor en cualquier campo de batalla, pero que tenían una escandalosa debilidad táctica que los convertía en extremadamente vulnerables para quien alcanzara a entender sus códigos de combate. Hernán Cortés, con su políglota intuición, lo sabía.

Esta debilidad se basaba en que solían invertir muchos hombres para la captura de un solo combatiente adversario, ya que el objetivo esencialmente no era otro que el de echar mano al máximo de prisioneros para luego proporcionarles en el altar del sacrificio el pasaporte a la eternidad en medio de un delirante alborozo de la turbamulta local, que gozosamente asistía a aquella suerte de ceremonia macabra en la que, en medio de inútiles aspavientos, pateaban aquellos atribulados cautivos, que veían cómo su atroz finiquito se materializaba sin posibilidad alguna de escabullirse. Si así ocurría y alguno de los capturados para aquel aquelarre u orgia de sangre intentaba escaquearse, el populacho lo retornaba otra vez a la imperfecta razón de las escalinatas sagradas pródigamente regadas por la viscosa sangre de los que les habían precedido en aquel paroxismo de horror.

Los rituales sacrificiales recordaban por momentos las huelgas fabriles japonesas de embudo. Miles de cabezas ofrecidas a un dios despiadado convocaban a una exaltada muchedumbre como hipnóticos adoradores, para segar a un ritmo de más de un centenar de cabezas cualquier fin de semana en temporada alta, para mayor regocijo del populacho, mientras millares de interfectos se dejaban el resuello en aquellas trágicas y tenebrosas escaleras de subida al altar del sacrificio, en tanto que la infernal máquina de decapitación azteca operaba cual reloj suizo a pleno rendimiento.

La peculiaridad de esta original forma de combate no era otra que la del uso de una táctica incomprensible a ojos de los occidentales, pero que con su

proverbial habilidad de estrategia consumado Hernán Cortés había detectado como debilidad a explotar. Esta táctica de combate requería un esfuerzo monumental que compensaba ampliamente a los aztecas, pues tenían estos el convencimiento de que se iba a tomar una gran cantidad de prisioneros españoles, que *a posteriori* ofrecerían más tarde como sacrificio a sus dioses comilones.

Las informaciones y evidencias sobre la superioridad enemiga eran abrumadoras. Los destacamentos más avanzados proporcionaban indicadores muy claros sobre lo que parecía apuntar a una aplastante crónica de una derrota anunciada para los osados invasores venidos del horizonte donde el sol se reencarnaba desde hacía miles de años.

Los exploradores avisaron a Cortés del descomunal ejército que les cortaba el paso hasta donde alcanzaba la vista, por lo que no había más alternativa que la de vaciarse hasta la extenuación en un combate de características épicas y a sabiendas de que la inapelable presencia de la muerte era una obviedad indiscutible.

Al comienzo de una de las batallas más asimétricas y desproporcionadas de la historia, Cortés y sus incondicionales dominaban un amplio montículo que *a priori* les daba una ventaja y desde el cual se veían los cuatro puntos cardinales del desolador panorama.

Una batalla para los anales

Buda dijo en un momento de su luminosa vida que el conflicto no es entre el bien y el mal, sino entre el conocimiento y la ignorancia. Esto viene a colación como respuesta a esta desigual batalla en la que hay que relativizar el término ignorancia en lo que atañe a los que la perdieron; pero a la vez entender que las ventajas que la tecnología bélica de la época y que la asimetría entre las técnicas de combate, a pesar de la inmensa superioridad numérica de los aztecas, favorecía a la tropa española, si bien es cierto que una llanura copada por miles de guerreros bloqueándola íntegramente, con un sellado asfixiante, no era un panorama que infundiera optimismo. La tropa peninsular sabía que

dependía estrictamente de sí misma, si bien había cerca de tres mil tlaxcaltecas como infantería ligera en segunda línea.

Ante la visión del cerco cerrado, la tropa de arcabuceros, una veintena de jinetes, cerca de un centenar de mortíferos ballesteros castellanos parapetados tras una fila de piqueros y la mencionada cifra aproximada de tres millares de incondicionales tlaxcaltecas, una infantería ligera extremadamente ágil y de una ferocidad legendaria, solo quedaba por afrontar el último acto.

El infernal griterío de los aztecas era sencillamente sobrecogedor y, al parecer, ya salivaban con la imagen de sus presas. Una vez rodeados los hijos de la naciente España, resistieron al principio los embates de la turbamulta recurriendo a la expeditiva acción de sus ballesteros, con una cadencia de tiro de cuatro a cinco flechas por minuto —que se dice pronto— y al fuego de los arcabuces, más lentos de recarga, pero igualmente letales, sumado todo esto a una defensa casi mística ante la inevitable muerte que se avecinaba, la concentración de la tropa peninsular subió enteros.

La infantería de los Tercios que habían peleado en Italia era de posición cerrada y aguantaba con solvencia las terribles embestidas de los aztecas, utilizando picas y espadas en un destajo mortífero, como en pocos cuerpos se ha visto en la historia. Protegidos por sus corazas y rodelas, podían aguantar el casi constante golpeteo del armamento ligero de los mexicas; las cargas se iban sucediendo a la par que rechazando, pero no se atisbaba una solución a aquel numéricamente desproporcionado enfrentamiento. El número de soldados enemigos parecía infinito y daba la impresión de que la aplastante lógica acabaría imponiéndose.

Entonces fue cuando Juan de Alvarado detectó en un pequeño altozano a un guerrero azteca, al parecer de una alcurnia y mando más que sospechoso, que dedujo podría ser el comandante de aquella multitud sedienta de sangre.

La oportunidad de lograr la victoria, pasaba por una arriesgada alternativa, todo o nada. Recordaban haber oído los castellanos decir a sus socios tlaxcaltecas que la pérdida del estandarte real decidía la batalla. A partir de ese instante todos los esfuerzos se orientaron a apoderarse de aquel singular y simbólico trofeo. Confiados en el pavor que infundía la caballería hispana entre los mexicas, los capitanes fueron convocados para tomar esta decisión a

vida o muerte. En situaciones extremas, vender cara tu vida es la forma más convincente de demostrar esa ferocidad reactiva de los que se saben ya condenados y que empíricamente no está exenta de una anormal saturación de adrenalina, que convierte a cualquier combatiente en una fiera, y máxime si se trata de un cuerpo a cuerpo, la forma más animal que ha dado la guerra.

Alonso Dávila, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y el propio Cortés habían diseñado una maniobra de distracción con una falsa salida de los arcabuceros en tanto que se aprestaban para darle un susto de muerte al cromático y emplumado jefe adversario.

El 8 de julio de 1520 llegaba a su desenlace una de las batallas más trágicas y brillantes por su impecable ejecución, al tiempo que de una brutalidad inimaginable por la enorme mortandad causada, que quedaría reflejada en su dramática grandeza en la historia de la conquista del «Nuevo Mundo».

La atronadora y decidida carga de caballería de los españoles no daría tiempo a los aztecas a que se repusieran de su inicial sorpresa. Los jinetes comprometidos en aquella heroica y suicida acción llegaron como una exhalación, sin detenerse durante el trayecto de un kilómetro aproximado hasta la posición donde estaba situado el palanquín del segundo del emperador caído. Una vez allí, no se sabe a ciencia cierta si Alvarado o Cortés, uno de ellos asestó un certero tajo en el cráneo al futuro interfecto, que lo sumió en un trance con desenlace sin retorno.

En medio de aquel enorme tumulto, un oficial de nombre Juan de Salamanca, próximo al lugar donde murió el caudillo azteca, se hizo con el estandarte entregándoselo a Cortés, quien, desde la altura de su caballería lo alzó de manera ostentosa, como una clara señal de victoria.

Este es el momento de colapso, el momento crucial, el *Big Crunch* de aquella terrible batalla. La anteriormente motivada y entregada tropa azteca, es invadida por el pánico y huye en franca desbandada, sin orden alguno y en todas direcciones. Los aztecas, al ver el máximo símbolo de su imperio en manos de la tropa enemiga, perecido el comandante Cihuacoatl —literalmente, una especie de valido o primer ministro a la vez que jefe del ejército—, y confundidos por el giro de los acontecimientos, pues se las prometían felices, rompieron filas huyendo como alma que lleva el diablo. En la posterior y

antológica persecución, la inmensa llanura de Otumba quedaría cubierta por más de cinco mil cadáveres, de seres que un poco antes estaban celebrando una victoria cantada. El enfrentamiento duraría cuatro horas y otras cuatro la subsiguiente orgía de sangre con categoría de carnicería, pues los aliados tlaxcaltecas no querían dejar títere con cabeza. El rencor entre las partes era añejo y secular.

En la crucial batalla de Otumba, una proporción muy reducida de combatientes pondría en fuga a un ejército asimétricamente colosal. El magisterio de Hernán Cortés y su especial dotación en lo relativo a la intuición militar darían con la tecla adecuada. El camino a Tenochtitlán, en un recorrido inverso, quedaría expedito. A cierta distancia, un ejército de tlaxcaltecas que aguardaban el incierto desenlace de la batalla quedaría convencido de los argumentos de Cortés y se unirían a él para los restos, actuando como exploradores, porteadores, al tiempo que hostigaban permanentemente al ejército azteca, su némesis.

Meses después, en el nuevo asalto a la capital Tenochtitlán, el hijo de Medellín no repararía en recursos, y en un derroche de imaginación asaltaría la urbe más grande de Mesoamérica por su zona lacustre —su defensa natural—, provocando una carnicería descomunal entre la población. Dicen los cronistas que era imposible drenar la sangre que afluía al tranquilo lago de Texcoco en el que estaba asentada la ciudad. El olor de los cadáveres en descomposición era insoportable y la matanza se había perpetrado en el asalto subsiguiente hasta que se consiguió aplacar a la levantisca población local. Hubo cerca de cuarenta mil muertos en los durísimos combates.

Actualmente, un túmulo conmemorativo en forma de cúpula rematada por una modesta cruz, lo recuerda en un recinto acotado y rodeado de agaves y tierra profusamente hendida por los arados anónimos de braceros y campesinos locales, que en extraña comunión, pretenden con sus arados y azadones orear la tierra y a los restos que allí habitan en la eternidad. Se sabe que varios miles de hombres abandonaron su último aliento vital en un año en el que se solaparon varios eclipses, dos de ellos, de luna.

Otumba y sus resonancias épicas e históricas, se convertiría en una de las batallas más estudiadas de los anales de la historia militar. Desde la

Academia Militar de Zaragoza hasta la francesa de Saint Cyr, la inglesa de Sandhurst, la rusa de Frunze y la norteamericana de West Point, centros donde la contemplan como un modelo de valor y de heroísmo sin parangón.

Hernán Cortés abandonaría su cuerpo en el mes de diciembre de 1547, y tras de sí dejaba una leyenda de proporciones épicas. España es un país que de héroes anda sobrado, y de memoria, falto.

4. BICOCA: LLEGAR, VER Y VENCER

Carlos I de España era en realidad un jovenzuelo cuando accedió al poder, pero también es cierto que les «levantó» los dineros a los castellanos para pagar unos favores a los electores alemanes y organizó una durísima represión contra unas fundamentadas reivindicaciones de los comuneros. Rápidamente se puso las pilas y comenzó a repartir mandobles a diestro y siniestro, sin reparo alguno. Tenía claro que era el que cortaba el bacalao y que le quedaba mucho para oxidarse. Y se puso manos a la obra.

Pero coexistía con un oponente envidioso que ansiaba lo que él: el rey de Francia, que no era un estratega *strictu sensu*, pero le «ponía» aquello de los ataques de caballería e ir al frente aupado en una ola de fervor bélico muy propia de una edad en la que narcisismo, ego y reto se confunden. Era asimismo un refinado valiente; pues no se le puede negar temeridad, pero con las entendederas algo damnificadas. El rey francés le había cogido ojeriza al Habsburgo, y en cuanto juntaba cuatro cuartos, ¡zas!, iba y montaba un sarao importante. Pero el emperador no era manco y sabía escuchar; algo muy a tener en cuenta cuando te rodea una pléyade de consejeros y militares de la categoría de los que le asistían en aquel momento.

El conflicto que estaba en ciernes tendría sus ejes de acción en la frontera entre España y Francia, pues el rey francés Francisco I pretendía ayudar a Enrique II a recuperar el Reino de Navarra, perdido en un lance contra el rey católico Fernando de Aragón, para así tener un reino vasallo y tributario a la par que un estado tapón en caso de algún contencioso con sus vecinos del sur. A este cuadro había que añadir que la expansión del Imperio español le estaba haciendo frente con éxito en varios lances y que las fuerzas imperiales se estaban apropiando la casi entera geografía de la actual Italia —cuando esto era un mosaico de ducados y repúblicas solamente—. La situación, sin duda, era preocupante para una nación que quería ocupar un sitio entre los grandes; y

Francisco I haría todo lo posible para que el Imperio español no lo tuviera fácil, incluso echando mano de recursos poco ortodoxos si era menester.

Dos derrotas muy severas y casi seguidas, Bicoca y Pavía, demostraron al gallo que, aunque Carlos era joven, contaba con temple y recursos sobrados, que era más maduro que él, y que sabía escuchar pacientemente a la miriada de asesores que sabiamente le proporcionaban soluciones prácticas sin demora. Francisco I, en su arrogante veleidad, era todo lo contrario, siempre hizo oídos sordos a la experiencia de la vieja guardia, como la historia demostraría con rotundidad.

Es el periodo de la primera guerra entre Francia y España (1521-1525). En aquel entonces, Francisco I controlaba el Ducado de Milán, del cual había sido arrojado Francisco II de Sforza, un aristócrata dado al mecenazgo y la buena vida. A consecuencia de ello, se crearán dos frentes. Por un lado, el franco-veneciano, dado que ambos tenían en común pretensiones anexionistas sobre el ducado Milanés; unos, por el este, los venecianos; los otros, por el oeste. Por el otro lado, Carlos I de España y V del Sacro Imperio haciendo buenas migas con el papa León X, el destronado Francisco II de Sforza y los lansquenets (milicias mercenarias alemanas) financiados por los margraves teutones y electores germanos vasallos del emperador.

A principios de 1522, una humillada Francia, cansada de recibir correctivos sin cuento por parte de los españoles, había montado un formidable ejército combinado de mercenarios suizos y huestes propias. Los mercenarios, cuya habilidad con las picas asombró durante mucho tiempo en los campos de batalla europeos, eran el no va más de la infantería del momento. Pero la historia tiene sus cambios de guardia...

Corría el primer cuarto del siglo XVI, y los dos pesos pesados del continente, Francisco I de Francia y Carlos I de España, se enzarzaban otra vez. Cuando comenzó este nuevo episodio bélico, allá por 1521, el Papa, que ya había visto cómo se las gastaban los españoles, prefirió optar por una alianza con estos, pues no hay que olvidar que la tropa peninsular venía dando cera desde el sur de la bota itálica en la Apulia y ya estaban a las puertas de Milán, importante posesión de los galos en la norteña Lombardía, después de hacerse 800 kilómetros repartiendo leña; aunque todo hay que decirlo, no de un tirón.

Les llevó lo suyo y cuando hicieron acto de presencia ya era tarde para sus enemigos.

Por un lado, el ejército papal en conjunción con los ejércitos españoles y un importante destacamento de soldados alemanes se concentrarían en Mantua. Próspero Colonna, probablemente el condotiero más famoso de aquel tiempo, fiel servidor de Carlos I de España, penetró en los territorios bajo control de Francia y se dedicó a una guerra de distracción y maniobras que mareaba al mando francés. Esto es, no daba la cara en campo abierto, pero con ataques sorpresa generaba una erosión constante al ejército galo.

Los prolegómenos

Comenzaba el otoño de 1521, y en el ejército de Lautrec se estaban dando deserciones masivas de los mercenarios suizos, cuya relación con los mandos franceses siempre fue muy compleja. Hay que entender, en el contexto de la época, que había mucha aristocracia de la bien parida entre los galos y que los suizos eran muy estrepitosos, y además, campesinos díscolos.

Viendo este panorama, el talentoso Próspero Colonna aprovechó la oportunidad y, al amparo del lado este de los Alpes, cruzó el Adda por Vaprio, una pintoresca población llena de viudas y huérfanos que vivían exclusivamente de la ganadería que les sería arrebatada y afortunadamente, pagada a buen precio. Colonna era un soldado excelente y protegía su conciencia en donde tenía espacio para ella.

Para Lautrec, la campaña finalizaba básicamente porque en el invierno no acostumbraban a pelear, eran muy finos; por esta razón, se amparó tras los muros de Milán hasta que escampase. Pero hacia noviembre de 1521, Próspero Colonna cambiaría las tornas de forma rotunda.

Ante la superioridad de las tropas imperiales, los franceses reclutaron un ejército de mercenarios suizos en cumplimiento del acuerdo que tenía suscrito Francisco I con ellos para que le abastecieran de soldados. Al tiempo, las Bandas Negras de Giovanni Medici, consideradas como uno de los mejores ejércitos mercenarios del momento por su excelente preparación, se ponían del lado galo.

Pero Colonna era de los que estaban en todo, era de otra madera. Conoce de sobra a los suizos y sabe que no se puede andar con zarandajas porque en el cuerpo a cuerpo son imbatibles. Por eso, tiene un plan. No lleva la guerra al terreno donde ellos son fuertes, no; busca las debilidades operacionales del adversario y da con la tecla.

En la noche del 23 de noviembre, lanzó un ataque fulgurante sobre la sorprendida ciudad, un ataque inusual por inesperado, ya que no era de buen *fair play* pegarse a bajas temperaturas. Los venecianos que defendían las murallas fueron cogidos por sorpresa y la tropa imperial hizo el Fosbury sin despeinarse. A continuación se produjo una masacre en las calles de la sorprendida ciudad, que sin tiempo para reaccionar tuvo que darse a la fuga por las puertas opuestas al lugar del que provenía el ataque. Colonna era un señor de la guerra con oficio y sabía perfectamente que en campo abierto no tendría opciones, por lo que tomó la mejor decisión posible y le salió redonda. Huelga decir que Lautrec salió a velocidad sostenida por la puerta de atrás ante lo que parecía el ataque de una hueste de demonios.

En ese momento, hacia el 10 de febrero de 1522, los suizos dejaban atrás Bellinzona en el Tesino y una semana después se dirigirían a recuperar Milán junto con la infantería de Gascuña y un fuerte contingente veneciano, un conjunto de cerca de treinta mil hombres, incluyendo el personal responsable de la impedimenta y la logística.

El vizconde de Lautrec era un sobrado general con experiencia en combate, pero a su vez con tendencia a infravalorar al adversario. Más formal y caballeroso que Colonna, era un oficial de escuela y largo recorrido.

Próspero Colonna, por el contrario, era un condotiero italiano —señor de la guerra—, un veterano curtido en la sustancia de la pólvora y unas cuantas batallas y escaramuzas que le habían dejado cicatrices sin cuento, además de un gran conocedor de los recovecos de la Italia del norte y sus peculiaridades orográficas. Muy ingenioso en el combate, sus hombres tenían una fe ciega en él y era muy próximo en el tratamiento a la tropa.

Hacia el 21 de febrero, Colonna, los mercenarios alemanes que había contratado y el ejército imperial, ya instalados tras darle el susto a la guarnición francoveneciana, se refugiarían en Milán. Tras reforzar las

defensas, esperó a ver qué hacía su oponente francés Lautrec. En este tiempo, Francisco Sforza, con un potente destacamento de refuerzos de lansquenets alemanes se unía a Colonna en Milán para reforzar la guarnición de la ciudad.

El intento de Lautrec de recuperar Milán era frenado por una nevada memorable. Aquella nieve de cerca de un metro de altura media impedía mover la artillería de los galos. Entonces, desde Milán a Pavía, un trecho de más de 150 kilómetros, el ejército francés comenzó a saquear indiscriminadamente a la población. Quizás, pensaban que Colonna saldría de su madriguera, mas no fue así.

Pero el problema era otro. Los suizos, que suponían la tercera parte del ejército francés, no eran dóciles y además estaban al borde de la insubordinación por temas menores. Temas como que la comida francesa llevaba mucho vegetal y poca chicha, que los caldos no aportaban nutrientes, que el desayuno no daba ni para una muela, que no les gustaba montar las tiendas de campaña —dormían al raso casi siempre— y tampoco les iba eso de cavar en la nieve. Lo que sí era cierto es que el mando francés estaba hasta la coronilla de la desobediencia de los mercenarios suizos, que no solo no eran fiables, sino que en el caso de un enfrentamiento con los españoles, no se les veía madera de combate.

Mientras los franceses en su debate con los helvéticos decidían si sí o si no, a las fuerzas imperiales se les había sumado uno de los famosos condotieros pertenecientes a la familia Sforza, muy comprometida con Carlos V por su fidelidad en compromisos previos y su seriedad en el combate, a los que se sumaban los curtidos españoles de Leyva, y las tropas vaticanas de Gonzaga. La obstinada tenaza se iba cerrando en torno a los galos y a su dirigencia, que estaban al albur de dos fuegos; la insurrección suiza y el frente verdadero, los españoles.

Pero Lautrec cometió nuevamente un error de bulto. Presionado por los mercenarios suizos, que más allá de la paga, vivían del saqueo, atacó Pavía. El problema residía en que Próspero Colonna, en esos momentos, estaba a muy escasa distancia, en una pequeña población llamada Binasco, esperando que los franceses se adentraran en la boca del lobo. Objetivamente hablando, los suizos llevaban cerca de dos meses sin cobrar, por la penalización del

crudo invierno, y habían perdido una sustancial cantidad de hombres por la severidad del clima en la zona y por enfermedades infectocontagiosas.

La realidad era muy otra

Cuando el 13 de abril Lautrec ordenó asaltar Pavía, los mercenarios helvéticos alegaron que era Domingo de Ramos y que, por lo tanto, no era un día idóneo para una matanza (y eso que les habían prometido el íntegro botín del saqueo). Tras la pertinente demora, al día siguiente se les conminó a que lo hicieran, y tampoco: alegaron que, como no cobraban, ni hablar del peluquín, que o apoquinaban los franceses o no se movían de sus vivac. La cosa empezaba a oler a chamusquina.

Entre marchas y contramarchas, sublevaciones de la levantisca tropa mercenaria, el clima que se las pelaba y un Colonna que estaba a la vista de la ciudad, pero en el lado opuesto, el 20 de abril el capitán Albert von Stein comunicó a Lautrec que no estaban dispuestos a que les tomara más el pelo. Ante la promesa de una paga doble y de la cercanía de un regimiento de la caballería francesa protegiendo los fondos, accedieron los mercenarios a ser sumisos por un rato.

Mientras tanto, Colonna, en acciones de ataque sorpresa y retirada fulgurante, hostigaba el convoy de aprovisionamiento que llevaba las pagas y las vituallas.

Los arcabuceros se cubren de gloria

Por entonces, las armas de fuego personales de avancarga, los mosquetes de postas y los alargados arcabuces con su horquilla bípode de apoyo y su famosa munición (Los doce apóstoles) se habían desarrollado técnica y tácticamente como para poder hablar de una revolución en el arte de la guerra. También es cierto que los alabarderos suizos tenían un buen entrenamiento, pues eran excelentes mercenarios y no dejaban escapar una trifulca, escaramuza o conflicto a favor del mejor postor. De rodaje, andaban sobrados.

Forzando al comandante francés más allá de lo que la prudencia exigía, le plantearon el típico truco o trato. O atacaban ya Pavía y se llevaban «muerto» el íntegro saqueo o, por el contrario, tomaban las de Villadiego. Y así fue; los helvéticos se impusieron al mando y, en dos grupos de cinco mil alabarderos, asaltaron la posición de los imperiales.

Fue un día aciago. Aproximadamente, cerca de tres mil arcabuceros españoles situados en primera línea dieron un vuelco a la historia. Las impenetrables columnas de alabarderos de la época tenían su máximo exponente en los mercenarios suizos; igual detenían un ataque de infantería que uno de caballería. Formados en cuadros de quinientos hombres, picas y alabardas en el exterior, desde el centro de la formación las ballestas disparaban a placer a aquellos que osaban circular entre formaciones. Pero eso pronto dejaría de ser así.

A la señal de ataque de los folclóricos y a veces escalofriantes cuernos de Uri, uno de los cantones matrices de la futura Suiza, y desobedeciendo las órdenes del comandante francés, una jauría humana asaltó Pavía. Al comienzo del enfrentamiento, los suizos dispusieron dos grandes formaciones erizadas de lanzas maniobrando con gran agilidad y en impecable formación. Aquello impresionaba. Durante la aproximación a las murallas permanecieron con paso sostenido, en un trayecto de unos 2 kilómetros sin el apoyo de su propia artillería, nuevamente sugerida como complemento previo al asalto por el general francés. Pero estos eran unos empecinados, lo que a la postre les costaría muy caro.

Los españoles habían preparado a conciencia el lugar donde se daría el atroz enfrentamiento, estaban atrincherados tras un muro de tierra frente a la carretera y aprovechando una profunda acequia que tenían delante y les servía de foso para ralentizar a la infantería en el momento crítico de hacer que la puntería fuera lo más perfecta posible. Tras el murete de tierra estaban los arcabuceros españoles, protegidos por piqueros alemanes, y los lansquenets de Frundsberg, un general de armas tomar. A un kilómetro, cerca de esta masa humana de guerreros en alerta, en la retaguardia, se encontraba Leyva, otro peso pesado al servicio del emperador. Finalmente, custodiando un estrecho puente romano, la única vía de acceso con opciones de ataque por sorpresa,

estaban los hombres de Sforza. La posición era un dechado de imaginación, pues Próspero Colonna se había flanqueado por un lago y un río, de tal manera que solo podía ser atacado desde el norte. Cualquier ataque por los flancos estaba descartado y toda la potencia de fuego podía concentrarse en un ángulo relativamente reducido.

Años atrás, en Ceriñola (1503), donde el Gran Capitán hizo uno de sus experimentos en el arte de la guerra, la disposición fue similar. En primera fila colocaba a sus arcabuceros en espera del avance enemigo. Lamentablemente, los franceses volvieron a subestimar a los españoles y sus aliados y volverían a cometer el mismo error; un ataque frontal contra una posición hartamente favorable del adversario y con el añadido de una potencia de fuego terrorífica. Así lo pagaron.

Los arcabuceros españoles estaban desplegados sobre un montículo, perfectamente mimetizados con el terreno, pero con un ángulo de visión de 180°. La favorable posición era perpendicular a la línea de ataque del adversario, y además, los españoles disponían de artillería ligera y munición abundante.

Su osadía la pagarían cara. Mucho antes de hacer contacto con las tropas imperiales cerca de un millar de ellos habían pasado a la gloria. Los españoles, con una cadencia infernal e ininterrumpida, iban disparando disciplinadamente en modo «escalera», por filas. La primera fila lanzaba su andanada mortal al tiempo que se retiraba tras la tercera fila y así, con esta sencilla técnica, por primera vez en la historia, las tropas del emperador abren una forma inédita de combate que llega para implantarse definitivamente.

La fama de los piqueros suizos era temible, y Próspero Colonna sabía que los tiempos se orientaban hacia un futuro donde las armas de fuego de uso individual iban a tener un protagonismo especial. Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, había creado una auténtica revolución en los ejércitos imperiales, y Colonna, Pescara, Dávila y otros generales sabían dónde apostar y seguir las nuevas tácticas heredadas de aquel gran líder militar muerto en la soledad y el olvido, desahuciado por su rey —Fernando de Aragón—, que no tuvo compasión de aquel enorme soldado.

Con esta premisa, mandó formar a los arcabuceros en primera línea; algo inusual, pues si los suizos llegaban al enfrentamiento cuerpo a cuerpo, los arcabuceros serían barridos sin contemplaciones. Pero no fue así, Colonna era esencialmente talentoso.

Los arcabuceros funcionaron como un auténtico pelotón de fusilamiento. Sus disparos, a miles, de una cadencia infernal, ralentizaban el ascenso por el terraplén o desmante practicado por los españoles. Los escasos suizos que lograron llegar a la cúspide del terraplén fueron bloqueados por los lansquenets, que no tuvieron problema en deshacerse de los que previamente habían filtrado sus compañeros arcabuceros.

Aquellos empecinados helvéticos sufrían fuego a discreción desde el terraplén, y a pesar de las bajas continuaron hacia las murallas de la ciudad con determinación. La pendiente que se les presentaba frente a su avance, les impedía focalizar su ataque, mientras desde la cómoda altura del collado los españoles disparaban a placer. En consecuencia, cargar contra los que ocupaban tan privilegiada posición hacía que se convirtieran en un blanco perfecto. Los arcabuceros, para no desperdiciar munición, creaban una tormenta de fuego rasante.

Pero detrás de los arcabuceros y a muy corta distancia, la primera fila de piqueros españoles, con unas lanzas de cinco metros clavadas en tierra y con la ayuda de los experimentados lansquenets, esperaban a aquella masa humana para darles el pésame. Fue una escabechina antológica. La artillería imperial borró en aquel día infausto a miles de aquellos valientes hombres. Colonna había excavado un profundo foso y lo había regado abundantemente de agua hasta convertirlo en un barrizal impracticable, lo que convertía el asalto a la muralla en un espectáculo de tiro al blanco por parte de la guarnición.

Como consecuencia de un disparo de arcabuz, uno de los comandantes suizos más aguerridos y valerosos, Winkelried, moriría en aquel desastroso asalto suicida. Más de tres mil suizos perderían la vida en aquella jornada. Cuando la batalla se decantaba claramente por los imperiales, la huida despavorida del resto de los mercenarios suizos generó una ola de pánico que, como un eco fúnebre, corrió por el campamento cual ola devastadora.

Entretanto, los franceses habían ideado un plan de huida a la vista de los acontecimientos. Su caballería se internó entre las tropas del emperador simulando ser parte del ejército imperial, con la esperanza de que las cruces cosidas en su ropaje les dieran carta blanca para eludir el cerco. Pero la treta no salió adelante, pues un capitán español se dirigió a uno de ellos en impecable francés, a lo que el caballero galo le dijo inocentemente, ¿sois de los nuestros? Lo que a continuación sucedió fue un auténtico baño de sangre.

El Imperio español reforzaba su imagen de imbatibilidad obtenida por Colonna, Leyva y otros grandes. Tras Bicoca, caería la profrancesa República de Génova, importantísimo puerto mediterráneo. A finales de mayo de 1522 la ciudad se rindió y no quedaría vestigio alguno de franceses por largo tiempo. El arrogante rey de Francia, Francisco I, volvía (y volvería) a morder el polvo.

Las potencialidades del arcabuz no se revelarían plenamente en los primeros instantes de su uso. Es gracias a las novedades y configuraciones de cuadros de mando y un peculiar «tres en uno» de caballería, artillería e infantería como el Gran Capitán innova, cuando el arma de fuego individual otorga al infante una ventaja casi sobrenatural, y sobre todo le hace perder el miedo a las tribulaciones a las que era sometido por la caballería *in illo tempore*.

El día después de la batalla de Bicoca

El ejército francés se vio en una tesitura muy comprometida y contra las cuerdas tras esta severa derrota. El ejército imperial, por el contrario, podía llegar a tocar las puertas del Reino de Francia tras la exitosa intervención. Venecia, abrumada por las novedosas técnicas de combate y su espectacular puesta a punto por parte de los españoles y colegas de armas, se retiraría de la contienda. Pero para los mercenarios suizos fue una humillación sin precedentes; en el futuro su reputación nunca volvería a ser la misma. Francia estaba lejos de ser derrotada; aún le quedarían algunos enfrentamientos con el nuevo hegemón. Era un cambio de guardia en la historia y Francisco I no lo había comprendido en toda su dimensión.

En Ceriñola, la que era mejor caballería del momento, la francesa, y su entrenada aristocracia de reminiscencias feudales había sucumbido a las armas de fuego individuales. Se hace necesario recordar aquí, que un siglo antes, en el contexto de la Guerra de los Cien Años, en Azincourt, los franceses habían sido derrotados a domicilio en otro cambio de ciclo; esta vez, a manos de los arqueros ingleses contra la caballería gala. Shakespeare convertiría en un hermoso poema el famoso *Band of brothers, we happy few*.

A principios del siglo XVI, la infantería más temida de Europa —los mercenarios suizos— recibiría un castigo de proporciones bíblicas y en esos mismos años, la caballería pesada francesa sufriría varias estrepitosas derrotas. El ejército imperial, los futuros Tercios, daría un vuelco al terrible arte militar, convirtiendo las tierras de este castigado continente en una exhibición de fuerza incontestable.

Hoy, Bicoca es un barrio donde está la segunda universidad de Milán, ya integrado en la ciudad capital de la norteña Lombardía. En este lugar, hace algo más de quinientos años, se desarrolló una de las victorias más espectaculares de la historia, donde unos pocos, condenados de antemano por los «entendidos», darían un susto de muerte a un rey soberbio sobrado de ego.

Hay quien dice (quizás con sorna, quizás con certeza) que frente a la durísima escabechina padecida por los franceses y sus adláteres, una suerte de Ragnarök (especie de Apocalipsis en la mitología de las ancianas culturas del norte de Europa), España perdería en aquel triste día para sus adversarios solo a un infante a cargo de la impedimenta, de forma un tanto peculiar; una coz de un burro cabreado por el estruendoso ruido imperante. Cosas de la vida.

5. PAVÍA, LA ESTREPITOSA DERROTA DE FRANCIA

Entre Milán y Tórtona, a mitad de camino, en la llamada región norteña de Lombardía y regada por las aguas del Po, en el tiempo en que el Renacimiento ya había metido la directa y las repúblicas de la embrionaria Italia (Florencia, Venecia, Génova, etc.) estaban inmersas en un esplendor cultural antes desconocido, la entonces pequeña ciudad de Pavía —en aquel entonces de unos quince mil habitantes—, situada en una importante encrucijada de caminos que llevaban a la mercantil y financiera republica mediterránea, fue testigo del hecho de armas probablemente más famoso de la primera mitad del siglo XVI. El otro sería Lepanto, en la segunda mitad.

El siglo XVI fue prolijo en enfrentamientos entre franceses y españoles con un saldo de derrotas para el reino vecino que rozaba la vergüenza nacional. No daban pie con bola. Más que todo, porque la *grandeur*, sobredimensionada y retroalimentada por un gigantesco ego, no podía concebir que un reino del sur de gentes rudas y sin tanta presencia ni oropel, esto es, sin el cache de la Francia eterna, pudieran vacilarles una y otra vez.

La que quizás sea la España de hoy pudiera haber tenido su nacimiento natural o decantamiento en dos reinos que curiosamente ya habían metido a Francia en cintura y por separado. Castilla habría aplicado a su vecino transpirenaico algunos correctivos a través de los piratas vascos y sus naves de alto bordo protegiendo la venta de sus reputadas lanas y cereales a los flamencos y a la Hanseática. Castilla compartía una centenaria relación de amistad y respeto mutuo tras la integración pacífica y voluntaria de los vascos en su reino, a cambio de la protección que les ofrecía y la tradicional jura de todos los reyes castellanos frente al famoso árbol de Gernika y a los antiquísimos fueros, la que probablemente sea la forma de democracia más antigua de Europa en la historia conocida, y no la griega como se nos ha hecho creer. Por otra parte, el primer hegemón en el Mediterráneo era Aragón, que

—qué decir tiene— era la potencia comercial dominante en el Mediterráneo a años luz de la miríada de repúblicas del norte de lo que más tarde sería la actual Italia.

Ocurría en aquel entonces, que el grandilocuente vaticinio augurado por las cancillerías y reinos de la época sobre una derrota o aniquilación del ejército de la naciente España en tierras de la actual Italia tuvo consecuencias raquíticas sobre el papel y sus oráculos. Un nefasto borrón en su pretendida reputación. No habían contado con que su gigantesco ejército —el de los franceses— tuviera una línea de flotación tan vulnerable. La pesadilla del rey francés se llamaba Gonzalo de Córdoba, conocido como el Gran Capitán, que aunque fallecido diez años antes, vivía encarnado en su obra, los famosos Tercios.

Francisco I, durante los primeros compases del reinado que le tocó administrar el gran reino que fue Francia, salido de complejas guerras feudales, concretó un gran proyecto de nación que dirigió con buen tino y con el propósito claro de buscar la hegemonía en Europa. De ego sobredimensionado, a la edad de veinte años, este monarca de pómulos nacarados y finas vestimentas accedería al tradicionalmente elegante y sibilino poder de Francia. Él, que desde la pasión de la edad, disponía de las vidas de sus súbditos y que, a la par, por confluencias de herencias solapaba ingentes propiedades, pugnaba por ostentar la hegemonía en la vieja Europa. Pero una cosa es querer y otra, poder. En dirección sur, un hierático oponente de maneras más rudimentarias y aspecto germanoide se convertiría en la horma de su zapato.

El perfil del francés era atildado y con tendencia al amaneramiento. No es que fuera muy masculino, pero en esencia era un excelente gestor y su presencia imponía, por su cuidada imagen de cultivada prestancia visual. En el momento de su entronización, el país se podía decir que estaba razonablemente estabilizado. Aunque dado el monarca galo a la pompa real, no dejaba de ser un sujeto de figura esbelta y mirada melancólica. Este soñador rey galo intentó conducir a su reino a un lugar preeminente en el teatro internacional, en ocasiones aliándose con el mismísimo diablo. A pesar de sus loables intentos, Francia tardaría aún más de doscientos años en llegar a la

cúspide del poder global. Ejerció este emblemático monarca un sabio mecenazgo en tiempos en los que el conocimiento pudo zafarse provisionalmente de la asfixiante presión del oscurantismo.

Pero ocurría que este dominio geográfico que habitaba allende los Pirineos colisionaba con una fuerza desatada, poderosa y prácticamente imbatible en la ciencia de la guerra. Era un imperio donde en el conjunto de sus posesiones se combinaban el amanecer y el atardecer según la latitud desde la que se mirara la metrópoli. Su líder, que desde 1519 ostentaba el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, era el gestor de vastos reinos, virreinos, ducados, etc., y había logrado integrar bajo su potente cetro a Italia, Austria, Alemania, Flandes y por supuesto, a España. Huelga decir que era un impresionante legado para un joven de diecinueve años recién cumplidos. El llamado Carlos I de España, hijo de Felipe el Hermoso, un crápula mujeriego, era de conducta opuesta a su epicúreo progenitor, amante a ultranza de la doctrina hedónica.

Tal era la superficie de sus vastos territorios millonarios en súbditos que, a lo largo de la historia conocida hasta ese momento, solo dos imperios, el volátil y breve del gran Alejandro Magno y el longevo Imperio Romano de Occidente, podrían admitir comparación en entidad e importancia.

In illo tempore, el largo historial de conflictos que asolaba Europa, se reveló con explosiva intensidad cuando estas dos colosales fuerzas se encontraron.

La España engendrada por los Reyes Católicos, era al tiempo, un vasto lugar lleno de efervescencia conquistadora y, a la par, un lugar impregnado por la intensa sustancia viscosa de la religión, un freno de mano de mecánica tan sencilla, a juzgar por los resultados, que parecía reducir el pensamiento humano al nivel de la Edad de Piedra, y fue en esencia por su radicalidad, fanatismo y carencia de concesiones hacia nuestros adversarios disidentes en la interpretación de los matices teológicos de la divinidad el argumento que nos procuró enormes pérdidas económicas en guerras estériles que se podían haber enfocado desde el ángulo diplomático con algunas concesiones y que, a la postre, en vez de hacernos inmensamente ricos, nos llevarían a la ruina como nación.

Entretanto, mientras el devenir de los acontecimientos ocurría en su lineal naturaleza, ambos monarcas, Francisco I y Carlos I, se tomaban la medida en el sur de Italia desde Nápoles hasta la Apulia, en la estratégica entrada del Adriático. Se producían algunas escaramuzas de cierta entidad resueltas con habilidad y maestría por el Gran Capitán, los otomanos atronaban con su brutal caballería —los *sipahis*— la campaña húngara, asolándola y cometiendo crímenes que sobrepasan cualquier tipo de definición con un vocabulario correcto y, mientras tanto, la anciana e imperial Viena temía por su existencia.

En este galimatías que se iba formando, los ingleses no eran ajenos a su tradicional interés por generar enfrentamientos en el continente e intervenir en el momento oportuno, decantándose por uno de los bandos a conveniencia, obviamente, cuando ambos estaban bastante desgastados; una estrategia muy anglosajona, marca de la casa a través de toda la historia de su existencia.

Tras la muerte de Maximiliano —algo previsible pero inoportuno por las consecuencias que se desataron—, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y abuelo de nuestro Carlos I, el trono quedaría vacante. Aprovechando la oportunidad, el rey de Francia intentaría poner en valor unas débiles opciones sobre aquel trono decapitado por la realidad. El emperador de los reinos de España, asimismo, reclamaría la legitimidad de sus derechos, por lo que, en buena lógica, entraron en una agarrada de consecuencias incontrolables. Entretanto, el hábil apostador Enrique VIII daba una de cal y otra de arena, creando rumores de intervención, simpatía o apoyo en una calculada confusión para que la guerra no les alcanzara ni salpicara a estos sagaces y cínicos isleños. En este punto se hace necesario recordar la lapidaria y famosa frase de Lord Palmerston —atribuida equivocadamente a Churchill—, en el Parlamento británico allá por 1850 que decía tal cual: «Inglaterra no tiene amigos permanentes ni enemigos permanentes. Inglaterra tiene intereses permanentes».

Como las guerras no suceden por casualidad, sino que en su inmensa mayoría están perfectamente programadas por sanedrines financieros y *lobbys* en la sombra, el conflicto entre Francia y España podría enmarcarse en esta definición.

En aquel tiempo, los potentes banqueros alemanes Fugger y Welser tenían muy claro que el negocio basado en los préstamos pasaba por los futuribles españoles, que con buen ritmo descargaban en la Casa de Contratación de Sevilla ingentes riquezas traídas desde América. Por entonces, España hacía una política de calidad y alto nivel con un buen juego de cintura y piernas, digno del mejor Muhammad Alí en sus momentos de máximo esplendor. Europa entera estaba plagada por los espías de la corona y la información llovía con una cadencia digna de la mejor literatura del género, saturando en ocasiones los servicios de inteligencia, sobrepasados por el exceso de información acumulada.

Corría el año del Señor de 1521 y el frívolo rey francés, que no era manco en el arte de lo militar, pues tenía una pléyade de generales de experiencia contrastada y era además un devoto admirador de Maquiavelo, había tomado la decisión de enzarzarse con los españoles en una prolongada guerra que devastaría una buena parte de Europa durante más de un cuarto de siglo. Mientras los franceses hacían el rodaje, a las primeras de cambio, recibieron un varapalo en la batalla de Bicoca, aunque ya habían mordido el polvo con anterioridad en Ceriñola y Garellano. Pero la cosa, no acaba ahí.

Aproximación a la batalla de las batallas

El primer invierno del año 1525 fue gélido y durísimo climatológicamente hablando. El rey galo había atravesado los Alpes con la idea de invadir el Milanesado; esta actuación cogió desprevenidos a los españoles, que «a toda pastilla» se atrincheraron en la ciudad de Pavía.

Poco a poco se demostró la magnitud de la apuesta francesa. Los pendones con la flor de lis iban saturando la línea de frente hasta ocultar el horizonte. Aquella demostración de fuerza imponía en su sobrecogedora magnitud. A los que han visto la muerte en el campo de batalla, por muy duchos y experimentados que estén en las lides de armas, contemplar un despliegue de esa magnitud solo les lleva a la conclusión de que ya están condenados y a preguntarse cuánto durará la agonía. La agonía de vivir sin dormir noches

enteras, de asimilar los matices de la locura humana, de pasar hambre y frío, y probablemente, de asumir el desamparo en este olvidado lugar del cosmos.

Era noviembre cuando Francisco I hizo acto de presencia ante la pequeña ciudad de Pavía con diecisiete mil soldados de infantería, una notable dotación de artillería de sitio y lo más granado de su temible e impresionante caballería acorazada —caballero y caballo iban embutidos por un sofisticado tejido de escamas metálicas—, en número aproximado de seis mil jinetes que recordaban a aquellos catafractos partos o iraníes, auténticos Panzer que aterrorizaban en la Antigüedad a cualquier infantería que se les opusiera. Es de suponer que ante esa manifestación de poderío, el escalofrió recorrería a los sitiados. Inteligentemente, Leyva había tomado la decisión correcta al enrocarse entre las murallas de la ciudad.

Cerca de siete mil hombres padecieron un cerco infernal por el incesante bombardeo de la implacable artillería gala, que no tenía visos de remitir. Aquello era un ejercicio de tiro al blanco muy real y con una diana inamovible. En un momento providencial los refuerzos se presentaron para paliar el hambre y las enfermedades colaterales que estaban haciendo estragos entre los sitiados.

Carlos I, a la vista del embrollo y la gravedad de su posición en el Milanesado —Milán era un centro neurálgico en infraestructuras y comercio, así como sus zonas limítrofes, el llamado Milanesado—, había enviado a marchas forzadas por tierra y mar a veinte mil soldados para romper el cerco. En la ciudad fortificada de Pavía una potente guarnición de dos mil arcabuceros, más cinco mil lansquenets alemanes al mando del bregado Antonio de Leyva, veterano en las campañas del Gran Capitán, estaban padeciendo inclemencias sin cuento y recortes sustanciales en el condumio, agua, pagas; y las enfermedades de toda laya se estaban instalando para quedarse. A ello, había que añadir que la situación para Leyva era harto delicada, no solamente por los factores enumerados anteriormente, sino por la elástica relación de compromiso con el contingente alemán que, todo hay que decirlo, eran meros mercenarios, que dada la situación no percibían sus haberes, lo que les obligaba a flaquear en su compromiso, y lo peor, a tener «malos pensamientos».

En otro orden, la tropa francesa comenzó a tener un creciente número de bajas. El mal tiempo y una pésima orografía, no apta para un ordenado enfrentamiento que permitiera lucirse a los estrategas, comenzaron a pasar factura a los sitiadores. Para sumar problemas, la artillería estaba comenzando a perder efectividad por la escasez de pólvora como resultado de la penetrante humedad imperante. Para añadir más leña al fuego, una partida importante de su ejército había salido en dirección a Nápoles para intentar sorprender al ejército español allá acantonado. Error tras error, el incauto rey iba acrecentando su tragedia.

Por otra parte, por la previsible traición de los mercenarios alemanes que llevaban meses sin cobrar sus pagas, Leyva se temía lo peor. Ante esta compleja situación, hubo que recurrir a medidas extremas. En Pavía, desde el maestre de campo hasta el último oficial español se deshicieron de sus posesiones cuantificables y valores de todo tipo para paliar la situación y pagar a estos volátiles combatientes. Se llegó al punto de incautar la plata de las iglesias de la ciudad y otros efectos solventes para paliar lo que apuntaba a una rebelión; los arcabuceros españoles declinaron cualquier compensación por defender lo que para ellos era un honor.

A principios de febrero, los refuerzos imperiales se acercaron hasta la retaguardia francesa quedando aquel descomunal y aristocrático ejército entre dos fuegos. Fuera por su juvenil inmadurez y arrogancia, y esencialmente por desoír a sus preparados generales, se metió en la boca del lobo él solito.

Un plan insólito

El día 21 de febrero el Estado Mayor de Carlos I decidió aliviar a los castigados asediados mediante un ingenioso plan de una originalidad casi surrealista. Asimismo, la realidad de los abastecimientos de los imperiales requería premura en la acción, so pena de asentarse en la filosofía de una espera llena de incertidumbres que penalizaría su logística. Había que ayudar a los compañeros sitiados, ya.

Por la noche, un fuerte contingente de caballería imperial con los cascos acolchados penetraría profundamente, atravesando el cerco francés de la

castigada ciudad, mientras los oficiales y la tropa de confianza, elegidos voluntariamente para tan arriesgada misión, intentarían contactar con el sitiado Leyva en un punto concreto al norte del campamento francés, para así proveerles de munición y alimentos. Simultáneamente, se generó un movimiento de distracción, tras el cual cerca de quinientos arcabuceros (los que a la postre decantarían el éxito de la durísima batalla), generaron otra maniobra de distracción en otro punto alejado del objetivo principal. Además de todo esto, los cuerpos de operaciones especiales, los llamados «encamisados», por llevar sobre el peto metálico una prenda de color blanco para distinguirlos del adversario, causaron verdaderos estragos en las filas francesas. El éxito fue total. Las tropas al mando de Pescara, uno de los generales de máxima confianza del emperador, estuvieron a la altura de los acontecimientos. Todo esto ocurría en una fría noche sin luna, bajo cero y en un silencio clamoroso entre el 23 y el 24 de febrero. La tormenta que se cernía sobre los sobrados franceses estaba comenzando a alcanzar categoría de ciclón.

Pero todo iba demasiado bien

Rotas las defensas galas y en creciente desconcierto, un enorme contingente del ejército imperial se adentró profundamente en el campamento francés en plena noche y literalmente a ciegas, en un escenario que rozaba lo onírico.

Al tiempo, la caballería ligera española, alrededor de 1.400 jinetes y cerca de tres mil arcabuceros con una dotación doble de «apóstoles» (el equivalente de un centenar de disparos por soldado), a las órdenes del marques del Vasto, se deslizaron como una invisible energía hasta el límite de la sorpresa. Finalmente se hizo evidente la osada temeridad.

Alertados por la creciente intensidad del ruido, los franceses ya en alerta total, tomaron posiciones. El cúmulo de indicios hizo que los centinelas enviaran a verificar lo que estaba ocurriendo y, al rayar el alba, se reveló el Armagedón en su más radical y brutal manifestación. Peor forma de despertarse, imposible.

Al alba del día 24 de febrero, con los primeros rayos de luz, con la pasiva contribución de la ociosa divinidad en la que nos amparamos los seres humanos por no ser capaces de aceptar nuestra orfandad, se inició la contienda. La que probablemente fuera la mayor batalla del siglo XVI en tierra acababa de comenzar. En medio de un desconcierto descomunal, españoles y alemanes habían entrado hasta la cocina del campamento francés, iniciándose un monumental cuerpo a cuerpo de corte apocalíptico. La enorme convicción y tenacidad de los imperiales se acabaría imponiendo.

Pero los franceses dieron facilidades, las justas

Al tiempo que un enorme destacamento español se dirigía hacia una posición clave de los galos, fue descubierto y la artillería comenzó a vomitar de manera inmisericorde una lluvia de fuego mortífera sobre los desprevenidos infantes españoles. Se cree que en un lapso de una sola hora, pudieron caer más de quinientas almas rumbo a la eternidad; prácticamente poco más de la mitad de todos los caídos por parte de los imperiales en el conjunto de la batalla.

Mientras la vanguardia sostenía su propio combate, el grueso de la infantería española —seguida además por una unidad de caballería— recibió órdenes de girar y continuar la marcha hacia el campamento francés, pues era de vital importancia tomar esa particular posición. Sin atisbo de duda, los soldados iniciaron el camino sin saber que, a unos pocos kilómetros, se ubicaba la principal batería de artillería francesa.

Mientras el ejército de vanguardia hacía su particular batalla, la infantería que pretendió atacar la posición artillera francesa estaba pegada al suelo como los cromos de un álbum infantil, ante la devastadora tormenta de fuego que les caía encima.

Pero ocurrió entonces que un joven, romántico y apasionado rey francés tomó una descabellada decisión desoyendo a sus curtidos generales. Le gustaba combatir en primera línea arriesgándose más allá de lo razonable y por ese exceso de ardor guerrero pagaría muy cara su osadía. Francisco I, muy satisfecho con lo que sus oficiales le estaban contando, ni corto ni perezoso se puso su armadura y se fue a dar el golpe de gracia a los infantes restantes; pero

estos no estaban solos y lo que parecía un paseo se convirtió en una auténtica pesadilla.

En esta fase de la batalla, el bando imperial peleaba a muerte por su vida en medio de una carnicería antológica. Mientras, la caballería pesada gala estaba aprovechando sus ventajas dinámicas a la perfección. El atronador ruido de los cascos y la impresionante imagen de aquellos caballeros sobre sus protegidas monturas era una visión dantesca para los que combatían a pie. Sin embargo, Pescara tuvo una genial idea y ordenó a sus oficiales que 1.500 arcabuceros se retiraran a la primera línea de árboles de un bosquecillo cercano y desde ahí, hicieran fuego a discreción a la caballería pesada sin reparar en si le daban al jinete o al caballo. El golpe de ingenio fue providencial. Los arcabuceros alcanzaron ese día la gloria, en un momento crucial de la batalla, generando una matanza descomunal entre la élite de la aristocracia francesa.

En el embrollo que se desató aquel día, Francia, en una colosal melé humana, en un gigantesco cuerpo a cuerpo, perdería más de ocho mil hombres de valor probado y a dos brillantes estrategias que se habían opuesto vehementemente al planteamiento regio. Bonnavet, Tremoille y su rey caerían, unos muertos, el otro prisionero. Fue un infausto momento para el orgullo de Francia.

En el clímax de aquella locura, en medio de la carnicería, un anónimo arcabucero español de firme pulso y mejor fortuna, le arreó un pepinazo al equino real en pleno galope. Mala suerte para el caballo, pero peor fue la de su amo.

Juan de Urbietta era el vasco que le puso el estoque en el cuello al ilustre coronado. Asumiendo que el epicentro de la batalla se hacía cada vez más inestable y virulento, con objeto de asegurar la captura de tan valiosa presa, acudieron en socorro del primero, un capitán gallego llamado Pita da Veiga, el teniente granadino alpujarreño Diego de Ávila y el catalán Juan de Aldana, junto con un soldado griego enrolado en los Tercios. Este acto de valor del rey francés solo fue superado por su inmadura temeridad. A la postre, el destino no es lo que nos espera, sino aquello que provocamos.

Como los terroríficos y famosos «órganos de Stalin», así sonaba la música de los arcabuces españoles, tras los cuales, el germen de los Tercios en impecables actuaciones tácticas y con un entrenamiento esmero sacaba de sus «doce apóstoles» (la bandolera con sus doce bolsillos) los cartuchos protegidos doblemente con manteca de cerdo en el exterior de los zurrones y con sal dentro de ellos para paliar la intensa humedad (la sal es un absorbente natural usado desde la invención en China de la pólvora).

La supuesta avasalladora caballería, pregonada como imbatible, fue postrada por sencillos hombres de una infantería que con el tiempo sería mítica. Tercios y lansquenets eran formaciones complementarias y compactas; las largas picas de unos protegían a los arcabuceros, que disparaban en régimen de escalera echando cuerpo a tierra los que hacían la descarga para ser sustituidos por el siguiente escalón con la carga preparada. Con un procedimiento sencillo e impecablemente ensayado, la caballería francesa caía al suelo como muñeco antes de tomar contacto con la infantería enemiga. Una masacre. Luego, cuando los endilgados caballeros intentaban ponerse de pie, ya eran carne de cañón. Arcabuceros contra caballeros; un cambio de paradigma en la historia militar. ¿Su inspirador?: el Gran Capitán, don Gonzalo de Córdoba.

En aquel luctuoso día, la ilustre aristocracia francesa perdería a lo más granado de su élite y Francia (según fuentes) entre ocho mil o nueve mil de sus hijos, que se dice pronto, además de los casi cinco mil alemanes, soldados de fortuna que pagarían caro su alistamiento en el ejército francés. En definitiva, una tragedia de enormes dimensiones. Exactamente, la mitad del ejército del rey de Francia cruzaba la mítica y simbólica laguna Estigia (río del odio en su traducción original), con un Caronte trabajando a destajo.

Tras este tremendo varapalo, la primera espada francesa sería conducida a Madrid, a la recién habilitada Torre de los Lujanes, aunque a día de hoy se cree que habitó el Alcázar de los Austrias, que posteriormente y tras un espectacular incendio se convertiría en el actual Palacio Real de Madrid.

Es probable que la dilatada estancia a la que fue sometido el monarca francés por el emperador Carlos I (un año aproximadamente) fuera causa de la severa depresión que afectó al ya de por sí melancólico monarca galo. Está

suficientemente probado que en todo momento fue tratado de forma adecuada y con exquisita cortesía, a pesar de que la etiqueta y el protocolo diferían en ambas cortes sustancialmente. Obviamente, podría ser que la hospitalidad del emperador español no estuviera a la altura de las demandas de tan ilustre y sofisticado mandatario, pero entre la austeridad española y el oropel francés, se intentó que no le faltase nada.

Donde dije digo, digo guerra

Y así, de esta guisa, se desembocó en el Tratado de Madrid. Es más que probable que la correosa comida castellana, a base de cocidos, cordero, mazapán y yemas de monjas, doblegara su resistencia psicológica, lo que le llevaría a firmar con las dos manos el documento del compromiso de no volver a inmiscuirse en los asuntos de los reinos de España. Entre otras cosas se le exigió que sus dos hijos avalaran su palabra, razón por la cual se les hizo venir a «uña de caballo» desde Poitiers.

Bien hacía en sospechar el emperador de las entreveradas intenciones del petimetre real. La no injerencia era el asunto crucial de la firma.

Tras jurar (y posteriormente abjurar) los Evangelios, empeñaría su palabra de caballero. Ya liberado y en cruzando los Pirineos y a la distancia de una escasa legua del Bidasoa, le asaltó un súbito ataque de amnesia bastante sospechoso. En definitiva, el felón manifestó que donde dijo digo, decía guerra. Un pequeño error tipográfico. Total, que el avanzado erasmismo que presidía el pensamiento del emperador empezó a alterarse un poco y acabó montando en cólera ante tamaña afrenta.

Una de las primeras medidas que tomaría, sería la de aliarse contra natura en la Liga Clementina con los turcos, el ubicuo Enrique VIII, el papa Clemente VII, y la república de Venecia —una sibilina jugadora de casino a dos bandas—. El resto de la cristiandad no aceptaría esta vil alianza con Solimán el Magnífico, al cual cedería Marsella como puerto de uso militar, desalojando a la entera población de la ciudad mediterránea. Muchos atropellos, saqueos y violaciones cometerían los otomanos durante el tiempo que duró este tratado, llegando a saquear incluso Niza. El clamor contra el traidor recorría Europa.

La masacre efectuada en esta última ciudad y la muerte del joven rey húngaro, Luis II, en la batalla de Mohacs con su entero ejército de veinte mil hombres, sumadas a las atrocidades cometidas contra los prisioneros colmaron el encono del resto de la cristiandad contra aquel felón.

Durante su agitado reinado, Francisco I no respetaría ni un solo tratado. Gran valedor de los artistas emergentes o consagrados —Leonardo da Vinci moriría en sus brazos—, este doctorado intrigante, sosias de los Sforza y Borgia, era un hombre cuya palabra no tenía valor alguno, o lo que es lo mismo, era lo más parecido a un político de manual.

Un día de finales de marzo de 1547 un súbito viento borraría de entre los humanos a este contradictorio rey; culto y refinado, mecenas y valiente soldado siempre al frente de sus tropas; cínico diplomático, pero al tiempo, traidor y embustero que se aliaría con los turcos para destruir la cristiandad, y que tantas veces faltó a su propia palabra. Es de esperar que sus maldecidas huellas le condujeran al regazo de su mentor en el Averno, pues con sus actos es dudoso que pudiera estar en armonía con el supuesto Dios verdadero.

Pavía, un nefasto borrón en la historia de Francia, un botón de gloria en la de España.

6. EL SITIO DE VIENA. EN LAS FAUCES DEL GRAN DRAGÓN TURCO

La ciudad imperial por excelencia, centroeuropea, cosmopolita, dominio de los músicos más selectos y los mecenas más entregados, sufrió por parte de los otomanos varios asedios de una intensidad implacable a lo largo de los siglos XVI y XVII.

Como una mancha de aceite, la élite del ejército turco, los jenízaros anatolios, venían derramándose por la Europa Central sin frenos ni cortapisas a pesar de la heroica batalla de Mohacs, en la que los húngaros, en un acto de valor pocas veces visto en los anales de la historia militar, echaron los restos y se dejaron la vida en el empeño.

En el siglo XVI los otomanos tenían un poderío naval consolidado e incontestable, el Mar Egeo y el Mar Adriático eran como el patio de su casa. En el Egeo, habían ocupado las islas septentrionales del archipiélago de las Espóradas, Skiathos, Skopelos y Skiros, hacia el año del Señor de 1538, y habían arrebatado a los venecianos las islas de Naxos y Samos en 1550 y algo más tarde, a los genoveses, Quíos, en 1556. Su poderío era sencillamente imparable y Occidente estaba al borde del colapso ante una declaración de intenciones tan brutal, pues la puesta en escena de sus credenciales era tremendamente sanguinaria.

En ese imparable goteo de conquistas, Hungría se batió por su supervivencia en solitario en una atmósfera de angustia solemne, entregada y sin paliativos, en la soledad más absoluta de la hora tardía, enfrentada a esta horda del este. A sabiendas de que su extinción como reino estaba sentenciada, lucharon todos como un solo hombre hasta el último, ante la avalancha de fanáticos sin compasión.

Ninguna de las dos repúblicas mercantiles por excelencia del Mediterráneo, Venecia y Génova, estaba ni de lejos, en condiciones de proteger unas

posiciones tan expuestas en medio de aquella turbamulta de fanáticos del islam, pues su poderío naval había declinado tras la permanente erosión de la piratería y solo era testimonial, teniendo que llegar a acuerdos de vasallaje tributario con los turcos para poder mercadear en sus antaño mercados naturales.

En el Adriático, la República de Ragusa (Dubrovnik) se había convertido en estado vasallo de los turcos hacia 1526, y la Dalmacia veneciana defendida a duras penas por los marinos del Dux y el Tercio español de Lombardía, sitiado en Castelnuovo al mando de Francisco de Sarmiento, las pasaba literalmente canutas.

Algunas iniciativas descabelladas tomadas por monarcas temerarios durante el agitado siglo XVI habían acabado como el rosario de la aurora. Hacia 1526, Luis II de Hungría había tenido la osadía de enfrentarse a vida o muerte a las impresionantes fuerzas de Solimán el Magnífico, a sabiendas de que no saldrían vivos de aquel lance. Pero no fue el único osado. Sebastián de Portugal, haciendo caso omiso de las recomendaciones de experimentados militares, fue un caso de palmaria temeridad, perdiendo la vida junto a la mayoría de su selecta aristocracia y entero ejército en la surrealista y suicida batalla de Alcazarquivir, en 1578.

Los húngaros, con un empeño nacional, visceral hasta la médula y aferrados a una mística rayana en el trance, sin un adecuado liderazgo, con una infantería escasamente profesional (agricultores y campesinos livianamente entrenados y capturados a lazo para el ejercicio de la milicia) y con poco o nulo entrenamiento, pudiendo retirarse a Buda —la actual parte vieja y alta de Budapest—, generándoles a los otomanos una merma sustancial de sus recursos en un difícil asedio, prefirieron retirarse al otro lado del Borza, un afluente del Danubio, y en lugar de generar una posición de defensa a ultranza, avanzaron hacia la muerte con una temeridad digna de encomio, pero tácticamente desastrosa.

La batalla de Mohacs fue un entremés del sitio de Viena y, en sí, no tiene mucho relato. La caballería pesada húngara atacó a los *sipahis* —la caballería otomana—, pero fue detenida en seco por las tropas turcas cuando avanzaron de frente y sin proteger sus flancos. El joven e imprudente Luis II, tras este

primer ataque neutralizado, dirigió al resto de su caballería en un segundo intento, pero los muy entrenados jenízaros y la artillería otomana disolvieron esa carga heroica hasta volatilizar a los atacantes. Lo demás es historia: en la huida Luis II se ahogaría por el peso de la armadura y poco más de una semana después Buda, a menos de 200 kilómetros del lugar donde cayeron todos los que en su momento fueron materia, ardería por los cuatro costados.

Esta dura batalla solo fue el prólogo de lo que pocos años más tarde ocurriría en Viena y que no era otra cosa que la crónica de una ineludible amenaza anunciada.

Solimán, a instancias del príncipe de Transilvania, Juan Zapolya, enemigo declarado de los Habsburgo, se hizo tributario a cambio de un reconocimiento de la soberanía otomana de aquella extensa zona del este de Europa. Unos meses más tarde se convertiría en rey de Hungría en la dieta de Tokay en 1527, aunque poco le duraría la alegría. Fernando de Habsburgo lo derrotaría implacablemente un año después, desencadenando una nueva intervención otomana.

Pero hay un viejo dicho africano, que es en definitiva una ley de vida que viene a decir algo así como que «cuando la adversidad te encuentra, no queda más que sobrepasarla». Europa se preparaba desde hacía años para lo peor y gracias a esta anticipación y a la afortunada intervención de tres aspectos cruciales, se pudo conjurar lo inevitable.

Esa anticipación se tradujo en un refuerzo considerable de la tecnología militar del momento, con el uso de cañones de gran calibre —los Greif— y la bombardera Pumhart von Steyr, significativa a la par que determinante aportación de los ingenieros militares de los Habsburgo en la defensa del asedio. A ello hay que unir los preparativos de una defensa concienzuda, solapada con las durísimas temperaturas del invierno que se aproximaba y el líquido muro del Danubio abrazando la antigua ciudad fortificada, que fueron providenciales para lo que vamos a relatar.

La gran avalancha

Alzándose de entre los muertos, la venganza por los masacrados en Mohacs unía y dividía a Europa a partes iguales. Había un claro sentimiento revanchista en torno a la efeméride de los caídos en aquella trágica batalla, pero Europa se desangraba en las estériles guerras de religión, las guerras angloceltas, la lucha por el control comercial del báltico, los conflictos entre los Habsburgo y Valois, España contra todos y todos contra España..., aquello era un pandemonio total, y para colmo de males, Francia y su taimado rey Francisco I, se dedicaban a hacer manitas con los turcos para neutralizar a Carlos I y su inmenso poder.

Buenas intenciones no faltaban, cierto, pero la abrumadora realidad era que no había una amalgama o voluntad apropiada para unir tantas divergencias y antagonismos enquistados.

Inmunes a la amarga lección que la historia les había endosado en las llanuras húngaras, como bandas de párvulos, los europeos se atizaban entre sí, hasta que los turcos, en su dinámico avance, casi al trote, desde el este hacia Occidente, llamaron a las puertas de Viena con autoridad y sin vacilaciones. Invulnerables al paso del tiempo, los anatolios, crecidos ante tanta victoria continuada configuraban una homogénea turba con cualificados mandos y un fanatismo brutal. En el lado opuesto, las trifulcas de barrio habían creado al adversario ideal; enfrentados entre sí por trivialidades, éramos un enemigo fácil de batir, una especie de Golem de cristal o un jarrón chino de la época Ming en manos de curtidos jugadores de *rugby*.

La conquista de Viena era crucial para los intereses de Solimán el Magnífico, pues suponía para sus aspiraciones geopolíticas un salto cualitativo y de prestigio con un marchamo de grandeza que lo convertiría en un imperio con mayúsculas. Solo los reinos de España, los propios Ming en el este de Asia, los incas en Suramérica y los aztecas en Mesoamérica podían aspirar a esa aura de grandeza.

Ese control de un territorio tan vasto —incluyendo a los reinos tributarios—, de cerca de cuatro millones de kilómetros cuadrados, era el objetivo del ambicioso sultán y su famoso Diván, consejo asesor de Estado. Se pretendía que Viena fuera un asentamiento estratégico para el Imperio otomano, ya que, controlando esta bella ciudad, dominarían las rutas comerciales desde el

Danubio hasta el Mar Negro, con los consiguientes pingües beneficios que aportaría esa enorme masa de población y dinámicos mercados tributando en su conjunto. Y luego estaba su relación con los chinos a través de la Ruta de la Seda. En fin, todo muy redondo o lineal, según se mire.

Mientras, más de cien mil jenízaros, *sipahis* —caballería ligera—, logística con la impedimenta, artillería, etc., avanzaban cual gigantesca apisonadora desde Estambul, con el claro objetivo de persuadir a la cristiandad de las bondades del islam, so pena de que en el caso de no sintonizar el mensaje proclamado por los rígidos dictados del profeta, podrían pasar a mejor vida sin muchas contemplaciones.

En Occidente, desde mayo, la población estaba advertida del avance de las tropas de la Sublime Puerta y se esperó hasta el último momento para abandonar la ciudad. Solo la gente de armas, milicias locales, setecientos arcabuceros de los Tercios españoles, y cerca de diecisiete mil lansquenets provenientes de todos los territorios de los Austrias, junto con una enorme dotación de armas, municiones, pólvora protegida en embalajes de sal para evitar su humidificación, viandas de larga duración en vinagre y salazón esperaban el decisivo choque entre dos culturas tan opuestas.

Los turcos, entretanto, se enfrentaban a un clima de una adversidad inusual, que les obligaba a abandonar la formidable artillería pesada con la que contaban para demoler las murallas de Viena. Este contratiempo, a la postre sería determinante en la salvación de la ciudad. En cuatro meses habían recorrido cerca de dos mil kilómetros y su alargada fama y sus terroríficos antecedentes se proyectaban como una sombra chinesca de largos dientes.

Para 1529, Solimán el Magnífico, que a la sazón lideraba el Imperio otomano y era de paso el paladín del islam, estaba en franca expansión hacia el oeste y su voluntad oscilaba como un caprichoso péndulo, entre persuadir o arrasarse.

Cinco años antes, setecientos arcabuceros españoles habían sido reclutados para escolta del archiduque Fernando, hermano del emperador Carlos V. Muchos de ellos eran oriundos de Medina del Campo, donde fueron alistados para defender los derechos imperiales sobre la ciudad de Viena y meter en cintura a algunos díscolos que no se sometían a los designios del emperador.

Por aquel tiempo Castilla había sido castigada con saña tras la represión comunera. Era un erial de campos yermos sembrados de sal, donde el hambre campaba con insolencia. La venganza contra los perdedores había llegado a límites insospechados. Comuneros disfrazados de labriegos, soldados perdidos errando por la meseta sin una orientación clara, deambulaban evitando la durísima represión. Las cabezas de los osados que habían retado al emperador eran expuestas para mayor escarnio en las lindes de los caminos de acceso a esta antigua ciudad, castigada por su rebeldía ante un expolio contra natura.

El general al mando de la tropa victoriosa, Fonseca, había hecho un concienzudo trabajo para su nuevo amo, el emperador Carlos V. Como si de racimos de uvas se tratara, algunos miles de cabezas ensangrentadas pendían de las ramas de las arboledas de los caminos al tiempo que «decoraban» las encrucijadas de acceso a la levantisca y heroica ciudad castellana anegadas con la sangre de aquellos que tan dignamente intentaron evitar ese expolio de los recursos que irían a la postre a pagar los favores prestados a los margraves teutones que apoyaron en su momento la votación que alzó al poder al encumbrado nuevo rey de reyes.

En francachelas y dispendios, siglos de duro trabajo, además de una historia riquísima en acontecimientos, se evaporaría entre el hedonismo de una aristocracia frívola y banal, la riqueza de muchos hombres y mujeres que habían sudado duramente la vida. La Castilla adelantada, la vanguardia ante las hordas del sur, la recia Castilla de los castellanos, de Tovar, de Pero Niño, de Bocanegra, la que había saqueado Londres y arrasado las costas del sur de Inglaterra había sido humillada en defensa de lo suyo. Ya nada sería igual en lo sucesivo.

Por otro lado, el turco valoraba positivamente la atávica atomización de Europa Occidental, lo que no auguraba ni garantizaba la supervivencia de Viena y lo que de símbolo tenía.

Paradójicamente, poco antes de aquel entonces, el emperador emitió una orden de alistamiento a setecientos hijos de Castilla para acudir a la defensa de Viena, creando exprofeso una bandera a tal efecto. Setecientos hijos de

Castilla que deberían ir a la mayor brevedad posible a las estepas eslavas a combatir una sublevación contra los Austrias.

Para 1529 Solimán el Magnífico, líder indiscutible del islam, seguía en la idea de que aquel conglomerado feudal y su enorme mochila de enfrentamientos a las espaldas, era una favorable carta comodín en su baraja. Pero el cuestionado Carlos V, aunque era un emperador joven y sin tablas, demostró ser hueso duro de roer. Tenía ideas propias muy sólidas, además de excelentes consejeros aportados desde las cuatro latitudes, y además, no era un alfeñique manipulable.

En el momento en que sucedía, septiembre de 1529, la ciudad de Viena vivía instalada en un premonitorio silencio y había quedado vacía de humanos. Los lansquenets enviados por la Dieta de Reich habían conseguido llegar a marchas forzadas antes de que se cerrara el cerco a la ciudad. Pero habían llegado tarde y muy justos. Dentro, setecientos afanados españoles habían montado empalizadas adicionales de refuerzo y diseñado profundos fosos trampa para recibir a los otomanos convenientemente.

A las puertas del último aliento, Nicolás de Salm, un legendario general entrado en canas, enviado por la Providencia, elevado al altar de los honores en Pavía tras haber contribuido a echarle el guante a Francisco I de Francia, había hecho todo lo que tenía que hacer para dificultar el asalto en ciernes a su bragado adversario turco. Ahora, solo quedaba esperar.

El 21 de septiembre fueron avistados los *akinci*, una caballería ligera del ejército otomano altamente especializada en una peculiar forma de combate, tal que era sembrar el horror indiscriminado. Ya estaban a un kilómetro de la ciudad y eran la vanguardia del ejército de Anatolia. Su tarjeta de presentación consistía en extender el pánico entre los civiles y su crueldad era legendaria en Occidente. Tras saquear las aldeas cercanas a Viena, para coleccionar animales para el consumo de la tropa, asesinaron y violaron a sus indefensos habitantes. A la vista de los sitiados, quemaron y empalaron vivos a más de dos mil civiles, para que sus gritos se escucharan propalando el terror mensajero de su doctrina. Estos expertos jinetes hacían inexorablemente puntería con sus temibles arcos de rudimentarias poleas sobre los visores de

los cascos de las armaduras de sus enemigos. No tenían competencia en ese ramo.

Viena estaba aislada desde el 24 de septiembre y rodeada por más de 120.000 turcos. Daba comienzo una de las mayores carnicerías de la historia.

Solimán el Magnífico se caracterizaba porque, a pesar de ser extremadamente cruel con los vencidos, solía dar una oportunidad inicial antes del combate como así lo demostraría a lo largo de su vida en varias ocasiones. Era, ante todo, un gran estratega. Propuso a los habitantes de Viena su conversión al islam, garantizando vida y bienes si le rendían vasallaje. Mas: en el caso de darse alguna forma de resistencia, también garantizaba que Viena sería reducida a cenizas y sus habitantes esclavizados a perpetuidad. Pero este gran jefe y militar turco veía por el rabillo del ojo cómo el invierno se acercaba a pasos agigantados por la puerta de atrás, al tiempo que se daba cuenta de que prolongar el sitio era algo suicida.

El asalto. El infierno desencadenado

Intramuros de la anciana ciudad, rendirse no era opción para los imperiales. Los defensores, en solemne juramento, decidieron proteger con sus vidas la ciudad hasta la muerte hombro con hombro, por la fe cristiana, pues así era como se pensaba en aquel entonces, a lo grande. El escenario era desolador. Hasta donde alcanzaba la vista, las hileras de tiendas de los otomanos eran incontables. Por la noche, este ejercicio visual estremecía aún más; parecía una visión del infierno en directo con las luminarias y teas encendidas.

También hay que decir que las defensas de la antigua ciudad eran formidables. Un ataque con explosivos en un intento de tunelar por debajo de las murallas para colocar una mina de cerca de una tonelada de pólvora en la zona tangente al río sería detectado por el destacamento del Tercio español, que en un brutal cuerpo a cuerpo con ballestas cortas y espadines de cintura, no dejaría títere con cabeza.

La adversa climatología se aliaría *in extremis* con los defensores de Viena. El frío y las lluvias se adelantaron más allá de lo usual. Durante tres días, las zanjas turcas se anegaron en agua y barro y la mayoría de los explosivos

quedaron inservibles para los restos. Una gélida y temprana ventisca estaba librando a Viena del ataque final.

Es probable que hacia el 14 de octubre las temperaturas de la madrugada bajaran contundentemente por debajo de cero, que la humedad penetrara hasta el tuétano y que intentar conciliar el sueño fuera una pesadilla. Por fin, había cesado la lluvia y finalmente los turcos habían conseguido explotar una de las minas. Una brecha descomunal, de unos 30 metros de frente, cerca de la entrada principal, actuó como lo haría un imán; pero los otomanos serían rechazados con determinación por los defensores en aquel intento de asalto. Ese 14 de octubre, el ataque empezó en la puerta Carintia con los *bachibouzouks*, una sanguinaria milicia apodada «los cabezas estropeadas», seguida de más de tres mil jenízaros.

Solimán el Magnífico ordenó el ataque tres veces repetidas, sin tener en cuenta las enormes pérdidas. Los cadáveres turcos se acumulaban delante de la puerta de Carintia en un amontonamiento pavoroso hasta para los ojos más entrenados. Nicolás de Salm, implicado personalmente en la lucha y gravemente herido, fallecería poco después.

Horas más tarde, en el cuarto ataque, una oleada, con tres nutridas columnas de jenízaros en una cifra estimada de diez mil —que se dice pronto—, se aproximó a la muralla a la velocidad del rayo emitiendo unos alaridos espeluznantes e intentaron sin éxito el asalto atravesando las brechas causadas en la afectada muralla. Pero, Alá el todopoderoso daba la impresión de estar haciendo una huelga de brazos caídos. A costa de una descomunal sangría, los lansquenets alemanes y los arcabuceros españoles les cerrarían el paso, neutralizando el intento de asalto de los temibles jenízaros. Usando la innovadora técnica de la escalera, organizaban una cortina de fuego letal ante los asaltantes. Los jenízaros, las tropas de choque de los turcos, perderían en ese asalto y ese día alrededor de siete mil compañeros. La carnicería duró horas mientras el tiempo parecía ralentizado. Fue antológico el combate cuerpo a cuerpo en un *tempo* que parecía funcionar a cámara lenta. En la hora del crepúsculo, un enorme cementerio al aire libre era la prueba palpable, el testimonio último de aquel desatino.

Viena finalmente no caería, pero miles de cadáveres (se calcula que cerca de veintidós mil, en su inmensa mayoría creyentes del islam), con una pacífica y serena mirada mutada desde una violencia extrema, afrontaban el viaje a donde no hay retorno. Los yacentes, que habitaban el espacio entre las murallas y el Danubio, empezaban a ser absorbidos lentamente por el flujo de la corriente hacia el Mar Negro, el Hades o para recibir el reconfortante abrazo de las huríes.

La conquista de Viena siempre fue un objetivo estratégico para el Imperio otomano, ya que controlando Viena podría dominar las rutas comerciales del Danubio hasta el Mar Negro y conectarlas con la Ruta de la Seda, mantenida por los Ming. Les salió el tiro por la culata.

Aquella batalla en las riberas del río en que el emperador español de Hispalis, Trajano, había construido el mayor puente de la historia conocida hasta entonces, fue una batalla homérica entre unos juramentados sin expectativas de asistencia y una disciplinada horda que arrasaba todo por donde pasaba. En un contexto, en parte onírico e irracional, por un lado, resonaban los gritos del muecín, mientras por el otro, un repicar de campanas rasgaba la inmensidad. Dos civilizaciones con argumentarios diametralmente opuestos habían dirimido y quizás reeditado algunos párrafos de la *Iliada*.

Estaba claro que con los vientos en contra, el objetivo turco era inviable, básicamente por cuestiones de logística, ya que las distancias para el aprovisionamiento eran siderales. En el peor de los casos y habiendo incluso conquistado la ciudad, el mero hecho de mantenerla era, en la práctica, imposible, fuera por la inevitable contraofensiva de los coaligados, asociados y tributarios del emperador del oeste, o por el más que previsible hostigamiento a las líneas de abastecimiento del turco. En otro orden, el aclimatamiento de gentes mediterráneas venidas del Oriente Medio y su adaptación al frío polar, que tantas derrotas ha costado a grandes estrategias a lo largo de la historia en esas latitudes, probablemente disuadieron a Solimán el Magnífico, que con buen criterio supo poner cordura ante una previsible debacle.

No obstante, la victoria decisiva en aquel lance sería la inmaterial, la de las ventajas sutiles e intangibles, en definitiva: la psicológica. Esta victoria de las

profesionales tropas del emperador sería un activo de futuro para la vieja Europa. Probablemente, tras aquellas murallas torpemente apuntaladas, en muchos casos convertidas en meras trincheras llenas de barro y parapetos de cadáveres, la esperanza de unos hombres hambrientos y abandonados a su suerte pudo cambiar de manera definitiva la marea del destino. Quizás, la génesis de la Europa actual, pudo comenzar a gestarse sobre el espíritu de equipo en Viena.

Y tal vez, en un momento crítico de la existencia del continente, los reinos de España, unidos, estuvieron a la altura de una de las más exigentes demandas de la historia, la supervivencia de una forma de cultura a la que todavía le quedaba mucho por caminar y que con el tiempo ha demostrado ser con toda probabilidad, la más idónea para un mundo mejor, lo que no significa que sea la óptima. Quizás en Viena en 1529, se empezó a fraguar la Europa de hoy.

Solo cuando descubres que puedes ser aniquilado, te das cuenta de lo indestructible que puedes ser.

Aunque trastabillado por esta experiencia en el asedio frustrado a Viena en 1529, Solimán el Magnífico no cesaría de ampliar fronteras, y en el año 1532 del calendario cristiano, con renovados bríos, intentó atacar de nuevo la vieja ciudad milenaria, pero esta vez los Habsburgo estaban más que preparados.

Toda esa información de sus exploradores se tradujo en que, a pesar de que la posición defensiva de la ciudad pareciera demostrar un síntoma de debilidad, Solimán y su enorme ejército concluyeran que el objetivo de capturar Viena no les generaba buenos augurios y además con los antecedentes que operaban sobre el anterior asedio, no podía arriesgarse a un segundo fracaso. Finalmente se desvió de su objetivo hacia Köszeg-Güns. Allí, la heroica defensa por parte de una sólida y motivada fuerza austríaca compuesta por setecientos arcabuceros y ballesteros germanos, austriacos y españoles se saldaría con una honrosa rendición a cambio de la recuperación del Reino de Hungría para el vasallo otomano de turno, Juan I Szapolyai. Lo que en el lenguaje ajedrecístico se llaman tablas forzadas.

7. LA BATALLA DE LOS HÉROES. CASTELNUOVO

Quizás los hechos acaecidos durante el verano del año 1539 en la costa adriática dalmata, en la llamada en aquel tiempo Albania veneciana (en el área ocupada por la actual República de Montenegro), hayan quedado diluidos en la memoria colectiva, en parte por la desidia o desinterés con respecto a nuestra riquísima e intensa historia —por otra parte mal endémico o inclasificable patología ligada a una amnesia secular—, y en parte por la falta de relato y descripción con respecto a lo allí acontecido.

Al parecer, ese algo, ese episodio galvanizado a sangre y fuego en una de las batallas más épicas de la historia, fue devorado por una extraña niebla que lo fue haciendo desaparecer lentamente en un recóndito fragmento del espacio tiempo, del cual todavía a día de hoy parece no haber salido.

Las grandes gestas a veces quedan enterradas en el olvido por falta de eco o reverberación en la memoria de las naciones, cuyo músculo cerebral es demasiado esponjoso como para evitar el trasiego de corrientes que ventilan violentamente los posos que tímidamente buscan un lugar en el que asentarse y construir esa identidad necesaria para tener la categoría de nación con credenciales. En España no es así. Aquí ocurre que quien podría ser madre se convierte en madrastra y olvida a sus hijos escogidos en el profundo azar de la tormenta a la suerte de su incierto destino.

Reivindicar la memoria de aquellos que derramaron no solo su sangre, sino también sus esperanzas vitales, hijos, mujeres, propiedades, sueños, proyectos, pasado, etc., para servir en tierras y mares lejanos a su bandera, es la obligación de todos los bien nacidos ante la historia de nuestra nación para recuperar esa identidad castigada por el olvido.

A veces parece que la historia de una nación es como el puré de patata o el potito que se les arrea a los nenes sin darles demasiadas explicaciones y que digieren sin más porque otra cosa no hay. Pero también existe la buena cocina

y cuando uno se hace mayorcito debe obligatoriamente investigar sus raíces y así elevarse en el rango de conocimiento como ciudadano cuya obligación vital pasa por informarse para tener las seseras tan bien colocadas, como los muebles expuestos en Ikea o los cuadros del Museo del Prado. Obligatoriedad que debería ser voluntariamente elegida como opción de cultivo interno, vital e inapelable.

Una historia con la descomunal magnitud e intensidad de la de España no debe ser comprimida en un par de textos de bachillerato y arrinconada para los restos. Básicamente, porque acaba convirtiéndose en un tema menor anclado en cuatro o cinco episodios de cierto relieve que configuran una especie de fatuo maquillaje identitario, mientras que, centenares de otros episodios son condenados al destierro —como si la diferencia entre el número de muertos fuera cualitativa, diferenciadora o clasista en la defensa de una nación—, con el consiguiente castigo hacia sus protagonistas, y al esfuerzo de aquellos que literalmente se inmolaron ante situaciones sin salida o murieron hasta el último hombre en defensa de los intereses de su patria, familia, hijos, novias, terruños, etc.

Esas intersecciones extremas son las que hacen que la historia se estire hasta límites que trascienden el tiempo, proyectando a sus actores en el imaginario popular como si de un solemne y respetuoso ritual se tratara, instalándose suavemente en la psique profunda del individuo o del colectivo. Las banderas no solo hay que verlas desde la base del mástil, sino también sentir el viento que las ondea.

Hechos históricos como los narrados en la *Iliada* del gran poeta ciego Homero, la *Anábasis* de Jenofonte, la osadía de Aníbal, Cortés o Pizarro contra imperios colosales, o más recientemente la increíble resistencia de Vietnam del Norte contra el violento Sansón norteamericano dan fe de cómo unos pocos con una sólida convicción y una hipnótica idea de la victoria, rayana con la mística, pueden generar hechos increíbles quebrando las probabilidades matemáticas más severas.

El *Tao Te King*, en una poética metáfora dice que «junto al barco hundido mil veleros se pasean, junto al árbol carcomido mil flores reverdecen».

El asedio de Castelnuovo es un claro exponente de cómo un ejército altamente motivado y un líder carismático pueden llevar hasta el extremo el concepto de heroísmo.

Hacia mediados del siglo XVI, el expansionismo turco arrasaba por doquier. Las hordas anatólicas se extendían literalmente a sangre y fuego en un devastador ejercicio de crueldad inaudita para con los pueblos cristianos, pobladores de aquellas inmensas latitudes del este de Europa. Millones de desgraciados eran pasados por las armas, esclavizados en condiciones indescriptibles, mutilados sádicamente, como aviso a navegantes, con formas de hacer la guerra nunca vistas hasta entonces, que elevan el concepto de lo inhumano a una categoría inalcanzable para la comprensión. Las escasas posesiones de los campesinos (un 85 por ciento de la población de la época) eran arrasadas e incendiadas con el fin de crear un espacio de tierra quemada para aquellos que padecían la ferocidad del turco, buscando el doble objetivo de privar a sus enemigos de los productos del agro, de tal manera que el efecto colateral del hambre acompañara a otras formas de horror, al tiempo que evitaba la indispensable asistencia al enemigo de esenciales provisiones en caso de contraofensiva.

En fin, que la horda avanzaba incendiando todo con una voracidad imparable hacia el oeste, sin que aquello tuviera visos de remitir, y el éxodo se contaba por cientos de miles, buscando refugio en las ciudades fortificadas de occidente.

El terror se imponía a base de hechos consumados, y una suerte de fatalidad transmitida oralmente por un coro de miles de voces que anunciaban un holocausto de la llamada civilización cristiana se iba asentando indefectiblemente, como un siniestro certificado funerario de impecable factura. En Viena, los jenízaros, las tropas de élite de Solimán el Magnífico hacia el año 1529, habían sitiado la hermosa y señorial ciudad que a duras penas resistía el tremendo asedio de más de cien mil enfervorizados seguidores de Alá e incondicionales admiradores de su temido y cruel sultán. Tercios españoles pertrechados con los últimos avances en tecnología militar, junto a lansquenets alemanes y un conjunto heterogéneo de tropas traídas a marchas forzadas, habían salvado milagrosamente aquella bella ciudad, en

cuya defensa habría intervenido el Danubio proponiéndose como baluarte inexpugnable ante el insaciable ansia de poder del sultán turco, y aunque no está suficientemente demostrado, parece haber intervenido también en ayuda de los sitiados la terrorífica bombardera Pumhart von Steyr, de hierro forjado, que lanzaba piedras de 600 kilos a más de seiscientos metros de distancia, impelidas por cargas de pólvora de asombrosa calidad y del orden de unos quince kilos por cada carga.

El pánico no es que fuera real, sino que impregnaba las energías que, invisibles, pululan por el aparentemente vacío éter. En toda Europa, desde la capilla románica más simple y recóndita de cualquier pueblo perdido de Irlanda a Portugal, o desde España a Italia, incluidas las monumentales catedrales francesas, las plegarias de los creyentes, musitadas en una atmósfera irreal de luces pálidas y crepitantes, intentaban llevar a las fuerzas sitiadas en la capital centroeuropea como si de vasos comunicantes se tratara, aliento ante lo que parecía el Apocalipsis. En Roma, en la Santa Sede, un millón de velas y cirios cubrían el suelo, hornacinas y candelabros del gran templo de la cristiandad, transmitiendo inspiración y voluntad de resistencia a aquellos que sabían que iban a morir.

Para acentuar el estado de desasosiego, hacia el año 1535 una gran flota turca había invadido partes del sureste de Italia (región de Apulia) e incendiado, saqueado y pasado a cuchillo a los habitantes de varias ciudades, entre ellas Otranto, límite geográfico y estratégico de la divisoria entre el Jónico y el Adriático, pasando por las armas a la entera guarnición aragonesa, que tras agotar sus alimentos y las enormes reservas de agua de sus aljibes por la ingente cantidad de refugiados albergados en el interior de sus murallas, murieron literalmente exhaustos, ya fuera por deshidratación o inanición, hasta ser finalmente finiquitados por el hierro cruel. Para conjurar aquella apoteosis del horror, el emperador Carlos I de España implementó una poderosa flota artillada, con cerca de un centenar de galeras adicionales, comandadas por don Álvaro de Bazán y el ilustre marino genovés Andrea Doria, capturando Túnez y expulsando al temible almirante otomano Barbarroja, aliviando así momentáneamente la presión que ejercían los piratas de Berbería, flagelo de las costas sureñas de Italia y España, dejando expedito por un tiempo del

azote de aquellos esclavistas las aguas del Mediterráneo Occidental. Era una buena noticia que aliviaba la terrible tensión que se vivía en aquellos durísimos días.

En este contexto de toma y daca, Jairedin Barbarroja, el gran almirante recientemente expulsado de la plaza fuerte de Túnez, fue llamado a capítulo por el sultán Solimán el Magnífico a Constantinopla, para ser nombrado comandante de la más grande flota que probablemente hubiera actuado en el Mediterráneo jamás hasta la fecha.

Conforme las tropas turcas se derramaban arrasando literalmente el este de Europa, el Mare Nostrum se poblaba de centenares de galeras con las verdes banderas de la media luna, creando una sensación de desasosiego cercano al colapso. Se combatía aquella furia demoledora y desatada de los cientos de miles de turbantes en pos de un lugar en su hedónico paraíso, desde hacía años, a la defensiva.

El ejército del horror continuaba su avance imparable. Poco faltaba para que cayeran los húngaros y el temor se acrecentaba desde que años atrás cayera Constantinopla (1453), acontecimiento clave en la historia de la humanidad por su enorme trascendencia estratégica y simbólica, hecho que en su momento causaría un escalofrío sin precedentes. Las malas nuevas causaban una consternación de debacle casi *milenarista*.

El terror en sus formas más extremas, esas eran las credenciales de un ejército que se extendía, incontenible, desde el anciano Bósforo hasta Viena. Hileras de cautivos eran empalados sin contemplaciones por sus captores, que disfrutaban con sádica satisfacción de sus hazañas bélicas. Miles de ellos eran soldados que se rendían con la esperanza de acabar sus días, en el mejor de los casos, en una infame condición de esclavos, pero que como toda respuesta a su anhelo acababan con un puñado de sal bajo la lengua y las cuencas de los ojos vaciadas de forma brutal.

En los accesos a los poblados, en aquellas ciudades sitiadas, en los caminos de la anciana y castigada Europa, estos mensajes servían de macabra advertencia contra cualquier atisbo de resistencia. Las tropas de Anatolia practicaban las amputaciones indiscriminadas, las violaciones sin contemplaciones, ceguera inducida con herraduras candentes, saqueos y

aberraciones incalificables para describirlas. Una vez más, en una ceremonia pavorosa e infernal, la humanidad se sumía huérfana de dioses a los que apelar. El Corán más sanguinario se imponía al más tolerante.

En aquellos tiempos, España contaba con la estructura militar más eficiente, disciplinada, entrenada y con el mejor equipamiento de toda Europa. Sus Tercios eran literalmente invencibles —y así lo fueron durante siglo y medio—; en todos los frentes de combate habían presentado sus cartas credenciales con rotunda contundencia y en todos los escenarios donde habían intervenido habían dejado su mensaje de imbatibilidad, y sobre todas las cosas, eran temidos, puesto que no solían dar segundas oportunidades.

En 1538, nueve años después del fallido asedio de Viena, la devastada Europa Oriental clamaba por una respuesta ante la barbarie que la asolaba a través de aquella horda de jenízaros cuya interpretación del islam era tan violenta que el infierno más bien parecía una cosa de parvulitos. Principios del Corán que permitían clemencia e integración a los paradójicamente llamados infieles eran flagrantemente obviados cuando se imploraba por la vida de los vencidos.

La estrategia de máximos de Carlos I era muy ambiciosa, y suponía que, en función de los resultados anteriores, tras la hipotética recuperación de los territorios de Berbería y el control de Malta y Sicilia, se podría llegar a sitiar Constantinopla por mar en 1539, mientras un ejército desembarcado en la costa Dálmata atravesaría los Balcanes dirigiéndose a Estambul por tierra. Obviamente, para ello se hacía necesario disponer de una cabeza de puente en Dalmacia, fortificarla y estar en condiciones de permitir el posterior desembarco a gran escala de un ejército de cerca de cien mil hombres. Este era el propósito inicial.

El objetivo final se basaba en expulsar al turco de Europa y restablecer los antiguos *limes* del Imperio romano, incorporando al Sacro Imperio Romano —heredero del Imperio Romano de Occidente—, la ciudad de Constantinopla y la península balcánica (pertenecientes al Imperio Romano de Oriente hasta la caída de Constantinopla en poder turco en 1453). Este era el objetivo a medio plazo. Pero antes, había que poner la primera piedra...

Prolegómenos de la batalla

Entre Ragusa (actual Dubrovnik) y Cattaro (actual Kotor) —en las costas dálmatas, lo que actualmente, tras la deflagración yugoslava, se conoce como Montenegro—, se hallaba la imponente fortificación en apariencia inexpugnable de Castelnuovo. Esta espectacular fortaleza estaba protegida por unos cuatro mil soldados procedentes del Tercio Viejo de Nápoles, a cuyo mando estaba Francisco de Sarmiento, con un currículum militar a la altura de los mejores estrategas de la historia. Experimentado, curtido y de una visión táctica de inmediatez asombrosa, era de una inteligencia devastadora. Algo viejo para la cosa de la guerra, arrastraba innumerables cicatrices, siendo legendario por su temeraria valentía y su iniciativa en el combate al mando de la tropa. No era un general de Estado Mayor a la vieja usanza, amparado en las lonas de una tienda de campaña, observando ceñudo inescrutables mapas con docenas de signos, no. Desde Lombardía, había dado de baja literalmente a miles de turcos, piratas berberiscos, franceses y a unos cuantos incautos a los que pasaportó a mejor vida.

Pero había un problema, a los venecianos —enrolados en la Santa Liga— les escocía aquella posesión española dentro de un enclave que ellos consideraban zona de influencia de la República de Venecia, más conocida como La Serenísima.

Carlos I de España, que andaba a la greña con los protestantes, había decidió aparcar (no estacionar) sus diferencias con estos —con la perspectiva de la historia, más bien con carácter provisional—, para crear la Santa Liga, con el fin de evitar la casi total impunidad del corsario otomano Barbarroja.

Obviamente los turcos no podían tolerar la instalación de una cabeza de puente de esas características en el corazón de los Balcanes.

El correctivo infligido al experimentado almirante genovés Andrea Doria por Barbarroja en la batalla naval de Préveza, en octubre del año 1538, sumado al pataleo que les entró por la pretendida injerencia militar y territorial española en su predio casero, dio alas al sultán Solimán el Magnífico, que organizaría la primavera siguiente una descomunal operación para reconquistar aquella inexpugnable fortaleza. Los venecianos, que no

acababan de tomarle la medida al turco, se desmarcaron de la defensa conjunta, escamoteando el aprovisionamiento acordado con anterioridad, y por las mismas, se fueron dando un sonoro portazo.

Barbarroja, con el ego un poco deteriorado, estaba lo suficientemente cabreado, habida cuenta de que su reputación había sido mancillada por un militar infiel, y según los criterios del islam, esta acción requería una venganza de calado, por lo que la respuesta a aquella provocación no debía demorarse mucho más. En consecuencia, recogió el guante. Estaba en juego la admiración de sus tropas y el ojo avizor de Solimán el Magnífico, que se mostraba impaciente por el menoscabo sufrido por su almirante favorito.

También es cierto que Barbarroja, a pesar de su antológica crueldad, tenía un lado compasivo y apeló a la sensatez antes de entrar en combate, quizás al peinar canas, tantos años de guerra lo habían vuelto más ecuánime, pero las circunstancias lo convertían en un funambulista y la reputación quizás pudo más que la Sunna, segunda fuente de la ley musulmana tras el Corán, que significa literalmente, «manera de comportarse». Ante un rival de la categoría de Francisco de Sarmiento, es probable que no tuviera otra elección que desencadenar un infierno.

Hasta el último hombre

Era el 18 de julio de 1539 y el Sumo Hacedor de todo lo manifestado e inmanifestado se disponía a asistir desde su plácido palco cósmico a una nueva y sonada velada en el *kindergarten* humano. La agarrada prometía ser de antología.

El Tercio que actuaba como un puñal en el corazón turco intuía a la perfección lo que le esperaba; esto es, una ceremonia sin flores y la incomunicación más absoluta, pues abandonados por los venecianos, la logística era la que era y del exterior no se podía esperar nada de nada, pues la entrada del Adriático estaba cerrada a cal y canto. Castelnuovo era una anomalía geográfica que había que extirpar y se cree que la República de Venecia había garantizado su no injerencia en la futura confrontación a cambio de ciertos favores mercantiles y la devolución de algunas bases en las islas

griegas en las que trapicheaban con todo quisque. La precariedad defensiva la hacía demasiado vulnerable y las circunstancias que rodeaban lo tocante a su defensa tenían mal pronóstico; no por la calidad humana de los militares allá encerrados, sino porque estaban literalmente dentro de su zona de confort, que no era otra cosa que una trampa.

Barbarroja, a sabiendas del coste humano y material, añadido al pecuniario, que habría de soportar el sitio que se proyectaba, intentaría respetar las vidas del entero Tercio, hasta el punto de proponer el abono de una importante cantidad de dinero en un intento de salvar la cara, sin tener que llegar a la carnicería pura y dura. Mas todo fue en vano; ni Sarmiento, ni su oficialidad, ni la tropa, a sabiendas del destino que les aguardaba, claudicaron ante las opciones que se les ofrecieron.

Cuando Barbarroja llegó a Castelnuovo era ya 18 de julio. El grueso de sus fuerzas comenzó a actuar de inmediato, desembarcando en tierra hombres y artillería. Seis días más tarde, Ulamen, el gobernador delegado de origen persa que tenía el control de los Balcanes, llegaría con treinta mil soldados adicionales de refuerzo. Zapadores jenízaros pasarían probablemente una semana cavando trincheras al tiempo que construían rampas y posiciones adelantadas para el mejor disparo de su artillería.

Castelnuovo fue bombardeada por tierra, mar y «aire» mientras que, en una lucha de épicas proporciones, los Tercios realizaban salidas de contraataque para sabotear los trabajos de cerco con unas pequeñas ánforas explosivas a modo de granadas de mano (precursoras de los cócteles Molotov), que tenían como objetivo sembrar de fuego las zonas de combate. Este «invento» de Francisco de Sarmiento dejó honda huella en los del turbante pues a partir de ese momento tomarían medidas extremas para evitar estas salidas de la tropa sitiada.

Uno de los episodios más dramáticos se dio cuando en una salida de cerca de ochocientos soldados, los españoles sorprendieron a un entero destacamento de jenízaros que por sorpresa intentaba asaltar las murallas de la fortaleza y aniquilaron a la totalidad de esta fuerza de élite legendaria en los anales militares turcos; como consecuencia de esta mortífera salida, el lugar quedó repleto de los cuerpos yacentes de aquella selecta tropa. Es de suponer

que Alá, en su magnanimidad, les estuviera esperando a las puertas del ýanna (Edén), con una pléyade de huríes en la mejor disposición.

Como resultado de esta inquebrantable decisión de resistir hasta el último hombre, durante las jornadas del 23 y 24 de julio, en no más de media docena de escaramuzas, cerca de cuatro mil vidas abandonarían el infierno terrestre, llevándose los turcos una cifra aproximada al 80 por ciento de las bajas. Pero aun a pesar de la aparente tunda aplicada por los españoles a los otomanos, los sitiados también habían tenido un buen número de bajas. Lamentablemente las de los segundos eran imposibles de cubrir de nuevo.

El día del apóstol Santiago, el 25 de julio (del calendario Juliano en vigor hasta ese momento), en medio de un calor sofocante y demoledor, la guadaña haría horas extra a un ritmo frenético. Más de seis mil turcos fueron abatidos en aquella carnicería apocalíptica en los varios intentos de asalto. Estas cifras contabilizadas por los escribanos y cronistas turcos, dan la medida de la intensidad del enfrentamiento. La fortaleza, en apariencia inexpugnable, era como un acantilado erosionado por el mar en el devenir de los milenios, pero la ola de fuego de la artillería otomana no hacía presagiar nada bueno. La paciencia de Barbarroja era su activo principal.

Las temerarias salidas extramuros de los defensores causaban estragos entre los desprevenidos atacantes, que en su infinita superioridad no se esperaban conductas tan heroicas, pero que no dejaban, a la postre, de ser testimoniales. Desde la formalización del sitio hasta su desaparición en medio de aquella orgía de sangre, Barbarroja habría invertido algo más de tres semanas para recuperar Castelnuovo y más de catorce mil hombres (españoles aparte) habrían caído en uno de los combates cuerpo a cuerpo más memorables y sangrientos que la historia militar recuerde.

Tras una obligada reflexión, Dragut, un almirante muy bragado que estaba bajo las órdenes de Barbarroja, se planteó bombardear día y noche a placer, las murallas. Los sitiados soportaron hasta doce asaltos y cerca de doce mil impactos de una severidad brutal, en parte por la incesante cadencia, día y noche, en parte por el efecto de demolición que tarde o temprano acabarían abriendo la brecha fatal... Tres mega cañones con una abertura de cincuenta centímetros de diámetro rugían lamentos de muerte en un mortífero recital

como una fúnebre letanía. En la fortaleza el agua no escaseaba, ya que un manantial y un pozo abastecían sin problemas; pero otro tema era el condumio. No se comía nada fresco desde tiempo atrás y Sarmiento, con el desenlace que se les echaba encima, dio órdenes de dar finiquito gradualmente a las caballerías. Eran los últimos recursos.

Tras veintidós días desde el primer envite y antes de que se resolviera el último asalto, algo menos de cuatrocientos defensores malheridos y saturados psicológicamente por el incesante cañoneo, al borde de la locura si es que no estaban ya habitándola, cubriendo el hambre con lagartijas y caldos de huesos, faltos de sueño hasta la extenuación; sin contar con el estrés brutal de la interminable batalla, sometidos a un cañoneo incesante día y noche y en un estado permanente de *shock*; rodeados de cadáveres de compañeros cuya presencia les recordaba el clásico *sic transit gloria mundi* y el inevitable destino que les esperaba; una décima parte de hombres, absolutamente agotados, de los cuatro mil que inicialmente defendían la plaza, hombres en condiciones deplorables por las penurias vividas y la cercanía de un final bastante evidente, musitaban inútiles plegarias a su indiferente Dios. La inmensa mayoría se hallaban heridos de consideración y con severas limitaciones para el servicio de armas.

Las tropas de refresco de Dragut y Barbarroja se alojaban a unos dos kilómetros de la asediada fortaleza defendida por los Tercios y eran relevadas cada seis horas. El refresco constante de la horda turca era una garantía para la victoria, mientras que para sus oponentes, la falta de un sueño relajante era poco menos que infernal, pues el incesante cañoneo durante las veinticuatro horas del día, con el consiguiente destrozo de las edificaciones internas de la fortaleza y la tétrica alfombra de cadáveres tirados por doquier causaban una sensación de atmósfera dantesca aderezada con un agotamiento insostenible.

Consecuencias de la batalla

El último y definitivo ataque de los sitiadores se desató en la mañana del 7 de agosto de 1539. Francisco de Sarmiento, montado en su caballo, resultó herido en el rostro por tres flechas, aunque siguió dirigiendo a sus hombres.

Demolidas por los ingentes bombardeos, las murallas quedaron indefendibles y el comandante español ordenó retirada general a los cuatrocientos hombres que le quedaban.

Su plan consistía en defender un castillo en la parte baja de la localidad, donde estaba refugiada la población civil. Aunque el repliegue se hizo con perfecto orden y disciplina, Sarmiento y sus hombres se encontraron las puertas del castillo cerradas. Sus ocupantes ofrecieron una cuerda al comandante español para trepar los muros, pero este rehusó y respondió: «Dios nunca querría que yo me salvara y mis compañeros murieran sin mí». Dicho esto, se sumó a los capitanes Machín de Munguía, Juan Vizcaíno y Sancho Frías para liderar la última defensa. Rodeados por el ejército otomano, los últimos soldados españoles lucharon espalda con espalda hasta la extenuación. Al final de ese día, Castelnuovo estaba completamente en manos otomanas.

Consecuencias

Gutierre de Cetina (1520-1557), tiene unos versos palmarios dedicados a los caídos: «A los huesos de los españoles muertos en Castelnuovo», es el título del poema que los honra.

Casi cuatro mil jenízaros y otros 16.000 soldados otomanos murieron en el asalto a Castelnuovo. Según algunos rumores, las bajas turcas pudieron ascender hasta las 37.000. Entre los defensores españoles tan solo sobrevivieron 200 hombres, la mayoría heridos. Uno de los prisioneros era el capitán vizcaíno Machín de Munguía, a quien barbarroja le ofreció la libertad y sumarse a su ejército. El almirante otomano conocía la extrema valía de este militar español, demostrada en la Batalla de Préveza, donde había defendido con éxito del ataque de varios barcos otomanos a una carraca veneciana que se hundía. Sin embargo, Munguía rechazó la oferta y por ello fue decapitado a bordo de la galera del almirante turco.

La mitad de los prisioneros y todos los clérigos también fueron ejecutados para saciar las ansias de venganza de las tropas otomanas, que estaban muy enfurecidas por las elevadas pérdidas sufridas en la toma de Castelnuovo. Los

pocos supervivientes españoles fueron enviados a Constantinopla como esclavos, aunque veinticinco de ellos protagonizaron una hazaña seis años después, cuando consiguieron escapar de prisión y navegar hasta el puerto italiano de Mesina.

A pesar de que Sarmiento perdió la plaza fuerte que estaba bajo su mando, la defensa numantina que hicieron los Tercios españoles de Castelnuovo fue elogiada por numerosos poetas contemporáneos y admirada por toda la Europa cristiana.

Los soldados españoles que lucharon en aquel enfrentamiento ante fuerzas mucho más numerosas fueron comparados con los héroes de la mitología grecorromana y considerados inmortales por la magnitud de su gesta. Tan solo algunos enemigos acérrimos del rey Carlos I, como el humanista paduano Sperone Speroni, se regodearon con la aniquilación del Tercio de Castelnuovo.

Se sabe a ciencia cierta que Sarmiento murió combatiendo con sus oficiales más allegados en campo abierto, al frente del último pelotón que osó salir a presentar batalla en términos dignos y testimoniales contra el turco.

Herido de gravedad, intentaron izarle con cuerdas al interior del recinto, pero se negó rotundamente. Tras ello, sangrando abundantemente por la safena, como si de un grifo se tratara, emprendió un galope suicida con uno de sus hermanos de armas, Sancho Frías, muriendo en un combate desigual y tumultuario, pero con honor.

La caída del Tercio de Francisco de Sarmiento causó una admiración que recorrió Europa Occidental por lo que de heroica resistencia tuvo, pero el mensaje subyacente era muy duro. Todos los heridos capturados fueron ejecutados en sus angarillas, sumariamente, sin más preámbulos. La otra mitad restante: aguadores, clero, personal de soporte, etc., un centenar aproximadamente, sería vendida en el zoco de esclavos de Gálata, en Estambul. No hubo ningún sudario para los caídos. Una pira gigantesca acabaría devorando aquel Averno humano. Fue demolido todo lo que pudiera encerrar algún vestigio sobre aquel fatídico lugar frente al verde mar. Más de cincuenta mil hombres hicieron falta para doblegar aquel Tercio.

Los años posteriores fueron una sangría para Occidente. El Mediterráneo era una propiedad privada del turco y sus aliados de Berbería; incluso el avieso monarca francés Francisco I hacía manitas con los del turbante para debilitar a España, coqueteando sin pudor con los musulmanes. La Sublime Puerta vivía en un regocijo permanente con las rencillas de patio de las naciones europeas. Las posteriores derrotas infligidas por los turcos en Trípoli, Chipre, Argel, Bujía, etc., percutían con la cadencia de un martillo pilón, incesantemente, en las sienas de Carlos I de España, el Papa y el dux veneciano. El fratricidio político y mercantil —todo hay que decirlo— estaba en la tramoya de la desunión. El Mediterráneo era un estanque que, a quien lo controlara, le reportaba pingües beneficios. Las rencillas entre las naciones europeas eran pólvora para los turcos.

Luego a cámara lenta, vendría Lepanto, la mayor batalla naval de la historia conocida hasta la Segunda Guerra Mundial.

Todavía hoy se puede observar, por efecto de la bioluminiscencia producida por los residuos fosforados, cierto fulgor, solo visible para los navegantes de bajura o costa a partir de la caída de la noche. Así se manifiesta la expresiva serenidad con la que hablan muchos de los huesos (más bien restos de ellos) de aquellos héroes de uno de los episodios más grandes acontecidos a uno de nuestros ejércitos en un tiempo que era de gloria y victorias y que conviene recordar con respeto y admiración. Es difícil no emocionarse ante un relato que, de haber sido escrito por Virgilio u Homero, habría llegado hasta nuestros días, intacto en la volcánica a la vez que elegante expresión de los versos de estos dos grandes poetas. Ignoro todavía hoy el porqué de este increíble silencio ante una gesta de tal magnitud.

¿Quizás un silencio groseramente maleducado por una extraña carencia de interés por la cultura en general y la nuestra en particular? ¿O una sordera patológica o sobrevenida e indiferente ante la grandeza de nuestra nación?

Aquí, quizás, quepa decir aquella famosa frase mencionada en la icónica película de culto de los años ochenta del siglo pasado, «Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia», que decía el replicante Roy Batty en *Blade Runner*.

El día 8 de agosto del año 1539, una pertinaz lluvia matutina, justo al amanecer, una lluvia purificadora, drenó aquel inmenso lugar de sangre, al tiempo que lavaba aquellos cuerpos caídos en combate como un último homenaje a un valor pocas veces visto en la historia militar. Cuando todo amainó, una suave brisa aérea sobrevolaría por última vez aquel desastre para separar la luz de las cenizas en que se habían convertido aquellas criaturas quiméricas.

8. MÜHLBERG. LA VICTORIA DEL REY CÉSAR

El Elba estaba enfrente con su infranqueable muralla líquida, oscura e inquietante. En apariencia era como un bloque de agua compacto e inaccesible y oponía toda su colosal presencia a aquellos que intentaran cruzarlo. Eran palabras mayores, un reto que requería audacia y temperamento, reto solo para unos pocos elegidos.

Esa noche era fría, muy fría. El deshielo no acababa de finalizar y el agua gélida causaba espanto de solo intuirlo. Untados hasta las cejas en manteca de cerdo aderezada con polvo de carbón vegetal, para a modo de camuflaje pasar desapercibidos en la foresta de la ribera, una docena de encamisados con sus hatillos de ropa seca y piel de oveja envuelta en cuero, a su vez protegido en más manteca, hacia las tres de la madrugada, cruzaron el río por donde no se podía vadear; esto es, por donde el adversario presumía que era imposible hacerlo.

Algunos de los encamisados que cruzaron el río eran de Mondragón, un pueblo del País Vasco muy dado a parir aizcolaris que con un trago de *txakoli* y un par de mordiscos a un queso de Idiazábal, te arrasaban un bosque en un abrir y cerrar de ojos. Otros, extremeños del erial de Dios de la Sierra de Gata y Las Hurdes, donde la lluvia había meado lo que el monzón en el resto no, y también había unos gallegos que se encontraban en su salsa con tanta lluvia y bruma por doquiera, ¡ah!, y hasta un portugués de Goa en busca de sensaciones fuertes había...

Estos hombretones habían diseñado unos pontones, que muy machihembrados los unos a los otros con sedal gordo de mimbre y brea, soportada en las juntas, cruzarían los 200 metros de distancia a la otra orilla, y amarrando con varias vueltas y nudos de cerco los cabos finales de aquellas guías a los árboles circundantes, habrían servido para realizar una gesta sin precedentes en la historia de los comandos (llamados encamisados en la época

de los Tercios). Sí, los encamisados, exploradores expertos en camuflaje, especialistas en el cuerpo a cuerpo, guerrilleros infiltrados en las oscuras noches para dar osados golpes de mano; en fin, la flor y nata del ejército español en aquel tiempo.

Cuando todo estaba asegurado, una docena de velas de cera bendecida por sí acaso, cubiertas por sus propias manos, actuando como pequeñas señales luminosas, sumadas a los reclamos de cuco a capela, empezaron a alertar a los de enfrente desde la orilla conquistada. Avisaban de que todo estaba en orden. Tras los primeros encamisados, varias docenas de arcabuceros con sus armas envueltas en piel vuelta de vaca, sellada con manteca y las grasas residuales de las cocinas de campaña, seguirían el curso de la línea de pontones, hasta sumar varios centenares en menos de un par de horas.

A las seis largas de la mañana, cerca de tres mil arcabuceros comenzaron a mezclarse entre la bruma matutina, como figuras fantasmagóricas, para dar uno de los golpes más sorprendidos de la historia. No solo habían ejecutado una de las más astutas maniobras militares, sino que habían puesto la primera piedra de la llamada más tarde, batalla de Mühlberg, con la consiguiente derrota de la desafiante Liga Esmalcalda y sus bravucones coaligados, los luteranos, que no querían apoquinar impuestos al emperador y, sin saberlo, estaban siendo utilizados por los landgraves, que eran los que en realidad querían hacerse con el control del vil metal en su propio beneficio para llevárselo muerto con el pretexto de las diferencias en los matices teológicos. El mismo rollo de siempre.

Todos ellos —los encamisados—, tras aquella gesta, fueron promocionados al grado superior. Cristóbal de Mondragón, al de capitán, los demás, al grado de sargento. Jamás en ellos hubo un conato de darse la vuelta ante las adversidades monstruosas de la guerra y eran muchos los sueños que llevaban a cuestas, pero anteponían su compromiso como soldados ante sus compañeros y el rey, renunciando a veleidades personales. Era el espíritu de los Tercios, una filosofía con un techo muy elevado. ¿Qué penas inquietaban a aquellos hombres sencillos? ¿Qué sueños albergaban? Fueran los que fueran, eran gentes normales ante situaciones excepcionales; ni más ni menos.

Los prolegómenos de la batalla fueron así, basados en un golpe de mano en el que el factor sorpresa fue determinante y su audacia tuvo ecos en toda Europa. Todo esto ocurría en el tiempo del 24 de abril de 1547.

El grueso de la Liga estaba acampado a orillas del río Elba. Estaban muy seguros de sí mismos y sin adoptar especiales medidas de seguridad. La actual localidad de Mühlberg an der Elbe, hoy estado federado alemán de Brandeburgo y en aquel tiempo territorio de Sajonia, iba a ser el epicentro de lo que se suponía una batalla en toda regla, aunque los hechos demostrarían que los protestantes no estaban para muchos trotes y su orondo jefe se trajinaba el camino en un sólido percherón de Suabia, ya que sus 180 kilos más la armadura aparte podían romper el espinazo de cualquier equino. Todos los puentes que comunicaban con la otra orilla habían sido quemados o volados y, por ende, se consideraban protegidos por la gran masa de agua que configuraba aquella serpiente líquida.

Mas la placidez de los asilvestrados teutones estaba exenta de la picardía de los españoles y sus adláteres. El ejército imperial acabaría averiguando el emplazamiento del adversario y durante la madrugada del 24 de abril de 1547, la implacable nocturnidad ampararía una de las más brillantes maniobras militares dirigidas por el duque de Alba, un espécimen al que dar de comer aparte, un militar de sobrada dotación intuitiva.

La audacia de los doce arcabuceros españoles al mando del capitán Cristóbal de Mondragón, que cruzaron el río a nado y apresaron varias barcas enemigas con las que luego pasarían de un lado al otro del río a casi tres mil soldados de los Tercios con la inestimable ayuda de los pontoneros, conseguiría crear una cabeza de puente segura.

El conjunto de las tropas de Carlos I de España aniquilaría al ejército de la Liga de Esmalcalda mientras los protestantes se daban a la fuga ante la abultada e inesperada sorpresa. Juan Federico —el modelo perfecto para una escultura de un Botero inspirado— y Felipe I de Hesse fueron apresados sin más dilaciones y llevados a la presencia del emperador. Solventada la batalla, Carlos I llamó a aquellos arcabuceros españoles que cruzaron a nado el río dando la victoria a los imperiales y los recompensó con una indumentaria de terciopelo granate y un centenar de ducados.

En los días precedentes los sobrados luteranos venían mareando la perdiz desde sus bases en el norte del Danubio, creando un despliegue de fuerzas intimidatorio por la formidable cantidad de integrantes del numerosísimo ejército (se cree que en torno a los noventa mil, números elásticos según fuentes y cronistas). En lo meramente cuantitativo, impresionaba.

No obstante, por pericia y entrenamiento, por preparación técnica, por abastecimiento y por el prestigio de los Tercios la superioridad del ejército del emperador era más que notable. Carlos V y el duque de Alba sabían que el exhaustivo entrenamiento de los Tercios (una tercera parte aproximada de los sesenta mil hombres que configuraban su ejército) bastaría para dar un soberano escarmiento a aquellos tragaldabas de enfrente, pero el emperador quería que participara todo el ejército en conjunto para restar protagonismo a sus soldados de preferencia e integrar en la previsible y futura victoria a todas las fuerzas en lid. Su objetivo era que aquella uniforme fuerza disuadiera a futuros retadores.

En principio, durante los prolegómenos de la aproximación y tanteo, los dos ejércitos acamparon cada uno en sendas y opuestas orillas del Danubio. Carlos V maniobró con marchas y contramarchas de su ejército en paralelo al río, para valorar la movilidad y rapidez de sus adversarios, ver su elasticidad, ponderar la velocidad de transmisión de mando y la capacidad de reacción ante los amagos. A la altura de Ingolstadt, los dos ejércitos se tantearon en escaramuzas favorables a los soldados de los Tercios, que fueron aupados a lomos de la caballería ligera, dando golpes de mano muy audaces y de constante erosión psicológica a un adversario desconcertado ante las novedosas técnicas del oponente.

Durante seis días se produjeron choques esporádicos que aseguraron a las tropas imperiales el dominio de toda la Alemania meridional. El propio Mauricio de Sajonia, bragado general a las órdenes de Carlos V, entró en su feudo, victorioso, y la mayoría de los príncipes protestantes prometieron obediencia a cambio de libertad de credo. A Carlos V le pareció razonable esta demanda y entendió que en el contexto de la gran batalla por venir había que hacer ciertas concesiones para que todo funcionase óptimamente, por lo que accedió a la petición.

Pero Juan Federico, el desterrado elector de Sajonia y candidato a un infarto de manual por exceso de colesterol, vuelve sobre las andadas y desafía al ejército imperial en la figura de su némesis, Mauricio. Le acompaña el landgrave de Hesse, Felipe el Magnánimo, que era bastante menos bestia y más apreciado entre sus hombres que su colega de correrías. Esto estaba ocurriendo más hacia el oeste en la dirección de la corriente bajante del río Elba. Al advertir la maniobra de cerco del orondo Juan Federico de Sajonia, en las cercanías de Mühlberg, el emperador ordena al gran duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, general en jefe del ejército imperial, tomar posiciones frente al ejército rebelde en la noche del 23 de abril del año 1547.

Un ataque duro de ictericia, con su peculiar y distintiva coloración amarillenta, quizás resultado de una saturación toxémica hepática y con elementos de comorbilidad añadidos por la gota que arrastraba el emperador, le causa unos dolores que tienen que ser aplacados con láudano, infusiones del «opio veneciano» descubierto por Marco Polo y pócimas varias para aguantar el tirón. A pesar de ello, da órdenes estrictas a Alba de que todo el plan previsto prosiga sin demora.

El emperador toma cartas en el asunto para evitar más cansancio a la tropa y pasar a la acción. Esa noche (la del 23 de abril) se reúne con el duque de Alba y le sugiere que haga todo lo posible por localizar una zona apropiada para cruzar el río y pasar al ataque sin más dilaciones. Se opta por la osada peripecia de los arcabuceros de los Tercios cruzando a nado el Elba en un episodio —como es sabido—, de una trascendencia increíble por las consecuencias que tuvo a tenor de lo ocurrido después.

No solamente la captura de los pontones adversarios en una escaramuza sorpresa, sino también la añadida instalación de las fijaciones en la orilla contraria, para facilitar el paso a las tropas propias, supuso un golpe de gracia que en principio pasó desapercibido a los levantiscos protestantes teutones. Un agraviado campesino local al que los malvados luteranos le habían expropiado sus caballos de tiro para arar, cabreado por tan infame actuación, puso en bandeja el vado más practicable del Elba en esa zona.

Ruptura de hostilidades, inicio de la batalla de Mühlberg

En medio de una intensa niebla, el ejército imperial avanzaba hacia las posiciones de los protestantes. El silencio era intenso y la visibilidad tan reducida que había que seguir literalmente las huellas del compañero que iba delante, periódicamente algunos chasquidos con la lengua o el reclamo de cuco como opción última, eran las referencias que se podían percibir en aquel espacio en medio de la nada.

Consolidada la cabeza de puente, más tropas imperiales se iban derramando sin posibilidad de evitarlo en barcas y pontones, a un ritmo frenético. A través de sólidos cordeles de esparto cerrados con nudos marinos y tendidos entre las dos orillas, asidos a vigas de madera cosidas por tramos a la guía, se siguió vadeando el río con el agua al cuello. En otras, los lansquenets, soldados de los Tercios, tropas lombardas, etc., iban agarrados de las colas de los caballos y estos, a su vez, nadando con naturalidad actuaban como salvavidas. La operación, en conjunto, era pura orfebrería.

El duque de Alba ordenó que toda la caballería ligera (húngara, española e italiana) cruzara el vado con un arcabucero a la grupa. Una vez en tierra, la caballería ligera iba transportando a los infantes lejos de la cabeza de puente, para evitar aglomeraciones. La secuencia se completó cuando el Tercio napolitano y los hombres de Mauricio de Sajonia finalizaron el cruce del río.

Con el último grupo, el emperador cruzó a caballo, metiéndose al igual que el resto de la tropa en el agua, sin más reparos que el del temblor inicial. El campesino que había indicado al ejército imperial la línea de vado, sería recompensado con dos caballos frisonos y un centenar de escudos, más algo de ropa liviana.

Todavía los pontoneros trabajaban en el elongamiento del puente de madera, para que los trenes de munición y los restos de la infantería pasaran. Entonces, y ante la premura y el temor a que se levantara la niebla, la caballería se adelantó en persecución del confiado adversario, en un trote suave para reducir la escandalosa percusión de los cascos de los caballos de más de tres mil jinetes.

A la vanguardia de la caballería iba el duque de Alba junto con el emperador y su hermano. Muchos de los indispensables arcabuceros llevaban

un retraso considerable por el sobrepeso en la cabalgadura al portar a los infantes y sus arcabuces con toda la parafernalia de «apóstoles», bípodes, hierro de combate, etc. Este enorme destacamento estaba al mando de Alonso Vivas, un señalado militar de oficio, con más cicatrices que pelos en las cejas. Su cuerpo era un auténtico mapa de los horrores de la guerra y del buen oficio de los galenos militares.

La tragedia se hizo patente en toda su terrible dimensión cuando las tropas del díscolo Juan Federico y sus compinches en la trama fueron sorprendidos *in fraganti* hacia las ocho de la mañana, puesto que el medio centenar de exploradores destacados en el área del vado habían sido pasados a cuchillo sin más contemplaciones.

En una implacable persecución de cerca de tres leguas —unos quince kilómetros— y tras la tremenda sorpresa inicial —ni siquiera hubo posibilidad de dar la voz de alarma—, la carnicería iba tornándose en apocalipsis puro y duro. El agotamiento de la indefensa infantería protestante ante el fulminante ataque de la caballería del emperador fue tan concluyente que se abandonaban directamente las armas, para poder así correr más y mejor, esto es, para que la velocidad punta de fuga fuera la óptima.

Las pretensiones del gigantesco Juan Federico pasaban por refugiarse en un bosque cercano, frondoso y enorme, con un fondo arbóreo suficiente como para no colapsar y evitar así una sangría mayor. Entonces envió a su caballería ligera contra los imperiales para amortiguar la cacería en toda regla que se había montado en torno a sus huestes, pero fue en vano. La mortandad era un *crescendo* con categoría de tsunami.

Pero en aquel infierno sin cuartel, lo peor estaba por llegar.

Los más de treinta escuadrones de vanguardia, con un frente de alrededor de tres kilómetros y una profundidad que se asemejaba a una mar embravecida, se colocaron en línea para cargar contra el enemigo. Los húngaros por su lado derecho, los bávaros católicos en el centro, las huestes mercenarias del duque Mauricio a la izquierda. Tras una cerrada descarga de arcabuceros, ejecutaron al galope, en un frente plagado de cadáveres —según estimaciones conservadoras se cree que murieron en aquella trágica batalla cerca de ocho mil protestantes—, una carga cuya resonancia parecía un movimiento sísmico

atronador con ecos más propios del fin de los tiempos. Quien estuviera enfrente, solo podía rezar; la desbandada era general y la piedad brillaba por su ausencia. Finalmente, a una orden del duque de Alba, las trompetas señalaron la orden más temida: la carga general con el Tercio de Nápoles al completo.

La caballería ligera de los protestantes fue puesta en fuga en su absoluta integridad, dejando huérfano a un entero escuadrón de infantes que aguardaba en segunda línea, rodilla en tierra, con sus ballestas y lanzas, aquella devastadora carga.

El genio militar del duque de Alba y su competencia probada, además de una fidelidad incuestionable —hasta ese momento— para con el emperador por parte de Mauricio de Sajonia, fueron claves en la persecución. El margrave sajón bien podía haberse quedado en sus reconquistadas tierras, pero decidió proseguir con todas las consecuencias que ello implicaba: costes adicionales, muertes entre los suyos, falta de descanso, etc. Poco tiempo después, finalizadas las hostilidades, su incondicional fidelidad daría un giro copernicano de 180°, pero esa ya es otra historia.

Carlos V, con una sostenida e implacable persecución, impidió que las tropas protestantes se refugiasen en Ingolstadt al tiempo que provocaba su huida hacia Wittenberg, curiosamente el lugar donde Lutero clavaría en la puerta de la parroquia sus 95 tesis el 31 de octubre de 1517, lo que hoy se conoce en el mundo protestante como el momento germinal de la Reforma. Paradojas de la vida que refrendan la teoría circular.

Pocos kilómetros antes de llegar a la ciudad, Carlos V, al frente de su caballería, se toparía frontalmente con la vanguardia enemiga, causando una mortandad terrible de nuevo. Está claro que el golpe de mano de los compañeros de Mondragón había surtido efecto y desencadenado todas las turbulencias posteriores por la sorpresa tan evidente infligida a las tropas del bravucón líder protestante. La Liga de Esmalcalda quedaría destruida hasta los cimientos y Federico, el elector, con cuatrocientos de sus incondicionales, acabaría refugiándose donde la semilla del nuevo dogma discrepante había amanecido creando el cisma; en Wittenberg, lugar en el que a la postre caería prisionero. Todos los príncipes de la Liga (cerca de una docena) más

alrededor de ocho mil desgraciados, pasarían a mejor vida tras aquella escabechina. De semejante tragedia salvaría su descomunal cuerpo, el elector teutón Juan Federico, y también Felipe I de Hesse, su compinche de correrías.

A Mauricio de Sajonia, protestante de confesión y convicción, pero adherido a los intereses imperiales, se le otorgaría el cargo de elector (una especie de ministro o segundo de a bordo con competencias locales en las tareas administrativas), reforzando así el emperador su poder en Alemania.

En atención a las súplicas de Mauricio de Sajonia, los dos compinches en el levantamiento que habían montado aquel follón en medio del corazón de Europa, Juan Federico y Felipe de Hesse, serían indultados de la pena de muerte y entregados al duque de Alba para su custodia en el castillo de Halle. Privado de la cerveza, a la que era tan aficionado, y de otras bebidas espirituosas, de cochinitos, kilométricas salchichas y otras *delicatessen*, sometido durante más de medio año a una dieta hipocalórica tremebunda, el orondo y trabucaire protestante líder de aquel condenado movimiento que osó plantar cara al Imperio español perdió cerca de 50 kilos.

Fue un desastre en toda regla, pues Lutero acababa de dejar sus restos materiales en este extraño mundo, y Alemania casi en su totalidad caía bajo el poder de Carlos V, que estaba que se salía. Todo parecía marchar sobre ruedas, pero el poder tiene eso, una parte oscura y otra evidente y magnética, que es en definitiva su proyección visible. Cuando todo parecía haberse resuelto, rápida y expeditivamente, de nuevo se armó el follón.

Más comensales querían pastel

El 15 de enero de 1552, en el Tratado de Chambord, una idílica población al noreste de Francia, los príncipes alemanes que habían sobrevivido al Armagedón de Mühlberg, al frente del incondicional y sibilino Mauricio de Sajonia, que parecía amigo de toda la vida del emperador, pactaron con Enrique II de Francia, sucesor y cuarto hijo de Francisco I —el atildado monarca galo apresado en Pavía por las tropas españolas y finiquitado por una sífilis muy agresiva—, un pacto de defensa mutua ante el auge del poderío español que se derramaba por Europa y América como mancha de aceite

desbocada. Las proporciones del coloso español nos abrían muchos frentes, ya fuera por el subidón de poder acumulado o ya fuera por las envidias y suspicacias frente a un imperio al que las cosas terrenales le iban viento en popa.

Tiziano Vecelli, muerto por la peste en Venecia (belleza y horror son dos caras de la misma moneda), el hacedor de los rotundos e inolvidables cuadros de la arrolladora *Venus de Urbino* —en su tiempo en manos de los Medici— y actualmente en la Galería degli Uffizi, o la mitológica princesa *Danae*, tan cantada por Ovidio y Bocaccio, emprendería en su momento y tras la victoria de Mühlberg, por encargo de la hermana del emperador, el cuadro conmemorativo de aquel infausto y a la par victorioso día.

Con rostro serio e impasible (Carlos V era un hierático confeso), en un ambiente de colores cálidos donde predominan el ocre, el rojo y el verde del fondo de bosque con un trazo líquido del Elba, Tiziano señala la grandeza del momento en una obra sobria y soberbia al tiempo.

Se cuenta por cronistas testigos del momento que el lienzo fue derribado por el viento durante el periodo de secado, dañando la grupa del caballo. El desatino meteorológico fue reparado posteriormente por Christoph Amberger. Radiografías realizadas posteriormente en Ulm y el Prado confirman este punto. Hoy es una pintura icónica en el museo, que refleja la grandeza del momento en el que el emperador cristiano somete a los malvados protestantes recordándoles quién corta el bacalao.

9. FRANCIA EN CAÍDA LIBRE: SAN QUINTÍN, EL GOLPE DE GRACIA

Principiaba agosto en medio de un verano suave y amable. Algunos espesos cúmulos flotaban lentamente hacia el oeste, dejando entreverados rayos de la luz solar aparecer como espectaculares tiralíneas, comunicando en algún lenguaje incomprensible un mensaje decisivo a aquellas atribuladas tierras fronterizas que tanta sangre habían visto correr a lo largo de los siglos. El dios y su perfecto reloj de circunstancias lineales iban sin freno alguno hacia adelante, con el oscuro propósito de que una nueva noche agazapada en el infierno apareciera presta donde iba a ser reclamada en breve.

Un viento lento y pausado, tirando a brisa traviesa, barría los campos de lavanda del norte de Francia y los bosques circundantes, atenuaba el calvario habitual de la canícula oreando con sus ramas protectoras el aire batiente, mientras mitigaba cualquier atisbo de calor que asomara.

Pero ese dios bondadoso y totémico que nos hemos inyectado en vena hasta el último lóbulo o circunvolución cerebral, de aparente conducta intachable y generoso hasta el tuétano, se iba a quitar la careta en breve y a salir de las amables páginas de los religiosos libros que lo blindaban ante cualquier duda metafísica, para mostrar su verdadera faz a estos huérfanos que poblamos la inmisericorde naturaleza.

Todos los contendientes reclamaban ser acreedores de su beneficencia, y lo cierto es que aquel ente superior era el mismo que a la vez jugaba a ganador y perdedor, a par e impar, a blanco o negro, o lo que es lo mismo, a dos bandas sin arriesgar lo más mínimo, permitiendo el *statu quo* de la ley natural del más fuerte, preservando así el decurso natural de los acontecimientos en los que el caprichoso destino llevaba una dirección imprevisible frente a los vientos del caos.

En el origen de los orígenes, en el norte de Italia se venía librando desde hacía años una guerra de prestigio entre los dos antagonistas de aquel tiempo. España, emergente potencia indiscutible, estaba poblando el mar de velas y la tierra de expertos soldados bragados en docenas de enfrentamientos y escaramuzas. Plagados de cicatrices y experiencia en combate, eran el *non plus ultra* de la esencia militar del momento. Francia quería ser y no podía; ni por recursos, ni por liderazgo, pero se empeñaba una y otra vez en ascender peldaños inasequibles para su recortado poder real, en el sentido más estricto y amplio de la palabra, incluido el que emanaba de palacio en París, pues por mucha gola y seda, brocados y puñetas hechas a mano —en el terreno de la moda eran *trending topic*—, en lo militar estaban algo amanerados —por no buscar una rima más adversa— y eso, a la hora de llegar al cuerpo a cuerpo o a meterse en el barro, no molaba. En ese sentido y en aquel tiempo, la maquinaria militar española era como un buldócer; por donde pasaba, no crecía la hierba.

En una ciudad fuertemente amurallada en el norte de Francia, en las lindes de Flandes, se iba a dirimir un nuevo asalto entre dos naciones con ancestrales nociones de odio y agravios acumulados tras años de agarradas; más o menos, como cuando se activa la memoria atávica que arrastran los mastines y los lobos.

La batalla de San Quintín fue el resultado de un plan estratégico diseñado por Felipe II y su Gobierno. Los franceses se habían colado en Italia con la cínica aquiescencia y el beneplácito del papa Pablo IV para tomar el Reino de Nápoles, permitiéndoles cruzar los Estados Pontificios sin pagar peaje alguno. El tercer duque de Alba utilizó en todo momento, *motu proprio* y siguiendo su particular modo de entender la guerra, una defensa pertinaz a la par que una táctica de distracción y de desgaste que clavaba a las tropas francesas en territorio italiano, en un elástico plan calculado al milímetro deliberadamente. Su objetivo, era claro; entretener a los galos y marearlos hasta darles el golpe de gracia al tiempo que se preparaba un contragolpe contundente en algún otro lado.

Los franceses se equivocaron totalmente en la estrategia a seguir y en la creencia de que ese contragolpe español se daría en Italia para socorrer

Nápoles, mordieron el anzuelo incluyendo el sedal. Mas no fue así. Felipe II ya estaba de acuerdo con el duque de Alba a través de mensajeros, y el plan estaba decidido. Sería en el norte de Francia y en una acción expeditiva y contundente que quedaría reflejada en los anales de la historia como una de las más terribles carnicerías jamás dadas en territorio europeo hasta la Primera Guerra Mundial, si excluimos la masacre del bosque de Teutoburgo a manos del caudillo germano Arminio contra las legiones de Varo, en la que perecieron más de treinta mil legionarios en una apoteosis de muerte probablemente sin parangón en la historia conocida.

Era el siglo XVI y España había rodeado a su enemigo natural al norte de los Pirineos, condenándolo a una situación asfixiante, cortando sus circuitos comerciales de forma drástica, impidiéndole su expansión en sus mercados de antaño.

Cuando Felipe II ascendió al trono tras la renuncia de su padre —el emperador Carlos V, retirado en Yuste castigado por una malvada gota— su hijo era sin duda el más poderoso hombre de la Tierra. Sus territorios abarcaban desde las latitudes filipinas en el océano Pacífico, pasando por partes de las Molucas o Islas de las Especias. En Europa poseía una miríada de grandes zonas que incluían la porción del imperio en Alemania, la herencia de la España unida de los Reyes Católicos con las Islas Baleares y Canarias, Nápoles, Sicilia, el Ducado de Milán y la Cerdeña en Italia, parte del Rosellón en Francia; los Países Bajos y el Franco Condado; se reconocía su autoridad en Túnez, Oran y Bujía; y por si nos resultara aburrida la contabilidad, podríamos rematar con el «Nuevo Mundo» y los inmensos a la par que opulentos virreinos de Perú, México y la miríada de islas caribeñas entre las que se encontraba Cuba. La trayectoria del sol en este abandonado lugar del espacio no paraba de iluminar en su rutina diaria las ingentes cantidades de tierra poblada por los súbditos de aquella antaño formidable España o, lo que es lo mismo, el Imperio español.

Un acuerdo secreto entre el papa Pablo IV y Enrique II, el rey de Francia, fue el detonante de aquel rifirrafe que acabaría de mala manera para los estirados franceses, una vez más. Un sentimiento antiespañol de un fanatismo casi patológico por parte del Papa, daría alas a los galos para abrir la caja de

Pandora. El duque de Guisa, en un paso mal calculado —estaba al mando de las tropas mercenarias del Papa—, se apuntó a la fiesta, mientras el devaluado representante del Invisible la tomaba con el rey de España excomulgándolo sin más dilaciones. Esto ocurría cuando el duque de Alba, tercero de la gran saga, estaba a las puertas de Roma tras haber hecho retroceder a los franceses más de 200 kilómetros hacia el norte. En ese momento, todo apuntaba a juzgar por las evidencias y la insoportable relatividad de la realidad, a que la guerra se iba a dirimir en Italia. Pues bien, nada más lejos de ello.

En 1556, Felipe II dio la orden tajante de invadir Francia por el norte.

Hacía tiempo que se venían dando enfrentamientos esporádicos en los límites de Picardía y Champaña, en las cercanías de la frontera de Flandes, tras la expropiación del Ducado de Saboya por parte del rey de Francia a Manuel de Saboya, duque de este principado. Antes de este descarado atraco francés, el duque en cuestión tenía una clara predisposición hacia la causa española, básicamente por su amistad con Carlos y por entender que nadie más podría ser el valedor de su desconsuelo.

Con fondos sobrados y una tropa de ocho mil infantes, el general Ruy Gómez de Silva estaba preparado para iniciar unilateralmente las hostilidades, pero entendía, por sabiduría y experiencia militar, que a veces el camino más largo (el de la paciencia) es el menos hollado y el que mejores resultados da. Él sabía sobradamente que para afrontar al ejército francés hacía falta algo más que valor, por lo que esperó instrucciones y refuerzos desde España para asegurar tan crucial enfrentamiento. No era un vanidoso Custer en Little Bighorn, ni el pretencioso Patton vapuleado en Las Ardenas en los últimos estertores del régimen nazi.

Al mismo tiempo, Felipe II, el rey emperador de los más vastos dominios conocidos en la historia, geográficamente hablando (hoy las influencias económicas han diluido el concepto de dominación y lo hacen más vasto, difuso e indetectable por su capacidad de camuflaje), había pedido la colaboración de María Tudor —su segunda esposa—, que harta de las trapacerías de los piratas franceses en el Canal había puesto en manos de su austero y distante cónyuge unos cuantos miles de libras para mejorar la financiación de la guerra en ciernes. Siete mil hombres marcharían a las

órdenes de lord Pembroke en dirección a Flandes, mientras los franceses veían cómo unas nubes muy negras comenzaban a gravitar sobre sus cabezas. Era en realidad un ejército multinacional en el que había un «mix» de lansquenets alemanes, arqueros de Borgoña, caballería ligera de Saboya, flamencos católicos y la temible caballería pesada húngara; además, dos Tercios españoles completos —una minoría de alrededor de seis mil bragados soldados—, que afrontarían el lance como fuerzas de choque en primera línea.

La picardía del duque de Saboya y la técnica de jugar al despiste

El objetivo principal no fue precisado por el duque a sus generales hasta muy tarde. La idea, encubierta y ocultada en todo momento, era la de hacer creer a los suyos y a los adversarios que lo que se pretendía era pegarle un buen mordisco a la comarca de la Champaña francesa, cuando en realidad el propósito último del curtido militar era plantear batalla en San Quintín, en la región de la Picardía, a orillas del Somme, lugar que algunos siglos más tarde sería la tumba de cientos de miles de jóvenes soldados y oficiales en una de las más crueles guerras que la humanidad recuerda.

Los franceses habían distraído innumerables tropas en la conjetura de que el objetivo iba a ser la bella ciudad de Guisa, o quizás una filtración potente por el Rosellón, o como hemos comentado, un audaz contragolpe en la nonata Italia, y ello, a la postre, se demostraría como un error de proporciones gigantescas. Las cosas, de una en una y focalizando toda la fuerza en el clavo adecuado.

El ejército español iniciaría su ataque al alba del día 2 de agosto, infiltrándose en los arrabales situados al norte, sin poder ser detectados por la proximidad de un espeso bosque y el perfecto camuflaje de la tropa. Algunos fosos por aquí y por allá y medio millar de hombres eran toda la defensa de la ciudad.

Con extrema diligencia y a pesar de la rotunda sorpresa, el que a la sazón era uno de los más brillantes soldados de Francia, el almirante Gaspar de Coligny, acudió con un contingente de quinientos hombres a socorrer a los sitiados. Por los pelos —el cerco se estaba cerrando como una boa en su

asfixiante afán destructor—, conseguiría introducirse en el interior de la ciudad durante la noche del día siguiente. Mientras, en unas extenuantes marchas forzadas, el ejército francés se aproximaba con toda la impedimenta como una tortuga estresada por el lastre que constituía la artillería.

Pero la tragedia francesa se cocinaba a fuego lento. El conde de Mansfeld, integrado en aquel conglomerado de fuerzas urdido por Felipe II, había sido reportado por sus exploradores de la caballería ligera, que habían pasado dos días con sus noches confundidos con el terreno en una comunión estética indetectable, marca de los Tercios, donde el arte del camuflaje rozaba la maestría. Los informes apuntaban a que un potente contingente francés del orden de cuatro o cinco mil hombres, se acercaba apresuradamente, adelantándose al tren de artillería y abastecimiento.

Dos pinares cercanos, en un angosto paso cerca de un vado en el Somme, abrazarían con su mensaje de muerte a aquellos desgraciados. Una incesante lluvia de flechas, actuando como cortina protectora de los arcabuceros, dejó con su sibilante ruido en estado hipnótico a los desprevenidos adversarios, mientras la columna de tres filas de profundidad y más de doscientos hombres de frente avanzaba en un movimiento sincronizado a la perfección como una maquiavélica máquina de demolición.

Montmorency y su hermano Andelot, artífices de aquel desastre o de la imprevisión del mismo, saldrían vivos de aquel cementerio huyendo a uña de caballo.

Los franceses no se enteran de nada

Mientras el grueso del ejército francés se resguardaba temporalmente en Montescourt, una zona densamente boscosa, hacia el 10 de agosto, Montmorency y su alma negra de cobarde decidieron avanzar sobre la ciudad de San Quintín con objeto de que la vanguardia de su atribulado ejército cruzara el Somme en barcazas y penetrara en la sitiada plaza para reforzar a los angustiados habitantes presa del pánico por el ataque de las fuerzas españolas y de sus colaboradores, que como una avalancha se iban

apoderando de la ciudad sin contemplaciones mientras la guarnición local reculaba hacia el río.

Entretanto, la escasez de entendederas de Montmorency, muy tendente a subestimar al adversario —extraordinariamente invisible por las técnicas de camuflaje y adaptación al terreno—, derivaba en un desprecio incomprensible hacia el antaño perdedor Manuel Filiberto de Saboya.

Al no ver una reacción inmediata a su nueva apuesta de transferencia de tropas a la sitiada ciudad de San Quintín, y subestimando nuevamente a su adversario —los perdedores que asumen sus derrotas como propias aprenden más rápido que los que se las imputan a terceros o a circunstancias no previstas—, Montmorency cambiaría su intención primera ordenando a sus tropas abandonar la espesura del bosque mientras las desplegaba a la par que su vanguardia cruzaba el Somme. Tamaña imprudencia permitió a los españoles cruzar el río por el puente de Rouvroy en mitad de la maniobra, causando una masacre antológica. Montmorency, que creía ciegamente que la estrechez del vado impediría esa posibilidad, se topó con el ingenio renovado del denostado duque de Saboya, que apareció, como quien no quiere la cosa, con una docena de barcasas con una ligera protección metálica a modo de blindaje, disparando la arcabucería con un frenesí atronador a la vez que letal.

El grupo del general Andelot había cruzado con éxito el río, pero en la orilla en la que habían instalado su cabeza de puente, desde un vasto y denso trigal, surgieron varios centenares de arcabuceros españoles que se movían pausadamente, desfigurados por las espigas adheridas al cuerpo, lo que los hacía literalmente indetectables, causando una terrible matanza entre sus tropas. Las cosas iban de mal en peor para los sobrados galos.

El principio del fin

El ejército español, configurado por una amalgama de soldados peninsulares y alemanes a las órdenes de Alfonso de Cáceres, iba a ser destinado a cubrir el ala derecha de aquel conglomerado tan heterogéneo de tropas. El centro estaba a las órdenes de Julián Romero, un prestigioso general que venía de muchos frentes y con un historial de cicatrices que obligaba a cualquier observador

medianamente cabal a creer seriamente en la reencarnación. Este admirado y reverenciado general no solo estaba rodeado de sus resolutivos Tercios, sino que además, arqueros borgoñones e ingleses procedentes del campesinado y acostumbrados a atinar a una liebre a cincuenta metros iban a ser decisivos en la batalla por venir. En esta línea, el ala izquierda era patrimonio del temido Tercio de Saboya a las órdenes del maestro de campo Alonso de Navarrete. A la expectativa y tras esta densa formación de infantes, la vistosa caballería flamenca, con sus distintivos y llamativos pendones, estaba dirigida por el conde de Egmont, finiquitado años más tarde, en una muy cuestionable decisión, por el rey Felipe II en una trágica y equivocada actuación —a la luz de los acontecimientos posteriores—, y de consecuencias devastadoras por la posterior radicalización de la guerra de Flandes.

Egmont, un valeroso e impetuoso joven lleno de romanticismo y una osadía temeraria, comenzó a acosar el flanco izquierdo de las tropas de Montmorency, obligándolo a retirarse una vez más, en esta ocasión hacia el bosque protector. Durante la fuga, las tropas francesas usaron la misma vía que a la ida en el intento de socorrer San Quintín. Pero las tropas de Felipe II les pisaban los talones a muy corta distancia.

Para hacerles una envolvente, los ingenieros, en un punto muy estrecho del Somme, tendieron varios pontones de barcazas que, debidamente acondicionadas con tablones, podían permitir el paso de la caballería que iniciaba la implacable persecución de Montmorency. Así, de esta guisa, las tropas del duque de Saboya lo cruzarían a una velocidad vertiginosa, en un contraataque fulgurante con la suerte de que todo el destacamento español y alemán hizo diana al completo.

Este dinámico ataque, de una celeridad impresionante por la capacidad de reacción y la puesta en práctica del mismo, permitió entrar en la profunda espesura del bosque en el que se hallaba totalmente copado el ejército francés. La desesperante situación dio paso a una absoluta improvisación, en la que órdenes imprecisas se cruzaban con contraórdenes en un ir y venir de correos a caballo que rozaba el surrealismo. En consecuencia, el condestable galo, sin opciones de fuga y acorralado, presentaría batalla en los límites de una

planificación indeseada por la enorme y creciente presión, desplegando a sus tropas de manera atropellada.

Copado el enemigo y sin salida alguna, el ejército español (que en lo numérico tenía más elementos «extranjeros» que propios, pues en aquel tiempo, todos los ejércitos tenían cierta tendencia y en algunos casos sobredosis de mercenarios) cayó con todo el peso de su superioridad técnica y numérica y cabalgando sobre una iniciativa permanente, frente a un oponente sin reacción merecedora de tal nombre. Desbordados en todos los flancos a causa de las constantes erosiones de las descargas de arcabucería, que en un literal ejercicio de tiro al blanco derivaban en una espantosa carnicería, más de cinco mil mercenarios a sueldo de los franceses presentarían su rendición mientras la fuga se intensificaba en el resto de las tropas galas hasta alcanzar los límites de una deserción masiva.

Entretanto, el condestable Montmorency, sin recuperarse en ningún momento para activar una iniciativa a todas luces imposible a esas alturas de la batalla, recibía de forma implacable una lluvia intensa del fuego de la artillería adversaria, que no solo arrasaba el bosque en el que se refugiaban los galos en medio de aquella tormenta paralizante de metralla y fuego, sino que además creaba una atmósfera asfixiante por la combustión de la foresta y la pólvora que se mezclaba en el aire convirtiéndolo en irrespirable, en medio de una confusión total. El pánico había doblgado a la hueste francesa creando una imposible salida a aquella locura en la que miles de soldados sin órdenes precisas colisionaban los unos contra los otros en un caos incalificable.

Irremediablemente perdido, como todo hombre de armas que quiere ser recordado con honor, decidió lanzarse contra la infantería repartiendo con su sable el agotado mensaje de un soldado de otra época. En medio de aquella multitudinaria masa de ballesteros, arqueros y arcabuceros, batiéndose en un fantasmagórico cuerpo a cuerpo, aquel general que pretendió redimir un pésimo planteamiento en una de las batallas más cruciales de la historia militar de Europa, sería capturado por un modesto soldado de caballería llamado Pedro Merino, natural burgalés de Pesquera de Ebro, donde este río cobra cuerpo antes de bajar hacia Aragón.

Ni más ni menos que diez mil ducados del ala recibiría este anónimo hijo de España que, tras comprar unas tierras en su pueblo natal y mejorar la casa materna con una pequeña cabaña de ganado menor, seguiría combatiendo durante años en los Tercios hasta perderse en las crónicas sin que se tenga mención ulterior de él.

Valoración y desenlace

Las bajas en combate —sobre todo durante la persecución hacia el bosque y en menor medida dentro de él—, y la matanza de huidos, fueron literalmente atroces en términos numéricos, sobre todo porque aunque había una gran masa de mercenarios, se había arrancado en levas una gran cantidad de gente joven que murió prácticamente antes de nacer a la vida. En términos cuantitativos, más de doce mil almas abandonaron este infierno real y no el de los augurios religiosos. Más de seis mil prisioneros sin recursos, serían liberados prontamente para desahogar la carga que suponían para la propia logística. Aunque muchas crónicas no lo mencionen y habida cuenta de que entre las tropas imperiales había muchos lansquenets alemanes, se marcaría con un discreto distintivo a hierro candente a aquellos que habían combatido en el bando francés para que en el caso de que rompieran su juramento de no volver a combatir contra España, fueran tratados de manera más expeditiva.

Aquellos que eran nobles o de aristocracia menor, se quedarían a la sombra hasta ser recuperados mediante rescate. Más de un millar de ellos, desde Montmorency, pasando por los duques de Montpensier y Longueville, hasta el mariscal de Saint André y el duque de Mantua pagarían un alto precio por la derrota, pues volver a la vida civil, prácticamente les costaría un ojo de la cara, por no calificarlo de una forma más burda. Toda la artillería gala, con el municionamiento incluido, animales de tiro y tren de logística entero caería en manos de los vencedores. El ejército imperial no llegaría a contabilizar más de doscientos muertos y otros tantos heridos.

Cuando llegaron las buenas nuevas sobre el arrollador éxito de las tropas de Felipe II en San Quintín, este decidiría, en honor a la supuesta protección brindada por san Lorenzo, celebrar la victoria ordenando la construcción del

Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Dícese que tal como un día 10 de una antigua fecha bastante imprecisa, con este hombre de Dios, se propasaron sus captores haciendo poco menos que una parrillada; leyenda o verdad, probablemente los arquitectos muñidores de aquel macroproyecto, hacia el año del Señor de 1563 crearon una austera y colosal construcción que dura ya casi cinco siglos.

Tras felicitar al duque de Saboya, en contra de los consejos de este curtido hombre de armas, Felipe II se negaría a atacar París hasta consolidar la posición de San Quintín —probablemente un error estratégico sin precedentes, pues la capital de Francia estaba a tiro de piedra y con un ejército francés desmoralizado y en desbandada—. Puesto un férreo cerco a la ciudad, los sitiados resistirían todavía hasta el 27 de agosto, cuando una columna española compuesta por partes de los Tercios de Alonso de Navarrete y de Cáceres, otra flamenca dirigida por el conde de Egmont y los mercenarios ingleses de Pembroke asaltaron, tras un intenso cañoneo de dos días consecutivos, las murallas de San Quintín, ocasionando una matanza como pocas en la historia. Se pasó a cuchillo a la entera guarnición, con ligeras excepciones, como siempre limitadas a aquellos prisioneros susceptibles de ser canjeados por rescate, entre ellos el almirante Coligny y algunos elementos de la nobleza. Aquella resistencia sujeta a la esperanza de una llegada de refuerzos que jamás ocurriría ocasionó una de las matanzas más memorables que se recuerdan por la falta de respeto a las leyes más básicas de la guerra, tal es la de que un prisionero vencido ha de recibir un tratamiento correcto; pero los ánimos estaban muy calientes y la promesa de saqueo de la ciudad creaba extrañas amnesias en la «ética» de los combatientes.

Once meses más tarde, los franceses volverían a las andadas. A mediados de julio de 1558 las tropas españolas derrotarían de nuevo a las francesas en Gravelinas, condenando a Francia a firmar la onerosa Paz de Cateau-Cambrésis en 1559, tras amenazar Felipe II con utilizar métodos más expeditivos.

Los enviados del deprimido monarca francés Enrique II firmaron de buen grado todas las cláusulas impuestas por España, pues el viento de la guerra venía castigándoles sin cesar desde hacía ya casi cincuenta años. No fueron

cláusulas humillantes, pero sí intentaban asegurar una paz duradera, cosa que lamentablemente no ocurriría, como se demostró a la postre.

Pero esos acontecimientos que se decantarían en los sucesos de Gravelinas, son parte de otro capítulo de la historia y de cómo se puede faltar a la palabra dada sin pestañear ni un ápice.

10. GRAVELINAS, FRANCIA SE PEGA UN TIRO EN EL PIE

Francia llevaba años de derrotas acumulados en sus encontronazos con España; el siglo XVI estaba resultando catastrófico y abrumadoramente letal para sus intereses, nada le era propicio y no se rendía a la evidencia de que toda la periferia de su territorio estaba rodeada por un imperio que le había arrebatado su proyección política y estratégica internacional. Y por ello, no se resignaba a un papel de secundaria. Para colmo de males, los franceses no eran muy marineros —salvo los correosos bretones y los vascos del sur de Aquitania—, y entre ingleses y españoles los tenían copados en sus puertos atlánticos. Se podría decir, con cierto rigor, que estaban sentenciados a una autarquía que les condenaba a un onanismo poco gratificante.

Asimilar esta situación y ubicarla dentro de las coordenadas de una realidad tan concreta como es la de valorar tus posibilidades objetivas ante otra realidad superior y tan rotundamente avasalladora era muy difícil de digerir; pero el orgullo francés parecía tener un tracto intestinal interminable, o lo que es lo mismo, unas tragaderas pantagruélicas, cuya voracidad atragantaban con solvencia los Tercios, lansquenets alemanes y aliados de aquella bien engrasada monarquía «federal» española; en aquel tiempo, un imperio imparable.

Así estaban las cosas cuando a los franceses, tras una larga ingesta de Almax y bicarbonato por la durísima derrota de San Quintín —una de tantas—, les dio un repente y se volvieron a alzar en armas, quizás por un efecto secundario de la desesperación por aquella clausura a que les tenía constreñidos territorialmente, quizás como un acto de puesta en escena de su peculiar forma de entender la *grandeur*, que a veces de tan sobredimensionada, les provocaba problemas de estabilidad en su

verticalidad como nación. El clásico chauvinismo galo a lo largo de la historia les ha causado más de un serio disgusto, y como botón, unas muestras.

Los germanos (en su acepción prusiana o alemana), los ingleses y los españoles en varias lides, les hemos dado correctivos suficientes como para moderar ese ego de pies de barro, pero insisten e insisten. ¿Masoquismo quizás?

Por aquel entonces, parecía que la victoria de los españoles en San Quintín había dejado completamente noqueada a Francia, pero lo cierto, es que todavía tuvo arrestos para preparar un contraataque al año siguiente que, de haber prosperado, pudo dar un giro inesperado a la contienda. Francia reclutaría un nuevo ejército en las zonas colindantes con Flandes, concretamente en la comarca de la Picardía, que puso en manos del duque de Nevers. Para rizar el rizo, pidió ayuda naval a los otomanos, que a modo de distracción mantendrían ocupada a la flota española de tal manera que no pudiera trasladar tropas de refuerzo en dirección a Francia vía marítima. Pero la cosa no quedaba ahí.

Un segundo frente que no acababa de concretar o definir las verdaderas intenciones del ejército francés, dirigido por el señor de Thermes, apuntaría con otro ejército formado por doce mil infantes, dos mil jinetes y un potente tren de artillería, en lo que podríamos llamar una variante secundaria o plan B, al mismísimo corazón de Flandes. Para paliar o revertir esta sorpresiva acción de distracción, el romántico y después, por desgracia, finado conde de Egmont, un general al que Felipe II primero había cubierto de gloria y honores, para posteriormente ejecutar en uno de los errores políticos más cuestionados de la historia, intervino audazmente con soluciones militares originales y sorpresivas decantando la batalla de Gravelinas a favor nuevamente de las armas de la monarquía española. Este brillante y fiel subordinado, con formas idealizadas de la guerra, un caballero donde los hubiera, vencería una vez más a las tropas francesas en Gravelinas usando unas tácticas tremendamente arriesgadas, de un espíritu audaz que rozaba el suicidio. Mas sus hombres tenían una fe ciega en él, y la situación así lo requería; era un escenario en donde tomar decisiones al toque sería crucial. Era, por decirlo de alguna

manera, un general de sus soldados, un alto oficial a pie de obra del estilo del mariscal Rommel, Aníbal o Belisario. Generales que se subían al andamio.

Con frecuencia, se considera el enfrentamiento en Gravelinas como una batalla menor o de entidad secundaria, pero su importancia fue determinante para concluir en un tratado extraordinariamente favorable para los españoles. Tampoco fue, como algunos historiadores —con los que discrepo respetuosamente— dicen, un apéndice de la batalla de San Quintín, una de las victorias más celebradas de la historia de España bajo el reinado de Felipe II, que quizás por su proximidad en el tiempo (separaban a ambos enfrentamientos solo once meses de diferencia) fue el desenlace terminal de una guerra que había dejado exhausta y postrada a Francia.

Mientras en San Quintín el mejor general de Francia en aquel tiempo, el duque de Guisa, no estuvo presente por entender que la batalla a dirimir era de un valor relativo —estaba operando con sus tropas contra el durísimo gran duque de Alba—, en el caso de Gravelinas, el rey de Francia, a la sazón Enrique II, cercano a la hecatombe, lo reclamó para este último estertor de su castigada reputación. Quería la presencia del duque de Guisa en Francia, quien a su vez, ordenaría al duque de Nevers iniciar maniobras de distracción contra los Países Bajos en tanto que él se dirigía a conquistar la poderosa plaza de Calais, última posesión inglesa en el norte de Francia, para así no dejar enemigos a sus espaldas, no fuera a ser que a españoles e ingleses les diera un pronto y acabaran en matrimonio de conveniencia y le hicieran una indeseable pinza. Tras siete días de asedio y un cañoneo infernal e imparable, diurno y nocturno, los ingleses, sin pegar ojo y con las cisternas de agua reventadas, rindieron pabellones y entregaron la ciudad.

Primeros compases de la danza del diablo

La pérdida de Calais fue un duro golpe para Inglaterra. Desde un punto de vista táctico todo el flanco derecho en el noroeste de Francia quedó a merced de los galos, que aprovecharon la inercia para mirar a Flandes con más apetito. Entonces los dos ejércitos se percataron de la importancia estratégica de Gravelinas, clave para el asalto de Flandes por su parte más occidental.

Esta vulnerable zona fue rápidamente reforzada con tropas del variado mosaico de reinos y ducados tributarios, piezas del enorme puzzle del conglomerado de la Monarquía Hispánica.

Entretanto, el duque de Guisa, que ya había cogido carrerilla con el tema, se vino arriba y le dio por atacar todas las posesiones inglesas en Francia. Mientras el duque de Nevers lanzaba nuevas acciones de distracción, el gobernador galo de Calais, Thermes, avanzó con diez mil mercenarios y dos mil jinetes prendiendo fuego y asolando las poblaciones con las que topaba en dirección a Flandes. Al llegar a Gravelinas, Thermes intentó asediar la plaza, pero, al ver que estaba excelentemente defendida y con refuerzos estimables, se percató de lo inútil de su acción, y dejó un fuerte destacamento para dedicarse a poner las tierras colindantes en situación de tierra quemada.

Pero a pesar de su manifiesta superioridad, España estaba aquejada de una dolencia de apariencia intangible pero de efectos reales. Con la última quiebra todavía latente y los banqueros Fugger y Welser —ya en sus últimos estertores— presionando para cobrar al moroso rey, se planteaba la dura decisión de endeudarse más para mantener la máquina de guerra engrasada.

Los Fugger y los Welser, hasta el advenimiento de Felipe II, habían sido unos banqueros muy peculiares: eran más exactamente, unos *merchant bankers*, o lo que es lo mismo, banqueros comerciantes, y en consecuencia, les era indiferente aceptar pagos en forma de botines, minas, esclavos, territorios u otras opciones que les generaran dividendos a corto y medio plazo. No hay que olvidar que Carlos I de España hubo de hipotecar Venezuela para pagar a estas lagartijas los sobornos que debía a sus pares candidatos a la corona durante su advenimiento antes de ser emperador.

En esta tesitura, los banqueros genoveses eran una opción a tener en cuenta, y dicho y hecho. Extendió la mano ante la situación apremiante y obtuvo un crédito para levantar un ejército con rapidez y cierta improvisación.

Manuel Filiberto de Saboya, el vencedor de San Quintín, estaba muy ocupado con los movimientos del duque de Guisa, al cual le había salido en sus filas un importante amago de motín por parte de unos descontentos mercenarios alemanes muy disgustados por los atrasos, que suponían un

inestimable monto de pasta «gansa» y un roto en las arcas del propio duque, encargado de financiar a sus desmadrados soldados.

La responsabilidad del nuevo ejército imperial dirigido por el jefe de la Casa de Saboya recayó en las manos de Lamoral Egmont, un experimentado general de la vieja escuela que creía más en el hierro que en la pólvora. Primo de Felipe II por parte de madre, tenía fuertes vínculos con la corona. Avalaban la elección de Egmont sus brillantes actuaciones al frente de la caballería imperial en la decisiva batalla de San Quintín, en la que el veterano general ganó con una increíble astucia y valentía a raudales a unos franceses incapaces de reaccionar ante un ataque de caballería literalmente suicida. A Egmont se le podía aplicar a la perfección aquel verso de Walt Whitman incluido en su famoso poema *Carpe diem*, que reza así: «Aunque el viento sople en contra, la poderosa obra continúa, y tú puedes aportar una estrofa».

Pero Egmont tenía sus debilidades también. Profesaba una fe ciega en los métodos de acción de antaño, que habían pasado de moda, y a pesar de su creencia en ellos, no había una respuesta científica atractiva por su parte a los elementos que de a poco se iban introduciendo en los campos de batalla. Toda su doctrina estaba basada en las argucias y manejos de picardía —en las que estaba doctorado *cum laude*—, que eran sus armas ante los nuevos tiempos. Triunfó sí, pero por su reconocida inteligencia e intuición ante fuerzas que técnicamente eran superiores (algo parecido a las operaciones del mariscal Rommel con el Afrika Korps casi cuatro siglos después). Según avanzaba el siglo XVI se hizo cada vez más patente que las modernas opciones militares no casaban con él; pero, testarudo como era, conseguía imponer su canon de combate y además, triunfaba con métodos ya obsoletos. Un caso.

Egmont, hombre de iniciativa donde los hubiera, tenía órdenes estrictas y explícitas de hostigar a los franceses solo en su retaguardia, sin llegar a las manos, pues el diferencial de potencial entre ambas fuerzas era más que notable. Los españoles disponían de un pequeño pero variado abanico de opciones, todas ellas contundentes, aunque a su vez insuficientes ante la desproporción del enorme ejército francés.

Una curiosa caballería con pistolas de avancarga —los herreruelos—, que en el cuerpo a cuerpo eran letales pero inútiles ante la posibilidad de

volverlas a cargar sobre la marcha, tarea harto imposible; la configuraban cerca de medio millar de jinetes con un alto nivel de preparación en el manejo del hierro y la pólvora. A ello había que sumar una infantería de un millar de soldados de los Tercios (básicamente arcabuceros) que más que actuar, causaban un importante y letal efecto disuasorio, y la infantería valona y flamenca, formada por aproximadamente dos mil elementos, que sumados a los cerca de siete mil mercenarios alemanes constituían un conjunto temible.

Tras el ataque a Neuport, las tropas francesas regresaron sobre sus pasos, en un nuevo intento de conquistar Gravelinas; sobredimensionados tras la conquista de Calais, se creían invulnerables. Pero Egmont detectó la enorme elongación de la columna francesa tras ser avisado por sus exploradores y decidió actuar de forma rápida, no dando lugar a una respuesta coordinada por parte gala. Se habían alejado demasiado de las líneas de abastecimiento, lo que se convertía en un hándicap, sobre todo para el municionamiento del tren de artillería, indispensable para cualquier asedio o disolución de un potente ataque de caballería. Tampoco acompañaba la dañada salud de Thermes, pues la durísima gota que arrastraba le tenía paralizadas las extremidades por completo.

Egmont, a caballo de su habitual picardía o lábil ratonería, detectó estas fallas en los movimientos franceses y, como halcón en su majestuosa observancia, aprovechó las debilidades galas con su proverbial y magistral habilidad. En una decisión muy cuestionada por sus más allegados y más propia de un caballero andante, el conde de Egmont abandonó toda su impedimenta, munición pesada y artillería para cortar en un ataque relámpago el paso a los franceses.

Sorprendido por la imprevista y asombrosa maniobra de Egmont, Paul de Thermes se vio atrapado entre la desembocadura del río Aa y el ejército imperial. Habida cuenta de que la batalla era ineludible, los franceses intentaron a vida o muerte sacar provecho de sus eximias ventajas. Los bagajes que portaban les servirían como trincheras mientras parapetaban la artillería tras ellos. Por su parte, el conde de Egmont, un hiperactivo de manual, se arrojó sin más preámbulos ni formalidades, ante el desconcierto de los franceses, al frente de su caballería pesada sobre la atildada aristocracia

gala que ocupaba el centro del reducido y comprimido frente. Aquella romántica carga a la vieja usanza chocó estrepitosamente contra la artillería francesa, en una carnicería brutal en la que a aquel concierto infernal se habían unido los arcabuceros propios. El último caballero medieval de aquella Europa que sangraba sin cesar, parecía haber mordido piedra.

En este punto hay que destacar que desde los tiempos del Gran Capitán el uso de la caballería en aprovechamiento de su principal capacidad, la movilidad y rapidez, había venido depreciándose por las graves derrotas infligidas por la infantería de los Tercios en sucesivas batallas desde las guerras de Italia. La nueva utilidad, el destino que les daría Gonzalo de Córdoba, sería incluso quizás más eficaz si cabe que el que se le daba antaño; esto es, su uso como transporte de la infantería daba una elasticidad sorprendente en desplazamientos rápidos hacia el frente de combate. Ahora era un elemento necesario, complementando a las tropas de a pie.

En la batalla de Gravelinas, esta técnica que había revolucionado los campos europeos, volvería a dar sentido a la caballería en un contexto en el que en los ejércitos dominados por las tropas de infantería, tal que era el caso de los temibles e invictos Tercios, tenían un protagonismo casi absoluto en los nuevos formatos de enfrentamiento, sobre todo, en el terreno de la táctica.

La posterior introducción en el arma de caballería del temido «arcabucillo» de rueda revalorizó a esta hasta imprimirle más letalidad que la que comportaban aquellos ataques casi a pecho descubierto de tiempos pasados. La caballería de tipo herreruelo (eran jinetes con capa muy corta, yelmos abiertos de gran visión angular y armadura mucho más ligera), que llevaba dos pistolas o arcabuces de reducido tamaño, daría momentos de gloria y grandes victorias en esta técnica combinada en la que una infantería de eficacia probada se sumaba a una caballería de nuevo cuño y con atribuciones vanguardistas.

Era muy frecuente —si no dominante—, que su uso en las batallas del siglo XVI y XVII se materializara en una de las tácticas más originales desarrolladas en su momento y que causaban pavor en las filas adversarias. La llamada táctica de la *caracola* era en sí un ejercicio de valor audaz y extremo, pero con unos resultados abrumadores. Esta táctica venía a traducirse en cargas de

la caballería que en filas escalonadas, con sendas pistolas en mano, se acercaban a la distancia de disparo, que venía a oscilar entre los veinte y treinta metros —no se trataba de hacer diana sino de disparar al conjunto—, tras lo cual, la primera fila de jinetes reulaba rápidamente para dar paso a una segunda y tercera oleada, desatando una infernal tormenta de fuego que, sin buscar una precisión en el tiro, causaba enormes estragos en las filas adversarias. Efectuada esta maniobra, se retiraban reagrupándose en la retaguardia tras la infantería, cargando sus armas para volver de nuevo al ataque.

En Gravelinas se utilizó profusamente esta letal técnica de combate yuxtapuesta entre la infantería y la caballería de los Tercios, hasta el punto de que los franceses no tuvieron opciones de formarse adecuadamente para el enfrentamiento, pues la improvisación se impuso en todo momento.

En el caso del conde de Egmont, este audaz soldado se saltaría estas convenciones y en un momento crucial de la batalla se vería obligado a recular dada la intensidad del fuego francés ante lo que se presumía un acto de supervivencia extrema en un escenario de derrota anunciada.

Pero nuevamente el desatino sería saldado con la intervención de la disciplinada infantería española de los Tercios.

El momento álgido de la batalla

Egmont, tras la primera carga, se vio obligado a retroceder, incrustándose entre los cuadros de infantería, para posteriormente reorganizarse tras ellos. La caballería gala se empeñó en perseguirlo, estrellándose contra la infantería mercenaria y su muralla de picas. Pero Egmont, que era un impenitente testarudo, estaba tramando una de las suyas. En ese momento de aparente desconcierto, Paul de Thermes decidió que la infantería propia avanzara, con el desgraciado resultado de que acabaría trabada con la caballería pesada francesa, que huía de manera desordenada tras atacar a los imperiales. Enfrentadas ambas infanterías, la batalla estaba bloqueada en un *impasse* desconcertante, hasta que el capitán Luis de Carvajal ordenó avanzar desde el flanco derecho español a una compañía de doscientos arcabuceros, para

infiltrarse en el costado enemigo con la intención de apostarse tras el tren de abastecimiento francés. Tras esta afortunada intervención comenzaría el principio del fin. Sobre la retaguardia francesa diluviaba un infierno que cogió a contrapié a Thermes, creando un desconcierto impresionante, pues en medio de aquel ruido ensordecedor un inesperado elemento se iba a colar en la batalla.

Un imprevisto golpe de gracia a los confundidos galos les vino desde la desembocadura del río Aa, que en teoría les protegía las espaldas. Una flotilla artillada con naves de alto bordo propias del Cantábrico y tripuladas por guipuzcoanos apareció por sorpresa en lo más profundo de la retaguardia francesa. Cañonearon a placer a los desconcertados galos, que no sabían en qué infierno estaban. Entre la balacera de los arcabuceros infiltrados y la artillería de a bordo de las fragatas procedentes de Pasajes, la masacre cobraba tintes, no de carnicería, sino de casquería. Las vísceras de aquellos desgraciados estaban repartidas en el campo de batalla como un mosaico que alicataba de manera inmisericorde aquella inagotable tragedia.

Entonces, toda la línea enemiga se desmoronó y el cortés y caballeroso conde de Egmont no fue capaz de impedir el terrible baño de sangre sobrevenido. Sin posibilidades de escape y con el estuario del Aa a la espalda, el gravoso número de bajas francesas llegaría a ser inaceptable. Los autóctonos de esa zona (hoy correspondiente a la limítrofe entre Francia y Bélgica) afines al Imperio español se recrearían en la matanza, procurando en aquel nefasto día más de siete mil muertos al aspirante a hegemón. Thermes — herido gravemente en la cabeza—, el barón Jean de Annebaut, Jean de Monchy y una docena de nobles conseguirían salvar sus vidas *in extremis*, evidenciando su rendición claramente con trapos y sábanas blancas. Egmont, nuevamente, se había salido con la suya.

Gravelinas supuso grandes parabienes y recompensas para el conde de Egmont. Más allá de su temeraria estrategia, su habitual desparpajo y habilidad le merecieron la gratitud de Felipe II, no sin antes recibir un apercebimiento más fingido que real sobre su temerario comportamiento y consecuente desobediencia al mando natural, el gran duque de Saboya. Las locuras de Egmont eran motivo de fricciones con sus superiores, pero los

apercibimientos solían acabar en agua de borrajas, habida cuenta de los resultados que aportaba en su favorable saldo en los campos de batalla; pero lo cierto es que sus superiores no ganaban para sustos. En Gravelinas, Egmont había cambiado definitivamente el curso de la guerra y esto era indiscutible a pesar de su singular comportamiento. Enrique II, sin más cartas que jugar, prefirió firmar cuanto antes un generoso tratado —Cateau-Cambrésis— antes de que los españoles entraran hasta la cocina y se plantaran en París.

Tras Gravelinas, el rey recompensaría a Egmont en el año 1559 con el cargo de gobernante con plenos poderes administrativos y recaudatorios en Flandes y Artois, lo que le convirtió en un poderoso noble, en un país de fragilidad extrema por las cuestiones religiosas subyacentes, que en el fondo solo camuflaban los intereses de la burguesía mercantil local, más allá del estrabismo del rey emperador español, que en mor de la defensa de la religión, alimentaría un cáncer irreversible y letal para imperio durante años, devorando ingentes recursos que podrían muy bien haberse derivado para la consolidación de un proyecto político más abierto y menos cicatero. Los condes de Egmont y Hornes —ambos católicos flamencos— lucharían por hacer entrar en razones a Felipe II, pero este tenía las seseras de mármol de Carrara.

Las peticiones a Felipe II para quitar hierro a la persecución religiosa y evitar que el macabro tribunal del Santo Oficio se instalara en aquellas brumosas tierras de Flandes, fueron el caballo de batalla de estos dos nobles que infructuosamente plantearon fórmulas de conciliación avanzadas y de corte más diplomático para beneficiar a sus convecinos. Siglos después se debate todavía qué llevó a Felipe II a tomar decisiones tan extremas contra estos dos fieles vasallos. Ambos jamás plantearían belicosidad alguna contra el emperador en su particular cruzada tras la adjudicación como *statuder* del conde de Egmont, cosa que no sucedería con el duque Guillermo de Orange, que se radicalizaría en extremo. La durísima postura del cardenal Granvela, a la sazón obispo de Arras, hizo que la virulencia del enfrentamiento religioso alcanzara cotas inaceptables, radicalizando las posiciones hasta convertirlas en irreversibles. Ante este bloqueo sin salida digna u honrosa para las partes y

sin mediadores de calado, en 1560 Egmont y Hornes renunciaron a sus cargos en el ejército del emperador.

Alguien dijo una vez —un anciano filósofo en Mitilene (Lesbos)— que la eternidad también caduca. El héroe de San Quintín y de Gravelinas comenzaba contra su voluntad a ser un sospechoso por no compartir a pies juntillas la obsesión del rey emperador por un modelo de religión (del latín religar - reunir) tan poco elástico. Egmont, comenzaba a ser un eco.

En 1565 Felipe II recibió al conde de Egmont, llegado en embajada de buena voluntad. El vencedor de Gravelinas y pieza clave en la victoria de San Quintín era un militar muy respetado, y en la confianza de que estaba ante un rey caballero, negoció a tumba abierta una solución que nos habría ahorrado años de disgustos, huérfanos, viudas y astronómicas pérdidas para nuestras arcas, por no mencionar un futuro tranquilo y sin sobresaltos de larga duración para nuestro país en una proyección muy larga en el espacio-tiempo. Pero no fue así.

La estulticia, falta de visión global y cerrazón del rey emperador estaba anclada en un círculo blindado que no permitía malabarismos ni salidas dignas a ambas partes.

El duque de Alba, al frente de un poderoso ejército lleno de argumentos incontestables, se desplazó hacia 1567 a los Países Bajos, con órdenes muy muy claras de ejecutar a los líderes más destacados de la rebelión. Guillermo de Orange, barruntando un negro porvenir, huyó a Alemania. El conde de Hornes y el mismo Egmont, sin intuir la que se avecinaba, fueron a recibir al gran duque de Alba, hombre enjuto, clásico en la confección de su rol como militar, severo con la milicia propia e inquebrantable en el campo de batalla, con recursos ilimitados, encerrado en una imaginación diseñada para engendrar muerte a raudales.

Más allá de que era la Máquina de la Muerte, siempre había mostrado en el trato con los hombres de armas un respeto y deferencia propios del aristócrata y caballero que era. Egmont era un icono y mito militar, y el español profesaba una gran admiración por el flamenco.

Pero las órdenes del rey cabalgaban al galope sobre la ciénaga en la que ya se había convertido la Guerra de Flandes. El 9 de septiembre de 1567 Egmont

y Hornes fueron invitados a un banquete en el que el capitán español Sancho Dávila acabaría echando el guante a los desprevenidos nobles católicos. Encarcelados en unas mazmorras separadas, y tras encontrar con una alambicada y retorcida investigación unas pruebas muy inconsistentes, fueron decapitados en la Plaza del Mercado de Caballos de Bruselas ante una multitud sollozante y estupefacta. La conmoción era general y la población quedaba absolutamente descolocada ante esta increíble decisión.

La ejecución de Lamoral Egmont, desde el punto de vista de la alta política, tuvo un alcance funesto y causó una guerra de dimensiones «mundiales» para la época y mundo conocido. Los ánimos enardecidos de la población moderada dieron un sesgo de 180° ante aquella trágica ejecución, inaceptable para cualquiera con una mínima visión geoestratégica.

Era absolutamente inédito y rocambolesco que el conde de Egmont se alzara del lado de los calvinistas, y a eso había que añadir la pequeñez de miras de un político que debería revestirse de recursos antes de descargar la fusilería, *ultima ratio*. Felipe II no se apercibió de lo que la guerra en los Países Bajos iba a demandar. Pasaron muchos años hasta que los alzados se dieron cuenta de que, a pesar de tan flagrante patinazo, el rey español no era el enemigo a batir, pero el mal ya estaba hecho y la hidra crecía y se multiplicaba incesante y exponencialmente.

La pequeña Holanda, la Holanda de los mercaderes, una industriosa e imaginativa región del imperio que podía haber sido un vasallo fiel y productivo, rentable tributariamente de haber seguido los consejos de Lamoral Egmont, se convertiría en el Vietnam de España y en un pozo sin fondo que devoraba ilimitados recursos. En el siglo XVI, España ya combatía en seis frentes: Flandes, Inglaterra, Francia, Berbería, el turco y la erosión de los enfrentamientos con los pueblos nativos que conllevaba la conquista transoceánica.

Federico de Prusia, Napoleón y Hitler no habían patentado la sobreexpansión; solo habían copiado un modelo condenado al fracaso.

La viuda del héroe de San Quintín y Gravelinas, a instancias del gran duque de Alba, recibiría una pensión digna que sería respetada hasta el final de sus días. Ironías del destino, el verdugo pagaría íntegramente de su bolsillo

aquella deferencia con la desconsolada mujer de un hombre que fue siempre fiel a su rey.

Tras esta nueva derrota en la batalla de Gravelinas, los franceses se vieron obligados a replegarse a sus fronteras y Enrique II de Francia tuvo que firmar la paz con Felipe II en Cateau-Cambrésis en 1559.

La llegada de una flotilla española cambió, como hemos visto, el curso de una batalla que se encontraba estancada en el centro. Mientras los españoles y los flamencos luchaban con furia en las alas, los mercenarios alemanes se enfrentaban a sus compatriotas con cierta pasividad. La flota guipuzcoana disparó a la retaguardia francesa causando la ruptura de todas las líneas. Con el océano a la espalda y una población flamenca cercana, la persecución de los franceses se convirtió en una sangrienta cacería.

Muchos historiadores han señalado que la flota que subió por el estuario del río Aa era en realidad de los ingleses, entonces aliados de España —pues Felipe II estaba casado con María I Tudor—. Lo más probable es que fuera parte de la flota del capitán español Carvajal, que participó en la batalla, y que se coordinó con las fuerzas terrestres.

11. LA BATALLA NAVAL MÁS SANGRIENTA DE LA HISTORIA, LEPANTO

Nada bueno resulta de llorar por aquello que ya se ha perdido, y si no, que se lo digan a los turcos tras la escandalosa derrota sufrida en Lepanto, en la costa occidental de Grecia, allá por el año del Señor de 1571, en una de las más aciagas batallas de la historia, donde el pensamiento estratégico de los complacidos otomanos brilló por su ausencia y por el volumen de su arrogancia y autosuficiencia. A veces, saber demasiado puede resultar una agonía; y eso o algo parecido fue lo que les sucedió a los anatolios, que llevaban repartiendo estopa de forma reiterada desde *in illo tempore*, hasta que tropezaron con la horma de su zapato. En el recuerdo de todos pesaba como una lápida la trágica caída de Constantinopla el 29 de mayo de 1453, un año fúnebre, donde probablemente se diera uno de los pases de página más importantes por la mortífera huella que dejó en la historia conocida.

Saramago decía, con su inapelable sabiduría, que jamás en ningún lugar de este atribulado planeta, cualquiera de las religiones ha servido para que la humanidad se acercara con respeto y sin temor —quizás, solo el budismo haya estado cerca de cumplir estos propósitos tan elevados como compendio de valores y de coherencia con ellos— a través de los credos, ya fueran de orden teísta o politeísta, pues solo han traído a este orfanato cósmico horror y terror por doquier. Muchos principios de elevada composición ética y altas miras fueron interpretados por hordas de bárbaros intelectuales en procesos alineados con el más puro salvajismo, y así nos fue, y así nos va. Aunque la bondad es la esencia de cualquier filosofía que emane de la inspiración o contemplación de lo divino como un alto referente de respeto, amor y compasión por el otro, las acciones humanas de sus intérpretes han convertido la historia en un lugar de acontecimientos luctuosos y sangrientos para la

humanidad. Igual que hablo de religiones, hablo de ideologías extremas, qué más da que da lo mismo.

Posiblemente, Lepanto ha podido ser el más sangriento enfrentamiento de la historia de la humanidad, entendido como confrontación naval. En aquella luctuosa jornada («La más alta ocasión que vieron los siglos», Cervantes *dixit*), más de cuarenta mil cuerpos sin ánima se habían volatilizado de la realidad humana tras un combate de algo menos de diez horas de duración y de una intensidad dramáticamente infrecuente. El horror se había manifestado en su más radical acepción y, como macabro récord, no deja de ser algo antológico por el número de bajas causado en tan breve tiempo. No se recuerda una batalla por tierra o mar de proporciones tan apocalípticas.

La presencia turca durante mucho tiempo representó una lacerante humillación, tanto en el Mediterráneo como en las tierras al este de la actual Austria. Cuando en 1570 la isla de Chipre, una tradicional posesión veneciana, fue tomada por asalto y sin previa declaración de guerra, este suceso traería como consecuencia la formación de la Liga Santa, auspiciada por el Papa, Venecia, Génova, Malta (con una presencia simbólica) y la monarquía de Felipe II. La participación española fue determinante para la consecución de tan grandioso objetivo, pues se pudieron detraer innumerables efectivos con una altísima preparación en combate, ya que la Guerra de Flandes estaba en un compás de espera en ese momento.

En los prolegómenos de la idea de dar un escarmiento a la temida e indiscutible potencia que era el Imperio otomano habría que resaltar que en los momentos previos a la crucial batalla de Lepanto, a comienzos del gobierno de Selim II, los turcos habían dinamitado unas buenas y añejas relaciones con los conspicuos y omnipresentes mercaderes venecianos, al conquistar en el año 1571 la fértil isla de Chipre. La capital, Nicosia, no pudo resistir el brutal asedio otomano, que incluía dentro de las habituales lacras de un cerco de esa magnitud el lanzamiento diario, vía catapulta, de más de un centenar de cabezas de prisioneros cristianos y de esclavos de todas las latitudes bajo el control de los anatolios. Cuando ya se habían agotado los alimentos y el agua almacenada en previsión de un socorro que nunca llegaría, dentro de la ciudad se dieron actos de canibalismo sobre los muertos caídos

en combate, mientras se improvisaban balsas de cueros solapados para la obtención de agua de rocío, en un acto de extrema supervivencia. Tras dos meses de una enconada resistencia, nunca llegaría refuerzo alguno y el pulgar de la historia determinó la muerte expeditiva y fulminante de más de treinta mil inocentes, en una orgia de sangre sin parangón. El resto de los vivos —unos veinte mil— hubiera deseado no haber nacido. Al tercer día de saqueo, Nicosia era una gigantesca tea en medio del Mediterráneo.

Esta estrategia de erosión estaba orientada a acabar con el «cordón veneciano», una serie de islas del Egeo y el Adriático que actuaban a modo de eslabones o bases de abastecimiento a la par que de mercados de intercambio de tejidos, especias, conocimientos, etc. Cuando ya estaba calentito el asunto, Pío V, el Papa del momento, vio que las desavenencias entre venecianos y turcos abrían una posibilidad real en un momento óptimo para formar la anhelada Liga Santa.

En toda la Europa católica se iniciaría una gigantesca recaudación en más de cuatrocientas mil parroquias y conventos, quedando así financiado en parte el propósito de una *Gross Coalition* integrada por la Monarquía Hispánica, el Papado, la Orden de Malta, Génova y Venecia, el Ducado de Saboya y otros varios ducados italianos, estos de forma más testimonial. Francia se quedaría mirando para otro lado, recurso muy habitual de la diplomacia gala, siempre muy grandilocuente en las formas, pero sustancialmente vacía de contenido a la hora de los grandes compromisos.

El día 24 de mayo de 1571 el pontífice Pío V reúne a los representantes de Venecia y España —los pesos pesados de la coalición—, que finalmente firman los acuerdos preliminares de la Liga Santa. Esta decisión es tomada ante el estupor generalizado por las noticias de la caída de Chipre y la masacre sobrevenida, y por la alarma que genera la potente flota reunida por los turcos. De esta manera, quedan solapadas bajo la misma bandera España —que aportaba la mitad del total en hombres y naves—, Malta, Génova, Venecia, el Ducado de Saboya, la Toscana y los Estados Pontificios.

Ese mismo mes había viajado a Madrid el purpurado Miguel Bonelli, cardenal de la curia vaticana, para refrendar en la iglesia de Santa María una misa en honor de Juan de Austria, generalísimo desde ese momento de la

armada aliada. El hijo bastardo del que fue gran emperador de la cristiandad, Carlos I de España, es visto ya como un salvador por parte del pueblo, líderes y soldados. Los turcos, por su parte, arreciaron en sus ataques a los buques católicos de todas las naciones que configuran la Liga Santa.

Tras salir de Barcelona con cerca de ochenta galeras, se dirige a Génova para integrar la armada de Andrea Doria, y por las mismas, pone rumbo al sur hacia Mesina. Reunida en el puerto de Mesina, la armada combinada formaba una fuerza intimidatoria jamás reunida hasta aquel entonces en las ancianas aguas mediterráneas. Más de doscientas fragatas, galeras, cocas de transporte, rapidísimos pataches de exploración y barcos de menor importancia, transportaban a la élite de la infantería de la época, los Tercios, empeñados en conjurar las atrocidades de aquella hidra sin miramientos. Diez compañías del Tercio de Nápoles de Pedro de Padilla, sumadas a otras seis compañías del Tercio de Miguel de Moncada y nueve compañías del Tercio de Sicilia de Diego Enríquez, todas ellas armadas de espada larga y corta para el combate cuerpo a cuerpo, tan previsible como desalmadamente carnicero, más los correspondientes arcabuces para cada uno de los integrantes y todos ellos, además, con un pistolón de bola de plomo que se cargaba siempre tras una simulada retirada táctica en forma escalonada, una técnica heredada del glorioso Gran Capitán y de una eficacia mortífera, a juzgar por las enormes bajas causadas durante el combate entablado en Lepanto.

Tras ser tomada la decisión de emprender la acción de escarmiento con una potente expedición naval, la flota de los coaligados se reunió en el puerto siciliano para debatir el plan de acción. Quedaba por decidir el objetivo de la campaña. Básicamente la destrucción de la flota del almirante turco Alí Bajá estaba fuera de toda duda. Pero ¿cómo plantear la batalla en cuestión? ¿A domicilio, yendo a su encuentro? ¿Atrayéndolos a mar abierta?

La idea que prevaleció finalmente fue la de ir a por ellos. Entonces, la enorme armada cristiana de la Liga Santa abandonó Mesina con el claro objetivo de ir a por todas. Las naves otomanas fueron avistadas un 7 de octubre en el golfo de Lepanto, actualmente, golfo de Corinto. La fuerza de los coaligados en defensa de los intereses de la cristiandad, más allá de los objetivos primarios de carácter religioso, ocultaba otros: la recuperación de

las vastas extensiones mediterráneas como zonas de comercio de carácter prioritario y de actuación militar preferente en sus variantes secundarias, o lo que es lo mismo, pretendía acabar con la lacra de la piratería berberisca amparada desde Estambul.

La fuerza era más que considerable por parte de aquella especie de cruzada contra los del turbante. Alrededor de 207 finas galeras de puente corrido y castillete en popa dotadas de bombardas y falconetes para repartir postas a granel, seis potentes galeazas muy artilladas y de gran porte, con amuras extraordinariamente altas para la época, y veinte navíos armados con artillería menor y un elenco de fuerzas de los Tercios dotadas de un entrenamiento extraordinario, con arcabuces y pistolones de avancarga cada infante. El conjunto, con algunos bergantines y fragatas sueltas, tenía unas 1.215 piezas de artillería. En lo tocante al contingente humano, se estima que iban embarcados, según cálculos variados y a veces contradictorios, cerca de noventa mil hombres entre las gentes de mar, galeotes e infantería naval.

Alí Bajá, por su parte, no tenía reservas o dudas sobre su papel. El sultán le había dado instrucciones precisas de aniquilar la flota cristiana, para ulteriormente represaliar con dureza en acciones secundarias a Europa por todos sus flancos. Su flota, superior en naves, sumaba alrededor de 221 galeras, dieciocho rapidísimas fustas que, por lo general, actuaban como naves de exploración, y una treintena de grandes galeotas. Mas tenía como desventaja que portaba casi la mitad de artillería que sus adversarios, lo que posteriormente decantaría la batalla. Los efectivos humanos rondaban los ochenta mil hombres, con muchas menos armas de fuego individuales y más enfocados a los arcos, ballestas y alfanjes para el cuerpo a cuerpo. Los jenízaros llevaban mosquetería, pero esta era inferior en calidad, precisión y largueza de tiro.

Se hace necesario recordar en este punto, que el Occidente cristiano llevaba años de derrotas y en retirada en todos los frentes, sometido a una crueldad desconocida, infligida por el extremismo más rotundo de un islam en plena expansión e inspirado en las consignas del profeta Mahoma, cuyos dictados contra «el infiel» eran pasto sólido para las mayores atrocidades amparadas —y esto es clave—, por su interpretación de un Dios que era la antítesis de la

magnanimidad. Este Dios, llamado Alá, no difería mucho en sus punitivas acciones del Dios de los cristianos (no olvidemos las carnicerías causadas por los cruzados o las persecuciones religiosas contra las voces discrepantes de los arrianos, cátaros o protestantes), pero lo que caracterizaba sus actuaciones contra los creyentes del bando opuesto era el salvajismo extremo en su forma de hacer la guerra.

Los métodos usados antes y después de la batalla de Mohacs en 1526 ante la presencia de un sol implacable en las llanuras del sur de Hungría — violaciones multitudinarias, empalamientos a cámara lenta con contrapesos para alargar la agonía de las víctimas, siembra de sal indiscriminada en las tierras de labor, tierra quemada discrecionalmente, amputaciones brutales, etc. — inauguran una nueva dimensión en las formas de hacer la guerra bajo el reinado de Solimán el Magnífico; eso sin olvidar la crueldad sobre los vencidos en Chipre, Constantinopla y otros lugares. Occidente vivía sobrecogido ante la inminencia de su fin como civilización.

La Europa del Renacimiento quería volar con sus nuevas expresiones artísticas revolucionarias, pero tropezaba con el lastre de la falta de un mecenazgo digno de tal nombre, pues la guerra continuada contra los sarracenos se llevaba prácticamente todos los recursos de las naciones cristianas del Mediterráneo, en un permanente ejercicio de supervivencia. Los otomanos paseaban por las desaparecidas posesiones del Imperio Romano de Oriente como Pedro por su casa.

La situación era, en líneas generales, insostenible. El flujo de mercadería por el mar Mediterráneo estaba literalmente colapsado por el terror de una piratería de turbantes desatada al amparo de la verde bandera con la media luna amenazante. Para mayor abundamiento, el este de Europa había sido arrasado con formas de crueldad y esclavismo desconocidas y los éxodos de población aterrorizada ante el avance otomano desbordaban los caminos y ciudades. Los otomanos habían llegado a tocar las aldabas de las sólidas puertas de la imperial ciudad de Viena con la traicionera complicidad francesa y el estupor del resto de reinos continentales.

Hacia octubre del año del Señor de 1571, la Liga Santa, una coalición cristiana formada a regañadientes por los protagonismos y las proporciones en

las cuotas que debían aportar sus miembros coaligados, embarcaba como un demolidor ariete en su vanguardia a una infantería que apuntaba maneras desde hacía décadas —los Tercios—, que en un papel más allá de lo heroico, se enfrentarían en el golfo de Lepanto a una descomunal flota otomana que venía aterrorizando todas las latitudes regadas por el Mare Nostrum, sin excepción geográfica alguna. Daba igual si tenían que combatir a los tranquilos mercaderes venecianos en Chipre, invadir Sicilia, atacar a las órdenes militares o alentar a los piratas de Berbería, saquear a pisanos y genoveses, asaltar las costas del sur de España o esclavizar a decenas de miles de desgraciados arrancados de sus anodinas vidas mientras eran capturados en sus terroristas razias costeras.

Prolegómenos de la batalla. La muerte no se acaba nunca

Pero hubo un momento en el que un silencio metafísico comenzó a cobrar la forma de un rumor incipiente, que clamaba una respuesta a aquella minusvalía política y militar, y la parálisis dejó de ser tal.

Nadie en aquel tiempo pensaba que era posible cambiar la historia, la resignación campaba a sus anchas y la obscenidad de la impotencia habitaba en lo más íntimo de los afectados por aquella ola de gentes con turbante que amparadas en la impunidad de la religión, atropellaban sin escrúpulos ni compasión, a la par que arrollaban las sencillas vidas de las gentes humildes, a las que reducían a la onerosa esclavitud. Demolían los sueños de doncellas en edad de merecer, que acababan siendo esclavas sexuales en remotos serrallos de un Oriente furibundamente machista, colapsaban el comercio marítimo, saqueaban sin reparo y demolían naciones enteras a su paso. Parecía apuntar la inescrutable flecha de la historia hacia la permanencia de un estatus inamovible en una agonía sin fin.

Pero la blindada idea de la imbatibilidad turca tenía un ángulo muerto.

Alí Pachá, de quien se decía que su juventud era tan desproporcionada como su colosal ego inmaduro, lideraba más allá de la veintena, un total de 274 naves, incluidos pequeños pataches de exploración y embarcaciones almacén, y más 35.000 hombres de guerra, sin sumar galeotes ni marinería. A pesar del

mayor número de naves, sus galeras eran considerablemente más pequeñas y sus tropas, bisoñas si exceptuamos a los escasos dos millares de jenízaros, guardia personal del sultán. A Alí Pachá, a bordo de *La Sultana*, le acompañaban dos expertos marinos más enfocados a la piratería y no tan diestros cuando se trataba de plantar cara a gente armada, y menos si era profesional. Uluch Ali era un cristiano renegado y Amurat Dragut era un temido corsario especializado en la captura de esclavos.

Solo había un discrepante y este era Petrev, un general de infantería que argumentaba que la mayor parte de la tropa embarcada no había combatido nunca y su preparación era más que cuestionable. Lamentablemente, los furibundos capitanes cercanos al entorno del sultán clamaban la Guerra Santa contra el infiel, y ese fanatismo ciego fue su perdición.

El principio del fin de aquella forma de terrorismo amparada por la religión se presentó cuando Juan de Austria, la emblemática figura que acabaría liderando las fuerzas europeas, un ciudadano de uniforme llamado a ocupar el más alto sitio en el olimpo de los héroes, «cogió su fusil».

Hermanastro de Felipe II, compartía el mismo molde que Alejandro Magno, Aníbal o siglos más tarde, Erwin Rommel. Temerario, era la cara opuesta a la prudencia que caracterizaba a su regio hermano. Su porte principesco y la mandíbula afinada, le conferían una aristocrática disposición. Más allá de dominar el arte militar en su más amplia acepción, detentaba una portentosa imaginación capaz de recular hábilmente desde la comprensión de una mera escaramuza en un espacio reducido en el campo de batalla, hasta explotar en un alarde de capacidades innatas que dejaban descolocados a sus adversarios. Era, en la acepción más benévola, un demonio desatado, un auténtico profesional de la milicia de dotes excepcionales.

La compleja confección y elaboración de los mimbres de la flota que se enfrentaría a los turcos estaba presidida por delicados equilibrios diplomáticos. Con sutil habilidad, Felipe II había trazado a través de su hermanastro Juan de Austria, tras arduas negociaciones, el armazón de una flota combinada con los más prestigiosos almirantes de la época, de manera que antes de que comenzaran las complicadas mareas de septiembre, se hubieran cerrado pactos para evitar agravios entre los protagonistas que iban a

asistir a aquel macabro escenario que se avecinaba inexorablemente. Cerrar malentendidos e impedir conflictos de protagonismo que obstaculizaran aquella compleja y magna tarea era algo imperativo antes de presentar su tarjeta de visita al arrogante Alí Pachá. Asimismo, se hubo de convencer al viejo y reticente almirante veneciano, Sebastián Veniero, de que embarcara a cuatro mil soldados españoles de los Tercios en sus galeras, pues estas contaban con un número de infantes de escasa preparación, además muy mermados en número y carentes de una equipación digna de tal nombre.

Otra disposición afortunada y añadida fue la de deshacerse de los mascarones de proa y de los espolones de las galeras reales, introduciendo en las mismas unas letales baterías que contaban con cinco cañones alineados, que antes de los preceptivos abordajes, escupían una cantidad de metralla que dejaba a las tripulaciones adversarias sumidas en profundas meditaciones metafísicas.

En la *Eneida* de Virgilio, la imperecedera frase *audentis fortuna iuvat* (a los que se atreven les sonríe la fortuna), refleja un cambio de actitud como el que entonces tuvo lugar en Occidente, que pasó del miedo al valor de una actitud permanentemente defensiva por su fragmentada división y guerras intestinas, hacia un propósito conjunto de más altos vuelos y aspiraciones más elevadas. Es quizás la primera vez en que se da una visión de conjunto, de comunidad, de colectivo con una especie de identidad común ante un adversario de proporciones gigantescas.

Una mañana temprana de un 7 de octubre, en régimen de descubierta, una temeraria y rapidísima fusta turca avistaría con consternación y estupor a partes iguales la que se les avecinaba. Como en un cuadro puntillista de Seurat, la retina del sorprendido capitán otomano quedaría impactada ante la presencia de centenares de velas que se aproximaban acompañadas por la rítmica cadencia de los tambores que dirigían el sudado esfuerzo de los desgraciados forzados en su rumbo hacia el golfo de Corinto. La mayoría de ellas eran galeras que, al compás del chifle (un sonoro y potente silbato), tensaban bajo la terrible figura del cómitre varias hileras de remos que daban un empuje adicional a aquella gigantesca flota venida del oeste. Aquellos desgraciados que habían cometido algún delito, ya fuera mayor o menor, no

solo penaban en las sentinas de aquellas ágiles naves, sino que además tenían que enfrentar durante la batalla, ya fuera el hundimiento de sus naves o la esclavitud ante sus nuevos amos; vamos, un dilema de calibre.

Por su parte, desde la capitana turca, la bandera verde del profeta ondeaba desafiante bajo música de címbalos y trompetas. En el otro lado, un silencio espectral y casi místico ante el momento tan crucial que se avecinaba, solo era roto por las oraciones musitadas por la tropa cristiana. Los hijos de Alá, al revés, configuraban un griterío que aturdió a distancia, pero era solo fuego fatuo, como se demostraría *a posteriori*.

Momentos antes de la gran colisión, Juan de Austria lanza una arenga histórica a los suyos en la que pone el acento en la épica: «Hijos, a morir hemos venido, a vencer, si el cielo así lo dispone. No deis ocasión a que, con arrogancia impía, os pregunte el enemigo: ¿dónde está vuestro Dios? Pelead en su santo nombre, que, muertos o victoriosos, gozaréis de la inmortalidad». Y así fue.

Cuando se depende del compás del destino, la vulnerable fragilidad humana es incapaz de discutir su suerte, o la acepta o el tormento es mayor. La castigada chusma de galeotes no tenía ante sí una elección que fuera peor; era el clásico dilema del ajedrecista que tiene que tomar una decisión mala u otra peor, esto es, lo que se llama en el argot de los trebejos, el *zugzwang*. ¿Vivir o morir? A la postre, la muerte solo sería una liberación ante la perspectiva de la terrible condena de estar atados a un banco corrido de madera día y noche, mes tras mes, año tras año, rodeado por chinches y ratas del tamaño de elefantes. Juan de Austria, desde *La Real*, anticipándose a la trascendencia del momento tan dramático por vivir, no quería dejar perecer a aquellos condenados en aras de la ceremonia de la muerte, y por ello, tomó la decisión de liberar a los galeotes que penaban de sus lacerantes y pesadas cadenas, al tiempo que les repartía pan de galleta con carne macerada y abundante vino tinto en pellejos y odres. Además, les había prometido que serían libres en caso de victoria, como así sucedió a la postre.

En los primeros compases de las escaramuzas previas, los turcos, con un viento adverso de proa, tenían que navegar en ceñida y con ese hándicap estaban siendo empujados hacia la costa. El viento, aliado natural de una nave

a vela, neutralizaba el característico principio táctico de maniobrabilidad requerido ante un combate de esa magnitud. Esta imprudencia la pagarían cara los anatolios. Álvaro de Bazán, atento al quite, había neutralizado una osada penetración en el ala comandada por el veneciano Barbarigo, muerto más tarde heroicamente en combate. Un cronista de excepción llamado Cervantes, inmerso en unas fiebres que lo tenían doblado, aportaría una lúcida y dramática crónica de aquella terrible batalla, que quedará para la historia como herencia y descripción del horror en sus formas más extremas.

Vale más cicatriz por valiente que la piel intacta por cobarde: así pensaban Bazán, Juan de Austria, Barbarigo, Marco Antonio Colonna (almirante de la flota del Papa) o el veterano Sebastián Veniero, un sobrado marino de setenta y cinco años, al mando de la flota veneciana. También la pequeña y castigada Malta, había enviado a tres potentes galeras artilladas, que a pesar de su simbólica aportación estuvieron por encima de sus posibilidades.

Las hostilidades se iniciaron muy temprano y sin tanteos previos más allá de las inevitables incursiones de las naves de exploración para calibrar opciones y obtener información. Un tiro de advertencia a la nave *La Sultana* declaró el principio de las hostilidades. Las seis galeazas venecianas, unas naves muy adelantadas a su tiempo —precursoras de los galeones—, pero muy dependientes por su enorme casco y ausencia de remos, aunque eso sí, sobradas de artillería, lanzaron una terrible granizada de plomo sobre aquellas galeras enemigas a su alcance. El griterío musulmán se viene abajo tras esta tormenta de fuego.

Para desgracia de la flota cristiana, una desatinada decisión del célebre marino Barbarigo le cuesta la vida, atravesado por una certera flecha que le entra limpiamente por el ojo derecho. Esto rompe la baraja y genera un importante desconcierto a pesar de la resistencia que oponen los del flanco izquierdo.

Mientras, en el centro, donde gravitan los egos de los dos combatientes de mayor entidad, Juan de Austria y Alí Pachá, *La Sultana*, la nave capitana de los mahometanos, embiste sobre el castillo de proa de *La Real*, dejándola relativamente escorada. En ese momento se desata un ataque de artillería asimétrico. La nave cristiana, sin obstáculos en la proa, barre la cubierta de la

nave embajadora de Alí Pachá como en un juego de bolos. Por el contrario, por la posición de ambas naves, los del turbante lanzan su artillería a las jarcias.

Los arcabuceros españoles solo disparan —a pesar de la lluvia de flechas— cuando las bordas están en situación tocante: ahí es la carnicería. Centenares de soldados de los Tercios traspasan las cubiertas de las naves que acuden en apoyo de Juan de Austria y los suyos, pero *La Sultana* se resiste.

Ocurre que Uluch le ha hecho una verónica a Doria y se ha colado entre el cuerpo central y los españoles de Bazán y el veneciano, tensando la situación hasta lo insoportable. Pero Álvaro de Bazán está muy atento en todo momento y la maniobra queda abortada mientras el ridículo del muy conservador Andrea Doria queda patente. Pero la cosa no queda ahí, el prior Justiniano, un caballero armado, no se rinde y toda la tripulación maltesa es pasada a cuchillo en un cuerpo a cuerpo de proporciones inenarrables.

En el flanco izquierdo, Federico Nani, un capitán de confianza del fallecido Barbarigo, se hace con la nave capitana y comienza una labor de integración de la disgregada flota. En el fragor de la batalla, Siroco, uno de los comandantes más entrenados y perspicaces de entre los otomanos, cae al agua y mientras los suyos pretenden salvarlo, los cristianos se lo quieren merendar y se entabla una feroz batalla en torno a esta singular situación. Desde una galera veneciana, consiguen rebanarle el cuello al desdichado. Y muerto el perro, muerta la rabia.

Conquistado el flanco izquierdo y puestas en fuga las naves turcas, que comienzan a desembarcar en la costa próxima a sus marinos y soldados, queda el centro. Tras dos horas, en las dos capitanas sigue la lucha a muerte y sin concesiones. El agotamiento es patente y la sed merma facultades ante un sol de justicia.

Dos veces se consigue llegar a la popa de *La Sultana* y las dos veces los jenizaros rechazan el ataque de la infantería española. Los capitanes Lope Figueroa y Moncado acaban desbaratando finalmente la defensa a ultranza en la nave otomana. Juan de Austria lucha en todo momento tan expuesto como cualquiera de sus compañeros de armas; providencialmente, Luis de Requesens llega en su ayuda con dos galeras por la popa de la nave turca para rematar la faena. Es el fin.

Hacia las cuatro de la tarde y con un sol de justicia sobre la tropa, Alí Pachá recibió un impacto de arcabuz certero y mortal, cayendo a plomo sobre la cubierta cuando más de doscientos hombres de ambos bandos combatían contrarreloj sobre la galera del turco. Un galeote se había hecho con un alfanje y ni corto ni perezoso le había separado la cabeza del soporte motriz. En la punta de una pica española estaba ahora el muñidor de muchas de las pesadillas cristianas mientras sangraba profusamente. La cabeza del almirante turco sería entregada a Juan de Austria, que en un gesto de rechazo más que patente la envolvió en su túnica y la echó a continuación al agua, el sudario de cualquier marino muerto en combate —ambos eran del gremio y esto pesaba en los códigos de las gentes del mar más allá de sus diferencias—. El pabellón de su nave sería capturado sin remisión, y mientras —no había corrido aún la noticia de la muerte del almirante turco—, la carnicería alcanzaba proporciones bíblicas. Ese día, Alá no había estado muy afortunado en su cobertura espiritual, ni inspirado ante las prédicas de los orantes turcos.

Más de cien galeras y treinta mil desgraciados, de los ochenta mil que inicialmente contaban en las filas otomanas, se habían dejado la piel en el empeño; las pérdidas de los turcos eran literalmente escandalosas. Más comprometida había sido la implicación del Dios cristiano en su asistencia a sus protegidos, pues ese día parecía haber estado más espabilado de lo habitual.

Eran las seis de la tarde y los orientales estaban en franca desbandada. La República de Venecia y el almirante Andrea Doria, al mando, habían sido desbordados por el letal Uchali, un hábil pirata de Berbería que, tras capturar el prestigioso estandarte de la Orden de Malta, había diezmado el ala derecha de la Santa Liga. Falto de reacción por la crudeza de la batalla y con cierta desorientación por la brutal colisión en la que había estado envuelto, Doria, una vez amplificadas su visión ante aquella inmensa melé de abordajes y muerte a destajo —las cubiertas parecían mataderos, regadas por las ingentes cantidades de sangre vertida en los durísimos cuerpo a cuerpo—, reaccionaría con cierto retraso para participar en la persecución del sádico Uchali, que durante la batalla aniquiló en su integridad a todas las tripulaciones adversarias que capturó. Ya era legendaria su crueldad antes de Lepanto.

Lamentablemente, este animal se daría a la fuga viendo lo feo que se estaba poniendo el escenario.

Un trabajo a medias

A pesar de la enorme masa de intervinientes (se calcula que entre las partes llegaron a sumar cerca de 160.000 hombres en el emplazamiento de la batalla), una cifra asombrosa si contamos galeotes, marinos, soldados y apoyatura logística, y de la contundente derrota infligida a los otomanos, aquella batalla, la «madre de todas las batallas», «solo» sirvió para reportar un inmenso prestigio a España, pero a la postre fue una batalla defensiva y no más que una advertencia al turco.

Digo solo, porque la faena no se pudo rematar, habida cuenta de que la entrada del otoño presagiaba las clásicas e inminentes tormentas que convertían el mar Mediterráneo en impredecible. La sensatez se impuso y no se pudo profundizar en la victoria aprovechando el caos y desconcierto causados a las filas adversarias.

Además, la República de Venecia, cuya política mercantil presidia sus relaciones exteriores desde siempre —y esto hay que comprenderlo desde su punto de vista, pues el movimiento de mercancías era su vida y esencia como estado—, no estaba por la labor de la defensa de los altos valores que propiciarían aquella gesta. Sin consultar con la Liga Santa, hizo la paz por separado con el turco, contraviniendo lo pactado en acta solemne un año antes.

Mientras tanto, el júbilo se había apoderado de España entera. Fueron días de una alegría exultante y de una sensación de grandeza merecida. Las gentes de todos los estratos sociales festejaban aquella victoria como si de la derrota de Satanás se tratara. En Constantinopla las cosas eran radicalmente diferentes. Se dictó un bando por el que de forma taxativa se empalaba sin preámbulos a todo el que hiciera mención de la derrota. La moraleja que se extrae de este episodio es un mensaje de rigurosa actualidad: tal que superando desencuentros y enfrentamientos añejos, Europa podía ser capaz de movilizarse al unísono frente a un enemigo común (sea este el que sea), asignatura aún pendiente.

Puesta en contexto, Lepanto siempre fue una batalla muy debatida como acontecimiento épico. Significó un punto de inflexión en el poderío naval turco. No dio lugar, objetivamente hablando, a ninguna conquista permanente; fue en puridad (aunque ganada) una enorme batalla de carácter defensivo y tal vez estéril en sus resultados inmediatos, básicamente un aviso a navegantes que apuntaba directamente la línea de flotación de los desmadrados otomanos. Chipre había caído ante el formidable impulso sostenido de las fuerzas anatolias, al igual que la hermosa Creta, de reminiscencias minoicas. La Santa Liga se deshizo al poco tiempo. Los españoles nos apuntamos la victoria como nuestra, los italianos como suya. Si bien gran parte de la financiación, la dirección y concepción estratégica de la batalla corrió a cargo de la Monarquía Hispánica (el 50 por ciento de los gastos, la mitad de las naves y un tercio de los soldados) sin olvidar que lo más granado de los Tercios —la infantería más potente en aquel tiempo— fue decisivo en una batalla solo apta para soldados extraordinariamente profesionales; aún hoy se discute el peso de España en aquella determinante contienda que pasará a los anales de la historia militar, porque los pilares de la Tierra temblaron ante la perspectiva de una tiranía de colosales proporciones, algo que afortunadamente no llegó a ocurrir.

A modo de conclusión, resta decir que la victoria tiene muchos padres y la derrota muchos huérfanos y viudas, víctimas casi siempre de la ambición de unos pocos, escasos de frente y sobrados de testosterona, que complacientes en su confortable lotería vital de suerte y mimados por la fortuna, carecen de empatía con las víctimas que sacrifican, ya sean estas propias o ajenas; y esto último, lamentablemente, es literal y un ciclo que habita el infernal *continuum* de la humanidad desde la noche de los tiempos. Triste lugar este, donde abandonados a nuestra suerte y la imbecilidad de enfermizos egos, penamos de forma permanente un absurdo indescifrable.

Lepanto fue la tumba de más de cuarenta mil hombres de armas, en diez aciagas horas en las que el infierno abrió sus fauces inmisericordes, hasta atragantarse en una indigestión de sangre sin precedentes. Ya empachado y ahíto, decidió, con la caída del sol, acabar con aquella merienda de blancos.

12. UN TRÁMITE PARA LOS TERCIOS: GEMBLoux

Durante la vida, hay hechos o situaciones que por reiterados, suelen acabar siendo hipnóticos. La historia es un lienzo en blanco donde la terquedad de ese simulacro de vacío se empeña en escribir con letras gruesas el desgarró al que estamos sometidos desde que nacemos. A veces, osamos despertar a la realidad aparente y nos damos cuenta de que el anestésico hecho de vivir lo cotidiano es la única carta con la que jugamos. Ese es, quizás, el santo y seña del soldado, revelado en la lectura de las entrañas de la guerra.

El destino en ocasiones nos invita a repetir cíclicamente reclamaciones indelebles y lo que está oculto se desvela con la insistencia de un compás sostenido, de tono grave las más de las veces, que cuando todo acaba, deviene en melancólico. El metrónomo de la historia se detiene y entonces aparece, sordo en primera instancia y como un aullido feroz después, el sonido de la guerra, ese sonido que tiene una cadencia de *crescendo* discreto que cabalga al principio como un *stacatto*, para acabar convirtiéndose en un ritmo frenético y ensordecedor, o en un infierno exotérmico que suda sangre y sufrimiento sin contemplaciones. Por lo general, en principio es un imperceptible temblor, de cabalgar lento. El drama entra de puntillas en la vida humana, de forma aparentemente desapercibida, pero con paso firme. Mas cuando cobra vida en su aterradora dimensión, suele ser tarde para detenerlo. Para entonces, los agravios mutuos no dan lugar para una honrosa marcha atrás, so pena de que el desprestigio de la parte más sensata quede expuesto al ridículo de una mal entendida cobardía. En ese escenario, el espanto dormido o aletargado por hibernación —la guerra también se agota de empacho ante las desmesuradas ingestas de sangre a las que se ve sometida—, aparece con renovados bríos encarnado en la imponente fila de la voraz dentadura de un estático saurio al acecho, y para entonces, lo inevitable no tiene remedio y el llanto sumado a los lamentos tiende a cobrar vida en la

verdad más descarnada, que se revela con toda su crudeza en este extraño medio en el que estamos condenados al abandono.

En la límpida campiña belga del siglo XVI, un lugar immaculado donde los haya, esmerada maqueta de pulcro arquitecto, paisaje de avasalladora pureza, creación inspirada en un día en que el Creador estaba sobrio, lugar de verde radical y armonía sinfín, se desarrollaría uno de los capítulos de la larga guerra que mantenía el Imperio español contra una disidencia religiosa que solo reivindicaba cambiar media docena de aspectos irreconocibles para la razón humana de ese apolillado, licencioso y libertino pensamiento que tenía sus pilares en Roma. Con el tiempo, esa paz con atmósfera propia acabaría convirtiéndose en un infierno intenso y salvaje.

Stanislavski, el pope del teatro moderno, prolífico padre de una interpretación fértil en novedades y recursos técnicos de ese arte que late tan vivo y eterno desde Esquilo, Sófocles y Eurípides; el hombre que revolucionó esta antiquísima disciplina tan intensa y humana, solía decir que si en el primer acto aparecía una escopeta colgada en la pared, en el tercero debía ser utilizada. La Monarquía Hispánica en aquel entonces no era consciente de que en Flandes nos estábamos metiendo en la boca del lobo, lobo que podíamos comernos, sí, pero que con los años devoraría nuestras entrañas y recursos económicos, además de miles de vidas humanas, causándonos una tormentosa indigestión.

La llamada Guerra de los Ochenta Años es clave, ya que alumbró una nueva proyección a naciones que pastaban sobre verde en régimen de campesinado crónico desde la época feudal, tal es el caso de Holanda y Bélgica, y les abrió una visión oceánica que es a la postre liberatoria y engrandece a nuestros correosos adversarios. Es probable que el germen del conflicto se gestara inicialmente cuando Carlos I —original de Gante y educado en Flandes— abdicó en su hijo Felipe II. Carlos I de España se había criado con fineza y en una etiqueta muy pródiga en formalismos. Era un políglota que sin llegar a la excelencia ni el dominio de los idiomas que practicaba, se manejó razonablemente en cuatro idiomas.

Quizás, el hecho de que Carlos se dirigiera a sus súbditos en flamenco y que Felipe II desconociera la lengua local pudo estar en el germen de algunos de

los malentendidos que sobrevinieron. Por otro lado, el hecho de que desde Flandes se pudiera amenazar a Inglaterra con facilidad —pues estaba prácticamente a tiro de piedra—, la tenaza que se cernía sobre Francia y el fácil acceso a Alemania desde el Camino Español y la propia Flandes, crearon una enorme resistencia geopolítica en toda la zona, que entró en estado de *shock*. Asimismo, el hecho de que una parte significativa de este beligerante territorio se adhiriera a la Reforma protestante añadía elementos perturbadores a la diplomacia internacional de aquel entonces. La zona entera se había convertido en un vórtice de extrañas energías turbadoras.

La austeridad proverbial de los flamencos y su magnífico espíritu de empresa eran indiscutibles. La teología calvinista, más abierta a la autocrítica, evolutiva y revisionista, refrigeraba mejor que la atmósfera comprimida que emanaba del Vaticano y su representante y paladín en la tierra, la Monarquía Hispánica.

Si Felipe II hubiera sido algo más flexible hacia la libertad de conciencia y más empático con los aspectos tributarios, cruciales para estos formidables mercaderes del brumoso norte con fachada al litoral atlántico, el conflicto es muy probable que no hubiera tenido lugar y el Imperio español se habría extendido en el tiempo mucho más de lo que duró. La sangría económica de Flandes, el Vietnam español, fue tremenda durante la Guerra de los Ochenta Años, fagocitando los recursos necesarios para sentar los cimientos de una nación sólida y duradera.

Lamentablemente para aquella España gigantesca pero miope en su cortedad diplomática, se tomaría el camino opuesto.

En aquel tiempo, una fuerte crisis económica campaba en un *crescendo* imparable, con una inflación inaceptable y unos precios que hacían que el mercado negro se convirtiera en el Vello de Oro de los avispados comerciantes holandeses. El 5 de abril de 1566 los nobles flamencos presentaron a Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos, hermana de Felipe II y una autoridad conciliadora y tendente a crear puentes, una súplica para abolir la Inquisición —que para los liberales holandeses era como el diablo—, pues, como herejes que eran según el criterio de aquel oscuro funcionariado de sotanas dominicas que flagelaban los desvaríos de los

disidentes, en buena ley, deberían de cometer un genocidio en toda regla para liquidar el problema. Obviamente, esto tenía descompuestos y aterrorizados a los holandeses y zelandeses. También, se le planeó a la gobernadora que permitiera la libertad religiosa; esto es, abrir en definitiva la mano para poder crear una relación más fluida en cosas que no afectaban a lo tributario, esto es, que podían proporcionar beneficios a la corona solamente siendo generosos en temas cuyas renunciaciones por parte de España, habrían conllevado un ambiente de distensión y acercamiento. Tristemente, la constante de la política española a través de la historia ha sido por lo general, bastante rígida y poco flexible en lo interno y en lo externo; la testosterona ha tenido más peso que la sensatez.

Finalmente se impuso la irracionalidad y Felipe II, que no estaba dispuesto a ceder, soliviantó los ánimos de aquellos que pedían poco más que se les dejara sentir y practicar libremente su espiritualidad, y mal que nos pese y aunque la historia de los Tercios diera grandeza a raudales a nuestra nación — estuvieron combatiendo contra un muro durante ochenta años— aquella equivocada decisión regia fue funesta y sus repercusiones siguen vivas y latentes en el acervo español.

Dos hechos casi simultáneos rompen el precario equilibrio incendiario que acecha, inquietante, en medio de aquel silencio de armas cebadas.

Era el 23 de mayo de 1568, cuando la victoria flamenca en Heiligerlee sobre unas desprevenidas tropas españolas daría inicio a la Guerra de los Ochenta Años. El principio o apertura de hostilidades en ningún caso se puede imputar en sentido estricto a la Monarquía Hispánica. Bien es cierto que Fernando Álvarez de Toledo, el gran duque de Alba, su famoso Tribunal de los Tumultos y las masivas ejecuciones expeditivas y ejemplarizantes de herejes, junto con la incomprensible muerte de dos fieles aristócratas católicos como Lamoral Egmont y Hornes con largo historial de servicios a la corona, unido a una larga serie de decisiones cuestionables y agravios hacia la población local harían muy difícil el retorno a la normalidad. Todo ello, colmó el vaso y las fauces del infierno se abrieron con naturalidad.

El final del siglo XVI no fue muy halagüeño para los españoles empantanados en aquel lodazal. Felipe II estuvo tentado de abandonar a su suerte aquel engendro de guerra que era una sangría permanente —su hermana ya le había

advertido que entraría con una quiebra en su reinado y saldría con otra—. Felipe III, más realista que su progenitor, acabaría pidiendo la respiración asistida. Concluyó hacia 1609 la tregua de los Doce Años con los holandeses. Aunque España reinició las hostilidades en 1622, las fronteras ya estaban consolidadas por razones religiosas, que no nacionales en lo administrativo, ni lingüísticas, pues se hablaban tres idiomas y cinco dialectos.

En los Países Bajos católicos, lo que hoy corresponde territorialmente a Bélgica, hablarían francés, flamenco y en ciertas ciudades con fuerte acantonamiento de tropa peninsular, el castellano en menor medida; el resultado de aquel desaguado político acabaría en tablas forzadas, no pudiendo ni los unos ni los otros ser absorbidos por su antagonista. Como siempre, los ingleses, que no dejaban de enredar, financiaban discretamente a los sublevados.

Es Guillermo de Orange el que contrata una horda de mercenarios franceses y alemanes para forzar el sitio de la ciudad de Dalen, que no se había querido rendir a este ejército mercenario financiado por el díscolo líder del norte de los Países Bajos. Es difícil, incluso hoy día, establecer las razones — objetivas— de esta declaración de guerra *de facto*, de un hecho consumado que probablemente obedeciera a la inclusión de los territorios correspondientes al rey Felipe II, en orden a ampliar el espectro tributario para sus arcas con la pantalla de la religión de por medio.

Durante el asedio, se acercó un destacamento de los Tercios desde el sur (se cree que probablemente al mando del capitán Londoño), conformado por unos setecientos arcabuceros y un pequeño contingente de caballería como soporte de exploración. El cálculo del saldo de la batalla es dramático para aquellos crecidos aficionados a la guerra. El Tercio, en media hora de «trabajo», se estima que liquidó las almas de más de 1.500 desgraciados que no tuvieron capacidad de respuesta alguna ante una formación tan compacta y disciplinada, con el agravante de que serían cogidos entre dos fuegos, el de los sitiados, y el del Tercio que cayó sorpresivamente entre ellos. Diezmados y con un susto importante en el cuerpo, huirían como alma que lleva el diablo hacia la foresta próxima de los bosques circundantes.

Días más tarde, en la cercana Roermond y en Groninga sucedió lo mismo con las aspiraciones de los cabecillas holandeses. La población, renuente a la incertidumbre generada por los vecinos del norte, prefirió quedarse con la «Pax Hispánica». Lo que es a todas luces incomprensible es que, partiendo del supuesto extendido por el rebelde conde de Orange de que el pueblo pretendía ser liberado del «yugo español», ¿por qué este pagaba a mercenarios extranjeros para luchar y no alistaba a holandeses, valones y flamencos? ¿Por qué mandaban sitiar ciudades holandesas que estaban por la labor de tener unas relaciones correctas con los españoles y que, además, se defendían de sus liberadores?

Guillermo de Nassau era el líder de una dinámica oposición a los españoles, un furibundo orador bastante vehemente y una pesadilla por sus contrastadas habilidades conspiratorias, que tenía un gran predicamento en zonas de afinidad calvinista, básicamente localizadas en las provincias de Holanda y Zelanda. Muy esquivo en sus hábitos, evitaba cualquier rutina que permitiera a su imponente y prestigioso adversario Juan de Austria —el vencedor de Lepanto—, dar con él. Su existencia era un enigma permanente.

Antes de contar los luctuosos episodios que estaban por ocurrir, hemos de señalar que Luis de Requesens y Zúñiga, amigo del héroe español que se llevó por delante la vida de más de treinta mil turcos en una decena de horas en Lepanto, que ya es contar, había fallecido unos meses antes, tras un invierno extremo que hizo de su agonía una experiencia desquiciante. Su ausencia provocaría un tremendo y peligroso vacío de poder que aprovecharía la bien organizada hueste de orangistas con la finalidad de soliviantar a la población afecta, consiguiendo poner contra las cuerdas a los peninsulares.

En una reacción rápida y contundente, no exenta de prudencia, como recurso último y a la espera de poder organizar las fuerzas que había demandado en una convocatoria de una lírica casi épica que ha pasado a la historia por su humano y emocional contenido, Juan de Austria se había puesto a la defensiva antes de pasar a la acción y reprimir el levantamiento.

A marchas forzadas recorrían el Camino Español miles de hombres de los Tercios que acudían al llamado de su general desde todos los rincones de la Europa bajo control del Imperio, en socorro del hermanastro de Felipe II.

Fernando de Toledo, Bernardino de Mendoza, Cristóbal de Mondragón, el conde Mansfeld, y otros muchos incondicionales se perfilaban, hacia el este, como el temido ejército que eran. Entretanto, Juan de Austria se refugiaba en la inexpugnable ciudad-fortaleza de Namur.

El sagrado y respetable oficio de repartir hostias a diestro y siniestro se ponía en marcha con la puesta a punto apuntalada en innumerables batallas libradas años antes por aquel ejército de profesionales.

Cuando la verdad era del todo inevitable y el enfrentamiento se hacía más que patente, alrededor de dieciocho mil hombres de armas, una gran mayoría provenientes de los Tercios, y con una mochila de experiencia en los campos de batalla de toda Europa que se podría calificar fácilmente de asombrosa —o aterradora si eras el afectado por las iras de esta cualificada tropa—, pusieron el turbo hacia los herejes con maniobras de hostigamiento para con los trenes de municionamiento y la relajada retaguardia del enemigo. Cuando el desconcierto cundía entre las gentes de Guillermo de Orange, un durísimo ataque de caballería, ejecutado por experimentados arcabuceros, cayó sobre la infantería holandesa, fulminándola en medio de una carnicería brutal. Había un tráfico aéreo con *overbooking* de flechas de ballestas, postas de arcabuz, balas de cañón, en fin, que el cielo estaba colapsado por tanto artilugio bélico, y dada la cacofonía imperante, los tímpanos del personal estaban al límite. Los dedos manchados de la muerte habían oficiado su dramático ritual con precisión relojera y la frágil munición de la existencia había abrevado una vez más en la brevedad de este acto llamado vida. Aquellas ovejas descarriadas que yacían en el campo de batalla en inverosímiles posturas, abriendo los ojos al abismo, eran ya cuerpos consumidos por sus almas, desamparados seres batiéndose en el plano de la oscuridad.

Previendo la posibilidad de que el ejército de Guillermo de Orange se refugiara en Gembloux, haciéndose fuerte y comprometiendo más la situación, Juan de Austria decidió enviar al mando de sus dos mejores capitanes, Olivera y Gonzaga, un potente destacamento de caballería por delante, en un ataque relámpago. Estos cargaron contra la relajada retaguardia enemiga desde una zona pantanosa en la que los soldados de a pie no podían combatir, mientras que los jinetes se apoderaban de las almas de aquellos desgraciados.

Este destacamento había pasado la noche anterior bajo un severo camuflaje confeccionado con enormes trozos de arpillera untados en barro, que disimulaban tanto la presencia de los equinos como la de los jinetes, mientras observaban solapados desde un bosque cercano el tránsito de los rebeldes por el valle. A una señal dada, aquel enorme contingente de caballería cayó sobre la desprevenida tropa de herejes, diezmándola sin remisión. Al estar la infantería enemiga desprotegida y desnuda ante el enjambre de jinetes españoles, que los acosaban actuando de forma escalonada, descargando sus arcabuces una y otra vez, la tormenta de fuego convertía aquel escenario en un barrizal de color rojo saturado con la sangre de los caídos, del que era imposible librarse.

Gembloux no dejó de ser un trámite lamentable en la Guerra de los Ochenta Años en la que nuestros hoy socios y convecinos holandeses se llevaron la peor parte. Afortunadamente, la historia nos ha conducido a una actualidad donde aquellas diferencias de antaño han desaparecido en beneficio de unas relaciones de amistad y participación en proyectos comunes.

Alejandro Farnesio, el sobrino de Felipe II y Juan de Austria, en una decisión propia del militar lúcido, atento a los acontecimientos y con cintura, lanzó al resto de la caballería colina abajo, donde el ataque anterior de Zúñiga había generado un roto más que importante entre los conmocionados y bisoños soldados orangistas.

La impresionante y épica cabalgada de un millar de jinetes en tromba y al unísono pondría en fuga a la caballería ligera del adversario, que en su huida entró en pánico, arrollando a la infantería propia, creando así una desbandada generalizada. La mortandad entre los rebeldes llegaría a ser pavorosa. Según fuentes y cronistas de la época, incluidas las crónicas holandesas de entonces, se revela el inmenso estrago causado por la caballería que acompañaba a los Tercios, teniendo estos un papel secundario en esta ocasión. Aproximadamente diez mil soldados (muchos de ellos mercenarios) dejarían sus restos en la traicionera zona pantanosa aledaña a la ciudad de Gembloux. Durísima tragedia para los que hoy son nuestros socios y amigos en esta Europa de tan difícil construcción.

Algunos de los rebeldes conseguirían guarecerse tras las murallas de Gembloux, pero lo cierto es que configuraban una guarnición de mínimos, y enfrente tenían al mejor ejército de Europa, con la moral muy subida. La rendición caería pronto y por su propio peso.

Alejandro Farnesio desarrollaría durante los años siguientes una campaña sostenida de erosión, conducida con habilidad, en la que a pesar de las innumerables victorias que se produjeron, el coste de la guerra devoraba los recursos del Imperio, que al fin y a la postre se iban por la alcantarilla de Flandes tras el irracional empeñamiento de una viciada visión teológica esclerotizada y sembrada de incomprensibles conceptos para el común de los mortales. Durante aquella larguísima guerra, esta cerrazón no permitiría una opción diplomática como la propuesta en su momento por los condes católicos Lamoral Egmont y Hornes, en su petición de más manga ancha con la libertad de credo. Una salida honorable y negociada sin vencedores ni vencidos, con una razonable aportación tributaria y un fluido escenario mercantil para los industrioses holandeses, habría sido la solución idónea para ellos y nuestras arcas, que se habrían beneficiado por partida doble, con recolección tributaria y la eliminación del oneroso gasto de guerra. El trágico pulgar hacia abajo, el *alea jacta est* de Felipe II para con dos fieles e intachables servidores fue la crónica de una tragedia anunciada e irreversible.

Alguien que al parecer estaba sobrio dijo en algún momento que la religión es una condición limitante mientras que la ciencia es una ecuación diferencial. Habría que tomar nota sobre esta reflexión.

Para nosotros, los españoles, es difícil aceptar aquel error supino que a la larga nos hundiría económicamente con quiebras sin cuento y pauperización de la población. Desde que el filósofo franco-argelino Jacques Derrida dijo que «la verdad no existe, todo es interpretación», podríamos estar abocados a revisar esas funestas pautas de un país que lo fue todo y hoy es una sombra de lo que era. Hay por ahí pululando a sus anchas, un agente patógeno que deberíamos extirpar, y es este quien nos habita. Primero, mirándonos al espejo y preguntándonos qué queremos ser en el futuro, y segundo, una autocrítica severa y sin concesiones, a tumba abierta.

Un pueblo que fue capaz de alcanzar tan altas cotas de grandeza y escribir con letras de oro gestas épicas de calado inmemorial que perfectamente podrían haber inspirado a poetas como Homero o Virgilio, se debate en la actualidad en los límites de la pequeñez y la supervivencia entre pugnas fratricidas al estilo taifa. El cainismo, una sangre con mucha carga toxémica, agravios sin resolver por falta de cuórum y voluntad de entendimiento, la intoxicación permanente e irresponsable de algunos políticos para enfrentar a la población, y la falta de un gran angular que nos permita manejar los tiempos del futuro a corto y medio plazo, serán nuestro sudario. Algún demiurgo cansado de la experiencia de intentar poner orden en este alborotado parvulario, en algún momento decidió darnos la espalda e irse por la puerta de atrás.

Este juntaletras e investigador del alma de la historia de este hermoso país tan lleno de posibilidades vota por una revolución consensuada para que volvamos a tener el peso que potencialmente nos corresponde, pero para ello es necesario bajar el tono, respetarnos en nuestras enriquecedoras experiencias diferenciadoras y singulares, y en definitiva, sumar, ya que llevamos siglos restando. Una reflexión, por favor.

13. LA BATALLA DE CAGAYÁN. LA MONARQUÍA HISPÁNICA APLICA UN SEVERO CORRECTIVO AL IMPERIO DEL SOL NACIENTE

En Asia y Oceanía, esto es, en el Sudeste Asiático e islas del Pacífico adscritas a esta área, España tuvo un vasto imperio terrestre y marítimo durante los siglos que van del XVI al XIX, territorios que se ampliaron durante la época de la Unión Ibérica, en la que la rama española de los Habsburgo ascendería al trono del país hermano en la llamada crisis de sucesión portuguesa hacia 1580, a raíz de la romántica y a la vez suicida muerte sin descendencia del rey Sebastián I de Portugal en la batalla de Alcazarquivir, en el actual Marruecos.

Es entonces cuando Felipe II se hace cargo de las posesiones de nuestros hermanos portugueses, respetando íntegramente su administración, parcelas de poder adquiridas previamente, gestión de sus recursos coloniales, etc. Los beneficios para la Monarquía Hispánica, en teoría nulos, se traducen en ciertas ventajas logísticas y en las inmensas plataformas de apoyo en latitudes varias que ofrecía el Imperio portugués y que fueron aprovechadas por los castellanos, principalmente tras el tratado firmado en las Cortes de Tomar en 1581 ante una nutrida facción de la aristocracia portuguesa. La oposición, representada por el prior de Crato, había huido a las Azores.

Esta unión fue una bendición para la monarquía española en términos de vastedad territorial y opciones estratégicas, incommensurables por la multiplicación de sinergias y conocimientos que promovía entre ambas partes.

La implacable erosión del tiempo

Entre 1640 y 1641 se dan varias sublevaciones que acaban con la independencia de Portugal, básicamente promovidas por la reacción ante la

pésima gestión del conspicuo y arrogante conde duque de Olivares. Eso supone un tijeretazo territorial al impero conjunto, pues los portugueses en esencia son gentes pacíficas que vivían de lo mercantil mientras la España de entonces estaba metida en innumerables frentes de guerra y esto nuestros hermanos lusos, que estaban hasta la coronilla de que los holandeses y los ingleses les estuvieran levantando el pan, no lo llevaban nada bien. Para 1717 en la onerosa Paz de Utrecht, la podadora territorial seguía funcionando a pleno rendimiento y más tarde, y ya con el país entrado en canas y rebasado por otras potencias globales, perdería íntegramente casi todos sus territorios de ultramar tras la aciaga guerra de Cuba.

Antes de que ocurrieran estos hechos, tras la expedición de Magallanes-Elcano (1519-1522), España armó innumerables exploraciones al océano Pacífico, derivándose de ellas el descubrimiento de cuantiosos territorios que paulatinamente fueron incorporándose al Imperio español.

Inicialmente, la presencia española en el Sudeste Asiático y otros lugares de Asia y Oceanía tuvo como objetivo el control de las Islas Molucas o «Islas de las Especies», disputadas en aquel entonces con Portugal e incorporadas por las casualidades históricas, accidentalmente, en el periodo de fusión de los dos imperios. Durante los acuerdos pactados en el Tratado de Zaragoza en 1529, se delimitaron las áreas de influencia de ambos países, quedando las Molucas en el área portuguesa y las Filipinas bajo la influencia española.

Tras tres siglos de colonización, desde 1564 (conquista de Filipinas), hasta la cesión de las Islas de Micronesia al Imperio alemán por un módico precio, España, además de las Filipinas, se había hecho con las Palaos, Islas Marianas y las Carolinas con las Marshall incluidas. Este imperio marítimo y terrestre (si incluimos las áreas de influencia oceánica), nunca ha sido superado por ningún otro a través de la historia, salvo, quizás y con reservas, por la Rusia actual y su increíble extensión territorial.

Por aquel entonces, Carlos I, con una visión talentosa y acertada, recibiría a un aristócrata portugués desconocido pero con credenciales de astrónomo y piloto más que sustentadas por una amplia experiencia como marino, a cuya disposición puso cinco naos y carabelas con una variopinta tripulación de 270

hombres. Nombrado gobernador de las tierras que pudiera descubrir, se le otorgaría la vigésima parte de los beneficios futuros de la expedición.

Tal día como un 21 de octubre de 1520, Magallanes, que había renunciado a su nacionalidad portuguesa, accedió al estrecho que lleva hoy su nombre; rumbo hacia el norte, bordeó la costa de Chile, virando posteriormente hacia el noroeste, tocando las Islas Marianas, en aquel momento denominadas Islas de los Ladrones. En condiciones deplorables y arrojando por la borda a docenas de compañeros muertos por escorbuto, sin provisiones, sin agua potable —salvo el rocío recogido en las velas o alguna lluvia puntual—, aquella expedición se había convertido en una realidad demencial. La llegada a las sureñas Islas del Mar de la China sería balsámica, permitiéndoles reabastecerse y continuar la exploración hasta llegar al abanico geográfico que configuran hoy las Filipinas.

Fue en una de ellas, Mactán, donde Magallanes cayó herido de muerte en un enfrentamiento con los indígenas, con lo que se malogró su sueño de completar el primer viaje alrededor del mundo, que seguiría el español Juan Sebastián Elcano. En puridad, fueron los portugueses los descubridores de las Islas Filipinas, pero tropezaron con un problema; fueron merendados vilmente por el gobernador local —un tal Rajah Tupas—, cuando invitados a una ceremonia religiosa con posterior banquete, serían ellos el plato principal. Años más tarde, el fulano en cuestión les quiso hacer la misma jugarreta a los españoles, pero estos arrasaron literalmente el pueblo donde el jefecillo tenía aposentados sus reales.

Luego llegó Legazpi, otro vasco de Zumárraga, cuya honorable personalidad de caballero español clásico le daría a la conquista de Filipinas el cariz más deseable posible, en el cual el derramamiento de sangre se podría decir que brilló por su ausencia. Evitó enfrentamientos inútiles, optando siempre por la vía diplomática. Durante siete años, este marino vasco rendiría el archipiélago de manera casi impecable. Convenciendo y utilizando la hostilidad que los filipinos les tenían a los portugueses, que habían resultado, para lo que es su tranquilo carácter, mucho más sangrientos de lo esperado en sus formas.

El archipiélago de las Filipinas fue durante la segunda mitad del siglo XVI una prolongación de los dominios del infierno. Bandas de carroñeros con carta

blanca, de origen malayo, chino y japonés, sometían por el terror a los habitantes de las costas de esta miríada de islas descubiertas, que no conquistadas, para España, por el malogrado piloto y cartógrafo portugués al servicio de la corona de Castilla, llamado Magallanes, allá en los albores del siglo que principiaba.

Desde las islas y territorios más meridionales del Mar de la China, Taiwán, Hainan y el antiguo Reino de Vietnam, e incluso todavía desde la distante y sureña isla japonesa de Okinawa, un cúmulo de hordas de estos atrevidos oportunistas practicantes confesos de la violencia más extrema, habitantes del océano al igual que las formaciones de coral o los extraños peces abisales, atormentaban a las norteñas regiones del archipiélago con regular y predecible cadencia, salvo, claro está, en el entreacto de la temporada de tifones, en la que los locales disfrutaban de una paz relativa mientras estas hordas de piratas rebanaban cuellos en otras lejanas latitudes.

Los tan indispensables animales domésticos se volatilizaban de idéntica manera que los lugareños, que de no conseguir ponerse a cubierto a tiempo en la frondosa selva local, eran vendidos en los bulliciosos mercados de esclavos dispuestos a lo largo de la costa suroeste de Asia meridional. Esta ágil y ubicua piratería que infestaba los mares de aquellas latitudes era una casta intocable, a la que nadie había podido meter mano en siglos. Estos pobladores del mar, vivían literalmente en juncos y sampanes sustanciados en la implacable sal y curtidos y tiznados por un sol de justicia.

Para ponernos en situación y dar unas pinceladas sobre el porqué del éxodo de esta piratería de masas en aquella época y latitudes, hay que destacar que en el Japón de aquel entonces, el Japón que precede al mítico periodo Edo en los albores del siglo XVII —un Shogunato que dio prosperidad a aquel imperio del este contemplado desde la visión eurocentrista—, se libraban las guerras intestinas entre los tres grandes daimios (gobernadores feudales) más importantes, con sus consiguientes matanzas y guerras civiles, en las que las alianzas mutaban de la noche a la mañana en un quebradizo baile de fidelidades inciertas y poco duraderas. Esta elongada construcción de islas estiradas como las cuentas de un collar de perlas enfrente del Imperio chino gobernado por la dinastía Ming —probablemente una de las eras de gobierno

de más estabilidad y orden social en la historia humana en sus casi tres siglos de duración—, había centrifugado a miles y miles de samuráis y *wako* que buscaban otros horizontes ante el gigantesco incendio social en el que las guerras civiles intestinas desangraban aquellas lejanas islas del Oriente.

Japón, a finales del siglo XVI, era un caos donde el vacío de poder era patente y los caminos estaban llenos de salteadores buscavidas sumidos en un mero ejercicio de supervivencia. Nadie y todos gobernaban en medio de aquel guirigay. El poder oficialmente estaba en las manos del Shogunato Ashikaga, con una prevalencia de fuerza decreciente por la constante erosión a que lo sometían sus opositores. A pesar de que desde hacía muchas décadas se encontraba bastante debilitado y el control en sus áreas de influencia había quedado reducido a los territorios circundantes a la capital, Kioto, los retazos restantes del país eran controlados por los distintos daimios con influencia zonal, que de a poco habían ido ganando poder gracias al crecimiento económico resultante del aumento en la producción agrícola y los nuevos y onerosos sistemas de impuestos que convertían a la población en una clase de esclavos sin remisión ni esperanza alguna de liberación.

La llegada de armas de fuego proporcionadas por los portugueses primero, y los españoles después, subvirtió el orden militar de tal manera que algunos avispados daimios se vieron a sí mismos con capacidad suficiente para ampliar su fondo de armario y ambicionar más tierras y tributos, y en definitiva más poder.

Es justamente en este periodo llamado Sengoku («país en guerra»), en el que el éxodo de miles de improvisados navegantes, fugitivos en su mayoría de aquel caos que precede a la dinastía Edo, hace su aparición en las inmediaciones del Mar de la China meridional y por ende, en el archipiélago de las Islas Filipinas, colisionando con otras fuerzas provenientes del llamado Occidente, mejor adiestradas, que ponen algo de orden en aquella impunidad asoladora y atroz.

Operaban algunos antecedentes antes de la historia que narramos sobre los combates de Cagayán. Hay una cronología relativamente desconocida en la que se ve una serie de continuos ataques que se remontaban a 1574, en los que el corsario Li Ma Hong atacó Manila con cerca de tres mil soldados, de

manera claramente intencionada con propósito de establecer un señorío pirata en aquellos pagos. Tras una sucesión de largos y arduos combates, las fuerzas de la Monarquía Hispánica en Filipinas acabaron derrotando a Li Ma Hong, quien salió trasquilado del envite. Esto ya había sucedido, pero lo que estaba ocurriendo era mucho más violento y tenía atemorizada a la entera población del norte del archipiélago, y parecía impensable que pudiera ser contenido.

Los *wako* eran una amalgama de forajidos y exiliados nipones, que por extrañas alianzas del azar, habían formado una especie de *join venture* con los coreanos y los chinos. Todos juntos y en unión, se habían compinchado para «afanar» todo aquello que estuviera a su alcance. Precariamente equipados y con naves inadecuadas para largas singladuras, no eran problema alguno para fuerzas entrenadas u organizadas como las procedentes de Europa, y en consecuencia, eran fácil presa para los barcos occidentales, mucho mejor artillados. Ahora bien, otra tema era cuando había que enfrentarlos tierra adentro.

Quiso el azar que por las procelosas aguas de la norteña isla de Luzón, la más expuesta a los ataques de estos perillanes, apareciera de improviso una potente flota de navíos españoles, configurada por varias naos y carabelas artilladas. Era por aquel entonces, el año 1580, el de la unión entre España y Portugal bajo el cetro de Felipe II, cuando el gobernador español en las Islas Filipinas, Gonzalo de Ronquillo, recibió noticias de que un gran contingente de piratas japoneses estaba saqueando a los nativos bajo protección administrativa española en la septentrional provincia de Cagayán, un hermoso balcón marítimo de la paradisiaca isla y provincia de Luzón.

Por aquel entonces, poco más de quinientos españoles —una cifra irrisoria— conformaban toda la tropa de la que el imperio podía echar mano para controlar el archipiélago filipino, si bien había que considerar el apoyo de los a veces aliados, enemigos otras veces, los díscolos tagalos, que según les diera, ora confraternizaban, ora te hacían un roto. Ronquillo, en su precariedad, tuvo que recurrir a lo que tenía a su alcance, esto es, un contingente expedicionario de poco más de cincuenta infantes de marina de los Tercios de la Armada española. Apercebidos de la situación, se les enviaría sin más dilación al encuentro de estos parásitos y crueles piratas que para

sorpresa de los ibéricos, eran ni más ni menos que los temibles *ronin* (desertores samuráis sin señor). Entre ellos, estaban algunos *ashigaru*, asimismo samuráis venidos de las clases «no aristócratas», exilados de las cruentas guerras civiles a las que estaban tan acostumbrados en su agitado Japón.

A los pocos días, y ya en singladura hacia el norte en busca de esta escoria, avistaron una gran embarcación tipo junco, que había masacrado a una población local constituida por sencillos pescadores. El capitán Carrión (el oficial que estaba al frente de la expedición), a sus sesenta y nueve años, era uno de los supervivientes de la que probablemente fue la generación más brillante de exploradores y conquistadores que ha dado en tener España. En las postrimerías de su carrera, con bucles señoriales en sus curtidas canas, le sería encomendada, pues, la misión de erradicar a un grupo de piratas ronin (sin señor al que obedecer), más de seiscientos japoneses, entre los que había unos cuantos samuráis sin arte ni parte, fugitivos de las isla Wako (Japón). Estos, en época de «recolección», se solían acercar a la norteña Luzón a afanar sin parar. Con un puñado de barcos y una cincuentena de hombres de los Tercios, con el apoyo de algunos incondicionales indios tlaxcaltecas traídos desde México, se encumbraría a la gloria en lo que más tarde sería conocido como los combates de Cagayán.

Carrión es mencionado durante la fracasada expedición de Ruy López de Villalobos a Filipinas en 1543. El resto de su vida, este capitán nacido tierra adentro, palentino para más señas, no abandonaría las aguas del Pacífico en las diferentes singladuras y expediciones que se le encomendarían. Se sabe que estuvo incluso presente en el primer viaje del Galeón de Manila, que conectaba Filipinas con México. Con más cicatrices que arrugas y un universo de heridas, casi un mapa de los combates en los que participaría desde los dieciséis años —casi cincuenta «tacos» en el «tajo», que se dice pronto—, sería designado para acabar con las cruentas incursiones de los piratas *wako* al mando de uno endemoniado y con tablas sobradas en el oficio, llamado Tay Fusa, que asolaba periódicamente las costas Filipinas.

Sus hombres, los soldados de Carrión, gentes que le admiraban por el respeto con que se dirigía a ellos, eran guerreros con mayúsculas, de elevada

preparación en las tácticas de combate contrastadas en los Tercios, dominadores natos del arte de la *verdadera destreza*, una forma de esgrima típicamente española, insuperable en su tiempo y mortal de necesidad en cualquier cuerpo a cuerpo, como se demostraría en los días siguientes. Eran conocedores de las añagazas y triquiñuelas del soldado que vivía a ras de suelo; curtidos y de una pieza, seguirían a su capitán en todos los episodios acaecidos en las lides desarrolladas en el Cagayán. Afortunadamente, a pesar de la enorme desproporción numérica, las armas hispánicas, con disciplina y severo entrenamiento, se acabarían imponiendo a aquella plaga de escoria marina.

Atónito Carrión ante aquel grado de salvajismo nunca visto en los campos de batalla de Europa, trabó combate con estos canallas que exhibían en lo alto de sus picas a los desgraciados muertos en aquella fácil y trágica incursión. Cerca del Cabo Bogador, se destacó la *Capitana*, que acortando distancias interceptó aquella nave llena de inhumanos. La diferencia entre los dos bandos era bastante notable. La asimétrica desproporción numérica perjudicaba seriamente a los hombres de Carrión, que en un hándicap de uno contra diez — tanto las crónicas japonesas de la época como las españolas así lo atestiguan cuando hablan de los «hombres lagarto», que era como llamaban a los españoles de entonces—, tenían como único argumento una superior tecnología armamentística. Algunos de los guerreros tlaxcaltecas, de los que se sumaron a Cortés contra los aztecas, acompañaban con sus precisos arcos a la tropa española. Pero esto no parecía ser suficiente ante la determinación de aquellos salvajes.

Los cañones de la cruzía y los falconetes de cubierta fueron montados apresuradamente. Tras una oración breve y presidida por un silencio solo roto por algunas palabras musitadas, los soldados de los Tercios se cubrieron con toda la protección a su alcance. Abordado el maldecido junco, se les lanzaron unas ráfagas de metralla que arrasaron el casco en la amura de babor, dejando la cubierta más lisa que una alfombra o, dicho con más rigor, como una pista de patinaje por donde fluía la sangre de manera incontrolada, a cuenta de los estragos ocasionados por la artillería española antes del fatídico abordaje. Dado que el alto bordo de la nave española era superior al de la nave de los

piratas, el asalto se antojaba bastante fácil en principio. Más, a pesar de la masacre inicial, los nipones no estaban finiquitados ni mucho menos. Los Tercios, en inferioridad de condiciones, lejos de rendirse formaron la clásica barrera defensiva en bloque, en la que los piqueros se apostaban delante y los arcabuceros y mosqueteros, detrás, para disparar escalonadamente; esta formación se había demostrado letal en los campos de combate europeos, combinando de manera efectiva la defensa piquera con los mortales disparos secuenciados y escalonados.

Para añadirle más dramatismo al momento, Carrión cortó de un tajo limpio con su espada la driza del palo mayor, cayendo este atravesado sobre la cubierta y formando así una improvisada trinchera que permitía a los arcabuceros disparar a placer, permitiendo con ello asimismo a los mosqueteros disparar contra los japoneses de manera más efectiva, lo que provocó innumerables bajas enemigas. Para entonces, la galera capitana española, la *San Yusepe*, disparó al ras sobre cubierta sus falconetes y culebrinas con mortíferas cargas de metralla, segando las piernas de los samuráis como si de mantequilla se tratara. Estos últimos huyeron a la desesperada. Aterrorizados ante aquel terrible fuego graneado, saltaban al agua sin entender que la elección forzada por las circunstancias los condenaba igualmente a muerte, pues muchos se ahogarían debido al pánico y a la incapacidad de reintegrarse a sus naves, más allá del inevitable peso de sus armaduras, que actuaban a modo de lastre.

Por primera vez en la historia, probablemente, dos escuelas de esgrima antagónicas se enfrentaron a muerte en las cubiertas de aquellas naves, sobre el proceloso mar, mientras ambos barcos quedaban a la deriva con un rumbo impreciso, al albur de una suave brisa en medio de un griterío infernal. La técnica de las dos espadas toledanas (o más bien, daga y espada) que introdujeron los Tercios en sus batallas europeas se mostraba más eficaz que la ágil katana, pues su acero era de mucha peor calidad. También había que tener en cuenta la seguridad de la protección brindada por el exoesqueleto metálico que portaban los peninsulares, frente a la ligera y testimonial estética proporcionada por los petos —más ornamental que otra cosa— de los japoneses.

Tras esta cruenta batalla, los relatos japoneses de la época contaban que sus hombres habían sido derrotados por los *wo-cou*, esto es, por unos demonios mitad peces y mitad lagartos, que atacaban tanto desde el mar como desde tierra. Este fantástico relato con ribetes míticos, atribuyó a los españoles un valor casi titánico al resistir en clara inferioridad a un adversario cuya ferocidad era legendaria por su trayectoria en el arte de la guerra. Los japoneses de aquel entonces otorgarían a los Tercios de Carrión una fama casi mítica, como hoy se puede ver reflejada en los libros conservados de las crónicas a las que hacen alusión, guardados celosamente en la Biblioteca Nacional de la Dieta, tanto en Tokio como en Kioto.

Tras estas primeras escaramuzas ventiladas con solvencia y no sin dificultades, gracias al oficio y entrenamiento de los Tercios, a pesar de la escabechina sufrida por los orientales, la lucha prosiguió. Carrión siguió remontando el río Grande de Cagayán hasta darse de bruces con más de veinte sampanes, a los que pillarían con las manos en la masa y trincando al por mayor. Se dio la circunstancia de que estaban saqueando a placer una pequeña ciudad, causando una matanza gratuita e inenarrable de gentes absolutamente indefensas. Abriéndose paso, con las culebrinas escupiendo postas y metralla en botes, y con los arcabuces al rojo vivo, tras un combate trabado, habían pasaportado a más de doscientos piratas japoneses, en un par de horas de combate épico y sudado.

Tras esta somanta —la segunda en una semana—, los piratas de Okinawa se pusieron en modo reflexivo por los varapalos recibidos, y al parecer no escarmentados con los correctivos aplicados anteriormente, plantaron cara de nuevo —por cierto, sería la última vez—, en la larga, espectacular y kilométrica playa de Birakaya a los diezmados cuarenta infantes del Tercio del Mar, casi al límite de su resistencia.

No sería apropiado o correcto definir esta secuencia de escaramuzas a las que se enfrentaron con regularidad los Tercios en las Islas Filipinas y calificarlas como batallas en sentido estricto, pero sí se pueden definir, por su clara localización y acción sostenida en la provincia de Cagayán, como un frente permanente por la incidencia continua de los ataques de los ronin en esa

área en concreto. Lo cierto es que estas escaramuzas les creaban una merma constante de efectivos por goteo.

A día de hoy, aunque sin determinarlo con exactitud, se da la creencia de que Carrión y sus soldados de los Tercios se enzarzaron en estas cristalinas aguas al alba temprana en una proporción altamente probable de seiscientos contra cuarenta arcabuceros, si bien es cierto que estos últimos iban con espada, daga, corselete, yelmo y barbuquejo, más peto metálico y pistolón y, por añadidura, arcabuz; algunos de ellos, picas y unos pocos alabardas, esto es, iban armados hasta los dientes y usando la técnica del cuadro, un ardid inventado por el Gran Capitán que no permitía fisuras en la formación y sí dirigir los disparos de los arcabuceros con gran rentabilidad en el tiro, según fuera atacada la formación.

Pero eso, por sí mismo, no era una garantía. Hasta transcurridas cuatro horas —que se dice pronto, por agotadoras— de combate de una intensidad extraordinaria, la escaramuza en cuestión, especialmente cruenta por lo desequilibrado y descompensado en el número de combatientes, no se dio por terminada. Aquella horda intentaba en vano penetrar una y otra vez en la posición española, sin poder rebasar el cerrado grupo de alabarderos y piqueros de primera línea; detrás, solo estaba el mar y las expectativas de una muerte atroz. Uno tras otro, los asaltos fueron desmontados y aquellas oleadas de energúmenos neutralizadas por el altísimo entrenamiento y disciplina exhibidos, disciplina que recordaba a los Diez mil de la *Anábasis* o a aquel Alejandro Magno siempre en franca desventaja contra los persas. Los Tercios lidiaron con los dos primeros asaltos casi sin intervalo entre uno y otro y, para que los japoneses no pudieran arrebatárles las alabardas y picas durante la lucha, las untaron con sebo. Al tercer ataque, los españoles prácticamente sin pólvora y confiados en las habilidades de la técnica de la Destreza, lograron resistir con coraje extremo y derrotar a aquella horda de secuaces de Tay Fu.

Mientras la tropa contenía a los enfurecidos orientales, los arcabuceros disparaban con una cadencia letal, dosificando al máximo la pólvora de sus doce apóstoles, los recipientes en los que guardaban, celosamente untados en grasa y sal para evitar el deterioro por humedad, el detonante de las postas. Al

final de todo, el cuerpo a cuerpo inevitable llegaría y la selecta esgrima occidental se impondría, incontestable. La matanza posterior fue de antología.

Con el ánimo en caliente y exhaustos tras aquella interminable escaramuza a vida o muerte, no hubo piedad con los vencidos, ya en franca retirada y acosados por los lugareños a pedradas y con sus pequeños arcos, con los que se dedicaban a la pesca de roca. Se calcula que habían facilitado el acceso a la otra vida a más de trescientos japoneses, que no es moco de pavo habida cuenta de la manifiesta desigualdad. Las pérdidas de los nipones eran más que alarmantes, pues con los lances precedentes sumados a este último habían quedado severamente diezmados.

Esta confrontación promovió en los atizados samuráis la cabal idea de darse a la fuga, así que caóticamente se volvieron a sus sampanes anclados en la rada. El pavor por los *wo-cou* o peces lagarto corrió como un reguero de pólvora entre sus pares, que no volverían a las Filipinas hasta la Segunda Guerra Mundial. Los nativos locales, los tagalos, quedarían aliviados tras el trance; el halo de imbatibilidad de los samuráis había dejado de ser un mito.

Estas escaramuzas hasta el día de hoy son el único testimonio razonablemente documentado de un enfrentamiento armado entre europeos y samuráis, aunque en ocasiones cierto tipo de cine superficial en lo referente a los detalles históricos nos haga creer lo contrario.

España retuvo las Islas Filipinas hasta el cese mismo de hostilidades con Estados Unidos allá por el año 1898, en el que el controvertido episodio de la heroica resistencia de Baler —los últimos de Filipinas— acaparó la atención de los rotativos internacionales durante cerca de un año. A nivel nacional, el eco sobredimensionado de la resistencia del fuerte-iglesia de Baler y su épica a ultranza permitiría poner sordina a la evitable pérdida de vidas humanas españolas y posterior sangría económica de posguerra tras la tristemente recordada como guerra de Cuba.

14. EMPEL, UN EJEMPLO DE OSADÍA

Es muy frecuente, que en el trágico arte de la guerra se den situaciones en donde lo obvio, aquello que *a priori* debería ser un elemento benefactor y factor decisivo para una victoria cantada, acabe convirtiéndose en una pesadilla para sus presuntos beneficiarios.

Esto le ocurrió al famoso ejército fantasma de Cambises II (hijo de Ciro el Grande), en 525 a. C., en las inmediaciones del oasis de Siwa, al norte de Egipto, donde probablemente una terrorífica tormenta de arena borró de la faz de la tierra a un ejército persa de cincuenta mil soldados, según escribió el historiador de la Grecia antigua Heródoto de Halicarnaso. Mientras, otros arqueólogos alemanes citan a Petubastes III como victorioso general egipcio que les infligió tan ignominiosa derrota, que posteriormente en una incuestionable y meritoria campaña de propaganda, Darío I camuflaría con la truculenta historieta de las malvadas arenas devoradoras de humanos. Cerca de dos mil años más tarde una formidable armada —La Felicísima, llamada por nuestros detractores, La Invencible— acabaría estrellada contra las costas de Escocia e Irlanda en una de las más brutales ciclogénesis, de las que tanto el Cantábrico como el Mar del Norte prodigan en esas fechas, librando a Inglaterra de una sentencia histórica lapidaria. Ahí queda, asimismo, el recuerdo de Otumba, batalla ganada con escasísimos recursos y rubricada por una temeridad fuera de toda duda. Por el camino, las tres famosas legiones de Varo, con un entrenamiento impecable y todas las cartas de la baraja a su favor, fueron arrolladas en una derrota flagrante en un oscuro bosque de los limes del norte del imperio (Teutoburgo) por el caudillo germano Arminio. Algo más cerquita en el tiempo, el famoso zorro del desierto, el mariscal Erwin Rommel, un suave de talla menuda pero con una gama de recursos tácticos y estratégicos impresionante, muy cercana al virtuosismo, tuvo en

jaque durante casi tres años con su Afrika Korps a las tropas del Imperio británico, que le sobrepasaban ampliamente en soldados y material.

Los golpes de pecho siempre deben sustentarse en la materia gris, so pena de que, sin esa necesaria simbiosis, la percusión en la caja torácica se vuelva contra uno mismo.

Algo así ocurrió en uno de los lances más inverosímiles de la Guerra de los Ochenta Años (o de Flandes), en una batalla librada en un escenario gélido y blanco, con un frío ártico sobrevenido en un escenario absolutamente surrealista, solo apto para soldados que viven instalados en la muerte permanentemente. Aquel sudario simbólico pronosticaba enterrar vivo a un tercio entero compuesto por cinco mil hombres al mando del ilustre maestro de campo Francisco de Bobadilla.

En puridad, hay que decir —mal que nos pese— que, como cualquier otra armada, la española ha protagonizado algunos desastres («Yo no mandé a mis naves a luchar contra los elementos») así como increíbles proezas que han convertido a esta durante siglos en una temible herramienta militar (batalla de las Azores, Lepanto, incendio del puerto de Londres y de las ciudades del sur de Inglaterra, captura del Doble Convoy inglés durante la Guerra de Independencia norteamericana, etc.). Pero si algo hay que se pueda calificar de surrealista u original, por estrambótico, es el llamado famoso «milagro» de Empel, una de las extravagancias más increíbles que se puedan dar entre los caprichosos azares de la guerra y que desdice literalmente aquel refrán que reza que «todo el pan está vendido», al derrotar a una enorme flota enemiga —la de los Países Bajos—, con un ejército de infantería «caminando» sobre las aguas y a domicilio. *Rien va plus...*, no va más.

La historia cuenta que ocurrió durante la Guerra de los Ochenta Años (1568-1644), en que las diecisiete provincias que formaban Holanda se unieron para luchar por su independencia ante el coloso español. Más tarde Inglaterra y Francia no tardaron en añadirse al baile para destruir el poder de la que había sido, hasta la fecha, la mayor potencia de Europa.

Era el 7 de diciembre de 1585 cuando los hombres de Bobadilla combatían en la ovoide y elongada isla de Bommel, situada entre el Mosa y el tributario Waal. Completamente rodeados por una escuadra holandesa al mando del

almirante Holak, la situación de este valioso contingente era muy precaria y sin salida aparente; todo apuntaba a que estaban condenados a morir o a rendirse, aspecto este nunca antes ocurrido a un Tercio español en lado alguno de la geografía que dominaba la Monarquía Hispánica.

En este punto, se hace necesario recordar que la referencia militar en todos los campos de batalla europeos durante casi 150 años desde la fundación del embrión de los tercios por Gonzalo de Córdoba —el Gran Capitán—, y sus novedosas técnicas de combate, rozaba el mito de la imbatibilidad.

Los Tercios españoles eran una combinación formada por veteranos soldados y excelentes oficiales. Eran hombres honorables y leales a su rey, unidos entre ellos por un fervor casi místico, basado en la religión católica. Este conjunto de elementos, valor, convicción, etc. generaba una alta moral de combate a las tropas en el campo de batalla, lo que unido a una reputación de invencibilidad crearía finalmente el mito de los Tercios.

No existe una fecha aproximada para situar la creación oficial de estas formidables unidades de combate, pero quizás la matriz de la idea está en la revolucionaria mente del Gran Capitán, improvisador e inventor de actuaciones tácticas memorables. Es en el siglo XVI, cuando a Carlos I (V de Alemania), nieto de los Reyes Católicos, se le plantea el reto de mantener unido aquel mosaico de reinos y ducados que en su precoz juventud cae sobre sus espaldas. Es en Milán, Nápoles y Sicilia donde se fundan los llamados Tercios Viejos, para repeler las agresiones de los franceses. Los éxitos iniciales con poca tropa y un entrenamiento espectacular son rotundos y causan asombro y pavor en sus adversarios. Carlos V es probablemente quien da cuerpo definitivamente a los Tercios como instrumento militar, para defenderse, primero, de los franceses, y más tarde del turco, demostrando una eficacia inapelable.

Hay un atisbo de referencia documental y administrativa que da pábulo a la fecha de arranque de la constitución de los Tercios Viejos, los de Lombardía (Milán), Nápoles y Sicilia, en unos legajos que hay en el Archivo de Simancas y que datan de una instrucción del Tesoro dictada hacia 1537, que hace alusión a cómo pagar a cada hombre de los Tercios. Asimismo, una disposición imperial de 1534 redistribuyó las fuerzas españolas destacadas en Italia,

aunque de forma incomprensible deja fuera a Cerdeña (de la que Carlos V era igualmente rey) que tuvo desde muchos años antes un Tercio que inexplicablemente ha sido «borrado» por la historia. Aún hoy, se ignora el porqué de esa amnesia o desatino.

La creación de los Tercios supone una revolución militar, como en su día lo fueron la caballería catafracta, las falanges macedonias de Alejandro Magno o las legiones romanas. Casi sin pretenderlo, se creó una herramienta de mando que se revelaría eficazísima. No es solo la solución administrativa, la que concierne a un mando centralizado pero flexible en la cadena para poder tomar decisiones sobre el terreno, sin tener que consultar a los superiores en ciertas situaciones (método copiado por la Wehrmacht en la Segunda Guerra Mundial), sino además, la inmensa calidad operativa que demostraron sobre el terreno durante casi siglo y medio, algo inusual en un ejército cuyo eje pivotaba sobre la tradicionalmente menoscabada infantería.

Nuevos Tercios y el perfeccionamiento de técnicas de combate fueron la clave del éxito arrollador de estas fuerzas que tanta gloria y prestigio dieron a nuestra nación. La eficaz combinación de las picas y espadas y de los arcabuces y mosquetes creó un aura entre los enemigos de la monarquía española de tropas invencibles. Su movilidad sobre el terreno y su enorme adaptabilidad en el campo de batalla no tenían parangón entre sus rivales.

Era habitual que en las primeras filas se situaran los arcabuceros y mosqueteros. La estrategia era sencilla, pero demoledora a la vez. En los primeros compases de la batalla, solían abrir fuego los pesados mosquetes a más de cien metros del adversario. A continuación los arcabuceros disparaban a una distancia más corta, sin permitir el cuerpo a cuerpo. Después, la gran masa de piqueros y alabarderos actuaban como apisonadoras o gigantescos erizos de acero, maniobrando de forma aterradora. La perfecta conjunción de una técnica depurada y contrastada en los campos de batalla en experiencias anteriores convertía estas unidades de infantería en algo sencillamente demoledor.

Toda esta espectacular maquinaria de guerra, que en Flandes se imponería en más del 90 por ciento de las batallas y escaramuzas, se vería con el paso

del tiempo erosionada por la falta de financiación que hacía que la guerra contra los Países Bajos fuera una insaciable tragadera de recursos.

La raíz del conflicto en los Países Bajos, en la que sería dada en llamar Guerra de Flandes por los españoles o de los Ochenta Años por los alzados flamencos contra Felipe II, arrancaría allá por el año 1555. En ese periodo, Carlos I (V de Alemania) legó a su hijo Felipe II el gobierno de la primera España y del conjunto de estados que hoy ocupan mayormente los Países Bajos. De esta manera, el emperador que vino del frío, cedía sus tierras predilectas para, tras una larga regencia, retirarse del mundanal ruido a un silencioso monasterio extremeño, donde un mosquito algo cabroncete lo haría sucumbir de malaria allá por 1558.

Pero el cambio de gobierno no satisfizo demasiado a los habitantes de la región, que verían en Felipe II a un rey foráneo del que suponían que no pondría mucho interés en sus asuntos domésticos. Mientras Carlos I de España era natural de Gante (Bélgica actual) y, por lo tanto, un «colega», Felipe II era nacido y criado en España, de lengua materna portuguesa (hijo de la bellísima y exacerbadamente religiosa Isabel de Portugal). Para colmo, desde su aparición natural en la vida hasta su muerte, no holló los Países Bajos.

Cuando las tensiones se tornaron irreconciliables y Europa quedó dividida entre los seguidores del catolicismo y los no menos recalcitrantes partidarios del protestantismo —religión muy arraigada en los Países Bajos—, el demente y voraz incendio de la incomprensión mutua prendió por los cuatro costados la precaria estabilidad del continente. Sin recursos diplomáticos por el enroque opuesto de las partes, lo inevitable se convirtió en cruda realidad.

Parte de las provincias de los Países Bajos, encabezadas por Holanda y Zelanda, se unieron contra Felipe II; entonces España inició una movilización sin precedentes de varios Tercios hacia el territorio discrepante, para, por la fuerza, terminar con las pretensiones de independencia de los rebeldes. Se iniciaba la Guerra de los Ochenta Años.

Durante docenas de años, cientos de combates y escaramuzas de entidad como para ser contadas se engarzaron en aquel mosaico de sangre como las cuentas de un collar. El territorio flamenco ardía en toda su extensión, en una guerra inextricable, que a la larga sería la ruina de la monarquía española, más

allá de que técnicamente saliera vencedora en aquella interminable contienda: Flandes fue y siempre será el Vietnam español. Miles de vidas, miles de viudas, miles de huérfanos quedarían como herencia tremenda de aquella sinrazón. Entonces, llegaría Alejandro Farnesio con sus increíbles dotes para la organización y su particular visión estratégica, rodeado de los probablemente más capacitados oficiales de alto rango y los mejores soldados de la época que la Monarquía Hispánica haya tenido en siglos.

A pesar de las constantes victorias hispanas, los rebeldes holandeses no desistían de su empeño. Hacia finales del siglo XVI todavía quedaba una infinidad de plazas en poder de los alzados y eran innumerables las que solicitaban auxilio a las fuerzas católicas. En el verano de 1585 Alejandro Farnesio logró recuperar Amberes en una de las batallas más atroces de aquella larga guerra. Una especie de Zama para las legiones romanas o un Dien Bien Phu para las tropas coloniales francesas en la Conchinchina. Tras esta inapelable victoria se sintió impelido a acudir en socorro de los territorios de Zelanda y Holanda, con poblaciones católicas duramente reprimidas por las fuerzas protestantes. Tras tomar la decisión de atacar, Farnesio otorgó el mando del ejército al conde Mansfelt, que recibió estrictas órdenes de dirigirse más hacia el norte en dirección a la hermosa ciudad de Brabante, centro de operaciones sobre el que pivotarían las acciones subsiguientes para sofocar las revueltas. A esta imponente fuerza acabaría uniéndose, a su vez, el Tercio dirigido por el maestro de campo don Francisco de Bobadilla, un militar con tablas sobradas y extensa hoja de servicios.

En las crónicas relatadas por el capitán Alonso Vázquez en los *Hechos acontecidos en Flandes y Francia durante el tiempo de Alejandro Farnesio*, se describen literalmente los sucesos acaecidos a continuación: «Ya juntos, marcharon (...) el conde Carlos de Mansfelt con los tres Tercios de españoles al mando del coronel Cristóbal de Mondragón, de don Francisco de Bobadilla y de Agustín Íñiguez, repartidos en sesenta y una banderas y con una compañía de arcabuceros a caballo al mando del capitán Juan García de Toledo».

Fernando de Bobadilla (el héroe de Empel) fue un maestro de campo, rango militar creado por Carlos I en 1534, que hoy equivaldría al de general. La introducción de la dinastía Borbón, afrancesada por su procedencia,

denominaría a este rango mariscal de campo. Ya casi en las postrimerías del siglo XIX, hacia 1889, pasaría a denominarse general de división.

El asalto y captura de Bommel

Por el camino la fuerza española se detuvo al contemplar el aparentemente infranqueable río Mosa, que con sus casi mil kilómetros de recorrido, atraviesa los Países Bajos de oeste a este. Cuando Mansfelt llegó a la orilla meridional del Mosa, acuarteló el grueso de las tropas y envió a Bobadilla a ocupar la isla de Bommel. Esta isla de unos veinticinco kilómetros de largo y nueve de anchura máxima, está comprimida por los ríos Mosa y Waal, que se solapan al este. Su ocupación suponía un golpe magistral al adversario, que estaba en franca retirada. La isla en cuestión era una fortaleza natural en apariencia inexpugnable e infranqueable, al estar rodeada por los dos anchos brazos de río.

Bobadilla, que no pegaba puntada sin hilo, cruzó el río con cerca de cinco mil hombres y tomó este pequeño terreno de escasa importancia para los rebeldes. Al tiempo, varias patrullas se encargaban de proteger las esclusas de contención tan normalizadas en la hoy actual Holanda e indispensables para la existencia y supervivencia de esta organizada nación. En el caso de haber quedado en manos de los rebeldes, el avance español se habría convertido en un desastre al anegarse los terrenos por donde discurrían las tropas. Si el enemigo tomaba varias de ellas, podría llegar a inundar la isla de Bommel y arrojar la demoledora cantidad de agua contenida contra los Tercios, poniéndolos en serios apuros además de aislarlos y utilizarlos como diana para el tiro al blanco. Consolidada la conquista, Mansfelt partiría hacia la norteña ciudad de Harpen, a veinticinco kilómetros de distancia de Bommel. Pero las cosas se empezaban a torcer.

A sabiendas de la suerte que corrían los españoles, los rebeldes no dudaron ni un segundo en reaccionar. La pérdida de la isla de Bommel no significaba un golpe de efecto decisivo, así que decidieron armarse para dar respuesta, y una lección presumiblemente inolvidable a los Tercios hispanos. Los rebeldes a la corona en Holanda y Zelanda se armaron, pues, y embarcaron una gran

cantidad de infantería mercenaria en los más de doscientos navíos de diferente calado, y al percatarse del grado de exposición y vulnerabilidad de las fuerzas españolas copadas en la isla de Bommel, la situación les insufló ánimo para aprovechar la delicada situación del Tercio de Bobadilla, abrir las esclusas bajo su control y anegarlos con las aguas contenidas, como relata en la crónica de la batalla de Empel el capitán Vázquez.

A esas alturas, el Tercio de Bobadilla, viendo el *crescendo* de la subida de las aguas que anegaban su campamento, se atrincheró en el único trozo de tierra firme que quedaba exento de ser inundado, en la pequeña colina de Empel, donde sus cinco mil integrantes se prepararon para la defensa cavando febrilmente unas trincheras que les amparasen de la tormenta de fuego que se les venía encima.

Holak, un almirante de la vieja escuela, un caballero clásico, viendo la situación desesperada del Tercio sitiado, propuso una rendición honorable, que fue rechazada taxativamente con una respuesta memorable: «Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos de capitulación después de muertos». Así las cosas, el bombardeo o lluvia granizada de aquella tormenta de fuego se desató sobre aquel Tercio de valientes en una situación inusual de indefensión.

Por si los sitiados no tenían bastante, el almirante Holak daría la orden de abrir los diques de los ríos bajo su control, para inundar el campamento español, y simultáneamente mandó arrojar una lluvia de balas de cañón y metralla con todo lo que tenía a mano, que no era poco.

Dicen las crónicas de la época que la casual aparición de una tabla flamenca enterrada en el barro, con la figura de la Inmaculada Concepción, insufló un ardor sobrevenido —quizás por la intervención sacra, quizás por el exceso de ingesta de aguardiente guardado en las botas y pellejos curados y cosidos—. A la vez, un viento siberiano proveniente del oeste congeló en aquella gélida noche la superficie del Mosa, al alcanzarse una temperatura que podría rondar los 25° bajo cero, añadiendo la atroz acción adicional del viento racheado una sensación térmica espantosa.

Por la noche, para darle más enjundia a aquel infierno terrenal, la flota holandesa no pararía de escupir metralla con su artillería embarcada, lo que

convirtió en una pesadilla cualquier intento de echar una cabezada.

De esa guisa, los españoles, marchando sobre el hielo, en una gesta como pocas en la historia, atacaron por sorpresa a la escuadra enemiga, obteniendo al alba del día 8 de diciembre una victoria decisiva e inapelable. La inmensa mayoría de los marineros e infantes, cogidos por sorpresa ante tan arriesgado ataque, mercenarios ellos en su totalidad —pues el concepto de religión y de nación se acunaban en unos bolsillos debidamente rellenos—, obligaría al sorprendido almirante Holak a exclamar: «Tal parece que Dios es español al obrar, para mí, tan grande milagro». Y así quedó la cosa, en un susto morrocotudo para los subidos atacantes que menospreciaron a aquellos condenados de antemano.

Aunque momentáneamente los holandeses habían sido contenidos, Bobadilla sabía que les quedaban un par de suspiros. Aislados en un pequeño monte bajo, pocas posibilidades tenían de salir con vida. A sabiendas de que el paso del tiempo disminuía las opciones de escapar de aquella ratonera, Francisco de Bobadilla dio la orden a unos encamisados (como se ha visto, cuerpos de operaciones especiales) de atravesar el bloqueo en una pequeña embarcación en demanda de auxilio. Mansfelt era el destinatario principal al que iban dirigidas las misivas de socorro, por ser el que más cerca se hallaba del lugar donde estaba el copado Tercio.

El 5 de diciembre por la mañana comenzaba un jueves incierto. Francisco de Bobadilla recabó la atención de los sargentos mayores de los tres Tercios españoles, y les dio la orden de que embarcaran en las nueve barcasas dispuestas a tal efecto (tres para cada Tercio), con diez mosqueteros y quince arcabuceros, más dos capitanes escogidos en cada una de ellas, cuenta Vázquez en su crónica de los hechos.

En dichas barcasas, Bobadilla dispuso a los trescientos militares prestos para el combate. Tras confesarse y comulgar, como era de rigor en aquella religiosa nación española, y a sabiendas de que se les encomendaba una acción suicida, esperaron la orden fatídica para emprender el viaje hacia lo incierto.

Entretanto, se había cavado una línea de trincheras de cerca de tres kilómetros de perímetro, para que, apoyados tras la poda de más de medio

millar de árboles y con miles de piedras extraídas a duras penas, generar una fortaleza improvisada ante un previsible bombardeo desde ambos márgenes del río. Las vituallas eran casi inexistentes y los caballos se volatilizaban a un ritmo acelerado para mitigar la hambruna galopante.

Una decisión más que temeraria

El día 8 de diciembre, en medio de una ventisca formidable y con visos de rememorar la antiquísima Edad del Hielo, el agua del Mosa se congeló de manera inexplicable. Un viento gélido azotó el río de forma inmisericorde, convirtiendo en un congelador a pleno rendimiento su superficie. Recordaban los lugareños que veinticinco años antes algo similar había sucedido. Esta inesperada situación, acabaría convirtiéndose en un factor militar determinante, pues la gigantesca flota holandesa abandonó precipitadamente el asedio, retirando sus naves para evitar que se quedaran bloqueadas en el hielo. Atónitos por la situación, los marinos y soldados de Holak tuvieron que marcharse del escenario con el turbo puesto.

Con esa ventaja táctica sorprendente por sobrevenida e inesperada, el día 9 Bobadilla convocó a sus soldados para que tomaran sus mosquetes y arcabuces, pues era hora de aprovechar antes de que se derritiera el hielo. A vida o muerte, pues no había otra elección, los miembros del Tercio montaron en sus ligeras y manejables barcazas y tras atravesar las zonas francas del hielo, asaltaron sin reparo alguno el fortín que sus adversarios habían improvisado a orillas del Mosa, volándolo íntegramente hasta dejarlo como «tabula rasa».

Es incontrovertible el hecho de que los Tercios estaban dispuestos a un suicidio colectivo, pues así fue tratado en *petit comité* entre muchos de los capitanes, pero la súbita e inesperada helada producida a una velocidad vertiginosa congelaría las aguas, de tal manera que los holandeses debieron levantar el asedio y marcharse a aguas profundas bajo el intenso fuego de los cañones de los Tercios. Cabe la posibilidad de que un insólito concurso de circunstancias fortuitas o un acto de fe colectiva convocando la asistencia de la Virgen a aquel infernal sarao, surtiera efecto. Mas ateniéndonos a las cosas

más terrenales, fue la serena actitud de Bobadilla lo que infundió en este caso particular esperanza en la tropa, que, arropada por un líder carismático, actuó como un todo solidario y un equipo entrenado para situaciones extremas.

Lo que uno dice creer y lo que uno se ve forzado a creer es rotundamente diferente. Los Tercios eran la suma de una convicción profunda, de un credo de convencimiento, de una búsqueda del honor más allá de lo estético; eran probablemente los caballeros de una aristocracia sin títulos, con más calidad que aquellos que los detentaban hereditariamente sin mayor esfuerzo. La diferencia del valor entre unos y otros estribaba en la calidad de su compromiso con los compañeros y con su rey. No eran engolados, amanerados. Era otra época.

Con el paso del tiempo, las crónicas del capitán Vázquez recordaban, pronosticaban o atisbaban varias situaciones que acercaron a la tropa al abismo. Pensaron matarse entre ellos antes de caer en manos enemigas. Se habló, como en las dantescas escenas del cuadro romántico del pintor francés de la restauración borbónica Théodore Géricault, de canibalismo (de comerse a los caídos en combate), apuntando a la futura y dramática tragedia de la famosa *Balsa de la Medusa*. Era patente, que aquella había sido una situación límite e insostenible.

Empel es el paradigma o la respuesta a un concepto de soldado dispuesto a cualquier sacrificio por el bien común, por su patria, por sus convicciones militares, un ejemplo de arrojo y de superación ante las adversidades, un modelo probablemente irrepetible en la historia.

15. FLEURUS, EXCELENCIA CONTRA INCOMPETENCIA

Por si la Guerra de los Ochenta Años no fuera suficiente, nos vimos obligados a embarcarnos en otro sarao descomunal por la suma y calidad de la alianza de enemigos que, bien dispuestos y con la maquinaria financiada a pleno rendimiento, se enfrentaron cuando ya el estío se abocaba en agosto. La llamada Guerra de los Treinta Años fue como ese botón díscolo que no acaba de abrocharse cuando el frío amenaza o como si un huracán te arrancara el bisoñé. Los recursos eran muy limitados y la contraparte muy poderosa. No se podía dudar de nuestra eficacia y reputación y nuestros oponentes eran conscientes de ello, pero eso no bastaba; el imperio comenzaba a dar ciertos síntomas de fatiga. Algunas quiebras por aquí y por allá, impagados a los banqueros genoveses, a los Fugger y a los Welser (hubo que arrendarles temporalmente Venezuela), y sobre todo demasiados frentes de guerra abiertos, y en vez de buscar una simplificación del escenario y serenar ánimos, de negociar agravios y de imponer la lógica diplomática, de hacer concesiones para obtener beneficios, de abrir la mano, se usaba siempre el mismo argumento: palo y tentetieso. En fin, que la suma de los liliputienses (turcos, piratas de Berbería, holandeses, ingleses con uniforme o disfrazados de piratas —que era lo mismo—, franceses, el vasto frente americano, etc.) comenzaba a tornarse incómoda, y en especial la de los resistentes y correosos holandeses, que eran unos plastas y no paraban de dar la lata. Eran como una banda de grillos tocando el concierto de Año Nuevo; pero todos los días. Eran insoportables, vamos, como una pesadilla. Y con todo y con eso, seguíamos siendo los amos y cortando el bacalao.

La Guerra de los Treinta Años fue básicamente una guerra de mercenarios que dejó al Sacro Imperio Germánico y a Holanda con la friolera de cerca de un 25 por ciento de pérdidas humanas en el total del conjunto demográfico, y

en algunos casos como el de Bohemia, Moravia y Alemania, con un 50 por ciento de población masculina volatilizada. Las hambrunas, la peste, enfermedades de comorbilidad solapadas, la hidra del terror en su trágico esplendor devastaron zonas enteras esquiladas por los ejércitos de los bandos enfrentados, necesitados de suministros. Todo esto nos acercaría nuevamente al precipicio del cíclico suicidio colectivo recurrente en esta castigada colonia de humanos que habita nuestro flagelado planeta, abandonada a su suerte en el mastodóntico espacio estelar.

Esta contienda que acabaría arrastrando a toda Europa a un conflicto generalizado, enfrentaba dos formas de entender el mundo o dos concepciones contrapuestas por principios o valores. Por un lado, la dinámica y efervescente sociedad burguesa de clara proyección capitalista que eran los protestantes y que habían entendido bien por dónde venían los vientos y cómo interpretar la partitura, y que tenían fundamentos sobrados para serlo ante la anquilosada visión de la Iglesia católica de Roma, instalada en la corrupción total —no solo moral, sino en la tergiversación flagrante del mensaje de Cristo—; contra una sociedad tradicionalista y católica muy limitada y encorsetada en arquetipos y dogmas no aptos para cardiacos que la ahogaban a pesar de su excepcional resistencia en el tiempo. Además, como agravante, la situación para España tenía una especial sobrecarga tras la extinción de la tregua de los Doce Años que se había pactado en el agotador conflicto de Flandes, que tantas veces se pudo evitar, pues oportunidades para ello hubo, mas también hubo falta de visión política.

Esta tregua, consecuencia de dos providenciales tratados que la precedieron, la Paz de Vervins y el Tratado de Londres, de 1598 y 1604 respectivamente, en los que España firmaría la paz con Francia e Inglaterra, supondría para Holanda un duro golpe tras la pérdida del apoyo militar de estos países, lo que acentuaría su aislamiento y soledad ante la maquinaria de guerra española. A esto había que sumarle la constante acción bélica que lastraba a los propios holandeses, gentes de hábitos comerciales muy arraigados y que debían asumir un enorme gasto militar tras más de treinta años con la consiguiente postración económica.

Por el lado español, la situación no era mejor. El mantenimiento de los Tercios de Flandes suponía un gasto inasumible para las arcas de la monarquía, tanto en lo concerniente al dinero que se iba por aquel desagüe sin fin, como por la enorme cantidad de vidas humanas extintas en aras de una religión presidida por el miedo, la culpa y un discurso de difícil digestión, por lo que se buscó la paz con los Países Bajos. Pero este pacto de Pax Hispánica tenía fecha de caducidad y concluía en 1621. Lamentablemente, las partes no conseguirían avenirse a razones, por lo que hubo que volver al ruedo.

Los humanos somos una pequeña hierba nómada en el jardín del mundo, con un cerebro sofisticado, sí, pero desconectado del corazón (que es donde reside la verdadera inteligencia), o lo que es lo mismo, somos seres potencialmente conscientes sin mucho ánimo de explotar esta facultad dada. La filosofía de la impunidad que preside cualquier conflicto bélico y la naturaleza perversa de la guerra hace que la compasión tienda a brillar por su ausencia. Esto nos hace ser muy peligrosos, porque nos convierte otra vez en aquel mono grande que fuimos y así, lamentablemente, siglo tras siglo, nos perdemos la mágica e inspiradora visión de las estrellas, volviendo cíclicamente a las catacumbas del horror sin conseguir visualizar esa carencia de emociones tan necesarias para poder adjetivarnos como seres humanos. Un ejercicio muy sencillo es hacer algo tan fácil como un simple esfuerzo y recordar aquella increíble escena rodada por Stanley Kubrick en *2001: Odisea del espacio*, en la que dos tribus de prehomínidos se enfrentan en una charca en medio de una planicie desolada, momento cumbre y demoledor que expresa lo vano de esta especie en el devenir de su existencia, más allá de los grandes logros conseguidos a través de la historia, que poco o nada cuentan cuando la locura colectiva se apodera de la especie. Nada nuevo bajo el sol.

De seguir con esta trayectoria alocada, desnuda de valores éticos, amparados en religiones e ideologías cuyos contenidos no acaban de resultar exitosos o viables y que tienen el valor de una caja de tiritas y poco más, sin careta que oculte nuestra proverbial hipocresía y a pecho descubierto, seremos finalmente solo eso, pasto de la cruel verdad. Y la verdad del ser humano es muy oscura.

El desquiciado rey persa Jerjes, aquel que envió a sus soldados a que flagelaran las aguas del Helesponto tras haberse cabreado el Egeo con una tormenta de andar por casa —nada del otro mundo en esa época y pagos—, vio tocada su fibra sensible y su omnipotente arrogancia de megalómano caprichoso, y ese tipo de líderes son los que nos llevan por culpa de nuestros miedos, indiferencia y silencios cómplices, al matadero y a causar y padecer carnicerías que solo dejan viudas y huérfanos, tierras infértiles y lluvias de víboras y escorpiones que exterminan la belleza de la vida por nuestra insensata insolencia de aficionados jugando a ser semidioses. Mientras los causantes de esos rituales de sangre beben algún espirituoso Matusalén de nombre sofisticado con un puro Davidoff en una mano y un sello de oro de alguna extraña y perecedera saga o dinastía en algún orondo dedo muy ajustado, miles de pringados se arrastran en este infierno demencial donde, en abandono manifiesto, esta especie pena por no se sabe qué extraña razón, que ni la más avanzada doctrina científica es capaz de desvelar a día de hoy, a no ser que estemos predestinados a lo fatídico y abocados a la autodestrucción por una no aceptada y reducida talla mental enferma de una patología llamada ego.

Este flagelo humano tan extremo, la guerra, no es la última oferta novedosa de los almacenes Harrods; es la sangría permanente de lo que eufemísticamente hemos dado en llamar civilizaciones, o imperios, o reinos, o taifas, o la pugna por cualquier fruslería entre cuatro mendaces contra otros cuatro con más o menos sesera, pero del gremio de la testosterona todos ellos.

Sobre los prolegómenos de la batalla de Fleurus, cabe destacar que en el contexto de belicismo y desolación desatados entre las dos guerras solapadas que se venían dirimiendo en Flandes, por un lado, y en el centro de Europa, por otro, y fracasado el intento de liberar Heidelberg y su antiquísima universidad —una de las sedes de la cultura universal, inaugurada en 1386—, el 13 de julio de 1622 sería cancelado el contrato hecho por el Palatinado —uno de los contendientes en aquella sangrienta melé— al ejército mercenario de Mansfeld y de Brunswick. A continuación, los holandeses, que a la sazón habían descubierto un filón en la piratería y en la intermediación de especias y productos manufacturados importados desde los lugares más remotos,

«alquilaron» los servicios de aquellas mesnadas de soldadesca que seguían el reclamo del mejor postor.

Este ejército protestante anteriormente desmovilizado, partiría desde Alsacia y a marchas forzadas atravesaría la zona fronteriza con el consentimiento francés para atacar por la espalda a los españoles. El ejército español de Flandes estaba al mando de Ambrosio Spínola, un banquero genovés volcado y comprometido con la causa de la monarquía española que alcanzaría fama inmortal en la toma y rendición de la ciudad holandesa de Breda (plasmada en el famoso lienzo de Velázquez). Este general sería recordado como uno de los últimos grandes líderes militares de la Edad de Oro española y que pagaba íntegramente de su bolsillo a la tropa.

En los Países Bajos había y hay una pequeña y preciosa población llamada Bergen-op-Zoom, en aquel tiempo al norte de la demarcación o línea roja desde donde se libraba la confrontación, en la desembocadura del río Escalda. Las tropas españolas estaban en una delicada situación: los holandeses estaban al este de Breda y, mientras, encaraban una invasión proveniente del sur. La probabilidad de quedar atrapados entre los dos ejércitos adversarios era inminente y pendía como una sentencia muy definida, ya que la línea de retirada hacia Amberes quedaba sellada y bloqueada por el ejército alemán.

Entonces, Gonzalo Fernández de Córdoba, en aquel momento comandante del ejército español en la región del Palatinado, fue reclamado urgentemente para cortar el paso a este ejército, so pena de que la situación deviniera en incontrolable. El general español pasó a marchas forzadas a través de Luxemburgo, sorteando las enormes dificultades que suponía la tupida foresta de las imponentes Ardenas, hazaña que todavía hoy deja perplejos a los especialistas en historia militar, por la osadía imprimida a esta sorprendente acción. Finalmente, conseguiría interceptar a Mansfeld y Brunswick cerca de los límites de Brabante, conjurando aquella amenaza mortal que apuntaba a las espaldas de Spínola. La treta que sorprendió a las tropas mercenarias, no fue otra que la de la increíble operación efectuada al atravesar la impenetrable zona boscosa de Las Ardenas y enviar en misiones de exploración a un selecto grupo de jinetes que aparecían y desaparecían como por ensalmo, ora en la retaguardia enemiga, ora en los flancos, sin pretensiones de hostigar sino

solamente de inquietar. Este ardid fue determinante para crear desazón y desconcierto en la tropa alemana.

Para entonces, la vanguardia de los protestantes, indecisa ante las furtivas y psicológicas apariciones de la adelantada caballería española en misiones de exploración y funcionando como una amenaza fantasma, el día 29 encontró al ejército de Córdoba atrincherado sólidamente con fosos de tirador y trampas de estacas en previsión de un ataque de la caballería enemiga. Fernández de Córdoba, que se sabía más débil numéricamente y con una caballería altamente entrenada, pero también muy inferior en número, dispuso una posición de bloqueo en una zona próxima a la ciudad de Mellet, cercana a Fleurus, con ambos flancos protegidos por los bosques cómplices, entre cuyos árboles los protestantes suponían camuflados a miles de jinetes a la espera del ataque decisivo. Era una añagaza, pues los españoles lo único que hacían era mover a su poca caballería sin descanso entre la tupida arboleda para transmitir la sensación de un efecto multiplicador.

Si hay algo que destacar en esta batalla, es la enorme desproporción entre las partes contendientes. La ingeniosa y natural habilidad de Gonzalo Fernández de Córdoba y su registro de recursos tácticos era legendaria en estas lides. No solo magnificó sus limitadas opciones, sino que tuvo la enorme habilidad, como en un juego de espejos, de reubicarse constantemente para crear una enorme confusión entre sus enemigos. Sus limitadas opciones se convertían, a través de su creativa imaginación, en insospechadas alternativas que desconcertaban a sus adversarios permanentemente. Su habilidad en el campo de batalla era literalmente insolente.

En lo relativo al orden de fuerzas, la caballería española estaba compuesta por una cincuentena de pequeñas compañías, de las cuales, cerca de la mitad eran los legendarios arcabuceros a caballo, que aparte del arma reglamentaria solían llevar dos pistolones al cinto. Su táctica de cargas escalonadas, aunada a una potencia de fuego demoledora, convertía a sus víctimas en gentes muy temerosas de Dios y sus representantes en la Tierra, los españoles. Fernández de Córdoba tenía cierta preocupación por la actuación de las tropas valonas, pues su arrojo dejaba mucho que desear, y por ello ordenó a varios capitanes de los Tercios Viejos atarlos en corto.

En el caso de la infantería española, el Tercio de Nápoles era la unidad de élite por excelencia y su trazabilidad en la historia, añeja. Córdoba los situó en el lugar más delicado y frágil de la estructura que había montado en la previsión del orden de batalla. En ambos flancos de dicho Tercio estaban los experimentados soldados del regimiento Fugger y el famoso Tercio de Verdugo, temido en combate por su peculiar forma de avanzar como una gigantesca tortuga que lo arrasaba todo. Otras unidades complementarias eran tropas con fervor militar contrastado, pero poco fogueadas, con las cuales Córdoba completaría aquel impresionante mosaico.

En cuanto al ejército protestante, sus comandantes eran gentes avezadas y de prestigio certificado. Brunswick, Mansfeld, y Streiff en menor medida, tenían un historial rodado e intenso y eran expertos militares cuyos conocimientos del arte de la guerra eran inobjectables, pero que se sostenían en algo tan endeble y delicado como la fidelidad y el compromiso de sus subordinados, cuyo rendimiento siempre era un problema, ya que estos en su mayoría eran mercenarios.

Luego estaba el problema añadido de que, según las crónicas y testimonios de la época, el ejército protestante, que había partido de la conflictiva Alsacia en principio con unos veinticinco mil hombres, fue mermando paulatinamente por el camino por las deficientes condiciones de la logística, alimentación de la tropa, atrasos en las pagas, dureza de la marcha y de los ataques de los cabreados campesinos valones, que veían expoliados sus sudores enajenados de su sustento por aquella horda incontrolada. Muchos de los mercenarios serían masacrados por aquellas turbas de hombres de la tierra a los que habían dejado los graneros vacíos, violando a sus mujeres e hijas y arramplando con todo lo que de valor tenían. Ya puestos a sumar, se calcula que más de cinco mil de estos barbilampiños y aventureros de poca consistencia desertaron sin más ante el incumplimiento de los compromisos de sus pagadores y jefes. Solo se salvaba de aquella pobre calificación la caballería de la aristocracia alemana, que, esta sí, tenía tablas y oficio por las intervenciones en las diferentes batallas sucedidas en esa zona y ese tiempo.

La batalla

Se hace necesario recordar que en el momento de aquel tremendo choque todavía no había concluido agosto. Con buen criterio, Fernández de Córdoba decidió que la batalla debería darse muy temprano, habida cuenta de la canícula de los días precedentes y las temperaturas que se habían dado. Asimismo, la noche anterior dos destacamentos de encamisados (una suerte de Cuerpos de Operaciones Especiales) del Tercio Viejo de Nápoles habían gripado unos cuantos cañones con pólvora y brea además de introducir pequeños guijarros en las juntas de las ruedas para entorpecer su maniobra; luego, habían pegado fuego a unas cuantas tiendas para orientarse durante el regreso y tener una referencia a sus espaldas. No había habido bajas, pero el sueño del adversario había sido roto y su seguridad, puesta a prueba.

Apenas levantaba el alba y con el campamento trastocado por el ataque de la noche anterior, tras un breve cañoneo para despertar a los españoles fuera de hora en venganza por la ofensa inferida con nocturnidad y alevosía, Mansfeld ordenó el avance general, mientras, desacompañadas y sin simetría, se iban abriendo algunos espacios entre las filas alemanas, cuyo adiestramiento como colectivo dejaba bastante que desear. De Sylva, profesional de la milicia con muchas cicatrices y más arrugas, estrecho colaborador del Fernández de Córdoba, aprovecharía para atacar con la caballería un flanco desprotegido enfrente del ala izquierda del ejército español —o más bien mixto, ya que había bastantes borgoñones e italianos que, amoldados al *modus operandi* de los Tercios, luchaban al mismo nivel que cualquier ibérico—. Esta maniobra no tuvo el efecto esperado, mas sí consiguió desarticular el precario orden de las filas adversarias rompiendo la cadena de mando y causando bastante caos en las filas enemigas.

A pesar de todo, Streiff, en teoría el general más bisoño, contraatacó con ímpetu sobre el ala española que enfrentaba, pero desgraciadamente no contaba con la picardía y señuelos, oficio y tablas de Fernández de Córdoba.

Los españoles contaban con un comandante excepcional, que no era otro que el tataranieto del Gran Capitán, que aunque emparentado por línea materna con su ilustre antepasado, había cambiado el orden de sus apellidos, honrando así al gran general que sentó las bases de un modelo de infantería inolvidable

durante las guerras de Nápoles. Don Gonzalo Fernández de Córdoba ya apuntaba maneras, pero todavía le faltaba la destreza necesaria para emular a aquel prestigioso militar, el que fue su tatarabuelo. Durante la campaña del Palatinado ya era coronel y en la durísima batalla y sitio a la par de Breda, figuraría como segundo de a bordo del honorable Ambrosio de Spínola.

Córdoba ya había conseguido cortar el avance hacia Bruselas de las mermadas filas adversarias, pero aquel ejército que enfrentaba les duplicaba en caballería y artillería. Aunque en un ataque nocturno de los encamisados previo a la batalla unas cuantas baterías habían quedado saboteadas, la potencia de fuego adversaria seguía siendo notable. Para evitar en lo posible a sus hombres la acción artillera, los había atrincherado tras montículos y trincheras cavadas exprofeso. En tres ocasiones intentó Mansfeld acabar con los españoles, en una serie de ataques frontales, basándose en la superioridad numérica de los suyos, y en todas ellas los Tercios repelieron las embestidas.

Los protestantes no daban con la tecla y el único que parecía hacer algo era Brunswick, con los amagos de su caballería intentando desarticular el orden cerrado de los Tercios protegidos tras una línea de parapetos, trincheras y montículos, prestos para, a una orden, saltar sobre el enemigo.

Entonces los alemanes cometieron la equivocación que esperaba el genial general español.

Viendo que no se podía rebasar a la tropa peninsular por el centro, por lo compacto del orden que mantenía, se decidió a atacar por ambos flancos con la aristocrática caballería germana en la que se depositaban todas las expectativas, habida cuenta de la resistencia de la infantería de los Tercios.

Como se ha comentado, Fernández de Córdoba buscó salvaguardar sus flancos con dos formaciones boscosas a los lados, entre otros recursos. Y por ahí lo intentó.

En las lindes de esa enorme masa arbolada —un imponente hayedo—, aproximadamente un millar de arcabuceros españoles bien apostados con su preceptivo camuflaje de hojarasca adherida a la arpillera con la que se cubrían cuando se escamoteaban a los ojos de los exploradores adversarios, estaban agazapados y en silencio. Entonces, dejaron entrar unos cien metros a los confiados teutones y luego abrieron fuego de manera inmisericorde,

causando una mortandad tristemente desgraciada para los atacantes. Aquel día, la flor y nata del ejército alemán desaparecería de la faz de la tierra gracias a una serie de tretas urdidas por este impecable general con el que España tuvo la fortuna de contar. Es notable lo que tuvo que hacer antes de llegar al campo de batalla y lo que hizo durante la propia lucha. Un derroche de imaginación.

Desde las posiciones contrarias veían aquel tiro al blanco y la carnicería posterior. Las tropas rivales fueron mermando y mermando en un goteo incesante, y el choque de infanterías resultaría muy desfavorable para los confiados protestantes.

Mientras, desde el lado derecho protestante, Brunswick se estaba precipitando en decisiones que requerían cierta reflexión y prudencia, y probablemente comenzó a cometer una serie de errores, que se irían sumando. Había enviado la totalidad de su caballería contra el hermético despliegue de Córdoba que le impedía flanquear su posición. Trató de destrozar la formación española en un asalto frontal y definitivo; pero lo que tenía enfrente —y no calibró correctamente— era al Tercio de Nápoles, uno de los llamados «viejos» por su temprana configuración en los días del Gran Capitán.

La primera carga fue rechazada por la caballería de Gauchier, que estaba a la derecha de Córdoba, pero Brunswick, un germano tozudo y cabezón, ordenó una segunda carga, que fue rechazada de nuevo.

En un cambio de planes inesperado, Brunswick se empeñó entonces en barrer a la infantería española, pero sus mal entrenados infantes, mercenarios para más señas, no ponían el ahínco necesario para decantar la situación y la artillería no podía hacer gran cosa, sopena de llevarse a los suyos por delante. En consecuencia, el Tercio de Nápoles aguantó la posición, y los mosqueteros camuflados en las lindes de los bosques que tan providencialmente había elegido Fernández de Córdoba disparaban a placer a la caballería germana.

El desorden se empezaba a traducir en desbandada, y esta en caos.

Ya a la desesperada, Brunswick, en una carga de ribetes heroicos, resultó herido y la estructura entera, como una hilera de fichas de dominó, se vino abajo. Tras cerca de seis horas de agotadora lucha, Mansfeld ordenaría la retirada. Eran las dos de la tarde cuando tomó el camino viejo hacia Lieja, en dirección a Breda, y curiosamente el sol se había ocultado en los últimos

compases de la batalla tras unas hermosas nubes lenticulares, para reaparecer justamente en el momento de la retirada de las tropas alemanas. ¿Un acto poético en medio de la tragedia?

Cansados y al borde de la extenuación, los españoles no quisieron hacer más sangre... ese día. Permitieron la retirada de las tropas de Brunswick e intentaron darse un festín con las abundantes provisiones del enemigo, entre las que había carne ahumada de caballo, varios toneles de vino blanco del Rin y quesos de Suabia en abundancia.

Al día siguiente, aprovechando la dinámica positiva del desenlace favorable a las armas españolas, pero yendo contra el orden natural de las cosas, hacia las cuatro de la madrugada, bastante antes del amanecer del día en ciernes, Córdoba envió a Gauchier con su caballería ligera al galope para rematar el trabajo del día anterior. Encontró al ejército protestante a lo largo del camino diseminado por los verdes prados flamencos, en claro desorden y abatido. La caballería huyó a las primeras de cambio, dejando a la infantería a su suerte. Sin posibilidad de reacción ni de improvisar una defensa digna de tal nombre, la infantería alemana sería aniquilada sin contemplación alguna. Por las mismas, Gauchier se hizo con el tren de artillería y los bagajes e impedimenta de abastecimiento que se habían salvado el día anterior.

Derivadas de la victoria de Fleurus

La victoria española fue rotunda y demoledora por la dramática carnicería subsiguiente. Los cerca de tres mil efectivos de caballería que se consiguieron salvar de aquella espantosa tragedia, alcanzarían a la postre a reunirse con el ejército holandés en Breda, tras evitar las zonas bajo control de las tropas de Gonzalo de Córdoba. Spínola abandonaría el sitio de Bergen-op-Zoom tranquilamente y liberado ya de la amenaza de cerco.

Como colofón, Mansfeld y Brunswick finiquitarían su contrato tres meses después, habida cuenta de su probada incompetencia al mando de los indisciplinados mercenarios, pues estos no tenían cabida en una estructura con una clara reivindicación identitaria nacionalista.

España reafirmaba su dominio y credenciales de nuevo en el corazón de Europa.

16. EN BREDA EL INFIERNO DIJO QUE TENÍA HAMBRE

Eran tantos los frentes en los que estábamos metidos que no dábamos abasto. Las quiebras e impagos a los acreedores se sucedían sin cesar. Y sin embargo, ganábamos las batallas una detrás de otra; era algo milagroso que con ese nivel de sobreexpansión territorial y esa mochila de costes nos mantuviéramos en pie. Y en el fondo de todo aquel tinglado estaba la abstracta religión y su tozuda supervivencia a costa del bien común, principio inherente a sus valores fundacionales. Era más importante que el súbdito creyera a que comiera, que muriera a que viviera; total, la otra vida estaba llena de ventajas, según indicaban las promesas de sus voceros. Además, la religión siempre fue un arma de exterminio en sí misma, a través de la cual se escamoteaban otros intereses más terrenales.

Por esta idea radical e irracional, se mataba al adversario (y nos mataban) a destajo en vez de conciliar y comprender un comportamiento sospechosamente esquizoide. Era el sempiterno guion de la España de siempre, anquilosada ante las potencialidades de la acción diplomática mientras se primaba la fuerza sobre otras alternativas. Pero como casi todo lo que ocurre en esta vida, la relación causa efecto está íntimamente unida y a veces, por la sinrazón de los egos desmedidos, parece que fundida sin fisuras. Los enormes ingresos provenientes de América eran dilapidados en actos estériles, y en vez de primar el comercio, el diálogo y la sensatez entre los miembros de las vastas extensiones que abarcaba aquel coloso que fuimos, nos desgastábamos en enfrentamientos banales que solo podían conducir al agotamiento. Y así sería a la postre...

A este gigantesco Gulliver que era la Monarquía Hispánica le estaban saliendo muchos liliputienses. Por mucha grandeza aparente o real que se esgrima, es mejor acompañar la amenaza con la diplomacia —se reducen

costes—, y esta última e indispensable herramienta de aproximación y entendimiento, beneficiosa siempre para los intereses de las partes, no estaba en el decálogo político —o era de uso secundario— de aquella inmensa y colosal monarquía e imperio que ocupaba más superficie territorial que Roma con el protoespañol Trajano en el momento de su máxima expansión o que la China Ming o que el Imperio mongol del gran Gengis Khan.

Los holandeses, tanto los aposentados en el siglo XVI en las inhóspitas tierras de Zelanda, Frisia, Holanda, etc., como los actuales habitantes de este fabril país de comerciantes natos, siempre fueron correosos y convencidos de que su causa era la justa. Aquellas guerras de religión que se podían haber evitado con un poco de mano izquierda, nos salieron por un ojo de la cara con el consiguiente endeudamiento, consecuencia de la falta de razonamiento tanto en el cálculo de costes como en la revisión de objetivos. El intento de los condes de Egmont y Horn (católicos convencidos) de aproximar posiciones hasta casi conseguirlo fue cercenado de raíz con la acusación de alta traición por parte de su rey emperador Felipe II, con la inesperada ejecución de ambos; patinazo histórico que España pagaría con creces en un futuro a corto y a medio plazo y que probablemente haya sido uno de los mayores errores históricos cometidos por un dirigente que se supone que estaba en sus cabales.

En el momento álgido de la Guerra de los Ochenta Años, solapada esta con la Guerra de los Treinta Años, y esta a su vez en la guerra angloespañola, que ya es sumar, pues estábamos metidos hasta el cuello en las tres, y eso, sin añadir otros frentes, y acabada la tregua de los Doce Años con los holandeses, la monarquía española recuperada ligeramente del caos económico que arrastraba y recién librada de algunos impagos haciendo concesiones territoriales vía adjudicación de explotaciones de recursos varios o por las bravas, declarándose insolvente, había vuelto con renovados bríos a la carga en el cenagal de Flandes, a ese karma interminable, devorador de soldados y recursos, máquina creadora de viudas y huérfanos, fábrica de lágrimas de sal, en una cortedad de miras sin parangón, pues los holandeses sostenían que querían libertad de credo y de comercio (lo de la independencia vendría tras la respuesta española a sus razonables reivindicaciones). Con unos impuestos apañados y unas guarniciones simbólicas —como proponían los dos condes

ajusticiados—, se habría evitado aquella sangría de todos conocida; pero faltaban luces y sobraba testosterona.

Una vez acabada la tregua de los Doce Años nos encontramos de sopetón con un objetivo diabólico: Breda. Al rey Felipe IV le había dado un aire y entendía que había que recuperar para la monarquía la estratégica ciudad y, dicho y hecho, envió a sus mejores generales.

Breda es una ciudad localizada en la campiña de Brabante, hoy una de las doce provincias que constituyen los Países Bajos u Holanda, hace casi cinco siglos llamadas las Provincias Unidas. Eran unidades administrativas dirigidas por lo general por condes o gobernadores, tipo *estatúder*, que reclamaban a España cierto grado de autonomía fiscal y respeto para con sus creencias religiosas. Situada en la confluencia de dos ríos caudalosos y de cierta entidad, el Mark y el Aa, y fronteriza con Bélgica, fue principiado el siglo XVII el fulcro donde pivotó una de las batallas más cruentas de la interminable Guerra de Flandes.

Casi todas las poblaciones holandesas suelen ser horizontales en su construcción urbanística, por su propia naturaleza, rodeadas de un verde jardín inabarcable para la vista humana. Pero en el tiempo en que ocurrían los acontecimientos que relatamos, la imponente fortaleza que abarcaba la ciudad —a la sazón un emporio comercial dinámico, efervescente y bullicioso—, las murallas que protegían esta urbe no solo eran gigantescas, sino que imponían por su estudiada composición octogonal, fosos y defensas que disuadían a cualquier potencial agresor de emprender acciones contra ella.

El gobernador de la ciudad, Justino de Nassau, emparentado con la saga Nassau y Orange, viejos enemigos de la monarquía española, estaba convencido de que Breda era inconquistable y no le faltaba razón. Para ello, se retiró de las campañas aledañas ante el avance de aquel imponente ejército de 42.000 hombres compuesto por varios Tercios y tropa auxiliar, consciente de que poco o nada podía hacer en campo abierto contra aquella máquina de guerra. Por ello especuló con la posibilidad de resistir a ultranza en el interior de la ciudad, una fortificación de diseño estrellado, dos líneas de defensa, baterías de artillería, y una aparente guarnición, suficiente para detener a los asaltantes y desmoralizarlos. En principio, la ciudad estaba debidamente

abastecida para soportar un sitio de un mínimo de seis meses. Pero Nassau se enfrentaba a un genio militar...

Es necesario revisar los antecedentes. En 1590, Mauricio de Nassau — Orange era en ese momento líder indiscutible de las rebeldes Provincias Unidas— tomó Breda. Con la tregua de los Doce Años que mantendría el país en calma entre 1609 y 1621, la ciudad quedaría en manos de los sublevados mientras se resolvía qué tipo de futuro se esbozaba para los Países Bajos. Ambos bandos estaban exhaustos y mientras los holandeses recibían una ayuda incesante directa o indirectamente, ya fuera traducida esta en apoyo financiero, abastos o presencialmente con tropas por parte de los ingleses —perejil de todas las salsas— y ocasionalmente por los daneses y los franceses en menor medida, la monarquía española, que no se avenía a razones, tenía un enorme desgaste, habida cuenta, los diferentes frentes de guerra que mantenía y por la necesidad de controlar sus elongadas líneas de abastecimiento e inmensos territorios. Cuando la tregua finalizó, reinaba Felipe IV y era evidente que las posturas eran irreconciliables. En primera instancia y como objetivo prioritario, el rey español se planteó recuperar la plaza perdida, ya que el enclave era de vital importancia por las conexiones con el *hinterland*, o zona de influencia aledaña, para intentar aislar y separar en definitiva a la provincia de Holanda, matriz de la actual nación del mismo nombre, socia y amiga de España.

En el mes de agosto de 1624 la ciudad, sólidamente fortificada, estaba defendida por una guarnición de unos catorce mil soldados, en teoría suficientes para soportar un largo asedio y así aburrir solemnemente a sus oponentes. Spínola tomó varias decisiones. Primero, rodeó la ciudad con pequeños blocaos, empalizadas, pozos de tirador en previsión de alguna desesperada salida, barricadas, fosos inundables, etc. Para lo cual fue necesario talar varios miles de árboles. Las galerías para minar las murallas también se contemplaron, pero desde el interior de la ciudad eran neutralizadas constantemente y con una desesperada eficacia. Todo tipo de defensas de fortuna se ensayaron para reforzar el ambiente de asedio e inducir a la reflexión sobre lo que les esperaba a los sitiados.

Breda, su guarnición y sus ciudadanos, resistirían el asedio español heroicamente durante casi un año. El incesante bombardeo diurno y nocturno causaba enormes incendios intramuros de la ciudad, impidiendo el uso de agua por exigencias prioritarias de abastecimiento, mientras que aquella populosa urbe ardía por los cuatro costados. Y no solo eso, las escenas en el interior eran dantescas. Figuras cadavéricas deambulaban en medio de las ruinas y restos de las viviendas destruidas, la inanición se reflejaba en la castigada población que convertía a seres humanos en meros pellejos, la mortandad era severa tanto en la tropa como en los civiles, los gatos y perros desaparecían como por ensalmo para paliar la hambruna, y las epidemias acabarían por cerrar el expediente. La erosión psicológica de los sitiados iba en aumento, pues no había llegado ningún convoy de aprovisionamiento en los últimos seis meses. Además se instalaba la idea de que la cosa se estaba poniendo bastante fea.

Las fuerzas atacantes evitarían que cualquier tipo de suministro, víveres o refuerzo militar entraran en la asediada ciudad, practicando así una filosofía de desgaste y erosión psicológica del adversario. Era una lección de estrategia por parte del general y banquero genovés Spínola, un militar tremendamente polifacético, querido entre su tropa por la consideración con que la trataba. La paciencia y perseverancia en su determinación para lograr objetivos, lograrían excelentes resultados.

En el extraordinariamente duro invierno que asolaba febrero de 1625 (el sitio ya duraba seis meses largos) alrededor de ocho mil soldados daneses e ingleses, bajo la batuta de Ernesto de Mansfeld, intentarían liberar la castigada ciudad infructuosamente, siendo rechazados sin contemplaciones por las avezadas fuerzas de los Tercios. Breda se asfixiaba sin esperanza. El racionamiento y el incesante bombardeo hacían mella en la atormentada población y el pánico tomaba cuerpo. Por informaciones proporcionadas por fugitivos de aspecto famélico, se sabía que el agua que se consumía era insalubre y los alimentos que se tomaban eran incalificables. Era un lujo la ingesta de carne de las caballerías que se sacrificaban, y la escasez de agua potable se suplía hirviendo la potencialmente infecciosa; todo ello, estaba sujeto a un estricto racionamiento.

Donde no había triunfado la intensa actividad artillera, el minado en las profundas galerías convertidas en auténticos cenagales y la rotunda voluntad de resistencia por parte de los holandeses —entendidos así por su denominación actual—, las enfermedades de comorbilidad sobrevenidas, la terrible hambruna padecida por los sitiados y la tremenda mortandad generada por los más de diez meses de asedio, habían obtenido los trágicos resultados derivados de aquella admirable resistencia de nuestros hoy socios comunitarios.

Se hace necesario recordar que cincuenta años antes, el 1 de septiembre de 1575, se produjo la segunda quiebra de la Hacienda Real reinando Felipe II, como consecuencia de ello se haría imposible abonar las pagas debidas a los soldados del ejército en Flandes, unidades de élite que, como consecuencia de la penosa gestión de la administración de la monarquía, llevaban dos años y medio sin cobrar, lo cual les hacía depender constantemente del saqueo y del robo a los locales, con el consiguiente perjuicio de la imagen de nuestros ejércitos. En julio de 1576 el famoso Tercio de Valdés se amotinaría por esta razón, causando estragos en el tristemente famoso Saco de Amberes, que con los años pasaría a formar parte de la famosa Leyenda Negra, en la que como es sabido se demonizaba a los españoles un día sí y otro también.

En previsión de que se reprodujeran los hechos acontecidos en aquella tragedia, los sitiados de Breda comenzaron a valorar las opciones de rendición. Los muertos se contaban por miles y las piras de cremación levantaban unas columnas de humo visibles a gran distancia, testimoniando aquella dantesca tragedia, y no pasaba el día en que entre soldados y población no se quemaran un mínimo de doscientos interfectos, condenados a muerte por el estrangulamiento de las líneas de abastecimiento de la maltratada ciudad. El escenario era sencillamente apocalíptico y la enorme voluntad de resistencia de aquella población rozaba el heroísmo. Ambrosio de Spínola no ignoraba lo que acontecía dentro de la fortaleza, por las informaciones proporcionadas por los desesperados desertores. Sabía que era cuestión de tiempo la toma por asalto o una solicitud de rendición pactada. Él era por su naturaleza personal, partidario de lo segundo, pues además de ser un banquero inusualmente respetado entre sus pares, era un militar

excepcional, y por extensión, prudente con las vidas de sus subordinados y con las de sus adversarios, como se demostraría con el tiempo.

Descartando Justino de Nassau cualquier posibilidad de socorro, tomó la durísima decisión de rendir Breda a principios del estío del año de 1625, consumando así el asedio más largo de la Guerra de Flandes y uno de los más largos de la historia, que según estimaciones dejaría cerca de veinticinco mil muertos, y esto sin contar los eufemísticos efectos colaterales, tales como viudas, mutilados y huérfanos en ambos bandos.

Spínola trataría con el máximo respeto a sus oponentes, permitiéndoles una capitulación extraordinariamente honrosa, en la que la arrogancia o la humillación del vencido quedaban fuera de la ecuación, como así lo ilustró el genial Velázquez en su famoso cuadro *Las lanzas*, que da testimonio de la grandeza española en aquel tiempo y también del sufrimiento padecido por el pueblo holandés en aquel lance.

El ilustre Calderón de la Barca reflejaría en su lúcida y terrible obra *El sitio de Breda* los gloriosos hechos de armas (luctuosos para los que los padecieron), en tanto que otro ilustre, el pintor de cámara de la Corte, Diego Velázquez, crearía uno de los cuadros más famosos de la historia.

Esta increíble obra, creación de un grande de España donde los haya, no por su linaje aristocrático, que nunca lo tuvo, sino por la sabiduría de sus pinceles y peculiar paleta de colores (hay momentos en que confraterniza en estilo con otros eternos colegas de oficio como Caravaggio, Vermeer o Rembrandt), va más allá de su mágica y portentosa inspiración, algo que se ve en la pulcritud de los trajes, que parece más propia de una representación teatral. Es verdad que el pintor coge casi con pinzas el espíritu cortés de Ambrosio de Spínola en su caballeresca actitud con el rendido, poniendo el foco en el comportamiento ordenado de los españoles (las lanzas alineadas de la derecha del lienzo son todo un símbolo) y la metafórica apatía de los rendidos, que no es para menos tras los diez largos meses de padecimientos.

La composición de esta obra cumbre de la pintura universal es un esquema en aspa en cuyo centro está la clave reflejada en la famosa llave, símbolo de la victoria. A cada lado, en forma de paréntesis, los protagonistas se sitúan en dos grupos: uno, el de la derecha, representa al ejército vencedor haciendo

énfasis en la figura de Spínola. Las largas lanzas (quizás originalmente fueran alabardas) avanzan hacia el centro de la composición con un mensaje de potencia irrefutable. El grupo de la izquierda, formado por los holandeses, es la expresión de la derrota y esta viene marcada por el limitado número de soldados y picas visibles. Ambos grupos sirven de acento a la escena central en la que se representa la ceremonia de la rendición, en la que Ambrosio de Spínola pronuncia aquellos versos de Calderón de la Barca que así rezan:

Justino, yo las recibo y conozco que valiente sois,
que el valor del vencido hace famoso al que vence.

El espacio central que dejan los protagonistas, se recorta sobre un fondo de vívida luz plateada que permite a lo lejos entrever varias columnas de humo entre los pólderes y las esclusas, donde la ciudad de Breda se perfila sobre un cielo azul saturado de una atmósfera envolvente. Esta clásica perspectiva aérea que Velázquez imprime a algunas de sus obras la consigue mediante una técnica de ordenación de planos sucesivos en la composición y mediante el maravilloso uso del azul, que primero se va intensificando para clarear degradado en un fondo con un cielo de nubes límpidas. Es aquí donde Velázquez magnifica su maestría, consiguiendo dar la impresión de que el aire envuelve a sus personajes atrapándolos en un espacio con su propio significado o entidad con conciencia propia. Esta peculiar y etérea (cuando no mística) atmósfera velazqueña obtiene su máxima expresión en otra de sus obras legendarias, *Las Meninas*, obra impercedera y de una maestría como pocas en la historia de la pintura.

En *Las lanzas*, el rico colorido que el pintor sevillano aplica al lienzo y su depurada pincelada, solapan diferentes técnicas imbricadas entre ellas. Así, se ve la compacta del capote del holandés que está de espaldas a la izquierda, la acuarelada del de blanco, la casi brillante y sutil degradación en la armadura de Spínola, o la serpenteante luz que cabalga sobre la grupa del caballo. En suma, una obra de arte inapelable, no solamente por lo que arrastra de depurada técnica, sino por lo que representa para la historia de nuestro país.

A la postre, ocurridos los hechos, tras esta paciente y elaborada victoria de los Tercios de Spínola, el prestigio de los ejércitos españoles y sus mandos

crecería exponencialmente. Breda es un momento glorioso para nuestras armas, pero asimismo, con la perspectiva de la historia al alcance de un juicio más ecuánime, allí se revela un principio de agotamiento en el imperio que se ira materializando de a poco en los dos siglos siguientes.

España, suma y sigue.

17. NÖRDLINGEN, LA MUERTE DE UN MITO

Para variar, los pilares de la Tierra volvían a temblar y la guerra hacía acto de presencia de nuevo en el escenario europeo, y esta vez la lucha por el poder en el continente se iba a dirimir con una trifulca de épica inusual. A la luz de los acontecimientos y con la vista puesta en el retrovisor, aquel enfrentamiento concluiría con una batalla de exterminio sin paliativos, y las apuestas, *a priori*, no operaban a favor de los intereses de España, embarcada casi en solitario en una reyerta multitudinaria.

La Guerra de los Treinta Años presenta algún parecido a la *Divina comedia* de Dante, pues tiene unas secuencias muy definidas en cuanto a los tiempos de intervención de unos protagonistas u otros. Recuerda asimismo a Virgilio en la reflexión de su camino a través del purgatorio y desembocadura en el infierno. Junto con la matanza producida por la peste negra, o el número de fallecidos en las dos grandes guerras mundiales, la secuela de mortandad y desolación diseminada por esta nueva atrocidad humana condujo a Europa a límites insoportables. De algún modo vago, pero a su vez vinculante, tiene un nexo turbador con aquel terrible libro de William Golding, *El señor de las moscas*, en el que la crueldad se oculta tras la apariencia de la inocencia, en este caso, la de la bondad aparente que subyace en las religiones, caldo de cultivo de los mayores odios.

Hasta la fecha, las novedosas ideas tácticas y la tecnología del ejército sueco habían presentado credenciales con rotundidad en varios enfrentamientos, pero no habían tropezado todavía con los Tercios de la monarquía española, y como dice un refrán anónimo, «la ignorancia no es no saber, sino no querer saber». Los escandinavos iban de sobrados y las imprudencias se pagan caras.

En medio de una eclosión primaveral de lavanda sin precedentes, alguien descubrió que la existencia de Dios es una verdad bastante relativa y esto

comprime tanto la teología tradicional y las dudas sobre este particular que el gasto en paracetamol se reduce notablemente. Esta conclusión la corrobora un hecho histórico acaecido en Praga, en el que fue año de 1618.

En aquel tiempo, a los ciudadanos de Bohemia y Moravia confesionalmente calvinistas, si les daba un arrebató colérico no desenvainaban la espada; su auténtica afición y deporte nacional por excelencia era arrojar por la ventana de cualquier edificación a algún incauto retador; así, sin más preámbulos. Las defenestraciones, así como su técnica, eran famosas —tenían antecedentes históricos abundantes—, y muy depuradas, aparte de muy aclamadas entre los congregados que jaleaban clamorosamente aquellos eventos. No se había inventado el paracaídas ni se le esperaba y, por consiguiente, eran tan cortos los vuelos, tan a ras de suelo, que al interfecto no le daba tiempo ni a persignarse. Cuatro gigantones cogían por los sobacos al reo en cuestión y ¡zas!, a volar.

El desencadenante de la movida

Por aquel entonces, la aristocracia Bohemia no se sentía cómoda tras la elección de Fernando II como rey, en una región densamente poblada de iracundos protestantes. Para más añadidura, el rey Rodolfo II, ya fenecido y criando malvas desde el año 1609, con mucha vista, manga ancha y buen tino, discretamente había levantado la mano sobre el espinoso tema de la libertad de culto, en un acto valiente y previsor.

Hacia el 23 de mayo de 1618, una acción poco ajustada a las prácticas diplomáticas más elementales daría en el suelo con la osamenta de los tres delegados y el escribano en funciones de notario que habían sido seleccionados para negociar el cese de una serie de altercados que venían sucediéndose en un *crescendo* imparable, elevando la tensión notablemente y derivando hacia hostilidades con mal pronóstico.

Por ahí estaba rondando ese Gran Caníbal de la guerra, tocando las aldabas de las puertas y las de las vidas de millones de personas anónimas, inermes ante la voracidad desatada.

El 23 de mayo de 1618 una nutrida representación de la aristocracia local echaba el guante a los enviados del rey para negociar una rebaja de aquella tensión, mientras de paso les daba un visado para volar desde las almenas del castillo local. Los almidonados engolados que venían a quitar hierro al asunto se veían de repente involucrados en la inauguración de una expeditiva aerolínea con métodos de vanguardia. Wilhelm Slavata, Jaroslav Martinitz y un tercero sin determinar, junto con su secretario Philip Fabricius, darían —afortunadamente—, con su osamenta sobre una gruesa capa de estiércol que estaba situada oportunamente en los dominios del castillo de Hradcany, cercano a Praga. Por fortuna, tras la caída, uno de los nobles levantiscos les facilitaría un carromato para poner distancia; y con la dignidad trasquilada emprendieron camino de retorno con un terrible hedor a costas. En los círculos católicos, aquella agresión u ofensa se interpretaría como el alevoso episodio y punto de partida de la larga y trágica Guerra de los Treinta Años que asolaría Europa una vez más.

Incondicional aliado del rey de España, al que le unían vínculos familiares y un gusto casi patológico por los misales, Fernando II de Habsburgo se veía como un paladín de la cristiandad y un cruzado a secas. Cuando las malas nuevas de la defenestración de Praga llegaron a sus oídos, lo primero que se le vino a la cabeza para vengar tamaña afrenta, fue darle un «toque» a su primo de Zumosol español, a la sazón Felipe III, vástago de Felipe II. Este Felipe era prudente y monarca poco dado a la gresca y el follón.

Después de la unión con Portugal, el Imperio español era ya un mastodonte colosal que abrazaba todas las latitudes habidas y por haber en una comunión geográfica sin precedentes. El reinado de Felipe III no era exactamente idílico, pero lo parecía. El valido duque de Lerma le sacaba las castañas del fuego mientras el coronado daba rienda suelta a sus habilidades cinegéticas. Sin problemas externos o internos que destacar, la monarquía hispánica iba en línea recta por todas partes. Era el tiempo de la Pax Hispánica, en el que la enorme expansión del imperio y unos prósperos años de paz harían de Europa lo más parecido a un jardín de infancia. España ejercía su hegemonía alejada de las guerras y los holandeses, con la tregua de los Doce Años habían dejado

—por un rato— de dar la lata. Pero lo ocurrido en la profunda Europa había despertado a la bestia que brama.

Cuando las operaciones bélicas iniciaron su desarrollo, los católicos, que se veían ganadores, penetraron profundamente en Alemania hasta llegar a la pequeña ciudad de Nördlingen. Mientras tanto, los protestantes, muy crecidos ellos, habían enviado al rey de Suecia emisarios para detener las arremetidas de la coalición. Esta vez los escandinavos no se hicieron de rogar, pues tenían claros intereses mercantiles con los estados del norte de Alemania. Como dice el tango, «fue cayendo gente al baile»...

El rey sueco Gustavo Adolfo II era un líder militar muy capaz. Había hecho una reforma del ejército de arriba abajo y sus métodos sobre táctica aplicada se estaban revelando tremendamente eficaces. Su ofensiva en el norte de Europa sería fulgurante y todas las batallas que planteaba se traducían en victorias decisivas. Ciertamente era un motivo de preocupación.

Las cosas comenzaron a complicarse cuando este ejército de rubicundos nórdicos se aproximó al Camino Español —ruta que iba desde Italia hasta los Países Bajos—, arteria vital para el abastecimiento de las tropas españolas, que se veía amenazada, con el grave riesgo de estrangular tan estratégica posición para la Monarquía Hispánica. El Palatinado de Renania era uno de los estados que España pretendía para sí a fin de proteger la ruta clave que discurría por dicho camino.

La Guerra de los Treinta Años es la viva demostración de lo que es una buena melé de intereses metidos en una coctelera agitada a ritmo de cumbia. El Sacro Imperio y la Casa de Habsburgo contra todos. Suecos, holandeses, ingleses, escoceses, daneses, franceses y cualquier cosa que acabe en ese.

Esta guerra tuvo muchas fases, pero en sus inicios y tras la tremenda derrota infligida a los protestantes en la tragedia de la Montaña Blanca, se fue decantando paulatinamente hacia el lado católico; mas no era una guerra de religión *strictu sensu*, aunque lo pareciera. El trasunto que había tras la tramoya tenía otra cara y esta, poco que ver con disquisiciones filosóficas. Había mucha tela por cortar y tanto los ingleses como los Borbones franceses como los emprendedores daneses y holandeses, querían ver al Imperio

español debilitado a cualquier precio, por lo cual, entre todos hicieron piña contra el hegemon.

En esa fase, el resto del derrotado ejército protestante guiado por Mansfeld hizo un desesperado intento por llegar a los Países Bajos, buscando protección ante el hostigamiento de las tropas católicas. El conde de Tilly, un general curtido y avezado, siempre del lado español, lo flanqueó en la pequeña ciudad de Stadtlohn el 6 de agosto de 1623, aniquilando literalmente a su adversario al que causó una mortandad sin parangón, pues cerca de dieciséis mil soldados perderían la vida en aquella dramática acción. Este hecho, sin duda, determinaría prácticamente el transcurso de la guerra.

Pero en este suma y sigue en el que todo quisque estaba empeñado en acabar con la otra parte, y referente al episodio que nos trae a colación, hubo una batalla especialmente señalada por la genialidad de su dirección contra el que se suponía un ejército imbatible.

Las tropas de la Monarquía Hispánica, tras franquear los Alpes y posteriormente el Danubio, con una masa de más de treinta mil soldados, se acercaban en dirección a Baviera. La hegemonía en Europa se iba a dirimir en una de las batallas más trascendentales de la historia, por la épica inusual que quedaría en los anales militares rubricada con letras de oro. A la luz de los acontecimientos y desde la perspectiva del tiempo, fue una batalla de exterminio, con mayúsculas y sin paliativos.

Católicos contra suecos

La intervención sueca se produciría por el ansia de su rey de controlar los puertos hanseáticos y, por extensión, el comercio de todo el litoral alemán. Lo del apoyo a los luteranos o calvinistas era una milonga como un templo, *marketing*, en esencia. Todo con un claro propósito de captar simpatías y adhesiones sin cuento en este periodo de la Guerra de los Treinta Años que va de 1630 a 1635, que es en el que se produce la mayor devastación de «recursos humanos» del agro, y donde se esquilma todo a través del saqueo (el general Wallenstein, favorable al bando católico, tenía carta blanca para arrasarse la entera Alemania). En resumen, es el Armagedón total; una guerra

mundial en toda regla, que volatiliza a cerca de 4.500.000 civiles y cerca de medio millón de soldados. Hay que saber sumar emocionalmente para darse cuenta de lo que tuvo que ser aquello.

Gustavo II Adolfo de Suecia era un rey inmensamente rico por herencia y por gestión de recursos. Su cuenta de resultados era ingente y brillaba como los chorros del oro. Su país había crecido en la nada del frío ártico, barrido por vientos inmisericordes y por los contratiempos geográficos propios de esas latitudes, desde su lejanía de la Europa eterna y de la atención de cualquier país desaprensivo que quisiera echarle mano; *de facto*, no estaban al alcance de cualquiera, incluso se puede decir que los suecos no importaban en el escenario geopolítico. Suecia era literalmente un reino inexpugnable. Además, estaban separados del resto de sus vecinos por un brazo de mar gélido, profundo y psicológicamente abisal. Nadie olvidaba a sus ancestros los vikingos y el pavor que habían infundido en el continente. Sus hazañas y su terror eran recordados por generaciones. Los suecos, desde su anonimato, habían generado una discreta, asombrosa y eficaz revolución militar, tranquila y silenciosa al amparo de su distancia y las brumas perpetuas. Esa revolución, sin duda, iba a despertar a un gigante dormido al que costaría derrotar.

Suecia llevaba muchos años perfeccionando las técnicas militares. Redujo la profundidad de las formaciones de diez a seis hileras, incrementando así el frente y en consecuencia su poder de fuego ante el adversario. Además, había añadido varias piezas de artillería ligera (las que había aligerado de peso, con cureñas de madera liviana para su mejor manejo) por cada regimiento, con lo cual no solo combinaba la potencia de fuego de las armas de pequeño calibre, sino que incrementaba la potencia de fuego enormemente con la metralla que repartían a discreción estos infernales inventos.

Pero quizás, la gran transformación que haría pasar a la historia al rey Gustavo Adolfo, fuente natural de una imaginación portentosa en lo tocante no solo a las técnicas de la guerra, sino de la administración de su pueblo, fue la introducción en su ejército de la llamada doble salva, a través de la cual los mosqueteros, situados en tres hileras, una, la primera, arrodillada, la segunda, en posición de cuerpo a tierra y la tercera, en pie conseguían disparar como

mínimo dos veces más sobre el enemigo que con la tradicional formación clásica actuando como un efecto acordeón.

Pero la revolución no se detendría en este capítulo, sino que también incluiría la organización del ejército, con nuevas unidades más flexibles en la cadena de mando como haría el Afrika Korps en la Segunda Guerra Mundial para agilizar los despachos de órdenes e incrementar la eficacia de las mismas en el frente y en tiempo real, otorgando capacidad de decisión *in situ* a nivel de capitán.

Con estos mimbres, el rey sueco, que no tenía un pelo de tonto y sabía de la natural disposición de los franceses para fastidiar a los españoles allá donde fuera posible, entraría en acción. Richelieu, que era un elemento purpurado y ladino como él solo y de armas tomar, no haría ascos a los enviados del rey del norte solicitando una aportación a la causa, con objeto de financiar a su potente ejército y sacarlo a pasear. Richelieu (como antaño Francisco I de Francia con los turcos) no tuvo reparo en aliar a la católica Francia con sus adversarios religiosos con tal de sacar del mapa a los españoles, que no a los católicos, como hizo creer al personal. El entonces primer ministro del rey Luis XIII de Francia, envió varios mensajeros a las Provincias Unidas para que todos juntos y en unión fueran al recreo a darles un buen susto a los malvados españoles que no le dejaban a su país tener el protagonismo que él entendía que debía tener. A partir de 1630 y hasta 1634, financiado por los conspicuos franceses, harían retroceder a las fuerzas católicas recuperando gran parte de las tierras que ocupaban.

Fernando II estaba algo cabreado por el protagonismo de su mejor general, Albrecht von Wallenstein, al que había cesado por creer que estaba conspirando para moverle el sillón real. Por ello, dependía de la Liga Católica, que estaba muy mermada por la presión conjunta de los holandeses, franceses (que no daban la cara) y los propios suecos. En la batalla de Breitenfeld, en el año 1631, Gustavo II Adolfo infligiría una severa derrota a la Liga Católica comandada por el general Tilly y un año más tarde el viejo general dejaría este predio terrenal en las orillas del río Lech intentando evitar lo que ya era una avalancha sueca en el Palatinado. Esta catastrófica situación obligaría a Fernando II a volver a llamar a Wallenstein a regañadientes.

Wallenstein tomó el mando y reorganizó aquella desmoralizada tropa hasta convertirla en algo temible. Entonces, Gustavo II Adolfo de Suecia, en la batalla de Lützen, en 1632, chocó con este pequeño pero correoso ejército y para tragedia de los suecos, en una victoria obtenida por la campaña finalizado el atardecer, perderían a su famoso rey y estratega cualificado, en un cuerpo a cuerpo de tintes épicos, pues el escandinavo siempre combatía en primera fila.

El suspicaz Fernando II seguía pensando que Wallenstein le estaba haciendo la cama en su intento de arbitrar diferencias entre los bandos católico y protestante, para encontrar un punto de conciliación. Por ende, y como creía que este anciano militar curtido en mil batallas estaba haciendo ojitos a los suecos con un tratado unilateral sin su aprobación, cogió y le envió a un tal Devereux, un capitán de mercenarios sin escrúpulos y con los bolsillos con un hambre canina. El soldado de fortuna, una noche, cuando el anciano estaba desprevenido, entró en su tienda y le rebanó limpiamente el cuello. Esto sucedía un día de 1634 y las pocas cartas que le quedaban al rey se reducían a las tropas de voluntarios católicos y al ejército español.

Aproximación al infierno

Como en todas las tragedias, hay un punto de inflexión que se decanta hacia una decisión a veces inevitable. La Monarquía Hispánica consideraba que tenía un compromiso con la Casa de Austria, que le obligaba a decantarse con armas y recursos no solo por los añejos lazos dinásticos, sino también por motivaciones religiosas y políticas que implicaban la sospecha de que una derrota aplastante de sus aliados naturales habría dejado al imperio aislado de Europa y con una imagen de debilidad, y dicho sea de paso, con el culo al aire.

Por ello, en Milán se formaría un ejército al mando del cardenal infante Fernando de Austria, hermano del rey de España, con el claro propósito de apoyar a las fuerzas imperiales de Fernando II. Este ejército integraba una fuerza compuesta por más de tres mil soldados de caballería y cerca de catorce mil soldados de infantería, con una potencia de fuego enorme, pues

paulatinamente se había incrementado el número de arcabuceros en detrimento de los piqueros y alabarderos, y además, otros quinientos arcabuceros montados con un pistolón adicional al cinto, lo cual los convertía en unos jinetes letales tanto en labores de hostigamiento y acoso como en acciones de enfrentamiento directo.

A su llegada, las huestes españolas tomaron dos plazas fuertes en manos del adversario antes de acercarse al lugar donde se iba a dirimir una de las más grandes batallas que marcarían el futuro de Europa. Nördlingen era una pequeña ciudad horizontal, con tres o cuatro edificaciones verticales. Estaba compuesta mayormente de artesanos y comerciantes, había sido afortunadamente evitada por la guerra de forma milagrosa, y estaba ubicada en el sur de Alemania. En ese momento estaba siendo sitiada por las tropas imperiales. Así que el 2 de septiembre de 1634, un día extraordinariamente luminoso y estimulante por la presencia de un sol omnipotente y muy saludable para los sureños, por lo que suponía de aditivo psicológico en aquellas tierras siempre en penumbras, las huestes españolas se unieron a las tropas sitiadoras con la intención de arrebatar aquella hermosa ciudad a los protestantes.

Pero no iba a ser fácil, pues los mandos suecos habían desplazado en sus cercanías a su imponente ejército para detener la contraofensiva católica. Las fuerzas conjuntas hispano-imperiales sumaban los treinta mil hombres. Dos Tercios Viejos españoles —los de más solera y prestigio— comandados por Fuenclara e Idiáquez, más dos bisoños regimientos alemanes de infantería se iban a enfrentar al probablemente mejor entrenado —que no el mejor— ejército de Europa, el *trending topic* del momento. La caballería de apoyo a las fuerzas católicas contaba con cerca de diez mil excelentes jinetes con sable y arma de fuego corta, muchos de ellos, croatas experimentados en estas lides.

La guerra continuaba, y en ese mismo año, los suecos al mando de Gustavo de Horn y su compinche ideológico Bernardo de Sajonia-Weimar serían derrotados en Nördlingen cuando en el cómputo total de la guerra iban ganando por goleada. El heredero imperial, el archiduque Fernando, hijo de Fernando II, y el único general que no le causaba paranoias, un tal Matthias Gallas, comandaban las tropas católicas alemanas apoyadas por el cardenal infante don Fernando de Austria, el hermano del rey español Felipe IV

(Velázquez le hizo un retrato ecuestre inolvidable) que se había acercado a marchas forzadas con tropas españolas que acudieron en ayuda de los católicos desde las posesiones en el Milanesado. El día del juicio final con acompañamiento coral de las trompetas de Jericó se acercaba de puntillas. Iban a visitar y poner en su sitio a los pirómanos suecos.

No hay que olvidar, que durante el último periodo de la Guerra de los Treinta Años (1636-1648) los franceses seguían financiando sibilinamente a todos los enemigos de España, pero eso sí, sin intervenir directamente, no fuera a ser que se les viera el plumero.

El mariscal Gustavo de Horn, que comandaba las tropas escandinavas, no era manco. Sus audaces innovaciones preocupaban seriamente a sus adversarios y su forma de hacer la guerra era contradictoria y paradigmática, hasta el punto de que sus acciones eran prácticamente imprevisibles. Nunca hacía lo que se preveía que se debía hacer. Las fáciles victorias cosechadas hasta la fecha, le habían hecho venirse muy arriba y lo habían convertido en un ídolo de masas —entre los suyos, claro—. Por las mismas, y sin más preámbulos, arremetió contra los españoles.

Este atildado aristócrata infravaloraba la estética de la tropa católica y era muy dado a insultar a aquellos desharrapados, así como a proferir epítetos de mal gusto sobre este particular. De ego descomunal, esta arrogancia sería su perdición.

En los días previos al enfrentamiento, el cardenal infante, hermano del rey español, con una clara visión de sus limitaciones y posibilidades, planteó la batalla con precisión suiza. Dispuso, en el entorno aledaño a una suave colina próxima a la ciudad, sus más sólidas formaciones —los Tercios— y con el resto de la tropa en anillos concéntricos y formación de cuadro, armó una defensa impenetrable.

El epicentro de la batalla estaría en torno a una privilegiada posición llamada Albuch, una colina con una visión de 360° desde la cual se dominaba todo el campo de batalla; prácticamente toda la acción aquel aciago día giraría en torno a aquel punto.

Tras una frustrada arremetida de la caballería croata contra el flanco derecho de los suecos, que se solapaba con un bosque cercano, hubieron de

retirarse en medio del estruendo de la artillería, que con una cadencia infernal escupía metralla sobre aquellos valerosos jinetes de los Balcanes.

Los suecos, muy contentos tras este primer lance, estaban por cantar victoria cuando de forma accidental estalló un polvorín que actuaba como posta para el municionamiento y que había sido abandonado por los católicos durante su retirada. Se especula con la posibilidad de que un capitán de los Tercios llamado Manrique, creara una trampa deliberadamente para atraer a los escandinavos a la muerte escondiendo las mechas detonantes dentro de una caja de munición para la dotación de los famosos «doce apóstoles», la pólvora que llevaban protegida en cartuchos salinizados los soldados de los Tercios. La explosión fue de tal magnitud, tan devastadora, que se calcula que de una tacada se llevó por delante la vida de más de un millar de soldados suecos, provocando un efecto inesperado en las filas protestantes, donde llegaron a pensar que el Altísimo se había enojado por la barbarie desatada por estos desalmados calvinistas. Este desconcierto permitiría a los católicos reorganizar ese flanco.

Iniciada la batalla, los suecos, a pesar de los imprevistos y muy subidos ante aquella tropa de sureños con los uniformes raídos y botón sí botón no, salieron como de paseo, como si estuvieran empujando sus soldaditos de plomo en una maqueta de alto Estado Mayor. Tras más de una docena de cargas y con el día mediado, Horn no daba con la tecla pertinente para romper las defensas hispanas y las de sus asociados. El Tercio de Idiáquez estaba padeciendo cruentas acometidas y el agotamiento pendía como una atmósfera invasiva sobre los españoles, que aguantaban con vigor y una resistencia encomiable aquella marea de rubicundos escandinavos que no daban crédito a una resistencia a ultranza. Pero la trampa urdida por el general español se abría lentamente, como un cepo bien camuflado en la foresta. Inexorable, se cernía sobre aquellos osados provenientes del norte.

Según el adversario disparaba, los peninsulares echaban cuerpo a tierra instantáneamente y al unísono, con lo que convertían la balacera en inocua. Entonces, todos a una, los soldados de Idiáquez se levantaban simultáneamente y disparaban, causando una mortandad terrible. Hay que destacar que en el terraplén de la colina en que estaban asentadas las tropas católicas se habían

excavado pequeños fosos de tirador que permitían esta treta, pues cuando disparaban los suecos, sus intenciones chocaban con el montón de tierra acumulado en el frontal del pozo de tirador y a su vez, cuando disparaban las fuerzas españolas y sus aliados, lo hacían con escasa exposición y riesgo.

Así, hasta que los desconcertados suecos comenzaron a recular sobre lo andado y todas las líneas del cardenal infante se echaron encima de aquellos soberbios y atildados uniformados. La carnicería fue espantosa, hasta el punto de que el campo de batalla parecía un puesto de casquería, pues las ofensas de los mandos suecos hacia los españoles por su desaliño y falta de higiene (cosa por otro lado real por las enormes limitaciones logísticas del momento) eran motivo de frecuentes chascarrillos y directes.

Una vez rota la formación, se desató la caza del hombre. La mitad del ejército báltico se había rendido y el resto estaba en franca retirada. Fue una victoria letal para el prestigio sueco. Se hace necesario recordar que el ejército escandinavo previamente había arrasado algo más de veinte mil pueblos y ciudades —que se dice pronto—, y de paso, habían incendiado o destruido más de dos mil fortificaciones, castillos y palacios actuando cual jinetes del Apocalipsis. Quizás, en su arrogancia, no se habían enterado de aquello de que nunca hay que mear contra el viento.

Acabada la batalla comenzaría el recuento de los fallecidos. Más de doce mil protestantes habían pasado a mejor vida y otros cuatro mil, entre los cuales estaba el soberbio Gustavo de Horn, habían caído prisioneros. Nördlingen se rendiría al día siguiente.

Esta batalla, la de Nördlingen, fue esencialmente una lucha encarnizada por la supremacía militar continental, más allá de que se enfrentaron dos formas diametralmente opuestas de hacer la guerra. Las formas del ejército sueco —revolucionarias y novedosas en cuanto a tácticas de combate y armamento de cadencia de fuego más rápida— contra la experimentada, contrastada y efectiva técnica de los expertos Tercios y más concretamente de los llamados «Tercios Viejos», que arrastraban una reputación de solvencia incuestionable, sostenida en docenas de victorias.

Pero a España ya le estaban comenzando a salir las canas...

18. ROCROI, LA CAÍDA DE LOS DIOSES

El ser humano tiende a afianzar a través de la compasión, identidades simbólicas, como un vehículo de empatía nacido de forma natural de su psique ancestral; saldo a favor en la cuenta corriente de la evolución. Ante adversidades comunes, cooperación y transversalidad han permitido que el ser humano salga adelante sin llegar al enfrentamiento. Pero a veces ocurre que los altos intereses de la aristocracia u oligarquía deciden que es mejor el enfrentamiento que la mencionada y siempre enriquecedora cooperación. Desde esta perversa perspectiva, se suele crear enemigos para así apelar a intereses comunes que puedan amalgamar criterios dispares en la propia comunidad y orientarla en una dirección determinada, que la mayor parte de las veces viene de razonamientos más que discutibles o directamente impuestos, y eso sin mencionar el miedo que impide rebatirlos con argumentos razonados.

Es el caso de casi todas las guerras que se han producido durante el decurso de la humanidad, en las que el ser humano se ha visto envuelto contra su voluntad. Sin ir más lejos, las guerras de religión han aniquilado a millones de seres humanos partiendo de principios que entraban en flagrante contradicción con sus valores fundacionales. En este caso podemos enmarcar la Guerra de los Ochenta Años, librada contra los holandeses, una guerra inflexible y extremadamente intolerante ante las modestas peticiones que manifestaban nuestros hoy socios comunitarios.

Ya no es solo la tragedia del infierno de la guerra y sus secuelas, sino que además, en este desgraciado conflicto que nos trae a la mesa de la historia del siglo XVI, en perspectiva, el maniqueísmo irracional que enfrentó las creencias dogmáticas e inexpugnables a la autocrítica de un ego infranqueable, enfrentado a unas gentes que vivían la religión de una forma más abierta y probablemente como un elemento no determinante en sus vidas. Este

enfrentamiento, quizás le haya costado a España la mitad de las quiebras en sus arcas y el empobrecimiento de la propia nación en detrimento de sus súbditos y de un futuro mejor.

Por ello, de forma espontánea, suele aparecer en el escenario el malo malísimo, que al principio comienza por ser solo una figura perversa, hasta que cala en la mente del colectivo como «los malos» o «los otros», de tal forma que los que lo combaten, por definición, acaban desembocando en un puro maniqueísmo y convierten a los otros en el elemento a batir —o a aniquilar—. Al demonizar esa «otredad» transforman al adversario en un símbolo del mal que hay que extirpar. En realidad, este ha sido probablemente el sempiterno guion de la humanidad desde sus más tempranos albores.

Antecedentes de una reflexión

Los jesuitas son los protestantes del catolicismo. Adelantados pensadores y exploradores al amparo de una de las instituciones más poderosas de la Tierra, la Iglesia católica —a la par que la institución mejor camuflada de todos los tiempos en el frondoso bosque de la verdad—, son los auténticos adalides de un ejército silencioso y oculto tras el revestimiento de las bondades de la religión. En realidad, son el taller de chapa y pintura de los muchos desatinos de este coloso que desde Roma dirige a las almas descarriadas aferradas a la supervivencia, por mor de una fe hipnótica e irracional. Con sus adelantadas y cultivadas formas de pensamiento, redimen las zonas erróneas más oscuras de esta hermética institución que se hace llamar Iglesia católica. Los jesuitas son sorprendentes por su habilidad para la adaptación, capaces de embaucarte con las derivadas de su portentosa imaginación y conocimientos de amplio espectro; sin duda, una vanguardia de magos con sofisticadas herramientas confeccionadas con los mimbres de una ecléctica cultura donde la causa del pensamiento, la curiosidad innata que preside esta peculiar orden y su obsesión por la sabiduría, los libera de las frívolas ataduras terrenales, de las cuales otros tonsurados correligionarios son incapaces de deshacerse, atrapados en la más grosera corrupción.

Pero como la llamada Orden Negra nunca ha vadeado la delgada línea roja de la herejía (por aquello del famoso voto de obediencia debida al Papa de Roma) no han tenido la desventura de arder en la pira exotérmica e intolerante en la que la Iglesia que aquel ermitaño esenio llamado Cristo, un renunciante humilde, profeta que practicaba la concordia y el amor, imán de masas devotas e incondicionales jamás fundó. Las multitudinarias barbacoas franquiciadas desde el Vaticano, incompatibles con el mensaje de aquel gran profeta en oposición al tergiversado mensaje de los que se arrogan su herencia espiritual, florecieron durante los siglos XVI y XVII como setas ante la clara oposición de los jesuitas y otras mentes preclaras del cristianismo que no veían su utilidad como arma de persuasión. Pero cuidadín con ellos —con los opositores al dogma, los jesuitas—, que tienen la apariencia de una suave y amable brisa, pero te pueden capturar a través de un viento abductor e incontestable. Si el poder omnímodo de la Iglesia hubiera estado en sus manos, esta corriente interna de la Iglesia católica fundada por españoles en Francia, es altamente probable que no se hubieran dado las terribles guerras de religión que asolaron Europa en aquellos durísimos tiempos.

Este hilo conductor me acercó casualmente un día al escenario en el que se libró una de las más dramáticas batallas que nuestra nación dirimió a lo largo de su historia y me permitiría conocer a uno de los más reputados integrantes de la llamada Orden Negra. La batalla en cuestión quizás pudo suponer el declive o punto de inflexión como potencia militar de primer orden de aquella España eterna que parecía inmortal e incombustible si no hubiera sido por las derivadas de la cerrazón política y de la estrategia en el tiempo, no la de índole militar, que casi siempre fue brillante.

Un día de una primavera de hace unos años venía tranquilo desde Ámsterdam, al trantrán, despacito, respirando el formidable aire puro que impregna los antiguos Países Bajos, en una bicicleta de cros de la marca vasca Orbea, cargado con una tienda de campaña y liviano de equipaje. A la altura de Couvin (sur de Bélgica), ya acercándome a la periferia de Las Ardenas, decidí afrontar la carretera nacional N5 en dirección a Rocroi, pues unos franceses muy amables me habían dicho que había un concierto de órgano en honor a todos los muertos en una de las más trágicas batallas de la historia de

Europa. Lo del órgano me «ponía», pues yo he sido siempre muy sacro de puertas para adentro, y me vino a la cabeza aquel magistral mix musical titulado *Lambarene* —pequeña ciudad costera de Gabón—, donde está el famoso hospital que fundó el ilustre humanista y premio Nobel en 1952, Albert Schweitzer, que curiosamente era tío carnal del controvertido filósofo y escritor francés Jean-Paul Sartre, un petimetre de alto *standing* bastante incoherente e insustancial al que su mujercita, Simone de Beauvoir, le daba sopas con honda.

Ya en la N5, como en el mapa de Europa, Bélgica está arriba y Francia abajo, la «bici» iba sola por aquella cosa de la gravedad.

Y me pregunté: *Pourquoi pas? Why not?* y allá que me dirigí; tras lo cual, al pasar por la puerta de la iglesia en cuestión donde se iba a formalizar ese concierto en honor a los muertos por Francia y España en aquella trágica y colosal batalla donde cerca de cincuenta mil soldados se dejaron el resuello, quedé abducido por el magistral concierto con piezas de Bach que fluían de las manos del jesuita Paolo Martini.

La verdad es que se me agarrotó el corazón y me puse un poco lacrimógeno, pero no demasiado. Al salir del oficio me fui a depositar unas flores que mangué en un jardín municipal —*mea culpa*, soy un pícaro reencarnado que se aprovechó de que no había ningún gendarme al acecho ni probo ciudadano a la vista—, y por las mismas me fui al túmulo en el que se conmemora aquel trágico episodio y les eché el guante a unos tulipanes pagados por el contribuyente francés que acabaron retornando traducidos en ofrenda floral a los caídos; un buen propósito al fin y a la postre.

Prolegómenos

Era mucho tiempo el que duraba la fortuna y el esplendor de aquella magnífica máquina militar que asalto tras asalto había tenido contra las cuerdas a Europa, a los turcos, a los piratas de Berbería y, allende el Atlántico, a un continente entero, con una hostilidad tanto emanada de la propia naturaleza como de los indígenas que de a poco se veían arrinconados sin remisión y

desplazados de sus hábitat naturales por la ofensiva sostenida de los conquistadores. Nunca tan pocos hicieron tanto en condiciones tan adversas.

La fatiga de la máquina venía dada por los múltiples frentes abiertos y porque la historia tiene sus cambios de guardia y avisa periódicamente de forma sutil, con advertencias ligeras, y si no estás al «loro», lo hace más tarde de manera imperativa y concluyente. La colosal máquina consumía recursos que de haber sido correctamente administrados con una buena gestión e imaginación habrían dado para varias reencarnaciones. Pero el despilfarro, la propia sobreestimación y la grandeza adquirida con esfuerzo, empezaban a ser gravosos y a generar comportamientos torpes y erráticos.

Por una parte, éramos un imperio sobreexpandido, con fronteras ilimitadas y sin precedentes en la historia conocida, y éramos, asimismo, los dignos herederos de aquel otro protoespañol llamado Trajano, que ensanchó los limes de Roma hasta los confines del mundo conocido y más allá. Quizás en eso, nuestros hermanos portugueses fueron más avispados a la hora de fundar pequeños emporios comerciales como Goa, Socotora, Macao, etc., y concentrar esfuerzos en el comercio que les convenía, al estilo fenicio, en zonas muy bien protegidas y aisladas estratégicamente usando su unidireccional voluntad de trapichear, comerciar, intercambiar y hacer sus negocios con geometría variable, adaptándose siempre a las exigencias del entorno y del mercado. Al revés que nosotros, nuestros hermanos portugueses fueron siempre más prácticos.

Por el contrario, aquella gigantesca España de entonces se había diseminado en espacios inabarcables, se había puesto el mundo por montera y circulaba por los vasos capilares de la historia con una pasmosa facilidad, a la par que con temeridad manifiesta. Y eso tenía un precio. Si miramos la historia con carácter retrospectivo, podemos ver que otros grandes elongaron sus líneas de comunicación y abastecimientos con resultados nefastos. El de Napoleón y su Grande Armée es un caso elocuente, con peso de sentencia. A Hitler, en sus delirios de grandeza, también le dio por invadir todo lo que pilló por delante, y así le fue. La teoría militar más añeja dice que es bueno concentrar fuerza en puntos concretos y asegurarlos antes de reiniciar la actividad. Esta doctrina,

aparte de dictarla el sentido común más elemental, también la registraron estrategias de renombre como Sung Tzu, Clausewitz, Belisario o Von Manstein.

La cuestión era que tan vastos espacios marítimos y terrestres exigían unas fuerzas navales y un ejército a la altura, y lo cierto es que contábamos con ambas y la calidad era incuestionable, pero como reza uno de los postulados de la estrategia ajedrecística enunciados por el enorme jugador del arte del ajedrez, el profesional que fue Aarón Nimzowich, en su famoso libro *Mi sistema*, la centrifugación y dispersión de fuerzas en aquellos inmensos territorios iba contra el fundamento de la reunificación de las mismas.

Fuimos envejeciendo con la sabiduría que dan las canas y el oficio, con un currículo extraordinario, con unos logros impactantes, mostrando a todos nuestros adversarios lo que hace la casta de un pueblo unido y con determinación. Pero, indefectiblemente, las arrugas aparecen, y en puridad son signo de respeto y reconocimiento por parte de quienes aprecian lo que esconden y reflejan en sí mismas; pero también un factor de debilidad aprovechable para los desaprensivos.

Ese momento llegó y la erosión de nuestro omnímodo poder socavaría lentamente nuestra hegemonía, de manera constante, pero imperceptible. Había muchos convidados al pastel de la colonización y todos querían su parte en la fiesta.

Inglaterra, Holanda (países muy comprimidos por cuestiones orográficas y geográficas) y en menor medida Francia, muy perjudicada por las palizas recibidas de la Monarquía Hispánica, iniciaron su propia singladura buscando caminos en el mar hacia nuevos horizontes donde sentar sus reales.

Francia en particular, nos la tenía jurada.

El siglo XVI había sido *horribilis* para nuestros vecinos del norte y los correctivos que les aplicamos en su momento habían dejado honda huella en el imaginario colectivo de nuestros hoy socios europeos, huella que asociaban al mito de la invencibilidad de los Tercios y de un generalato de una grandeza y profesionalidad intachables. Daba la impresión de que les había mirado un tuerto y, por ende, siempre estaban vigilantes ante los movimientos de tropas que circulaban por el Camino Español, por si acaso se la colábamos y aparecíamos en París —cosa que estuvo a punto de suceder en un par de

ocasiones—. Todo esto, obviamente, con el transcurrir del tiempo había dejado un mensaje indeleble en nuestros estirados vecinos y el importe de la factura del revanchismo había crecido de modo exponencial. Habían creado una memoria de perro que indefectiblemente buscaría su momento propicio para arrearnos la dentellada tan deseada y esperada, y así ocurrió.

Amanecer en Rocroi, se lía parda

En mayo de 1643 y con objeto de aliviar la presión ejercida por los franceses en la zona del Rosellón y Cataluña, un ejército español proveniente del área que hoy corresponde al sur de Bélgica invadió el norte de Francia, sitiando la pequeña ciudad de Rocroi, muy próxima a los impenetrables bosques de Las Ardenas, de cuyas profundidades han salido tantas desagradables sorpresas a lo largo de la historia militar de Europa. Mientras se concentraban las tropas necesarias para impulsar el asalto final a la castigada ciudad, el duque de Enghien, un jovencísimo Borbón de veintiún años, acudía presto a uña de caballo para plantar cara a aquella ofensa de los Tercios penetrando en suelo francés de nuevo. La idea de romper el cerco caía por su propio peso, pero habida cuenta de la superioridad artillera y la importante masa de caballería en favor de los franceses, este barbilampiño comandante, profundo conocedor y estudioso de la estrategia, buscaba imponer su ventaja en campo abierto.

La noche anterior, la tropa francesa, tras dormir cuatro breves horas oculta entre la arboleda, tenía instrucciones muy claras de despertarse hacia las tres de la madrugada para forzar el asalto a los sitiadores.

La tropa hispana estaba dirigida por un experto aristócrata portugués curtido y ducho en varios enfrentamientos anteriores, pero que tenía a sus órdenes pocos soldados de los Tercios y mucho soldado bisoño tanto de origen valón como italiano. Francisco de Melo era un buen tipo, cercano a la tropa y de condición animosa, era divertido y tenía el aprecio de sus soldados por el trato que a estos dispensaba; punto este muy importante a la hora de ganarse la complicidad de sus hombres.

Francisco de Melo era a la sazón el capitán general de los Tercios en Flandes. No se había decidido a planificar el asalto definitivo porque no tenía

seguridad de que su retaguardia aguantara un envite serio de los franceses; por ello, esperó la llegada del apoyo de Jean de Beck, un general afín a la corona y con una excelente hoja de servicios. Pero este tardaba en presentarse y las cosas tenían mal cariz.

El día 18 de mayo los dos ejércitos descansaban cuando un hecho fortuito decantó los acontecimientos. Un desertor de origen francés, alistado entre la tropa mercenaria de apoyo a los españoles, al parecer de nombre Jean Bouchon, apercibió al duque de Enghien de que los refuerzos dirigidos Jean de Beck estaban a un escaso día de distancia.

Aunque las fuentes y la información al alcance de los historiadores aparecen muy contradictorias e incluso difusas e inexactas, con lo cual se hace difícil una relación precisa y ordenada de los acontecimientos acaecidos, parece ser que las cosas ocurrieron tal y como se narran a continuación.

Sin siquiera haber amanecido, la batalla ya se había tornado encarnizada entre dos ejércitos muy igualados en número. Según descripciones de los cronistas de ambos bandos, era tal la melé formada por aquellos cincuenta mil hombres de armas que era sumamente complejo, por no decir inútil, el uso de la artillería —en el caso francés—, sopena de afectar a los suyos. No se ha podido determinar con precisión la duración de la batalla, pero se cree que se extendió entre siete u ocho horas, según algunas fuentes, lapso que otros dilatan hasta la caída de la tarde y la rendición condicional y honrosa del último Tercio superviviente. Fueron horas largas, eternas y dantescas, por las proporciones de la carnicería humana de la batalla que allá se dirimía.

Un bosque de espadas, lanzas, picas, arcabuces, caballos reventados usados como parapetos para afinar el tiro, el espanto de los cuerpos desmembrados, estocadas a discreción en un cuerpo a cuerpo antológico, barro por doquier; en fin, uno de los infiernos que se nos ha dado a padecer en esta experiencia vital presidida por el absurdo. Los muertos eran legión entre los dos bandos, con el saldo fatal de cerca de ocho mil muertos y más de cinco mil heridos con amputaciones severas por los estragos de la artillería francesa, solo en los primeros compases de la batalla.

La primera impresión que tuvieron los nuestros fue que los franceses venían a reforzar a los sitiados, y por ello se relajaron en el planteamiento de la

batalla. Hubo algo de improvisación por esta errónea apreciación, pero de forma rápida se pudo implementar el plan de batalla colocando a los Tercios en el centro del ataque-defensa, de tal manera que estuvieran en vanguardia por derecho propio. Los mercenarios italianos, valones y alemanes formaban la retaguardia, a las órdenes de un incondicional del rey español nacido francés pero de impecable hoja de servicios para con la corona. Su nombre era Paul-Bernard de Fontaine, un nativo de la bellísima comarca de Lorena, ya entrado en canas. La caballería imperial cubría sendos flancos mientras la escasa artillería que poseía la tropa española procuraba apuntar su reducida potencia de fuego sobre las tropas de infantería, despreocupándose de la enorme masa de la caballería francesa, que se calcula, según estimaciones, en más de ocho mil jinetes, una cantidad nada despreciable.

En los prolegómenos de la batalla, los franceses, picando espuelas, se lanzaron a un aterrador galope que impresionaba por su efecto multiplicador bajo un eco atronador. Desde un montículo próximo, cerca de seiscientos arcabuceros, con la técnica de los tres tiempos bien aprendida, escupían plomo sobre jinetes y monturas, en una carnicería inmisericorde. La pólvora salida de los arcabuces, mezclada con el polvo levantado por la galopada de la caballería francesa, componían un cuadro apocalíptico en el cual se disparaba a discreción, encomendando los disparos a la intuición en aquella tremenda y espectral fantasmagoría, pues era muy difícil entrever el objetivo más allá de los veinte metros de distancia en aquel monumental choque.

Hay un dato en el que sí coinciden todos los testigos de la batalla, y es que esta fue tremendamente encarnizada, hasta llegar a parecer un cuerpo a cuerpo de proporciones épicas. Ataques y contraataques se sucedían sin cesar, con un frenesí digno de un ensayo de la locura. Tanto Enghien como Melo dieron lo mejor de sí mismos en una jornada crucial para los contrapesos del futuro de la historia de Europa. Rocroi es quizás una batalla decisiva en el sentido más amplio de la palabra, no solo por la trascendencia que tuvo en el devenir de la guerra, sino además por el encarnizamiento mostrado por ambas partes. Huelga decir que aquel famoso pelotón de arcabuceros que desde una colina disparó hasta el último «apóstol» de su cartuchera, tras causar una inmensa

mortandad en las filas enemigas, acabaría siendo aniquilado íntegramente por la caballería francesa, en un cuerpo a cuerpo antológico.

Mientras, en medio de esta mortandad, el duque de Albuquerque daría un recital de ataque y defensa elásticos, en una serie de maniobras de manual que desconcertarían a las tropas francesas. Lamentablemente, estas habían flanqueado a la infantería valona y desprovista esta del apoyo de la caballería, sería arrasada hasta el exterminio.

Se hace necesario recordar que en aquel aciago día, más de veinte generales y oficiales de alto rango caerían prisioneros en el campo de batalla, dada la intensidad del combate, que no cesaba de devorar la humanidad allí presente. Desde luego, no fue el día de Melo y los refuerzos de Beck aparecieron con la batalla ya concluida.

Enghien, a la vista de la desconcertante situación en la que la melé no permitía tomar decisiones precisas, se subió a una colina próxima para intentar vislumbrar algo en aquel caos. Desde esa altura intentó ver los efectos de la artillería, pues no tenía nada claro si esta estaba haciendo una escabechina entre los suyos o al adversario. El duque se quedó pasmado al ver cómo su subordinado La Ferté desviaba su ala izquierda, metiéndose directamente en un barrizal sobre el que llovían una tras otra las descargas de la artillería propia; así, de esta forma tan inocente y por la falta de visión, pues la extensión del combate en el campo visual era imposible de determinar, La Ferté expuso sus flancos a la caballería del general imperial Isenburg. Este, que estaba al tanto desde un soto próximo, aprovechó la oportunidad dispersando a la caballería francesa, aplastando sin contemplaciones la entera columna del francés, que caería prisionero y gravemente herido.

La carga que a continuación se produjo ante el desconcierto de los galos fue dirigida hacia el tren de artillería y los bagajes franceses, que tomaron por la espalda. Entretanto, en medio de este Armagedón, dos destacados generales franceses, L'Hopital y La Barre, serían capturados *in situ*. Algo más tarde, en un intento por recuperar al general prisionero, este caería muerto en combate. Mientras tanto, las veinticuatro piezas de la artillería españolas, emplazadas la mitad de ellas en las lindes del sotobosque de Las Ardenas, disparaban

sobre el centro francés sin que este pudiera replicar al fuego del ejército imperial.

La batalla se decanta. El ocaso de un mito

Para evitar un desastre de mayor magnitud, el joven Enghien tenía que actuar con reflejos y carácter, y así fue. Rapidez y decisión. Dejó al general Gassion con un destacamento de quinientos hombres para que impidiera al hábil Alburquerque rehacerse y con el resto de la caballería gala atravesó a escalpelo el centro del ejército imperial dirigido por un Francisco de Melo que estaba a por uvas. Con este osado acto separaría a los Tercios Viejos de los más bisoños valones, alemanes e italianos, dando en la tecla con un movimiento absolutamente inesperado, similar al que usaría el almirante Nelson años más tarde en la batalla de Trafalgar. Isenburg, un cualificado general imperial que se había pasado todo el día dando cera sin parar, fue pillado *in fraganti* y sin posibilidad alguna de retirada.

Los Tercios italianos de Ponti, Visconti y Strozzi, ante el ímpetu de aquella carga de más de cinco mil jinetes, que se dice pronto, una especie de impresionante e iracundo bosque andante que con la percusión de las herraduras anticipaban el Apocalipsis, comenzaron a recular, al principio ordenadamente, poco más tarde, en desbandada y despavoridos. Melo, que tuvo un día nefasto y fío a sus competentes generales decisiones no coordinadas hacia un objetivo común, dejó hacer sin tener una visión de conjunto que le permitiera tomar las decisiones más apropiadas en cada momento. También fiaba su suerte a los cuatro mil hombres de Beck que llegarían en teoría al escenario hacia las diez de la mañana —según otros cronistas, más temprano—. Al parecer, y es algo que le deshonra, al ser advertido por la masa fugitiva del desastroso giro que había tomado la batalla, decidió no acudir en socorro de Melo, pensando que todo el bacalao estaba vendido. Esta lamentable decisión fue determinante en el decurso de la batalla, pues de intervenir aun sin recibir órdenes o despachos precisos, la mera intuición le habría dicho dónde estaba el eje sobre el que pivotaba aquel infierno.

Entretanto, huyendo de la confusión, Melo estaría a punto de ser capturado y milagrosamente se encastró en el Tercio de Giovanni delli Ponti. Lamentablemente, tras la única carga —y esto dice mucho en demérito de los italianos—, su infantería abandonó el campo de batalla de forma harto insolidaria, con pérdidas muy escasas.

Sin embargo, los soldados que configuraban los cinco Tercios españoles restantes se agruparon y formaron un gran rectángulo, rechazando los ataques de la infantería enemiga con salvas de fuego de mosquetería muy bien articuladas. De idéntica manera, las dos primeras cargas de la caballería del joven Enghiel acabaron desastrosamente, con los caballos ora reventados por la atroz balacera, ora con sus jinetes rematados inmediatamente sin más contemplaciones. Él mismo salvaría su vida de un impacto que afortunadamente solo le causaría una abolladura importante y le haría caer del caballo en pleno galope. Su preciado animal no sobreviviría a aquella tormenta de fuego.

Pero sucedió algo verdaderamente sorprendente en el cénit de aquella tremenda matanza. A la tercera va la vencida, dicen.

Ocurrió que la escasa pero bien dirigida artillería española se había quedado sin munición en el momento álgido de la batalla. Los Tercios todavía aguantarían otras dos potentes cargas, a pesar de que la caballería francesa ya estaba entrando hasta la cocina. Uno de los Tercios, el comandado por Castellví, había sido seccionado y combatía en un cuerpo a cuerpo de proporciones épicas y en solitario, pero reculando hacia donde estaban los restos de los dos Tercios restantes, el de Villalba y el de Garcíez, a los que se aferraron en una defensa a ultranza.

Interpretaciones encontradas

Sobre la última fase de la batalla ha habido abundante literatura especializada, aunque con versiones contradictorias según las ópticas de los relatores. Estudios recientes, basados en fuentes francesas y españolas, hechos en equipo y refrendados por ambas partes, y también fundamentados en las descripciones de los supervivientes y la lectura del cuaderno de campo del general Bousset,

a las órdenes de Enghiel, califican literalmente de «murallas humanas» los Tercios de aquella España.

Temiendo que el general Beck con sus cuatro mil hombres llegara en ayuda de los Tercios, y ante la férrea resistencia de estos, Enghien vio claramente lo conveniente de negociar, antes de que arreciara la tormenta, una rendición honrosa de los dos Tercios que quedaban en pie, con términos extraordinariamente ventajosos para estos, en los que se les ofrecían condiciones que usualmente solo se otorgaban a guarniciones de plazas fuertes asediadas; esto es, respetar la vida y la libertad de los supervivientes y no poner cortapisas para el retorno a sus bases, al tiempo que se les facultaba para salir con las banderas y pendones desplegados y en formación, a la par que conservando sus armas.

En esta tesitura, el Tercio de Garcéz aceptaría la capitulación con las condiciones antedichas, pero el de Castellví y Villalba, fusionado con el de Alburquerque, diría que no, tras lo cual este diezmado Tercio continuaría su resistencia contra todo pronóstico, hasta caída la tarde, ya al límite del agotamiento con la esperanza baldía de la llegada de los tan ansiados refuerzos que desviasen la tremenda presión a la que estaban siendo sometidos. Finalmente, enfrentados a la cruda verdad de su aislamiento, aceptaron en segunda instancia las mismas generosas condiciones del brillante general francés duque de Enghien, de la dinastía Borbón, que había conducido aquella descomunal batalla de manera ejemplar para sus fuerzas y su nación, y que en un comportamiento meridianamente caballeresco, aprovisionó de alimentos, vino y agua en cantidades abundantes a aquellos irreductibles combatientes.

Lo que se ha visto como la derrota de Rocroi, infligida a los Tercios, es de interpretación flexible. Melo, un portugués como lo son todos nuestros vecinos ibéricos, tranquilo y parsimonioso, no era el candidato para dirigir una batalla de aquella magnitud; no era un Spínola, un Juan de Austria o un duque de Alba. Con buena parte de la caballería y unos pocos miles de infantes, entendió que aquello no daba para más y, dejando atrás muchas opciones de continuar la indecisa refriega, se olvidó del tren de munición, de los cañones, de las arcas para pagar las soldadas y probablemente también, del honor. Más de cinco mil

soldados propios habían pasado al otro mundo, mientras que cuatro mil franceses los acompañaban a desandar el camino de la vida en ese último tránsito.

El campo era un cementerio al aire libre, y alfombrando la tragedia, miles de cadáveres de ambos bandos recordaban lo inútil de la guerra y la esterilidad que arrastran sus consecuencias. Miles de prisioneros —cerca de cuatro mil—, y otros miles más en desbandada pusieron el colofón de aquella primera derrota infligida a la monarquía española en un día desafortunado. La ausencia de persecución a los fugitivos, dado el agotamiento de los vencedores, permitiría a muchos regresar a sus bases en el Flandes católico.

La relación nominal de prisioneros alcanzaría el citado y significativo número de casi cuatro mil de los que serían devueltos inicialmente más de la mitad en un canje pactado. Pero la verdadera tragedia estaba solapada tras la pérdida del prestigio y las enormes bajas sufridas por los Tercios más entrenados y de mayor recorrido experiencial. El núcleo de veteranos se había volatilizado en aquella batalla sin fin y las fuerzas mercenarias, así como la dirección de la batalla, habían sido un fiasco. Volver a revivir y articular un ejército con aquella experiencia de combate tan desarrollada y contrastada era tarea ardua y llevaría su tiempo.

Curiosamente, unos meses antes de la crucial batalla de Rocroi, en mayo de 1642, las mismas tropas al mando de Francisco de Melo habían derrotado a un potente ejército francés en la batalla de Honnecourt, y un año y medio después, el 23 de noviembre de 1643, el ejército imperial aniquilaría literalmente a otro galo en Tuttlingen. Por ello, se estima, según los historiadores militares, que Rocroi no fue un cambio de tercio decisivo en las operaciones militares en curso en la guerra contra Francia, que ciertamente en la época de Luis XIV estaba muy subida y comenzaba a tocar las puertas de la hegemonía continental europea. Tal vez por ello, Rocroi ejemplifica el punto de inflexión ante los acontecimientos militares de la época, en particular, a los ojos de Francia, que había padecido la pesadilla española con resignación. Pasadas cuarenta y ocho horas de la victoria francesa, Luis XIV inundó de vino París en una celebración hartamente esperada por el cúmulo de derrotas infligidas a Francia en los años anteriores por su coco particular, España.

Fue un golpe muy duro para España y su aura de invencibilidad, que en una acción sin aparentes consecuencias se tropezó con un descalabro descomunal. Pero lo peor fue el rendimiento que Francia obtendría de esta inapelable victoria, algo así como la pedrada mítica que tumbó a Goliat.

Repercusiones

Tras Rocroi, el relevo lo toma Francia, que emerge como potencia continental. Este epicentro de claras dimensiones y consecuencias políticas irreversibles se considera a todos los efectos como el principio del declive de los Tercios españoles, consumidos sus mejores y más entrenados activos. Aquel esplendor y suficiencia que les hicieron acreedores de esa aureola de invencibilidad en los escenarios europeos se había disipado en una sola y aciaga batalla. El declinar del imperio indica la puerta de salida u Horcas Caudinas, a la par que el principio del fin de la hegemonía militar española en Europa.

Una visión actualizada ha puesto en valor el alto grado de operatividad y eficacia por parte de los Tercios en las posteriores campañas contra Francia, con victorias tan señaladas como la infligida años después en Valenciennes por el bastardo real Juan José de Austria, hijo de Felipe IV y su revoltosa y problemática amante María Inés de Calderón. Algunos historiadores como Anthony Fergusson o los franceses Lavigni y Jean Luc Dupont, en un acto que les honra, fijan el fin del esplendor de los Tercios en la posterior batalla de Las Dunas donde la supremacía española sí recibe una contundente derrota por un error táctico infantil, cogida entre dos fuegos.

Finalmente, Rocroi marca el principio de una serie de derrotas estratégicas para el Reino de España, tal que es el incremento descarado de la piratería francesa, holandesa e inglesa de forma exponencial, aprovechando la debilidad presupuestaria y de medios en la que se ve envuelta España con las consiguientes limitaciones para defender sus vastas, ilimitadas y alejadas fronteras.

A veces el sol se pone en el momento más inesperado. A partir de Rocroi, España pasó a la defensiva, aguantando con elegancia y buena cintura el peso de los años venideros que lamentablemente no pasan en balde. Cicatrices

varias, las acusadas arrugas de la edad de aquel colosal imperio que fuimos y los achaques propios de una nación muy trajinada, hacen que entremos en un declive suave pero irreversible, acosados por una enorme jauría de enemigos con hambre atrasada. Cosas de la vida y del orden natural, que con su flagelo invisible tiende a ponernos a todos en nuestro sitio antes o después.

19. ESBOZO DE UNA ENCAMISADA DE LOS TERCIOS

Era temprano, y con el alba fresca aún, un capitán de los Tercios llamado Diego Alonso de Acevedo, mirando atrás, dejaba dos historias de amor vinculadas fuertemente a su corazón. Una de ellas era la de su amada Leonor de Atienza, una tierna mujer de hechuras perfectas a la que adoraba; la otra era una criaturita de poco más de un año que ya empezaba a hollar con sus pequeños pies la crecida hierba de un cortijillo situado en las proximidades de Jaén y alfombrado de interminables olivares de colores verde y ocre, impregnados del sudor de aparceros y jornaleros con las frentes arrasadas por la salina del sudor cotidiano y apergaminados por el sol inclemente. Dos enormes y fieles alanos custodiaban con celo a la madre e hija, arrebuados en una despedida siempre incierta.

El capitán, un avezado hombre de los Tercios curtido hasta la médula en las lides de matar y morir, con los ojos húmedos, puso fin a la escena con un abrazo intenso y sentido. Partía rumbo hacia el frente de combate más duro y cruel de la época: Flandes.

Flandes era una sangría descomunal, un manantial rojo, una herida profunda que sangraba profusa y abundantemente *in illo tempore* en una guerra que duraría cerca de ochenta años a partir del año del Señor de 1568 y que, por añadidura, era la tumba de miles de hijos de España y de otras latitudes del vasto imperio que fuimos. La obstinación de la Monarquía Hispánica por sostener un frente, que con un poco de mano izquierda y elementales modos diplomáticos —abriendo un poco la mano y concediendo una razonable autonomía— nos habría evitado varias bancarrotas, para de paso, atar en corto unos jugosos tributos y los factores estratégicos inherentes a la situación de esa región, que era una encrucijada natural hacia cualquier latitud del continente. Pero esa obnubilación mesiánica nunca permitiría culminar un

tratado sensato, y dio al traste con cualquier solución. Solo nos abocaba a más de lo mismo: guerra.

Los Países Bajos tenían en aquel entonces —y hoy todavía— una saneada y dinámica economía. Habría bastado con ceder ligeramente a sus simples reivindicaciones y dejarles practicar su discrepante credo, mientras de paso nos habríamos ahorrado una buena fortuna y muchos disgustos. Pero algo genético o endémico e incorregible hay en nuestra estrábica y retorcida visión política, que por extrañas razones nos conduce con frecuencia al yerro.

Alonso de Acevedo era probablemente el mayor especialista —sino el único—, en golpes de mano, en dirección de comandos, en ataques sorpresa; era el mayor experto en operaciones especiales tras las líneas enemigas y el líder natural de los encamisados, un cuerpo letal y puntero en hacer mucha pupa a los «malos», diseñado en su momento bajo encargo del rey al gran duque de Alba. Este cuerpo de antecesores de los boinas verdes, comenzaría a operar en la segunda mitad del siglo XVI en aquella carnicería interminable que se estaba desarrollando al norte de Francia.

La encamisada era un ataque por sorpresa que se realizaba a una hora tardía de la madrugada, casi al alba, en ese momento en que al adversario se le supone profundamente dormido y confiado.

Originalmente, estas intervenciones de los Tercios eran pequeñas escaramuzas con un número de voluntarios muy reducido, que realizaban sabotajes en los campamentos y posiciones del enemigo. La dotación de guerra para estos ataques sorpresa se reducía a la mínima expresión, y se componía esencialmente de una daga o espada, mosquetes o arcabuces, aunque ocasionalmente y dependiendo del objetivo a sabotear, se añadían pequeños barriles de pólvora para volar, ora los objetivos previamente designados, ora las galerías por las que habían circulado antes del ataque. Su indumentaria distintiva solía ser una camisa de color blanco, que básicamente era el equivalente al santo y seña ante los suyos.

Los Tercios eran unas legendarias unidades de combate de la monarquía española que en el transcurso de los siglos XVI y XVII serían reconocidos como la mejor infantería de aquellos tiempos. Las tropas enemigas, las crónicas de la época y los historiadores dan fe de ello. Sus tácticas fueron imitadas por la

Wehrmacht alemana en la Segunda Guerra Mundial, siendo sus procedimientos alabados por Clausewitz, Von Beck, Manstein y Rommel en sus cuadernos de campo.

Desde Nápoles a Milán, desde Flandes a Francia, protagonizarían las más célebres gestas en la historia militar de la época.

Hacia 1534, nuestro emperador Carlos I diseñaría junto a una pléyade de especialistas afines y admiradores de la escuela del Gran Capitán una fuerza de choque autónoma y de gran capacidad de maniobra, a la par que de elevada potencia de fuego basada en la letal combinación de armas blancas y de fuego. Esta combinación consistía básicamente en tres vectores que venían determinados de la siguiente manera: por un lado estaban los piqueros y alabarderos, con las terminaciones no punibles con toma a tierra para así encajar con la debida resistencia las cargas del enemigo, esta erizada muralla era literalmente infranqueable para la caballería adversaria y para la infantería cuando esta se acercaba al temible cuerpo a cuerpo. Luego estaban los arcabuceros y mosqueteros, que con la táctica de la escalera y en secuencias de tiro muy estudiadas, disparaban escalonadamente un fuego mortífero. Además, cada Tercio tenía encastrado un cuerpo de operaciones especiales, los encamisados.

En aquella desesperante e interminable guerra que minaba los recursos financieros de España en beneficio y para regocijo de los ingleses, pues los muy cucos financiaban generosamente a los resistentes, hubo un chocante episodio en el que los encamisados pasarían a la historia por méritos propios, curiosamente sin hacer nada.

En uno de esos Tercios, concretamente uno de los Tercios Viejos que asediaba Breda, destacaría en una de estas unidades la erudición táctica y las dotes de mando del capitán Alonso de Acevedo en una operación planificada al milímetro.

Holanda era y es un país que a partir de la primavera tardía se convierte en un lugar en el que las siluetas de los molinos y los pequeños puentes de contrapesos dibujan un escenario idílico. También parecía ser así entonces, aunque la realidad era otra bien distinta. Aquel escenario del que la naturaleza emanaba una paz armónica y verde se había convertido, para desgracia de

todos los contendientes, en otro en el que llovía sangre en cantidades industriales.

Breda era un ejemplo de ello. Era como el reflejo de una gran cicatriz en medio de los territorios controlados por las tropas imperiales de la Monarquía Hispánica, algo así como una especie de canción heroica en medio de una gran tragedia. El sitio de la ciudad defendida valientemente por los protestantes holandeses y el empecinamiento del general y banquero genovés Spínola, un brillante militar muy cuidadoso con sus tropas, duraba ya casi un año. La ciudad era el espejo del infierno en la Tierra. Gentes famélicas pululaban como espectros fantasmagóricos en un ambiente irreal de barro, cuervos y pillaje interno. Los gatos, perros, pájaros, cerdos y caballos habían sido dados de baja paulatinamente para paliar la hambruna. No se sabe en cuál de los infiernos que Dante describió en *La divina comedia* habitaban sus pobladores. La mortandad en el interior alcanzaba límites intolerables. A nadie se le pasaba por la cabeza una rendición tras los sucesos de Amberes en los cuales la tropa española —que llevaba dos años sin cobrar— había cruzado todas las delgadas líneas rojas con sus moradores.

Mientras tanto, Breda agonizaba en un asedio de proporciones apocalípticas. Miles de muertos por hambre, disentería y peste configuraban un escenario de un horror inenarrable. Hogueras interminables desinfectaban la maldecida ciudad en las piras construidas a tal efecto, quemando los cadáveres de los caídos en un ritmo frenético y escalofriante. Las fauces del infierno, inmisericordes, trabajaban a pleno rendimiento.

Para finiquitar cuanto antes aquel horror, el capitán Acevedo y tres docenas de escogidos soldados, con instrucciones directas del general Ambrosio de Spínola, fueron designados para volar el polvorín más destacado de la ciudad, con la idea de abrir una brecha en sus sólidos muros y entrar en tromba. Mas no haría falta.

Sobre la madrugada temprana del 6 de abril del año 1625 el capitán Alonso de Acevedo y sus compañeros accedieron por escalo a la castigada ciudad sin ser detectados. El panorama era desolador. Centenares de cadáveres en descomposición poblaban las laberínticas callejuelas. Un hedor insoportable y la más terrible cara de la guerra se expresaban a través de aquellos ojos

vacíos de expresión. Una pésima versión del Dios de los creyentes había tomado asiento en primera fila.

El capitán, *motu proprio*, desistió de llevar a cabo las acciones de sabotaje que su general le había encomendado. Lo que había visto le pareció más que suficiente. De vuelta al campamento español, daría parte a Spínola de lo que había contemplado, y este respetaría la decisión tomada por el oficial.

Algunas semanas más tarde, el día 5 de junio, en el límite de la tolerancia, al borde de la locura, exhaustos los asediados, Justino de Nassau rendiría honrosamente la castigada ciudad. Aquel día, una fina lluvia purificadora caería sobre Breda.

Acevedo había tenido una brillante carrera, era un hombre de acción que jamás quiso promocionarse, rechazando ascensos y condecoraciones. Tras Breda y con un currículum militar sin par, mandó a sus piernas volver a los olivares de Jaén, en un intento de dar un nuevo sentido a su vida y de sentir los afectos necesarios para recuperarse de un pasado teñido de rojo. Según los galenos de la época, el capitán parece ser que pudo padecer lo que los griegos llamaban la locura divina hoy conocida como neurosis de combate o estrés postraumático.

Nombrado alguacil, y con las rentas del campo, abrazado en su devenir cotidiano por la adoración que le profesaba su amada Leonor de Atienza y su pequeña hija, sus días se convertirían en un discurso tranquilo y parsimonioso, donde el silencio era el principal espectador de lo que acontecía. En su particular síndrome, parecía haberse quedado mudo.

Lejos quedaban los golpes de mano, el vadear ríos en odres inflados de piel vuelta, pasaportar adversarios amparado en la oscura noche, volar galerías, sabotear cañones y todo lo que suelen hacer los comandos en su peculiar cometido, que en esencia son los golpes de mano.

Los encamisados fueron en la España de aquel tiempo, la punta de lanza que surgía de la niebla invisible, del amparo de la noche, o de la nada. Dieron gloria y prestigio a nuestra nación en el decurso de una guerra que nunca tuvo que haber sido, pero que así fue. Honor y gloria para ellos.

Epílogo

Me causa desazón que nuestra bandera y nación se hayan ido difuminando entre las nieblas de la historia, echando la culpa a los demonios o malas artes de nuestros adversarios, cuando en realidad hemos sido incapaces de hacer una autocrítica con el rigor y voluntad indispensable para obtener una victoria sobre nosotros mismos y cooperar entre las partes eternamente enfrentadas de ese Jano sombrío que nos habita y del que hablaba Machado con tristeza. La idea de conseguir una España más elevada y con un estatus más respetable pasa por educarnos a nosotros mismos de forma permanente en lo político y contrastando la información que se nos impone a través de las medias verdades o capciosos mensajes de división que nos tragamos hasta la empuñadura. De esa autocrítica podríamos deducir que las habilidades o mejoras que nosotros fuimos incapaces de asumir por el permanente frentismo en el que llevamos siglos instalados, no brotan por arte de magia. La clara voluntad de tendernos la mano y pasar página a tanto desatino dentro de nuestra propia casa es el primer paso que hay que dar para vernos ante un horizonte de expectativas razonables. Si se diluye el frentismo y todos unidos afrontamos grandes retos y dejamos esa mentalidad de parvulitos de guardería, el nombre de España volverá a ser grande. Si no, nos quedaremos en la periferia de la historia para vestir santos.

Somos una tribu de complejas sintonías, binaria y maniquea, y vivimos la política como un bucle patológico. Años de guerras civiles fundadas en pequeños agravios o en infundadas suposiciones sobredimensionadas en valores radicalmente emocionales, sin permitir el paso de la luz que iluminara la razón, que alimentara el bien común, han hecho de nuestra nación un lugar al que nuestros adversarios les resulta fácil combatir llegado el caso. Y no obstante, somos incombustibles, como decía Bismarck en aquella lapidaria frase sobre la resistencia y la fortaleza de nuestro pueblo ante las

adversidades que nos convertía a sus ojos en la nación más poderosa e indestructible que él conocía.

Siempre que hemos dejado de lado las trifulcas de patio y nos hemos unido para echar a invasores del suelo patrio, para ayudarnos en momentos críticos con esa generosa capacidad de darnos que nos caracteriza o de abordar grandes proyectos juntos, lo hemos clavado. ¿Por qué esa carencia de cultura política es nuestro talón de Aquiles y el regocijo de la clase política patria ante un pueblo tan visceral como el nuestro? Debemos hacer los deberes y proponernos que la educación y la autoeducación permanente sean la piedra angular de nuestra nación, para así poder llegar más lejos y más alto. No solo de televisión vive el hombre. Los medios son cada día más dóciles al poder real y la supervivencia obliga a cierto grado de sumisión de tal manera que la banalidad se ha instalado en lo que entendemos como información.

Todo lo que nos hizo grandes se hizo posible en el tiempo en que fuimos el hegemón más temido, porque éramos unos verdaderos titanes de carne y hueso y estábamos unidos. Si queremos volver a retornar a aquella grandeza tan colosal que esgrimimos con atrevimiento y osadía durante siglos, desde que Castilla por un lado vapuleara a Inglaterra de forma incontestable y a domicilio en los siglos XIV y XV, y Aragón, por otro lado, fuera dueña del comercio en un Mediterráneo que prácticamente tenía monopolizado, y cuando más tarde la protoEspaña naciente se hizo inmensa en aquella fallida por breve alianza ibérica junto con nuestros hermanos portugueses, sumando el imperio más vasto jamás conocido, aprendimos la lección de que la unidad en la diversidad podía darnos mucho juego.

Hoy no podemos permitir que ese simbólico barco de papel, metáfora de la fragilidad y del idealismo necesario que es el motor de cualquier nación que se precie, navegue solo hacia la alcantarilla del anonimato en el que suelen desaparecer hasta los más grandes, devorados por la cara más inmisericorde de la historia.

Los Tercios son el ejemplo que dimana de una nación unida y con un objetivo común, ya sea este de conquista de unos objetivos determinados o de defensa de los intereses nacionales en cualquier escenario donde hicieran falta. La resultante de la complicidad y camaradería que aquellos hombres

demonstraron durante cerca de siglo y medio —que se dice pronto—, impresionó a propios y extraños por el aura de imbatibilidad. Detrás había un pueblo que los admiraba, unos generales competentes y una nación comprometida con sus soldados y con valores que hoy han caído en desuso: la amistad, la nobleza de los altos ideales como lema, una unión sin fisuras entre la oficialidad y aquella invencible infantería; en fin, otros mimbres y otros tiempos.

Debemos recuperar sin ambages esa impronta llamada alegría y fe en nosotros como ciudadanos políticos, a la par que la conciencia de no haber desertado de la búsqueda de mejorar nuestra nación sin olvidar que durante cerca de doscientos treinta años fuimos una monarquía federal y pensando en que a veces la casa hay que reformarla porque así lo demanda el deterioro inherente al uso o a la natural erosión de los imprevistos o de nuevos agentes no presentes antes en el escenario. Soy partidario de sentar bases evolutivas evitando el cortoplacismo y las actuaciones revolucionarias.

Hago votos para que, al cierre de estas páginas y a la conclusión del presente libro, los lectores ecuanímenes vean con esperanza una España grande por méritos propios, con la complicidad indispensable de un pueblo unido ante la gran aventura de la historia, un reto ante el que solo los más cualificados sobreviven. Oficio y experiencia tenemos, lo que falta es un acuerdo de Estado, voluntad política y resolver algunos agravios latentes.

En mi anterior libro, *Inglaterra derrotada*, editado también por La Esfera de los Libros, hice hincapié en el concepto del valor ante las adversidades y en la ejemplaridad de muchos españoles que elevaron nuestra nación al olimpo del más alto reconocimiento, no sin pasar en muchas ocasiones por la experiencia de las inclementes travesías por el desierto. De todo salimos, y más fortalecidos por la experiencia si cabe. Asimismo, en *Inglaterra derrotada* puse el acento en las tremendas derrotas que infligimos a un adversario tan correoso como lo fueron los ingleses, en la que posiblemente fue la guerra más larga de la historia, pues las paces que se firmaban se proyectaban a través de la piratería homologada y auspiciada por las más altas instancias en una continuación de la guerra por otros medios atípicos y asimétricos.

Al mismo tiempo, espero haberles hecho disfrutar con estos cuentos para mayores contruidos sobre la veracidad contrastada de los hechos que se reflejan en la presente obra. Hay ironía y humor —a veces negro—, cierta melancolía, y a veces resignación por ser incapaces de mirar más allá de nuestras narices habiendo sido protagonistas de los momentos más solemnes de la historia. Asimismo, durante la investigación de las fuentes, he sentido una profunda admiración por aquella infantería que nos dio un inconmensurable prestigio en los momentos más críticos donde se dirimía la grandeza de nuestra nación; en recuerdo de aquellos soldados inmortales, he escrito este libro, como homenaje a su valor y entrega.

Igualmente, doy las gracias a los que hayan llegado a finalizar la lectura de este libro. Durante su elaboración me he enamorado más todavía de la historia de nuestra gran nación. Quiero recordarles también que nuestra potencialidad como pueblo, en nuestra enriquecedora diversidad, reside sencillamente en conjugar realismo y optimismo; pero que a la par pasa por entender al otro en sus diferencias. Debemos hacer el vacío a aquellos dirigentes políticos que buscan el enfrentamiento de la ciudadanía y centrarnos en una profunda revisión de nuestra a veces belicosa mentalidad y zonas erróneas como nación. De idéntica manera me vienen a la cabeza aquellas palabras tan simbólicas y reflexivas que quedarán para la posteridad sobre aquel mito que refleja el *Cantar del Mío Cid* y que reza así: «Que buen vasallo sería si tuviera buen señor». Es lo que a mi modo de ver define a nuestra gran nación. Necesitamos ese liderazgo necesario para proyectar hacia el futuro todas nuestras potencialidades, que son muchas. Se hace perentorio abandonar definitivamente el pasado oscuro y sumar entre todos una motivación extra para creer en nosotros y superar los traumas que todavía perviven agazapados en ese taimado letargo en apariencia extinto.

Finalmente, quería enviar a mi editor, Félix Gil, mi reconocimiento y agradecimiento por el apoyo y ayuda inestimable en la puesta a punto de esta obra. Sin su complicidad y apuesta por este historiador que habitaba en las penumbras de los pliegues de esta maravillosa disciplina que es la historia, ninguno de los libros que él auspició y alentó habrían visto la luz.

El pueblo español necesita estadistas visionarios, y esa y no otra es la asignatura pendiente de este país milenario. Hagamos votos por apostar por políticas que nos conduzcan a un futuro con un amplio horizonte de miras y no por volver a las cavernas.

Bibliografía esencial

- ALBI DE LA CUESTA, Julio, *De Pavía a Rocroi, los tercios españoles*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2017.
- BENAVIDES, José I., *Spínola. Capitán General de los Tercios*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018.
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina, *La Guerra de los Treinta Años. Europa ante el abismo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018.
- CAÑETE CARRASCO, Hugo A., *Los Tercios en el Mediterráneo: los sitios de Castelnuovo y Malta*, Ediciones Salamina, Málaga, 2015.
- ELLIOTT, J. H., *La España imperial*, Vicens Vives, Barcelona, 2012.
- ESPARZA, José Javier, *Tercios. Historia ilustrada de la legendaria infantería española*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando y GONZÁLEZ VESGA, José Manuel, *Breve historia de España*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.
- GIBSON, Ian, *Aventuras ibéricas*, Ediciones B, Barcelona, 2017.
- GUTHRIE, William P., *Batallas de la Guerra de los Treinta Años: de la Montaña Blanca a Nördlingen, 1618-1635*, Ediciones Salamina, Málaga, 2016.
- , *Batallas de la Guerra de los Treinta Años segundo periodo: De Wittstock a la Paz de Westfalia, 1638-1648*, Ediciones Salamina, Málaga, 2018.
- KAMEN, Henry, *La España Imperial*, Editorial Anaya, Madrid, 1991.
- , *Poder y gloria. Los héroes de la España Imperial*, Espasa, Madrid, 2012.
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando, *Vientos de gloria. Grandes victorias de la Historia de España*, Espasa, Madrid, 2011.
- ROCA BAREA, María Elvira, *Imperiofobia y Leyenda Negra*, Siruela, Madrid, 2018.
- ROJO PINILLA, Jesús A., *Cuando éramos invencibles*, Ediciones el Gran Capitán, Madrid, 2015.

SÁNCHEZ DE TOCA, José María y MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando, *Tercios de España. La infantería legendaria*, Edaf, Madrid, 2008.

THOMAS, Hugh, *El Imperio español de Carlos V*, Planeta, Barcelona, 2010.